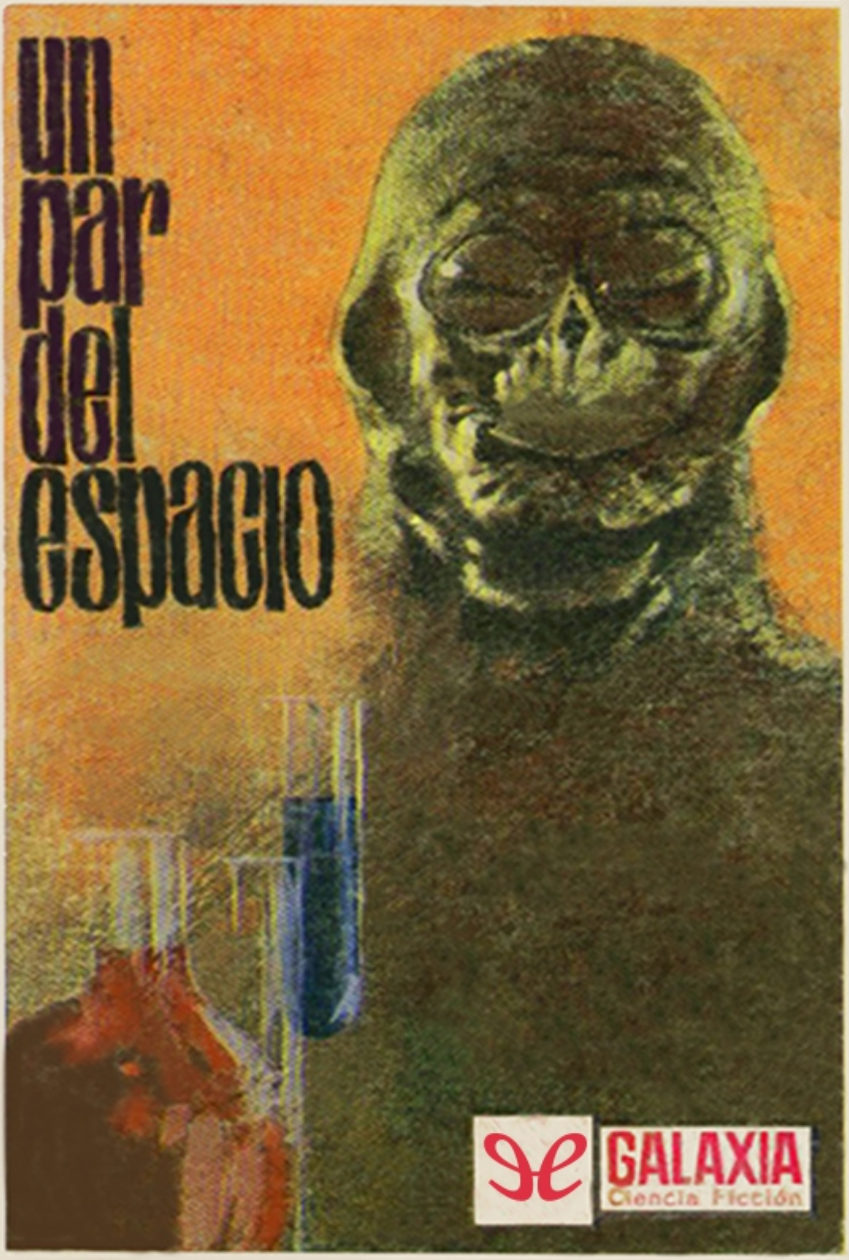
JAMES BLISH Y ROBERT SILVERBERG

un par del espacio



GALAXIA
Ciencia Ficción

Tres relatos de Ciencia ficción.

AA. VV.

Un par del espacio

Galaxia - 73

ePub r1.0
Titivillus 19.07.16

Título original: *A Pair From Space*
AA. VV., 1958
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Enrique Torres

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

LOS MERODEADORES

Robert Silverberg

UNO

Tom Kennedy soñaba con cañones resplandecientes, gente inocente que moría y fuego que se extendía sobre la Tierra, mientras grandes hongos termonucleares aparecían como colgados del cielo.

Se revolvió nerviosamente en su cama, suspiró, casi despertó y nuevamente se perdió en su sueño. Al despertar a la mañana siguiente se encontraba pálido y cansado; con un manotazo de impaciencia dio fin al zumbido insistente del despertador, y dejando colgar las piernas sobre el borde de la cama, se frotó los ojos. El ruido que producía un chapoteo en el agua le dio a entender que su esposa estaba ya despierta y tomando una ducha.

Nunca podía despertar fácilmente. Todavía soñoliento, caminó tambaleándose por la habitación hacia la cómoda para tomar su bata y se dirigió a la cocina. Oprimió unos botones de la cocina automática para preparar su desayuno.

Marge había salido del baño y estaba secándose cuando él regresó a la habitación para vestirse.

—¿Está listo el desayuno? —preguntó ella.

Kennedy asintió y buscó en el closet su mejor traje, el verde oscuro con galón rojo, ajustado. Deseaba presentarse bien ese día: la conferencia del noveno piso iba a ser importante, tratara de lo que tratase.

—Debes de haber tenido un mal sueño —le dijo Marge, de pronto—. Puedo adivinarlo. Todavía estás meditabundo.

—Lo sé; ¿acaso te desperté?

—No. Pero puedo ver que ese sueño todavía te inquieta. Cuéntamelo, y apresúrate o perderás el auto que te lleva.

—Soñé que estábamos en guerra —dijo Tom.

—¡Pero eso es imposible, querido! Ha habido paz en la Tierra

desde hace años. Y… ya no habrá más guerras, Tom.

—Quizá no en la Tierra.

Se rió, celebrando su afirmación. Cuando terminó su desayuno, algo de la involuntaria ola de temor que le invadía había empezado a desvanecerse. Eran casi las seis de la mañana cuando Marge echó los platos en el fregadero; el sol se elevaba sobre las bajas lomas de Connecticut. Kennedy terminó de vestirse y les dio a sus charreteras una pasada con polvo de oro.

A las seis y veinte, el flamante automóvil de Alf Haugen —un Chevrolet-Cadillac amarillo modelo 2044— se detuvo en la calle. Haugen era un hombre grueso, de cara encarnada y brillante y profunda mirada; trabajaba en el escritorio detrás de Kennedy en la oficina de
Steward & Dinoli,
y esa semana le tocaba el turno de llevar a los compañeros en su automóvil.

Kennedy caminó con paso rápido hacia el auto de Haugen y se acomodó en la parte trasera; Lloyd Presslie y Mike Cameron se corrieron para hacerle lugar. Haugen puso en marcha el motor y se dirigieron hacia la ciudad.

Dave Spalding se encontraba a la mitad de un chiste cuando se detuvieron a recoger a Kennedy. Prosiguió su relato y, al finalizar, todos rieron, excepto Kennedy.

A éste nunca le había gustado Spalding. Había algo que le disgustaba en aquel hombre joven, soltero, esbelto y concentrado, que pertenecía al cuarto nivel.

—¿Sabe alguno de ustedes de lo que se va a tratar ahora? —preguntó de repente Mike Cameron.

—¿También estás invitado al noveno piso? —preguntó Kennedy.

—Todos lo estamos; hasta Spalding. Creo que Dinoli mandó ese memorándum a los niveles tercero y cuarto.

—Quizá la agencia está liquidándose —comentó Lloyd Presslie amargamente—. O quizá Dinoli haya contratado un grupo de hombres de elevado nivel, de los que trabajan para Crawford y Burstein, y a nosotros vayan a cesarnos.

Haugen movió la cabeza, y dijo:

—Es algo nuevo que se trae entre manos el viejo; oí a Lucille hablando acerca de ello, casi a la hora en que salimos. Si tienen

alguna duda, pregunten a la secretaria de Dinoli.

El automóvil entró en el viaducto principal. Kennedy habló muy poco. El estrépito de las bombas de hidrógeno que oía en el sueño aún resonaba en sus oídos…

Algo nuevo que se trae entre manos. Bueno, ni siquiera eso le afectaría. Kennedy había asumido la semana anterior el puesto de encargado de Relaciones Públicas en la Federated Bauzite Mines, Inc.; era aquel un proyecto de largo alcance, cuya última mira era convencer a la gente de un gran distrito de Nebraska de que su economía no se vería afectada y de que su abastecimiento de agua no se contaminaría por las nuevas búsquedas de aluminio que recientemente habían invadido su área. Apenas había comenzado, y no lo removerían de ese puesto tan pronto. ¿O serían capaces de hacerlo?

No podía predecirse lo que Dinoli haría. Relaciones Públicas era un campo intrincado que requería mucha diligencia; su comarca de operaciones se estaba extendiendo constantemente.

Tom Kennedy sentía una tensión extraña. Por esta vez, el suave rumor que producían los generadores turboeléctricos debajo de él no logró calmar sus nervios.

A las seis cincuenta y dos, el automóvil de Haugen se desvió del viaducto y continuó por la inclinada rampa que conducía a la parte alta de Manhattan. Dos minutos más tarde se encontraban en la esquina de la calle 123 y Lenox, en el corazón del distrito de negocios. Precisamente a las siete am, Kennedy y sus cinco compañeros de automóvil estaban ya en sus escritorios.

El escritorio de Kennedy estaba pulcramente arreglado, tal como lo había dejado la tarde anterior. El memorándum de Dinoli estaba en la canasta de la correspondencia general; lo tomó para leerlo una vez más:

Piso noveno, dos horas trece minutos pm. «*Estimado Tom: ¿quiere ser tan amable de bajar a mi oficina mañana a las nueve o alrededor de esa hora? Un asunto de alguna urgencia se ha presentado y lo necesitaremos*».

Kennedy depositó la nota dentro de su respectiva carpeta para archivarla. La frasecita «o alrededor de esa hora» no debía tomarse en cuenta; él sabía que, o llegaba al piso noveno a las nueve en punto, o sería rebajado inmediatamente de categoría.

La mañana transcurría lentamente. Cuando faltaban cinco minutos para las nueve, Kennedy y Alf Haugen abandonaron el área del nivel tercero, se unieron a Spalding en las oficinas exteriores que ocupaban los hombres del nivel cuarto, y bajaron por las escaleras al noveno piso.

Steward & Dinoli ocupaban cuatro pisos. La oficina de Dinoli se hallaba en el noveno piso. A Steward se le había relevado hacía largo tiempo de toda conexión con la firma. El décimo estaba ocupado por la biblioteca de la agencia y la caja de valores; los hombres de los niveles segundo, tercero y cuarto trabajaban en el piso undécimo, y el resto de los empleados en el duodécimo.

Una gruesa placa de encino ricamente veteado formaba la puerta de la oficina privada de Dinoli. Sobre ella pendía una delgada placa de oro: «L.
D. Dinoli».
La puerta se abrió cuando ellos se aproximaron.

Aquel privado era cinco veces más largo que ancho. Dinoli se encontraba sentado a la cabecera de una larga y bruñida mesa. Tenía sesenta y seis años de edad, y ojos penetrantes; su cara era enjuta, descarnada, y en ella destacaba una nariz de gancho; convergían a ésta, concéntricamente, una serie de arrugas que semejaban líneas de elevación en un mapa geológico. Pero toda su persona irradiaba energía.

—¡Ah, caballeros!, pasen y siéntense.

Aquellas eran órdenes, no peticiones. Su voz era grave, profunda: mitad gruñido, mitad sonido.

Inmediatamente, a derecha e izquierda de Dinoli, se sentaron cuatro hombres de la agencia que pertenecían al segundo nivel. Dinoli ocupaba naturalmente el eminente rango de primer nivel; sólo a él le correspondía. Después de los muchachos del segundo, vinieron los del tercero: Presslie, Cameron y otros cuatro. Tom Kennedy tomó asiento cerca de Cameron y Haugen, precisamente al lado opuesto, frente a ellos. Spalding se sentó a la derecha de Kennedy. De no ser por la figura discordante de Spalding, hubiera parecido una pirámide de conjunto uniforme, nítida, que empezando con Dinoli, descendía a los cuatro hombres del segundo nivel y tenía como base a los ocho ejecutivos del tercero.

—Aquí estamos todos —dijo Dinoli pausadamente; por encima

de su cabeza, sobre el borde alto de la ventana, el reloj marcaba las nueve—. Caballeros, me agradaría que conocieran a nuestros nuevos clientes, si les parece bien.

Su índice —semejante a una garra— oprimió un botón del tablero que se encontraba cerca de su mano. Una puerta trasera se abrió, y tres elegantes figuras —vestidas con los uniformes verde tostado de los ejecutivos— entraron erguidos, conscientes de su rango. Hombres de mirada fría y duro temple.

—Nuestros nuevos clientes —anunció Dinoli—. Estos caballeros pertenecen a la Corporación de Exploración y Desarrollo Extraterrestre, División Ganímedes.

Tom Kennedy se estremeció, muy a su pesar. La imagen de ciudades aniquiladas pasó velozmente ante sus ojos una vez más.

DOS

Dinoli estaba muy orgulloso de sí mismo. Sus ojos negros como abalorios lanzaban miradas como dardos aquí y allá, recorriendo toda la oficina, mientras se preparaba para informar los detalles de su grande y reciente golpe de estado.

Tom Kennedy no pudo reprimir un profundo sentimiento de admiración por el viejo luchador. Dinoli se había afianzado en el primer puesto de Relaciones Públicas a base de absoluto esfuerzo, acompañado de juiciosas puñaladas por la espalda.

—Hubbell, Ejecutivo de Segundo Nivel de Enlace Público; Patridge, Ejecutivo de Segundo Nivel de Enlace Público; Brewster, Ejecutivo de Segundo Nivel de la Corporación del Comando Expedicionario del Espacio —Dinoli señaló a cada uno de los hombres con rápido ademán.

Kennedy los estudió. Era obvio que Hubbell y Patridge fuesen hombres de escritorio; tendrían cincuenta años, estaban bien formados, pudiendo clasificarse entre los fornidos. Ambos de cutis intensamente tostado, probablemente con artificio. Se veían competentes, sin lugar a dudas.

Brewster era de un tipo diferente, de estatura baja y compacta. Sus ojos fríos y aristócratas completaban la forma angular de su cara magra y oscura. Al pararse se erguía tieso como una banqueta.

«¡Naturalmente!», pensó Kennedy. «¡El explorador del espacio!».

—Como miembros de mi estado mayor —continuó Dinoli—, todos ustedes saben bien que lo que se diga en esta oficina es de carácter absolutamente confidencial. Confío, caballeros, en que lo han entendido bien; de no ser así, salgan de aquí.

Trece cabezas se movieron afirmativamente.

—Muy bien. Puedo decir, a manera de prefacio, que esta es la

operación más grande y más importante que
Steward & Dinoli
jamás haya acometido. Quizá sea la mayor de todas las que llegará a emprender. No necesito agregar que el manejar hábilmente esta nueva empresa, dará como resultado un substancioso incremento en los ingresos personales de los hombres que intervengan en ella… —hizo una pausa larga antes de continuar—. Para ponerles al tanto de lo que ocurre, les diré primero que el ejecutivo Brewster ha regresado recientemente de un viaje por el espacio que patrocinó su corporación. El mayor está conectado con la expedición a Marte y con la misión a Venus que la precedió, menos venturosa.

»La tercera y más reciente misión del ejecutivo Brewster fue hacia Ganímedes, que es, naturalmente, la mayor de las lunas de nuestro vecino planeta, el enorme Júpiter —continuó el viejo, pausadamente—. La existencia de esta tercera misión interplanetaria es todavía un secreto. La pobre publicidad que causó la expedición a Venus, fue el factor que influyó en la Corporación para que se suprimiera toda la información al público acerca del viaje a Ganímedes, hasta que llegue a una feliz conclusión.

En la parte trasera de la oficina se desenrolló una pantalla de cine, y Dinoli prosiguió:

—El ejecutivo Brewster nos ha traído una película de sus actividades en Ganímedes. Me gustaría que todos nosotros la viéramos antes de seguir adelante con esta reunión.

Hizo Dinoli una señal y se apagaron las luces. Kennedy se dio vuelta en su asiento para quedar frente a la pantalla.

El proyector empezó a funcionar.

UNA PRODUCCIÓN DE LA CORPORACIÓN
DE EXPLORACIÓN Y DESARROLLO EXTRATERRESTRE
DIVISIÓN GANÍMEDES

Era el título que se leía, proyectado sobre un fondo rojo, blanco y azul. Seguían unas líneas para dar crédito a la película. Y entonces, repentinamente, Tom Kennedy se encontró mirando un extraño paisaje, singularmente tranquilo, singularmente perturbador.

Una blancura desierta aparecía ante él: la blancura de un campo de nieve casi interminable, bajo un cielo de color azul pálido. Una cadena de montañas dentadas, con rocas desnudas coronadas de

nieve, se veía a lo lejos. Nubes de gas gris verdoso se arremolinaban ante la cámara.

—Ésta es la superficie de Ganímedes —se oyó la voz resonante y gruesa de Brewster—. Como ustedes pueden apreciar, nieves congeladas de metano y de amonio cubren las mayores áreas del suelo. Ganímedes, por supuesto, es virtualmente un planeta por sus dimensiones: su diámetro es de 51200 kilómetros, ligeramente superior al de Mercurio. Encontramos que, por coincidencia, la gravedad es casi igual a la de la Tierra. Ganímedes es un planeta de centro pesado, probablemente el producto de un desprendimiento del propio corazón de Júpiter durante la etapa de formación del sistema solar…

Mientras Brewster hablaba los ojos de la cámara se movilizaban, y con ellos los de Kennedy. Ya se asomaban a las finas estrías dentro y fuera de una roca; ahora se posaban en una planta de líquen que colgaba al lado de una aguda punta de basalto.

De pronto, la cámara giró vertiginosamente hacia arriba para tomar una vista del cielo. Kennedy se estremeció. Júpiter ocupaba un vasto segmento del espacio: una gran bola pesada colgaba en el vacío como si fuera un enorme gigante.

—Ganímedes se encontraba más o menos a una distancia de un millón cuarenta mil kilómetros de Júpiter cuando esta película fue tomada —explicó secamente Brewster—. Sin duda alguna, ocupa un gran sector allá en los cielos.

Kennedy miró fijamente y con inquietud al planeta monstruoso que se veía envuelto en nubes; la superficie aterciopelada y de color gris perla daba la idea de una inimaginable y profunda turbulencia bajo la banda exterior de la atmósfera. Para la tranquilidad de Kennedy, la cámara finalmente dejó el enorme mundo, regresando al paisaje ganimediano.

Quizá por unos cinco minutos, la película consistió únicamente en el vagar de la cámara sin objeto determinado sobre aquel helado desierto. Después aparecieron ocho figuras ataviadas con trajes espaciales, sus caras casi escondidas tras las máscaras para respirar, sus cuerpos cubiertos con vestiduras impregnadas de metal.

—Los miembros de la expedición —comentó secamente Brewster.

La cámara se enfocó hacia una nave espacial que se erguía alta y

esbelta en un segmento de roca desnuda; ostentaba en color verde oscuro los números de una matrícula sobre su flanco reluciente.

—La nave expedicionaria —dijo Brewster.

Después de un reconocimiento de la parte exterior de la nave, tomando ángulos diferentes, y de unas cuantas escenas más de los hombres enfundados en sus trajes espaciales, la cámara se posó sobre un extraño lago de un líquido grasoso que tenía la apariencia de estar congelado.

—Uno de los lagos de parafina ganimedianos —dijo Brewster.

Recorrió la cámara las orillas del lago, regresó al campo de nieve y centró su lente sobre cuatro mágicas figuras, criaturas de vaga forma humana, con caras sin narices y ojos cubiertos con pliegues carnosos. Eran de una palidez blanquecina, sin cabello, virtualmente desnudos excepto por una faja de alguna tela que les cubría la parte media de sus cuerpos.

—Aborígenes de Ganímedes —hizo notar Brewster.

Éste había hecho su juego, y esperó unos tres o cuatro segundos para que produjeran efecto sus palabras. Tom Kennedy sintió como si le hubieran golpeado en el estómago repetidamente con un martinete. Había estado observando la película con atención, pero superficialmente; de repente, la presencia de vidas extrañas le hizo saltar en la silla.

La expedición a Venus había sido un fracaso. Dificultades mecánicas hicieron casi imposible que los exploradores pudieran convivir con la sopa de formaldehído que era la atmósfera de Venus. Pero durante su corta estancia sí pudieron, definitivamente, comprobar que no existía vida animal en el segundo planeta.

Cuando fueron a Marte también comprobaron su esterilidad. Unas cuantas plantas de líquen, algunas briznas de mala hierba y nada más. La humanidad —y Tom Kennedy— habían comenzado a aceptar que el hombre se encontraba solo en todo el sistema solar y posiblemente en el universo entero.

Pero ahora, súbitamente…

De nuevo, Tom se concentró en la película y siguió oyendo la voz monótona de Brewster.

—Los ganimedianos son un pueblo primitivo y viven en villas aisladas, de unos cuantos habitantes cada una. Cubren enteramente la masa emergida de Ganímedes, que está distribuida en tres

continentes. Estimamos que la población total será de unos veinticinco millones.

Mojándose los labios, Kennedy miraba fijamente a los cuatro extraños seres que se proyectaban contra la nieve de metano, y trataba de adivinar qué relación podía existir entre Dinoli y todo aquello.

—Durante nuestra estancia, aprendimos los rudimentos de su lenguaje —prosiguió Brewster—. Es una lengua aglutinada, bastante simple; nuestros peritos lingüísticos ya están trabajando en ella. Descubrimos que los ganimedianos tienen sus agrupaciones de trabajo sistemático, con rivalidades entre sus tribus. No les inspiramos ningún temor, pero tampoco nos dieron muestras de que les agradáramos. Los reportes de los geólogos expedicionarios informan que Ganímedes es excepcionalmente rica en minerales radiactivos. Gracias.

La película llegó bruscamente a su fin con la última palabra de Brewster. Las luces se encendieron; los ojos de Kennedy, como los de los demás, estaban deslumbrados. La pantalla desapareció en el hueco del techo que la ocultaba.

Dinoli se inclinó hacia adelante. Sus ojos brillaban intensamente.

—Yo creo que ustedes comienzan a ver la magnitud de lo que se está desenvolviendo ante nosotros —les dijo, con solemnidad.

Kennedy se retorció con dificultad en su contorneada silla mientras veía algunas de las implicaciones. *Los reportes de los geólogos expedicionarios informan que Ganímedes es excepcionalmente rica en minerales radiactivos…*

La manera como Brewster lo había dicho hacía el efecto de presentarlo como poco práctico. Kennedy tenía muy buen oído para esas cosas poco prácticas; muy a menudo resultaba que se convertían en cosas de importancia crítica.

Dinoli miró de soslayo al más alto y gordo de los dos hombres de enlace, y dijo:

—Y ahora, ejecutivo Hubbell, ¿informará usted a mis hombres de las implicaciones que se desprenden de esta situación en Ganímedes?

Hubbell tosió solemnemente.

—Ustedes han visto vida extraña en esa luna con dimensiones de planeta. Saben ahora también que Ganímedes contiene abundante

riqueza mineral, que nuestra Corporación se propone explotar en nombre del bien público, en virtud del acuerdo tomado con las Naciones Unidas. Bien, nosotros hemos gastado considerables sumas en el desarrollo y acondicionamiento de naves para explorar el espacio. Contamos, naturalmente, con recuperar nuestras inversiones y gastos en Ganímedes. ¿Patridge?

Éste pestañeó como un soñoliento puma, y dijo, suavemente:

—Pensamos que puede haber ciertas dificultades para obtener de los ganimedianos los derechos de explotación de minerales.

Kennedy empezó a comprender la situación.

Dinoli hizo una mueca triunfante, y dijo:

—Aquí es donde entramos nosotros, muchachos. Puede haber un conflicto con los obstinados ganimedianos, y algunas gentes podrían llamar a eso una guerra de agresión. Realmente, es una necesidad absoluta: necesitamos lo que tiene Ganímedes. La Corporación ha invertido miles de millones para abrir el espacio a la humanidad. Ustedes comprenden esto. Todos ustedes son hombres listos e inteligentes.

—Naturalmente, el público quizá no simpatice con la necesidad que alegamos —dijo Patridge—; la gente podría pensar que somos imperialistas.

—Esta impresión naturalmente tendrá que ser contraatacada por una cuidadosa gerencia de Relaciones Públicas —añadió Hubbell, pensativo, cubriendo todo el asunto.

—Y nosotros hemos sido seleccionados para manejar el proyecto —terminó Dinoli.

Así estaba la cosa. Para eso se les había reunido. Kennedy se las arregló para conservar su cara libre de cualquier reacción emotiva: La Agencia Enmascarada, como Marge la llamaba en privado.

—Planeamos una intensa campaña que cubrirá el mundo entero —dijo Dinoli—. Estos caballeros trabajarán muy cerca de nosotros todo el tiempo necesario. Fechas específicas han sido debidamente fijadas; hay una determinada, bastante precisa, puedo asegurarlo, en la cual se harán públicos los primeros conocimientos de la existencia de la vida en Ganímedes.

»También un día exacto en el cual las fuerzas de ocupación de las Naciones Unidas serán puestas al servicio de la Corporación para ayudarle. Entre esas dos fechas, toda la responsabilidad para

manejar una intensa campaña será nuestra.

Dinoli se recostó en su asiento, y haciendo gestos, continuó:

—Nuestros estatutos prevén que en ningún tiempo podrán existir en nuestra organización más de cuatro hombres de segundo nivel. De cualquier forma, somos un grupo flexible, y para estimularlos, les informo que durante todo el tiempo que dure la campaña, la que iniciaremos dentro de la mayor brevedad, aquellos de ustedes que se encuentren en el tercer nivel percibirán salarios de segundo, aunque sin mejoría en el rango, y ustedes, muchachos del segundo nivel, verán también mejorados sus ingresos. Por lo que toca a usted, Spalding, percibirá salario de hombre de tercer nivel, aunque oficialmente continuará con su categoría de cuarto. De los resultados que se obtengan en la campaña dependerá el que esta mejoría económica sea permanente —los ojos del viejo recorrieron las filas de hombres, y preguntó—. ¿Está todo claro?

Hubo trece movimientos afirmativos.

—Bueno, entonces ustedes cuatro —dijo, señalando a los hombres del segundo nivel— servirán como coordinadores generales en el proyecto. El trabajo realmente intensivo será desempeñado por la gente del tercer nivel, y usted además, Spalding —con una sonrisa glacial, Dinoli continuó—. Este nuevo contrato tendrá preferencia sobre otros anteriores que hayamos firmado. Sus supervisores del segundo nivel discutirán con ustedes hasta qué punto es aconsejable destinar los proyectos sobre los cuales trabajan, a otro empleado de cuarto nivel —Dinoli se levantó —. Trabajaremos como una sola unidad compacta en este asunto. Y demostraremos a la Corporación que no se equivocó al escoger a Steward & Dinoli.

¿De acuerdo, caballeros?

Trece asentimientos.

—Bien.

Esta simple palabra fue suficiente para disolver la reunión. Salieron lentamente. Tom Kennedy salió tranquilo, profundamente concentrado, lo que le permitía evitar consideraciones en materia de ética.

Ya habría tiempo para ello.

Se preguntaba qué diría Marge. Pensó también en las caras blanquecinas de la película y la ilimitada simpatía de Marge por los

desafortunados del mundo.

TRES

El olor tibio, agradable, de comida cara y auténtica invadía la casa de Kennedy. Marge trajinaba por la cocina y ponía la mesa, mientras la cocina automática preparaba la comida.

Iban a comer filete, puré de papas y chícharos. Nada en el menú era sintético; todo natural.

—¡La cena está casi lista! —gritó Marge.

Kennedy bebió lo último que quedaba de su acostumbrado aperitivo, rascó al gato detrás de las orejas y cambió el control del aparato de sonido, pasando los tres altavoces de la sala al comedor. La cinta magnética contenía la obra segunda de Brandeburgo, de Bach, y al instante se dejó oír mezclada con el alegre tarareo que Marge inició.

Pasó Kennedy al baño para lavarse las manos en el aditamento automático, que empleaba sólo unos cuantos segundos en la operación. La suciedad del día había desaparecido. Miró, reflejada en el espejo, su cara pálida y delgada; aunque sólo tenía treinta y dos años, ya habían empezado a formársele arrugas alrededor de los ojos. El ruido de la secadora de manos cesó; Kennedy salió del baño y atravesó la cocina para entrar al comedor.

—Es a Spalding a quien no entiendo —dijo Kennedy, en tono cortante, reanudando la conversación iniciada hacía una hora—. Siendo un hombre de cuarto nivel le confieren atribuciones de tercero, sólo para que trabaje en ese nuevo proyecto, y todavía se siente descontento, como si estuviera en el infierno.

—Quizá Dave no está interesado en el asunto.

—Quizá… ¿eh? ¿Y qué tiene que ver si está o no interesado? Cualquier empleado que disfruta de un salario está obligado a trabajar por él. ¿Tú crees que a mí me importaba aquel buen

hombre de Nebraska, cuando traté el negocio de la bauxita?

—No.

—Exactamente. Y a pesar de ello, en el transcurso de dos semanas me veía tan envuelto e identificado con el proyecto, que realmente me dolió que me retiraran de él para meterme en este nuevo. ¿Podrías entenderlo?

Marge sonrió dulcemente.

—Creo que sí puedo. Pero tú dices que Dave no está precisamente ansioso por trabajar en lo de Ganímedes. Debe existir alguna buena razón para ello.

—Es la misma razón que lo tiene estancado en el cuarto nivel, cuando ya debía pertenecer al tercero —Kennedy atacó ferozmente su carne, y después de un momento, continuó—. No tiene el espíritu adecuado. Talento sí, pero ese «extra» intangible, no. Y no creas que Dinoli no lo sabe. No me sorprendería que haya puesto a Dave a trabajar con categoría y responsabilidades de tercer nivel para que pase una de dos cosas: o da buenos resultados o lo echan fuera.

—Siempre pensé que Dave tenía demasiados escrúpulos para trabajar en esa agencia —dijo Marge.

—¿Estás diciendo que yo no tengo escrúpulos?

Marge se encogió de hombros, y dijo:

—Tus papas se están enfriando, querido. Naturalmente que eres una persona escrupulosa, pero en diferente forma. ¿Sabes una cosa?

—No. Pero cambia de tema —Kennedy no podía ver la afición de su esposa por Spalding y regularmente evitaba el que éste fuera invitado a su casa.

—Supongo que Alf Haugen está tremendamente entusiasmado por el nuevo proyecto —dijo Marge.

—Alf es el primer hombre de la compañía. Mientras le subieran el salario, a él no le importaría que le dieran el empleo de convertir a la humanidad entera en caníbales. Ten la seguridad de que lo aceptaría. Naturalmente que es muy entusiasta; haría cualquier cosa que Dinoli le dijera.

—Todavía no me has dicho en qué consiste ese nuevo contrato —dijo Marge, tranquilamente.

Kennedy suspendió su bocado para responder.

—Es absolutamente confidencial.

Haciendo un puchero, Marge le replicó:

—Tú has hecho antes trabajos clasificados, ¿acaso supiste que los divulgara?

—Este es diferente —dijo con calma Tom—. Esto debe permanecer en absoluto secreto. No puedo decirte nada, Marge.

—Muy bien. No me digas nada; Laurie Haugen lo hará. Esa boquifloja no puede permanecer callada por…

—Laurie no lo sabrá, porque Alf no se lo dirá —Kennedy se daba cuenta de lo tontas que se oían estas frases. Movió la cabeza tristemente—. Marge, dime, ¿no puedes aceptar un definitivo «no»?

—Si no me queda otra alternativa… —dijo ella, suspirando. Y empezó a retirar de la mesa los platos sucios. Kennedy pudo darse cuenta de que estaba enojada por la repentina actitud que adoptó.

Cerró los ojos por un momento, pensando, tratando de encontrar fuerzas para decírselo. Llevaban ya ocho años casados; contrajeron matrimonio precisamente la noche en que él se graduó, en el año 2036. En la Northwestern obtuvo su título de Bachiller en Comunicaciones y terminó en primer lugar entre todo su grupo. Gustosamente aceptó irse al este a trabajar para
Steward & Dinoli,
como hombre de quinto nivel.

Ocho años, y había logrado que lo ascendieran hasta el tercer nivel y la probabilidad de lograr el segundo en unos pocos años más. Él siempre había sido franco con Marge en todos los asuntos y ella lo amaba y respetaba por ello. Pero ahora…

Se lo contara o no, iba a sentirse endiabladamente mal. Si se negaba sería en el futuro una cuña entre los dos, o quizá un océano enorme se abriría si se lo dijera. Empezó a sudar.

—Ven acá, Marge —la llamó con voz ronca—. Siéntate, te contaré acerca de ese nuevo contrato.

Marge llegó al momento y se sentó al lado opuesto.

—¿Y bien?

—Ha habido una expedición espacial a Ganímedes; ésta es una de las lunas de Júpiter, ya lo sabes. Es suficientemente grande para clasificarla como planeta. Han encontrado habitantes. Gente inteligente.

—¡Maravilloso! ¿Cómo son? ¿Has visto algunas fotografías de ellos? ¿Son…?

—Espen un momento —dijo Kennedy, con voz opaca—.

También encontraron minerales radiactivos; el lugar está literalmente abarrotado de esos yacimientos, que la Tierra necesita desesperadamente. Solamente que los aborígenes se niegan a permitir operaciones de explotación…; algunas tribus sin sentido común. De modo que la Corporación quizá tenga algunos problemas. Si se presenta una resistencia armada, posiblemente tengan que pedir al ejército de las Naciones Unidas que intervenga en su favor. Es un asunto por el bien del público —continuó Tom—. Los aborígenes no están usando esos minerales y la economía entera de la Tierra está basada en ellos. De manera que
Steward & Dinoli
han sido llamados para manejar una campaña de publicidad. Aparentemente da la impresión de una injusticia; que la Corporación ha agredido a criaturas primitivas, etc. Naturalmente, para suavizar las cosas, hay que hacer aparecer que todo lo que se haga será para cubrir las necesidades existentes en la Tierra y…

Detuvo su relación repentinamente, dándose cuenta de la expresión que cruzó momentáneamente por la cara de Marge.

—Tú soñaste con eso anoche —le dijo ella, con voz suave, apenas perceptible—, acerca de guerra. Es gracioso; yo no creía en esas cosas… hasta ahora.

—¡Marge!

—Tú dijiste que era una guerra terrible. Gentes inocentes exterminadas. ¿Recuerdas?

—No será una guerra, Marge; ellos simplemente ocuparán el lugar pacíficamente. No podemos dejar que se pudran allí todos esos valiosos yacimientos. Tú lo sabes bien.

Ella lo miró con extrañeza.

—Supongamos que los aborígenes objetan esa pacífica ocupación; entonces, ¿qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Cómo pueden ellos? Si son seres simples, extraños, primitivos; yo no creo que posean armas de fuego, y menos atómicas.

—Ninguno de ustedes tiene conciencia, ¿verdad? —preguntó Marge—. Excepto Spalding; él es el único que parece encontrarse profundamente afectado por esto. Ninguno de ustedes lo siente. Ustedes simplemente consideran que ello les traerá bonos e incremento en sus ingresos —su voz era cortante—. Alf Haugen

probablemente ya estará planeando adquirir un nuevo automóvil de fabricación especial. Es todo en lo que pensará. Y tú, Tom, ¿qué piensas?

Se levantó súbitamente de la mesa, corriendo hacía la habitación que se encontraba a oscuras. Él la siguió.

En la oscuridad apenas alcanzó a distinguir su figura tirada en el sofá que todas las noches convertían en cama. Marge sollozaba calladamente.

—Marge —susurró—, no te pongas de esta manera. Es un trabajo como cualquier otro; eso es todo: otro trabajo. Yo no voy a matar ganimedianos. No portaré un revólver. No importa lo que yo piense, diga o haga; de todas maneras va a ocurrir. ¿Por qué vas a hacerme cargos? ¿Por qué lastimarnos mutuamente, Marge?

Los sollozos cesaron, y Kennedy se dio cuenta de que ella no podía distinguir bien en la oscuridad y batallaba consigo misma. Finalmente se sentó.

—Muy bien, querido. Creo que estoy tomando este asunto demasiado en serio —trató de sonreír.

Había sido una tarde bastante pesada. Habían hecho planes para visitar a unos vecinos camino abajo, pero Marge tenía los ojos hinchados de llorar y Kennedy se encontraba ya de pésimo humor. Telefoneó para disculparse, alegando que no podrían acudir por tener que hacer un trabajo de emergencia.

Tuvo unos momentos de torpeza mientras le ayudaba a levantar los platos de la comida; dos veces se miraron el uno al otro y él titubeaba.

Se sentía muy cansado.

Tom Kennedy se había sentido orgulloso por largo tiempo de tener una esposa de criterio amplio. La libertad de pensamiento era una de las cosas por las que él la amaba. Pero también eso podía volverse demasiado pesado. «Quizá si tuviéramos hijos», pensaba Tom. Probablemente así su esposa no se vería tan afectada por las «causas y movimientos». Pero nunca los habían tenido y quizá nunca los tendrían.

Escucharon música por un buen rato. Kennedy sólo a medias puso atención al Quinteto de Bocherini y al Octeto de Schubert que tanto gustaban a Marge. Ella era muy aficionada a la música de cámara y ordinariamente también Kennedy, pero aquella noche

todo le parecía enfadoso.

A cinco para las ocho, él sugirió:

—Vamos a ver el video, ¿eh, Marge? Hace mucho tiempo que no lo hacemos.

—Lo que te agrade, encanto —dijo ella, mecánicamente.

Él atenuó las luces y oprimió el switch del aparato. Era uno nuevo, de un metro veinte, empotrado en la pared opuesta al sofá. Una necesidad social, pero casi nunca lo usaban.

Un vórtice de luz de colores remolineó vagamente por un instante y entonces la pantalla se aclaró. Habían seleccionado un programa que estaba en su final, y un alegre, animado comercial entró. Kennedy juzgó como ofensivas aquellas tiernas figuras danzantes.

El programa terminó. Un sonido con que marcan el tiempo se dejó oír y una voz ronca anunció: «Las ocho pasado meridiano, tiempo estándar del Este. De costa a costa los relojes radiofónicos Levree le indican la hora *todo el tiempo*, sin engranes ni cuerdas».

Nuevamente la pantalla mostró el vórtice de color. Otra voz dijo: «El programa que normalmente debíamos pasar a esta hora ha sido cancelado para poner en el aire información especial del gobierno».

—Déjame cambiar de estación —dijo Kennedy—. Esto será aburrido y nosotros necesitamos algo divertido para esta noche.

Ella le detuvo por el brazo, diciéndole:

—No. Vamos primero a ver de qué se trata. Puede ser importante.

Apareció un anunciador de dientes blancos, impecablemente vestido, con el bigote teñido de rojo y meticulosamente arreglado.

—Buenas noches —comenzó—. Yo soy Nat Howell, de la cadena de noticias, trayéndoles a ustedes un programa especial que cubre las nuevas del día, del año y del siglo: el descubrimiento de seres inteligentes, que viven en otro mundo de nuestro sistema solar.

Kennedy contrajo todos sus músculos.

—¿Ya? ¿Tan pronto lo han soltado?

—Con toda seguridad nos perdimos los últimos boletines —dijo Marge.

—… Fue revelado por el Presidente esta tarde a las 4:45, en una conferencia especial de prensa. Las nuevas fascinaron al mundo, por la existencia de vida en otros planetas. Los detalles de la expedición

aún no los presentamos, pero de todos modos es privilegio nuestro exhibir a ustedes la primera película tomada por miembros de la expedición a Ganímedes.

La película era la misma que Kennedy vio en la oficina de Dinoli, aunque esta vez los comentarios profesionales habían sido suprimidos.

Cuando el filme alcanzó la parte en la cual aparecían los aborígenes ganimedianos, oyó que Marge, sin poder reprimirse, decía:

—¡Pero si son como niños! Indefensos, desnudos, ¡unas criaturitas! ¿Y es a esos pobres seres a los que les vamos a declarar la guerra?

—Solamente vamos a ocupar su territorio —dijo Kennedy, con terquedad—, y administrándolo para ellos, probablemente a la larga se verán beneficiados.

—A menos que ellos no quieran verse beneficiados —contestó Marge.

Kennedy movió la cabeza. Ya era del dominio público; al día siguiente, la campaña detrás del escenario daría principio en las oficinas de
Steward & Dinoli.
«¡Qué estupendo provecho para un hombre, si es promovido a segundo nivel y a cambio de ello pierde a su esposa durante el proceso!», pensó fríamente.

Atrajo a Marge y la estrechó fuertemente contra sí. Después de unos momentos de vacilación, ella separó la vista de la pantalla para mirarle a la cara, con una mirada que él pensó sería de no disimulado afecto.

CUATRO

Al siguiente día era el cuatro de mayo de 2044, y el primero de un intenso trabajo en el contrato de Ganímedes.

La dramática publicación de las primeras noticias la noche anterior parecía ser el tópico de discusión universal. Las hojas de telefax, los comentadores de noticias, los choferes de taxi tenían sus propias opiniones acerca de la revelación. Kennedy juzgó esto como el estado primordial de una era todavía sin forma, antes de que las astutas mentes de
Steward & Dinoli
se pusieran a trabajar y modelaran a su antojo la opinión pública para hacerla salir del caos actual.

Se reunieron en la oficina de Ernie Watsinski, hombre de segundo nivel de Relaciones Públicas e incidentalmente yerno de Dinoli. Watsinski era un hombre de treinta y ocho años, hombros caídos, vista débil, con un cráneo semejante a una cúpula cubierto de un cabello ralo y rojizo. Era fácil apreciarlo, y tenía una admirable capacidad para tomar decisiones rápidas. Había logrado la categoría de segundo nivel a la edad de treinta y un años, y se casó con la hija de Dinoli al año siguiente.

El mobiliario de su oficina, al estilo siglo XX, le daba un aspecto ascético y severo. Se paró detrás de una silla de escritorio de color limón y miró alrededor del cuarto.

Los ocho hombres de tercer nivel estaban presentes, y, además Dave Spalding, del cuarto.

—¿Cuántos de ustedes vieron cuando la gran noticia fue dada a conocer anoche? —preguntó—. ¿Todos ustedes? Muy bien. Eso es lo que me gustaría tratar aquí. Yo personalmente elaboré ese programa, ustedes lo saben, con la ayuda de Hubbell y Patridge —

se sentó en su silla, recostándose, y cruzó sus largas piernas como de araña—. Sus colegas del sexto y séptimo nivel han estado haciendo escrutinios toda la mañana. Al parecer, casi todos vieron anoche la película. El resultado del escrutinio nos muestra que un tremendo interés se ha enfocado hacia este asunto de Ganímedes.

»Muy bien, ahora es nuestra la labor de canalizar ese interés debidamente. ¿Está claro y diáfano? —Sin esperar respuesta, continuó—. Ustedes han sido relevados de sus presentes asignaciones. Desde hoy trabajarán directamente bajo mis órdenes; los otros tres hombres de segundo nivel operarán periféricamente en la misma área general, pero la clave del trabajo en este contrato va a salir de esta oficina. ¿Alguna pregunta…? Bueno. Vamos a discutir esto durante una media hora; quiero una sugestión para un acercamiento amplio. ¿Kennedy?

—Tengo una o dos ideas sobre nuestro plan general, si eso no ha sido aún determinado.

—Todavía no; para eso es para lo que estamos aquí. Adelante.

—Bueno —dijo Kennedy, cautelosamente—, mi esposa y yo vimos cuidadosamente el programa. Su reacción a la vista de los ganimedianos fue de lástima. Se sublevaron en ella sus instintos maternales de protección. Yo sugeriría que aprovecháramos esto, Ernie. Los pobres inocentes ganimedianos con aspecto de niño, que deberían ser conquistados por nuestras fuerzas de ocupación para su propio bien.

—Plan astuto, Kennedy. Vamos a discutirlo un poco. ¿Haugen?

—Me opongo rotundamente —dijo Alf Haugen, pesadamente; juntó sus carnosos dedos para continuar—. Mi esposa reaccionó casi de la misma manera que la de Kennedy. Hasta le parecieron hermosos. Los escrutinios probablemente le indicarán a usted que ha causado una reacción universal. Muy bien. Seguiremos el plan de Kennedy y crearemos la opinión de que los ganimedianos son niños en un bosque. ¿Qué pasaría si ellos deciden repeler nuestros ataques? Supongamos que hay una masacre cuando tratemos de ocupar Ganímedes…

—Explíquese —dijo Watsinski.

—Lo que puede ocurrir es esto: quizá sea necesario ametrallar por rebaños a esas criaturas. Si eso ocurre, no podremos ocultarlo al público, Ernie, y la protesta sería fantástica. Hasta quizá se desatara

una revolución. El Gobierno ciertamente tendría un grave problema entre manos.

Watsinski entrecerró los ojos a tal grado que se veían como simples hendiduras. Se golpeó en un lado su larga y curva nariz, y finalmente, dijo:

—Kennedy, ¿ya ve usted el defecto de su proposición?

Ruborizado, Tom Kennedy asintió. Haugen había desbaratado su idea, rápida y sensiblemente. Tendrían que preparar al público para lo peor.

Watsinski miró alrededor de la mesa.

—Antes de seguir adelante —dijo—, ¿hay alguno más que quiera seguir el plan de Kennedy?

Lentamente, Dave Spalding levantó la mano.

—Yo. Creo que es un error esperar una masacre. La ocupación deberá ser tan pacífica como sea posible, y si nosotros elaboramos un plan de publicidad a base de amor por los ganimedianos, entonces deberá ser pacífico.

Hubo un instante de silencio. Watsinski dijo:

—Spalding, usted es solamente un hombre de cuarto nivel, y podemos hacer concesiones. Pero aquí tratamos por ahora de precisar la opinión del público. No tratamos de que los hechos de la Corporación encajen en la atmósfera que hemos creado. Sucede que «ellos» nos emplean a «nosotros». Esto ya le ha lastimado a usted antes, Spalding, y probablemente le va a lastimar otra vez si no aclara sus pensamientos.

El hombre joven de cuarto nivel se puso pálido por el reproche. Sus fosas nasales se alteraron en momentáneo enojo, pero no dijo nada.

Watsinski dijo:

—Bueno, podemos seguir adelante, discutámoslo algo más; escucho.

Lloyd Presslie saltó al ruedo.

—Podemos considerar el lado opuesto del plan de Kennedy. Pintemos a los ganimedianos como monstruos, demonios extraños de un planeta congelado. Borremos este maldito amor maternal del mapa, para ponernos en el caso de que tengamos que caer sobre ellos duramente.

Watsinski sonreía, mostrando sus dientes amarillentos y

desparejos.

—Me gusta —dijo gentilmente—. Me gusta. Analicémoslo un poco más, ¿les parece?

Kennedy comió su almuerzo ese día como lo había hecho rutinariamente durante los ocho años que llevaba sirviendo a Steward & Dinoli,
en la cafetería del piso décimo de la agencia. Extrajo de su cartera la tarjeta de identificación, la sacudió contra el plato de plástico reluciente en la pared del dispensario y esperó para que la revisaran.

Un momento más tarde, el almuerzo de tercer nivel para los jueves salió de una ranura un poco más abajo del dispensario. Filetes de algas, vegnix sintético y una taza de café claro, pero indudablemente café natural. Dinoli no había sido nunca muy liberal con los almuerzos.

Precisamente cuando se preparaba para ir a la mesa del tercer nivel, al frente de la cafetería, alguien le tocó en el codo y casi tiró su bandeja. Se volvió, disgustado. Dave Spalding estaba detrás de él, sonriendo, en actitud de disculpa.

Kennedy echó una mirada a la bandeja con almuerzo de cuarto nivel que traía en las manos Spalding y que afortunadamente él había olvidado hacía tiempo. No le agradaría volver a tales almuerzos: sopa muy ligera, salsa de proteínas, empanadas de manzana y bebida sintética de cafeína.

—¿Qué pasa, Dave? ¿Deseas hablar conmigo?

Spalding asintió.

—A menos que hayas hecho planes para el almuerzo, podríamos tomar una de las mesas de al lado.

Encogiéndose de hombros, Kennedy aceptó. Quizá Spalding quisiera pedirle consejo. De acuerdo con su categoría de tercer nivel, una de sus responsabilidades consistía en ayudar a cualquier hombre de rango inferior que lo solicitara.

Kennedy se sentía enfermo con facilidad. Spalding tenía veintiocho años, la edad de Marge, cuatro años más joven que él. Cuando Zack Harris dejó la agencia hacía un año —para trabajar como agente independiente de prensa—, a Spalding le correspondía

haber tomado su lugar en el tercer nivel, pero en vez de dárselo promovieron a Lloyd Presslie.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Kennedy.

—El contrato de Ganímedes. Quiero saber lo que tú piensas acerca de él.

—Un trabajo como cualquier otro —contestó Kennedy—. Posiblemente un poco más duro que otros, es todo.

—¿Solamente un trabajo? ¿Un poco más duro?

—¿Tú crees que puede ser algo más?

—El mayor engaño desde los días de Judas, y tú lo sabes, tan «diáfano» como yo —dijo Spalding, tranquilamente, imitando irónicamente la palabra favorita de Ernie Watsinski—. Todo esto es una toma al desnudo de territorio estratégico.

—¿Y acaso eso importa? —replicó Kennedy—. ¿Qué utilidad estamos vendiendo? Si quieres empezar a planear linderos de ética, tendrías que sacudir a la agencia entera. Yo he tenido muchos trabajos como éste, quiero decir, similares a éste. Y tú también. Sólo para darte un ejemplo, aquel asunto de la bauxita federal en que intervine…

—Sé que tuviste que convencer a alguna gente de Nebraska de que su abastecimiento de agua no estaba siendo contaminada. Supongo que eso fue demasiado poco como para tragártelo. Pero esto de Ganímedes es demasiado grande. Estamos vendiendo dos mundos, el nuestro y el de ellos. Tom, yo quiero salirme.

—¿Fuera del contrato?

—Fuera de la agencia.

Kennedy permaneció en silencio por unos momentos.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto precisamente a mí?

—Tenía que decírselo a alguien, Tom; siento que puedo confiar en ti. Creo que tú estás básicamente de mi lado. Yo sé que Marge lo está. Ella te podrá convencer.

—Deja a Marge fuera de esta discusión —dijo Kennedy, conteniendo su enojo.

Spalding no era más que un muchacho violento, a pesar de sus veintiocho años. Algunos de ellos nunca maduran, jamás aprenden que la vida es esencialmente un montón de compromisos entre compromisos. Y que uno siempre debe tratar de superarse.

—¿De veras dejarías la agencia por este simple contrato? —

prosiguió.

—He estado pensando en ello desde hace mucho tiempo. Hemos venido manejando una venta tras otra, pero ésta es demasiado grande. Me parece repugnante, Tom. Traté de seguir el juego con los demás, pero tenían que sacarme del cuarto nivel sólo para trabajar en esto. ¿Por qué?

—Probablemente querían saber cómo reaccionarías.

—Bueno, pues ya van a verlo —dijo Spalding, agudamente—. Traté de poner mi tiro cuando nos reunimos con Watsinski. Aunque te diste por vencido, yo estaba defendiendo tu punto de vista. Pero ya te diste cuenta de cómo me lo reprocharon. La política a seguir en este asunto ha sido resuelta desde hace tiempo, Tom.

—Escucha, Dave: permanece aquí algo más, una semana o dos, hasta un mes. No te precipites en nada —Kennedy se preguntó por qué tenía que meterse en estos líos tratando de persuadir a Spalding para que estuviera en un lugar que obviamente odiaba y del cual ya se encontraba cansado—. Piénsalo bien antes de hacer cualquier movimiento. Una vez te retires de Dinoli, quedarás hundido para siempre.

Los párpados de Spalding bajaron pensativamente. Después de un largo silencio, dijo:

—Quizá tengas razón en tus reflexiones. Me quedaré por dos semanas más, pero sólo para ver si puedo encauzar el contrato hacia una dirección mejor. Si no da resultado, me retiraré.

—Es una actitud razonable.

Spalding dijo, burlonamente:

—Supongo que tú serás hombre de la agencia por el resto de tu vida, sólidamente atraído por las grandes virtudes de Lou Dinoli.

—Él no es un santo, y tampoco lo soy yo. En estos días no produce nada inclinarse por la santidad. Pero conservaré mi empleo, y ya seré capaz de vivir con mi conciencia después.

—Me gustaría verlo —murmuró Spalding.

—¿Qué dices?

—Nada —dijo Spalding rápidamente—; hablaba conmigo mismo, es una mala costumbre que tengo.

Sonó el gong, finalizando la hora del almuerzo. Spalding tocó el brazo de Kennedy con un ademán de gratitud y se retiró, depositando su bandeja en el carro destinado para ellas.

Lentamente, Kennedy lo siguió, hizo lo mismo, y para sus adentros se dijo:

«No tengo ilusiones; yo no soy un hombre fanático de la agencia, como Haugen. Muchas de las cosas que hacemos aquí están podridas. Este nuevo contrato también, pero no reditúa nada el enfrentarse y decirlo. La persona que se les enfrenta sólo consigue rápidos y humillantes reproches».

Sintió una súbita oleada de piedad por Dave Spalding. Este no era un mundo para un hombre de conciencia. Se encaminó hacia su escritorio para dar principio al anteproyecto de la Campaña de Ganímedes.

CINCO

El mes de mayo terminó; la organización de
Steward & Dinoli
pasó de su previa jornada de contratos al trabajo acompasado para el cual habían sido contratados. Un joven de cuarto nivel llamado Furman relevó a Tom Kennedy en la cartera de la Bauxita Federal: desde ese momento, se convirtió en un miembro de tiempo completo del Proyecto Ganímedes.

Watsinski era su superior inmediato, el coordinador de ideas del proyecto. Cada uno de los otros tres hombres de segundo nivel tenía su propia responsabilidad especial en el asunto: Kauder, encargado de las compras especiales; McDermontt, agente de comunicaciones del gobierno —que procuraba obtener la aprobación de las Naciones Unidas—; Poggioli, clasificador de opiniones y pruebas de orientación. Pero estas eran esencialmente empresas subsidiarias, ya que la central ideológica era canalizada a través de Watsinski.

Nueve personas formaban el equipo de Watsinski: Kennedy, Haugen, Spalding, Preslie, Cameron, Richardson, Fleischman, Lund y Whitman. Esos eran los hombres que venderían Ganímedes al pueblo de la Tierra.

Ninguno de ellos —ni siquiera Watsinski— parecía tener gran apuro por poner en práctica el proyecto. Pasaron los primeros días simplemente elaborando ideas y archivándolas, pero no se preocuparon por discutirlas.

Había ciertas fechas precisas que debían tener bien presentes; Kennedy las anotó cuidadosamente en su agenda personal tan pronto como se las enviaron sus superiores:

mayo de 2044: Primer alarde publicitario.

8 de julio: Iniciar la transición de los sentimientos públicos; preparar una desagradable descripción de los ganimedianos.

17 de septiembre: Intensificación del programa; encaminarse hacia el clímax de la operación.

22 de septiembre: La Corporación comenzará a pedir a las Naciones Unidas que consideren el darle ayuda en caso necesario; subrayar a través de
Steward & Dinoli.

11 de octubre: Incidente climático enviará la Corporación ante las Naciones Unidas con una súplica de ayuda.

17 de octubre (tiempo óptimo deseado): Las Naciones Unidas deben tomar la decisión de invadir Ganímedes para salvaguardar los derechos de la Corporación.

Kennedy se abstuvo de mostrar a Marge la tabla de fechas, sabía por anticipado la inmediata reacción que ella tendría. Más o menos sería semejante a la que tuvo Dave Spalding el día en que les enviaron el memorándum para la primera reunión. Su escritorio había sido cambiado del piso que ocupaba en el cuarto nivel, al cual aún pertenecía; trabajaba ya cerca de Haugen y Kennedy.

Cuando un empleado de otra oficina depositó sobre el escritorio de Spalding una nota sellada, éste la tomó inmediatamente, y abriéndola, exclamó:

—Bueno, aquí están los «planos para la conquista».

Alf Haugen tiró su memorándum sobre la brillante superficie de su escritorio y miró de reojo a Spalding, con una mirada afligida en su gruesa cara.

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

Toda la oficina se agitó. Suavemente, Kennedy dijo:

—Siempre el mismo cínico, ¿eh, Dave? Tú pensarías que los ganimedianos se iban a dejar atrapar entre el polvo. Tienes que llevárselo a Dinoli —continuó sin detenerse—. Él puede preparar un horario determinado con seis o siete meses de anticipación y juzgar todos los rumbos en forma tan perfecta, que nosotros no necesitaremos hacer correcciones que excedan de veinticuatro horas.

—Son trucos de la profesión —dijo Haugen—. Dinoli es un tiburón. Un verdadero tiburón. ¡Oh, Dios, cómo respeto a ese hombre!

Kennedy dobló meticulosamente el memorándum y lo metió en su escritorio. Se dirigió hacia el lugar de Spalding, e inclinándose hasta poner su cara junto a la de él, le dijo:

—Dave, ¿tienes un minuto libre? Voy a la biblioteca a recoger unas cosas y necesito que me des una mano.

—¿Por qué no llamas a un cadete?

La punta del zapato de Spalding sobresalía debajo de su escritorio. Kennedy se tropezó con él, y pisándole fuertemente, le dijo:

—No confío en esos cadetes; me gustaría que tú me ayudaras.

Spalding lo miró asombrado, pero aceptó, encogiéndose de hombros. Cuando salieron del área del tercer nivel y se encontraron en el corredor, Kennedy le tomó fuertemente del brazo y le dijo, en voz baja:

—Eso de «planos para la conquista» que pregonaste, estuvo un poco fuera de lugar, Dave. No debías de haberlo dicho.

—¿Por qué no?

—Ni aquí ni allá. No debes tú, ni nadie, alterar el orden en el área del tercer nivel. Si Haugen te reporta, habrá estado dentro de sus derechos al hacerlo.

Una fría sonrisa cruzó por la cara de Spalding.

—¿Es contra la ley censurar un negocio sucio? —dijo secamente.

—Sí —dijo Kennedy—. O te apegas a él y mantienes la boca cerrada, o te sales. Una u otra cosa. ¿Qué pasó con lo que dijiste de que te retirarías?

—Permanezco aquí porque necesito el dinero. Estoy percibiendo sueldo de tercer nivel y eso es muy bueno. Unos cuantos meses de recibir la plata de papá Dinoli y tendré suficiente para retirarme y hacer lo que yo quiera. Lo que yo *realmente* quiera —los ojos de Spalding brillaron—. Lucha del cinismo contra el cinismo. Esa es la única forma.

Kennedy parpadeó sin decir nada.

—Ahora bien —prosiguió Spalding—, eso de recoger algo de la biblioteca, ¿hablabas en serio, o sólo fue un pretexto para darme un consejo?

—Sólo fue un pretexto —admitió Kennedy.

—Así lo pensé. Entonces, ¿te importa si vuelvo a mi trabajo?

Spalding sonrió, y dio la vuelta.

—Tú, piojo —dijo Kennedy, hablando consigo mismo, mientras aquél se alejaba.

Media hora más tarde se encontraba sentado en su lugar a la mesa en la oficina de Ernie Watsinski. Éste, con su figura larguirucha, sin gracia, echado sobre la silla, esperaba tranquilamente que se reuniera el grupo para la asamblea.

—Hoy, caballeros, es once de mayo —empezó con voz aguda—. Hace precisamente una semana que nos reunimos en esta misma oficina. También ahora… considero que todos ustedes habrán visto la circular con las fechas que envié esta mañana. Si alguno de ustedes no la vio, que alce la mano. Bueno; como decía, también hace precisamente diez días que empezó la fase pública de nuestra campaña.

»Les he dado a ustedes esta semana para pensar las cosas, para que analicen el panorama completo y se ajusten a él. Ustedes saben que en
Steward & Dinoli
consideramos el trabajo de relaciones públicas como una creación artística. Ustedes le están dando forma estética a un todo. La belleza de una Mona Lisa, o un Rembrandt, o una sinfonía de Beethoven. Si alguno de ustedes no *siente* este asunto de Ganímedes con todo lo que posee, yo le agradeceré que me lo diga aquí mismo ahora, o más tarde en privado. Esto tiene que ser real. Debe ser sincero, caballeros.

Watsinski parecía haber trabajado con autentica pasión en su rapsodia. Sus ojos estaban brillantes y con lágrimas.

—Muy bien, caballeros, vamos a trabajar —dijo súbitamente, con un tono de voz enteramente distinto—. En nuestra última reunión decidimos, acerca de la forma de acercarnos al publico, que tomaríamos en cuenta la distintas posibilidades de acción enérgica en Ganímedes, y por tal razón presentar a los ganimedianos como tipos antipáticos. Imagino que todos han estado pensando acerca de las diferentes maneras y caminos para hacer esto. Richardson,

empiece a hablar.

Richardson se pasó la mano por su delgado cabello y dijo:

—He estado pensando en tres o cuatro distintas formas de acercarnos a nuestra finalidad, Ernie, pero no las pondré todas sobre la mesa en este momento. La forma básica de manejarlas es una niñada: pequeñines y mujeres. De todas maneras, los hombres no forman sus propias opiniones. Propongo que abordemos este asunto filtrando material anti-Ganímedes entre las funciones para los niños y las transmisiones vespertinas de televideo para las mujeres. He bosquejado brevemente el cómo hacerlo, con una lista de quince funciones selectas y los aspectos de cada una. ¿Quiere usted que se las presente ahora, o que las reserve para mas tarde?

Watsinski se revolvió, impaciente, y le contestó:

—Por ahora no las exponga, Claude. Todavía estamos buscando el modelo adecuado. Los detalles instrumentales vendrán después.

Y así, alrededor de la mesa, se fueron tomando opiniones; Alf Haugen había desarrollado una idea engañosa proganimedianos, para adaptarla a programas de video y prensa y hacerlos circular por el mundo, escogiendo cuidadosamente los países, seleccionando especialmente algunos de los que estuvieran en contra de los Estados Unidos. Entonces, haciendo uso de un switch de contraste, la opinión local podría ser fundada en una proposición básica: «Si ellos están en favor, nosotros iremos en contra».

A Watsinski le agradó la idea. Fleischman entonces ofreció la suya, un producto típicamente «fleischmanoide», preparado en forma oscura para atraer la atención pública entre las escuelas superiores y las de jardín de infantes simultáneamente, y hacer que chicos y adolescentes sirvieran como propagandistas. Watsinski también la consideró como aceptable.

Le llegó el turno a Kennedy.

Nerviosamente se arregló el cuello de la camisa, y poniendo su portafolios sobre la mesa, comenzó:

—He esbozado un plan que substancialmente puede ser utilizado con los que acabamos de oír, Ernie. Puede usarse con cualquiera de ellos.

—Vamos a oírlo —dijo Watsinski.

—Lo expondré brevemente: necesitamos un hombre de paja, un maniquí al cual pisotear. Algo para atraer las simpatías locales,

firme y definitivamente —Watsinski asentía, Kennedy se humedeció los labios—. Hasta ahora los únicos seres humanos que se encuentran en Ganímedes son un par de docenas de astronautas y hombres de ciencia. No creo que haya alguna mujer o niño en el lugar. ¿Dónde está el interés humano? ¿Dónde está lo patético? ¿Cómo podremos despertar las emociones humanas cuando enfoquemos nuestros reflectores contra los ganimedianos? ¿Quién daría un comino por un montón de científicos de la Corporación?

»No —continuó Kennedy—, aquí está mi sugestión: comenzaremos por divulgar que se establecerá o que ya existe una colonia de terrícolas en Ganímedes. Voluntarios: un par de cientos de valientes dispuestos al sacrificio, con mujeres y niños. Naturalmente, no habrá tal colonia; la Corporación no enviaría personal no combatiente a un área que, como la de Ganímedes, no se encuentra establecida militarmente. Pero el público no tiene por qué saber eso. Si empezamos a creer en ello nosotros mismos, entonces el público creerá también. Y una vez que tengamos el firme apoyo de sus simpatías, podremos hacer de ellos lo que queramos.

Apenas había terminado de hablar Kennedy cuando ya media docena de manos se encontraban en el aire pidiendo la palabra.

Presslie saltó de su silla, y dijo:

—¡Naturalmente! Entonces podremos seguir adelante con el plan, circulando la noticia de que los ganimedianos destruyeron esa colonia. Se puede apostar con seguridad a que se obtendrá aprobación pública para la inmediata y necesaria intervención policíaca. ¡Inocentes mujeres y niños que perecen! ¡Llamas, sangre! ¡Esto es precisamente lo que necesitamos! Naturalmente, puedo sugerir ciertas modificaciones, pero esas vendrán después.

Watsinski asintió.

—Kennedy, parece que nos ha proporcionado una brillante idea. Voy a sugerírsela a Dinoli como nuestra línea básica para iniciar la campaña y elaborar alrededor de ella otros planes. Buen trabajo, Kennedy. Lund, vamos ahora a oír lo suyo. Quiero que todos los presentes expongan sus ideas.

SEIS

Ese mismo día, Kennedy estaba trabajando en su escritorio cuando sonó el teléfono. Lo tomó al momento y oyó la voz seca de Ernie Watsinski:

—¿Kennedy? Habla Ernie. ¿Puede venir a mi oficina por unos minutos?

Watsinski lo esperaba cuando él entró. El hombre de segundo nivel usaba un austero —o más bien fúnebre— traje de negocios y una peluca roja brillante.

—Le llevé a Dinoli su sugestión —le dijo—. El viejo la encontró muy buena. Piensa que es estupenda. Lo mismo opinaron Kaudere, McDermott y Poggioli.

—Me alegra que la hayan tomado en cuenta.

Watsinski asintió.

—Dinoli estuvo hablando la mitad del tiempo que estuvo almorzando con Bullard; es el señor grande de la Corporación, usted lo sabe. Estaban planeando la estrategia. Dinoli está usando la idea de usted como base para todo —Watsinski se echó hacia atrás y permitió que un gesto de amabilidad se dibujara en su rostro—. Siempre me ha gustado usted, Tom. Yo creo que usted tiene suficiente capacidad como para desempeñar un puesto de segundo nivel.

»¿Usted sabe lo que se requiere? Persistencia inflexible, y hacer alarde de ingenuidad. Esa no es tampoco una combinación de acción diaria; tenemos gentes que vienen con esas ingenuidades. Por ejemplo Lund, y ese muchacho Spalding; pero ellos no tienen que presionar para imponer sus ideas. También tenemos la clase de tipos como Haugen: sólidos instrumentos que jamás cometen errores, pero que tampoco salen con nada nuevo ni fresco. Bueno,

nosotros necesitamos ambas clases de tipos en el tercer nivel. Pero el segundo requiere algo más. Yo creo que usted lo tiene, Tom.

—Es grato oírle decir eso, Ernie. Yo sé que usted no anda adulando a la gente.

Watsinski inclinó hacia adelante su cabeza de cúpula y dijo:

—Esto es estrictamente privado, Tom, pero Frank Poggioli hablaba de salirse de
Steward & Dinoli
para trabajar en una gran red de video. Si Poggioli se sale, alguien tendrá que ser ascendido a segundo nivel para ocupar esa vacante. Dinoli me habló también acerca de eso esta mañana. La elección se hará entre usted, Haugen y Presslie. Mi opinión personal le respalda a usted. Esa brillante idea que nos dio fue definitiva para mi decisión.

—Gracias, Ernie —Kennedy se preguntaba por qué se tomaba la molestia de decirle todo esto.

Watsinski cerró los ojos por un momento, y cuando volvió a abrirlos parecía que se encontraban cubiertos por un velo.

—Muy bien, Tom, basta de pláticas; solamente quería que usted supiera el lugar que ocupa en la agencia. Odio ver que un hombre se siente inseguro cuando en realidad se encuentra en buena posición.

Watsinski frunció el ceño y continuó:

—Usted sabe que hay empleados en esta agencia que no tienen el espíritu adecuado, y yo desearía que pudiéramos arrancarlos de raíz y mandarlos al infierno. Hay otros que no son leales. También hay algunos que no tienen ideas correctas. Hay otros cuyas mentes están llenas de inmundos desperdicios, de bajezas antisociales, que pelean contra cualquier cosa buena, limpia, pura. Usted conoce esas gentes mejor que yo; usted puede verlos a través de un cristal más claro; considerando que usted ya es un candidato a ocupar el puesto de segundo nivel, debe usted ir pensando acerca de esos empleados y cómo podremos extirparlos. Usted debe informarme si localiza cualquier pensamiento de tipo negativo. ¿De acuerdo, Tom?

Kennedy sintió un repentino escalofrío. «De modo que eso es lo que él quiere», pensó. «Quiere que espíe y le señale a los Spaldings que tienen escrúpulos acerca de ese contrato».

—Ya veo lo que usted quiere decir, Ernie. Pensaré en ello.

—Seguro. No se precipite, o lo malogrará. Pero yo sé con seguridad que hay elementos antisociales en nuestro grupo y deseo eliminarlos. Lo mismo desea Dinoli.

Sonó el teléfono de la oficina. Watsinski lo atendió, escuchó por un buen rato y finalmente, dijo:

—Está aquí, Lou. Le estoy informando en este momento. Muy bien, jefe —colgó—. Era Dinoli. Déjeme hacer el primer tiro, Tom: vamos a utilizar el plan que esbozó usted esta mañana. Inventaremos una colonia en Ganímedes; en octubre vamos a informar que los ganimedianos desataron un ataque salvaje contra la colonia de terrícolas, y entonces la Corporación pedirá a las Naciones Unidas que intervenga para salvarlos. Dinoli desea que usted se haga cargo de preparar todo el material necesario para esa colonia. Sólo usted tomará el cargo; en esencia, desempeñará un trabajo de segundo nivel. Puede nombrar su propio personal; escoja los que usted considere aptos, ya sean del tercer o cuarto nivel.

—¿Ahora mismo?

—Ayudaría mucho —le replicó Watsinski.

Kennedy guardó silencio por un momento. Extrajo un cigarrillo de su cigarrera-encendedor electrónico, esperó a que estuviera encendido y con deliberada calma succionó el humo para introducirlo en sus pulmones.

Lo estaban preparando en gran forma. Superficialmente, era un voto de confianza bastante alentador a sus habilidades, pero Kennedy sabía lo suficiente acerca de los trabajos de

Steward & Dinoli

como para darse cuenta de que los altos niveles nunca operaban en la superficie solamente, sino que siempre jugaban en lo profundo.

Lo estaban colocando en una gran posición a cambio de algo: información. Sabían que el contrato de Ganímedes era un asunto con muchos riesgos, y deseaban evitar que sus secretos se divulgaran con tipos como Spalding. Posiblemente ya le habían puesto el ojo a éste y simplemente estaban esperando a que Kennedy confirmara sus sospechas.

«Bueno, no les daré el gusto», pensó Tom.

Miró fríamente a la astuta cara delgada de Watsinski y le dijo:

—Muy bien, ya he seleccionado a mi hombre: Dave Spalding.

Por una fracción de segundo, Watsinski lo miró como si Tom le

hubiera pisoteado en los dientes. Pero rápidamente recuperó su control y le dijo, con tono meloso:

—Muy bien, Tom. Veré lo que puedo hacer para activar su petición. Eso será todo por ahora. Continúe con su trabajo.

Aquella noche, cuando Marge le preguntó cómo habían ido las cosas durante el día, Kennedy le dijo brevemente:

—Bastante bien. Watsinski me llamó y me dijo que me iban a colar en el segundo nivel; me dieron un trabajo especial.

Ella puso una cebollita blanca en un coctel, besó a Tom, y le dio la bebida. Él la recibió, diciendo:

—Dave Spalding va a trabajar directamente para mí. Y somos quienes vamos a manejar la médula de todo el proyecto.

—Espero que tú y Dave congenien mejor ahora. Sería muy malo que no hubiese cooperación entre ustedes.

Kennedy sonrió.

—Yo creo que así será. Lo escogí personalmente como mi asistente.

Kennedy se sintió tranquilo y libre de preocupación. Así era como debía ser la vida: un buen ejemplo, una buena bebida, escuchar buena música y una buena esposa cocinando la cena. Y después de todo eso alguna buena compañía, una tarde descansada y finalmente una feliz noche en la cama. Cerró los ojos, escuchando las jubilosas trompetas de la Oda de Purcell en el fonógrafo, y acarició gentilmente al gato con la mano libre.

Spalding había aceptado las nuevas bastante bien, pensó Tom. Se habían encontrado a las dos de la tarde, momentos después de que Watsinski le confirmó el nuevo arreglo, y Spalding pareció interesado y casi entusiasmado por la ficticia colonia de terrícolas que estaban a punto de crear en Ganímedes. No hubo frialdad entre los dos, ni tampoco sacó a relucir enojosas pláticas de moral, de lo que Kennedy se alegró. En cambio, Spalding había empezado inmediatamente a producir un buen número de ideas, caracteres e incidentes, atacando el trabajo con vigor de muchacho.

El mismo Kennedy sintió un súbito, entusiasta y profundo interés; él sabía de lo que Watsinski hablaba cuando se refería a la naturaleza estética del trabajo de relaciones públicas. Podía ser una

obra de arte. Spalding y él darían vida a una colonia de gente; deberían dotarlos de talento, de esperanzas, hacerlos aparecer como gente esforzada; interesar a los pueblos del mundo en las duras tareas, privaciones y valor de esos colonizadores.

La música llegó a su climax. Kennedy pensó en el viejo Purcell, allá en el siglo XVII, en Inglaterra, dibujando sus notas en las hojas de papel pautado. «Allí está», pensó, «una creación artística». Algo que no había existido aquella mañana, antes de que Purcell pasara al papel su creación, y ese algo pertenecía ahora al mundo entero.

Era casi lo mismo que ocurriría con esa colonia que él y Spalding diseñarían en Ganímedes. Hombres y mujeres serían capaces de entrar a la vida de esa colonia, como él había entrado a la vida de esa composición musical que había escuchado. Fue casi en un estado de exaltación como entró Kennedy al comedor, atendiendo al llamado de Marge.

Ella le sonrió, diciéndole:

—Creo que te he preparado demasiado fuerte ese coctel. Probablemente le puse más licor que de costumbre.

—Tres y media por una, si es que no juzgo mal las proporciones.

—Así lo pensé, pero…, ¡estás tan diferente! Te hizo reposar y entrar en calor, Tom.

—Entonces probablemente debo estar borracho. Porque no sería posible que yo estuviera feliz y descansado si estuviera normal. Bueno, odio disgustarte, Marge, pero sí estoy normal. Y feliz.

—Naturalmente que lo estás, mi vida. Yo…

—Y la razón por la que estoy feliz —continuó Tom—, es en parte porque Watsinski me dijo que tengo una buena oportunidad de obtener la promoción al segundo nivel cuando Poggioli salga. Pero eso es lo de menos. Estoy feliz porque participaré en algo real, vital y emocionante, y conmigo participará también Dave. ¿Sabes lo que haré?

Ella sonrió.

—No quería preguntártelo. Generalmente eres tan susceptible cuando te hago preguntas acerca de tu trabajo…

—Bueno, te diré. Dave y yo vamos a inventar una colonia en Ganímedes, con gente y toda la cosa.

Empezó a explicarle detalladamente cómo sería la colonia; cómo se le había ocurrido a él tal idea; cómo Watsinski y los otros habían

reaccionado cuando él lo expuso. Concluyó explicándole lo que realmente sería el material seleccionado; le dijo también de la sugestión concluyente de Presslie, de que la colonia sería «destruída» para que sirviera como una provocación y lograr la ocupación del planeta por las Naciones Unidas.

—Ahí lo tienes —terminó—. Está claro, completo, bien estudiado, cuidadosamente elaborado. Será…

Se detuvo. El resplandor de su felicidad se desvaneció en un instante. Marge lo miraba con una expresión de manifiesto horror.

—¿Estás hablando en serio? —le preguntó.

—Naturalmente que sí. ¿Hay algo malo?

—Esta terrible charada, esta falsedad usada para atraer las simpatías del mundo. ¡Qué gigantesca y espantosa burla! ¡Y tú estás orgulloso de ello!

—Tómalo tal como es —dijo él secamente—, como un esfuerzo creador; no te metas en consideraciones morales. Tú siempre tienes que enredar las cosas con tus sermones.

—Tú no puedes tomar las cosas como son, Tom. Ahí está tu error. Debes analizar a fondo, y te puedo decir que en el fondo este asunto repugna de pies a cabeza y de adentro hacia afuera.

Él golpeó la mesa con el tenedor, gritando:

—¡Marge!

Ella lo miró fijamente.

—Creo que hablé demasiado, Tom. Lo siento, mi vida. No quise sermonearte.

Los músculos de sus mejillas se contrajeron convulsivamente y Kennedy vio que trataba de controlar otro acceso emocional. Le tomó la mano.

—No dejes que este asunto te afecte, Marge. De hoy en adelante, cuando deje mi oficina a las dos y media olvidaremos todo hasta la mañana siguiente. De otra manera estaríamos disputando todo el tiempo.

—Tienes razón, querido. Será mejor que así lo hagamos.

Concentró su atención nuevamente en la comida, pero la encontró sin sabor alguno y fue totalmente incapaz de recuperar el estado eufórico en que se encontraba hacía sólo unos minutos.

Un océano se estaba abriendo entre él y su esposa, y cada día se hacía más y más ancho. Recordó el estado de alegría en el que no

hacía mucho se encontraba, y pensó cómo pudo haber sido. Lo que él y Spalding harían sería una empresa desalmada, tenía que admitirlo. No iba a ser nada agradable. El estado de maravilloso y beethovenesco frenesí en que se encontraba había desaparecido cuando Marge le abrió los ojos con sus duras frases. «¡Y yo que estaba orgulloso de ello!», reflexionó. «Dios mío, ¿por qué no había pensado en ello?».

SIETE

31 de junio de 2044. Año bisiesto, con día de fiesta mundial, según el calendario permanente. El día extra era intercalado en el calendario cada cuatro años para compensar esas seis horas y minutos que había de diferencia en todo año ordinario.

Un día rebelde, pensó Kennedy, un día entre los demás días, que no era ni lunes, ni martes, ni miércoles, ni jueves, ni menos viernes o sábado, ni siquiera domingo. Un día sin tiempo, con el que según las reglas de la civilización, descontaban esas veinticuatro horas que sobraban cada cuatro años. Eso ocurría entre el sábado treinta de junio y el domingo primero de julio. De modo que en ese año bisiesto había dos días sin nombre en vez de uno solo, que generalmente era el fin del año.

Los Kennedy escogieron el parque de diversiones Joyland, en la isla flotante de Long Island, para pasar el día. Personalmente, Tom detestaba la algarabía de los días de fiesta mundiales; pero eran costumbres de familia hondamente arraigadas en el modo de vida, por lo que jamás se atrevió a decir nada al respecto.

La carretera estaba congestionada. Defensa contra defensa, las pequeñas orugas esmaltadas que servían de transporte se apretujaban en la vía rápida. Kennedy sudaba detrás del volante. El aire acondicionado trabajaba poderosamente. A su lado, Marge se veía hermosa con su ligero atavío de verano: una banda roja sobre una especie de pantaloncito corto, azul, bien ajustado. Sus piernas brillaban; el material de su indumentaria era el más reciente que se había lanzado a la venta: sprayon de aluminio.

Delante de ellos, un automóvil se atascó con el tremendo calor y el ojo radar de los frenos automáticos de Kennedy funcionó sobre las turbinas, disminuyendo la velocidad a 50 kilómetros por hora. Él

y Marge se vieron sacudidos ligeramente hacia adelante.

La congestión de vehículos se disolvió luego, y nuevamente aceleró el pequeño auto. El termómetro marcaba veinte grados en el interior y cuarenta y cinco en el exterior. La brújula indicaba que se dirigían al oeste sobre el viaducto, hacia el parque Joyland. Tropezaron con otro nudo en el tráfico. Kennedy soltó el volante y posó ligeramente su mano sobre la fresca rodilla de su esposa.

—Vamos a tratar de divertirnos hoy. Descansar en calma, divertirnos sencillamente —dijo Marge.

—Seguro, Marge. Este es un día de fiesta mundial. Olvidemos las úlceras por un día —se recostó en el acojinado respaldo cuando el automóvil arrancó violentamente—. ¡Maldición! ¡Estos choferes de día de fiesta!

Había sido un mes muy pesado, sí, pero emocionante. Spalding y él se habían entregado en cuerpo y alma a su proyecto de la seudocolonia en Ganímedes. Innumerables líneas llenaban miles de hojas de papel, con datos biográficos de personas que nunca existieron, apuntes de las temperaturas que prevalecían, los rigores de una vida en la majestuosa luna y un millón de cosas más. Era como escribir una imaginaria aventura espacial, pensó Kennedy, pero con una pequeña diferencia: ésta no era para los magazines. Iba a circular por todos los teletipos del mundo, y la gente se lo bebería.

Uno de los muchos reportes que hicieron, decía así:

»Ganímedes, 23 de mayo de 2044

»Otro día más pasado con relativo confort en la estación experimental de voluntarios de la Corporación de Exploración y Desarrollo Extraterrestre en el pequeño mundo de Ganímedes, después de la fuerte nevada de ayer.

»El director de la colonia, Lester Brookman, comentó:

»—Con excepción de los comunes azares de la vida en este mundo extraño, lo pasamos bien.

»La señora Helene Devanant, de treinta y un años de edad, esposa de un ingeniero atmosférico, sufrió un ataque de apendicitis ayer por la mañana, pero ha sido reportada ya en buen estado de salud. El cirujano de la colonia, David Hornsfall, la operó inmediatamente. Hornsfall dijo, después

de la operación:

»—La señora Devanant se encuentra bastante bien, y no hay peligro de complicaciones. La baja gravedad que existe en este mundo ayudará a su pronto restablecimiento, y esperamos que pronto podrá volver a su trabajo en el vertedero hidráulico.

Estas noticias tranquilizaron en la Tierra a millones de personas que habían temido que un ataque de peritonitis fuera a poner en verdadero peligro la vida de la señora Devanant. Y así como el anterior, continuaban otros reportes, provocando siempre la emoción: un novelón en escala cósmica.

Hacía poco más de un mes que la colonia Kennedy-Spalding había sido dada a conocer públicamente; y en aquel tiempo ya la vida con Marge se había hecho más difícil. No era del dominio público, naturalmente, pues Marge nunca hablaba con nadie del trabajo de su marido; pero las tardes que antes pasaban charlando cordialmente, ahora transcurrían en silencio, en medio de un sensible distanciamiento.

«Bueno, quizá pronto se le pase», pensaba Kennedy. Dinoli, Watsinski y los otros, estaban entusiasmados con las cosas que él venía desarrollando dentro del proyecto; los progresos que lograba para la agencia eran notables. Quizá más adelante trataría de acercarse nuevamente a Marge.

Hizo una maniobra rápida con su auto para enfilar por la arqueada rampa que conducía al puente de Joyland. El parque cubría más de veinte hectáreas en la isla flotante de Long Island. Había sido construido a fines de siglo para la Feria de la Paz, del año 2000 al 2001. En realidad, la isla ya no era flotante: había sido anclada sólidamente en el lecho del mar. Pero en aquél tiempo de la feria sí flotaba, y la única forma de llegar a ella era un barco que la seguía por la sonda. Pero el mantenimiento de los gigantescos motores que impulsaban la isla era demasiado costoso; hacía treinta años que aquellos motores se habían descompuesto, y entonces la isla fue anclada definitivamente para no volver a flotar más, pero el nombre aún perduraba.

El puente que conducía a la isla no era más que un hilo que se cimbreaba, y reflejaba los rayos del sol de mediodía en tal forma

que lastimaba los ojos. Cruzarlo tomaba unos quince minutos, y otro buen cuarto de hora estacionar el automóvil.

Finalmente, Kennedy lo logró. Tenía ya la contraseña del estacionamiento en su bolsillo y un gracioso sombrero en la cabeza. Marge también usaba uno, color naranja, enorme, con una miríada de culebritas de papel que se agitaban al moverse, y que le daban el aspecto de una medusa. El de Kennedy era un poco más sobrio, de color negro y un gris mortecino en la parte alta. Por otras partes se veían cascos de romanos y de vikingos.

Una chica como de veinte años pasó junto de ellos, sin sombrero, despeinada, usando únicamente unos pantaloncillos cortos. Llevaba una banda roja en una mano y en la otra una botella de licor. La señaló Marge, aunque Kennedy también la había visto. Comenzó la chica a resbalar hacia adelante, un momento más y se hubiera caído; pero un sonriente guardia de Joyland que usaba un uniforme verde apareció —nadie supo de dónde—, para detenerla y llevarla gentilmente a una sombra. «Este es el día de fiesta mundial», pensó Kennedy, «cuando salimos a la calle y dejamos las úlceras en casa».

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Marge.

Una señal advirtió el próximo lanzamiento de un cohete; había en el oeste de la costa de la isla una zona desde la cual eran lanzados cohetes de pasajeros. Dichos cohetes se elevaban a una altura de noventa a cien kilómetros, ofreciendo a los pasajeros una vista maravillosa de la rotación en órbita de la Tierra, para después bajar efectuando un aterrizaje perfecto en el campo. No había ocurrido ningún accidente serio desde el año 2039, cuando por un ligero error de cálculo murieron cien personas, ensombreciendo la alegría que reinaba aquel domingo por la tarde.

El precio del corto viaje era de diez dólares por cabeza, pero Kennedy no sentía deseos de subir en cohete. Por dondequiera se veían deslizadores, cantinas, casas de diversión, albercas, salones de exhibición de trabajos de cera.

Compraron boletos para un deslizador, y al subir a su asiento se ataron fuertemente el cinturón de seguridad.

Los carritos eran movidos por motores de propulsión a chorro; arrancaban bruscamente y seguían su curso con una rapidez vertiginosa, subiendo y bajando, retorciéndose y enderezándose

hasta convertirse en una terrible pesadilla.

Al terminar las vueltas que les correspondían, se bajaron mareados, exhaustos, colgándose el uno del otro, pero sonrientes. Cogidos del brazo y tambaleándose aún, caminaron hacia una cantina donde pidieron dos *whiskys* escoceses. En medio de la confusión que reinaba, Kennedy vio un hombre ejecutando salvajemente una danza alcohólica; finalmente saltó en el climax de su frenesí y empezó a caer al suelo, pero fue detenido en su caída por uno de los siempre presentes guardias de Joyland. Kennedy dio un sorbo a su bebida y sonrió a Marge, quien contestó a la sonrisa con una de esas formas amables de sonreír que sólo ella tenía.

Se dirigieron a un lugar donde se efectuaba un gran concurso. Nunca se habían detenido allí en ocasiones anteriores, pero esta vez Marge retuvo a Kennedy del brazo, diciéndole:

—¡Mira eso!

—Vamos, Marge, tú sabes que esas cosas son pura burla. Yo quiero ir a la casa de la risa.

—No, espera, Tom: mira.

Deteniéndose, Kennedy miró hacia donde Marge le señalaba. Un sitio nuevo, que no habían visto antes. Un anuncio luminoso decía, con claridad:

Envíe una carta a Ganímedes.

Un hombre gordo, con dientes grandes y pecho desnudo, inclinado sobre una caja registradora, invitaba al público, sonriendo jovialmente. Junto a él, una mujer que llevaba un ligero vestido de playa, llenaba con el ceño fruncido algo que parecía un formulario de telegrama.

—¡Vamos, amigos! ¡Envíen sus buenos deseos a los valientes que se encuentran en Ganímedes! ¡Solamente un dólar por un mensaje de diez palabras! ¡Que sepan el interés que ustedes tienen por el valeroso trabajo que están desempeñando!

—Vamos a ver. Quiero averiguar algunas cosas —dijo Kennedy.

El hombre gordo les hizo una mueca amable, les mostró una forma amarilla y un lápiz, y les dijo:

—Ustedes, amigos, ¿desean enviar una carta a Ganímedes? Solamente un dólar.

La mujer terminó su mensaje y lo entregó al hombre. Kennedy alcanzó a leer solamente el encabezado. Estaba dirigido a la señora

Helene Davenant, la víctima de apendicitis. Tranquilamente, preguntó:

—¿Es este un negocio nuevo?

—El más nuevo del lugar, apenas lo abrí la semana pasada.

—¿De quién fue la idea? ¿Conoce usted a un señor Watsinski o Poggioli?

—¿Acaso es usted detective? ¡Vamos, hay gente que espera! ¡Pasen adelante, amigos! No se retire usted, señora, los valientes pioneros en Ganímedes desean saber algo acerca de usted.

A la izquierda de Kennedy, una mujer gorda, de mediana edad, escribía una carta, que comenzaba: «Querido médico Hornsfall…».

—Vamos, Tom —dijo Marge, súbitamente.

—No; espera un segundo —extrajo de su cartera un billete de un dólar, que puso en el mostrador, y tomó el lápiz. Con grandes rasgos, escribió:

»Estimado director Brookman:

»Espero que todo esté bien allá en la colonia. Lástima que sólo sea usted una burbuja de jabón publicitaria.

Firmó: «Jasper Greeblefizz».

Entregó la forma llena, diciendo:

—Tómela, y asegúrese de que sea entregada. Vamonos de aquí, Marge —la tomó fuertemente de la mano y se alejaron con paso rápido—. ¿Tú crees que mi carta llegue a su destino? —le preguntó secamente—. ¿Tú crees que el director Brookman la conteste?

Ella lo miró con extrañeza.

—No sé por qué te afecta tanto esto, Tom. Forma parte del programa general, ¿no es así? Me parece un truco publicitario bastante astuto.

Kennedy sonrió irónicamente. Día de fiesta mundial. Salga a la calle y deje las úlceras en casa. Chicas que eran el resumen de la inmodestia y a quienes no les importaba despojarse de las pequeñas prendas que cubrían sus senos, dejando que la brisa se los refrescara, hasta que la policía del parque las sancionaba. Un hombre sobrio de segundo nivel podía descansar de su tensión nerviosa con una danza alcohólica frenética.

Pero, para Kennedy, el día de fiesta mundial no era festivo. No podía olvidarse de Ganímedes, ni siquiera en aquel lugar.

De todos modos él quería aparentar alegría. Tomaron otra copa

y otra más, caminaron dando vueltas por todos lados, sin rumbo fijo; se montaron en las orugas voladoras que los atontaron nuevamente; vieron las sudorosas figuras de fantasía que presentaban las coristas de variedad y tomaron más bebidas.

Un poco más tarde compraron boletos para la alberca —el único lugar en el que no se objetaba el nudismo— y pasaron una hora retozando en el agua tibia y clorada. Al atardecer vieron los fuegos artificiales, y se encaminaron hacia el campo de los cohetes para ver un gran proyectil dirigido que iba a aterrizar.

Kennedy se sintió mareado. Con pasos lentos regresaron a la salida. Aquella oficina de «mande una carta a Ganímedes» estaba haciendo un buen negocio.

En el estacionamiento, un empleado proporcionaba a los choferes tabletas para disiparles la embriaguez o el cansancio; no se les permitía abordar el automóvil si no tomaban una. Kennedy ingirió la suya e inmediatamente sintió la mente despejada, y su estómago reanudó sus funciones.

Se detuvo cerca de su automóvil mirando la brillante aureola púrpura de los fuegos artificiales que adornaban el cielo. Oyó el estrepitoso zumbar de un cohete al ser lanzado. La diversión continuaría toda la noche, pero ya no sentía el menor deseo de divertirse. Manejó hacia su casa, lenta y cautelosamente, sujetando el volante fuertemente con una mano. Marge estaba extenuada; se acomodó en el asiento trasero y durmió durante todo el trayecto.

«Feliz día de fiesta mundial», pensó Tom, con fastidio.

OCHO

El domingo transcurrió triste y enfadoso, como cualquier otro día.

Kennedy durmió hasta bien tarde, y al despertar todavía se sentía con la mente nublada y le dolía la cabeza. Pasó bastante molesto el día, rondando por la casa con Marge. La cinta telefax informaba de las desgracias que habían ocurrido durante el día de fiesta anterior: solamente en el distrito de Appalachia se habían perdido mil vidas —una carnicería—, y daba cuenta de un sinnúmero de robos, daños en propiedad ajena, etc. Un grande y divertido día.

Llegó el lunes, dos de julio; el año 2044 entraba en su segunda mitad. Le tocaba el turno de llevar en su auto a los compañeros de trabajo. Cuando llegó a la oficina, sobre su escritorio encontró una ondulante nota en la cual se le ordenaba que bajara a la oficina de Dinoli.

Un gran conjunto de personas le esperaban. El propio Dinoli frente a la puerta, con sus ojos astutos, bien despierto, un poco encorvado y con las manos entrelazadas. De pie alrededor de Dinoli había cuatro hombres: Watsinski, que se veía aburrido; McDermott, el hombre de segundo nivel que tenía a su cargo presentar ante el Gobierno todo lo relacionado con el proyecto de Ganímedes; el ejecutivo Hubbell, de la Corporación, y un cuarto hombre, de grueso cuello, tosca figura, con una cordial sonrisa y una delicada red de capilares rotos que se extendían por su cara.

—Señor Bullard —dijo Dinoli—, tengo el gusto de presentarle a Thomas Kennedy, ejecutivo de tercer nivel de
Steward & Dinoli.

Bullard se aproximó a Kennedy. Era un hombre corpulento como un toro, de dos metros de estatura o quizá más alto, con las manos

más grandes que jamás había visto Kennedy. Alargó su brazo ofreciendo su mano para saludarlo, y ruidosamente habló:

—Encantado de conocerlo, señor Kennedy. He oído acerca del maravilloso trabajo que está usted realizando.

—Gracias, señor.

—¿Disfrutó usted del día de fiesta? —le preguntó Dinoli, con su gruesa e intensa voz.

—Sí, señor, lo pasé bastante bien.

—Me agrada saberlo. Naturalmente, usted sabe que el señor Bullard es el jefe de la Corporación.

Asintió Kennedy, y Bullard, sonriendo, le dijo:

—Entiendo que usted es el hombre que tiene a su cargo el desarrollo de la colonia Ganímedes. Quiero decirle que ha sido una brillante concepción. Brillante. La nación entera y todo el mundo se encuentran al tanto de las tremendas luchas y penalidades de esos infortunados científicos que inventó usted. Y ésa es la razón por la cual he venido aquí esta mañana: para hacerle una oferta.

—¿Oferta, señor?

—Una muy buena. Aunque usted recibió de segunda mano los datos que se refieren al terreno de Ganímedes, ha captado brillantemente todo. Pero el señor Dinoli y yo pensamos que podría hacer un trabajo superior si tuviera una pequeña experiencia directa de las condiciones de vida en el propio lugar. Le daría a su proyecto el toque extra de realidad que aseguraría el definitivo éxito de la campaña.

Kennedy parpadeó. Se preguntaba hasta dónde llegaría Bullard. Dinoli estaba radiante.

—Hay una nave espacial con abastecimientos que sale en breve para Ganímedes —dijo Bullard—. Todavía queda espacio para un pasajero a bordo. He hablado con el señor Dinoli y llegamos al acuerdo de ofrecerle a usted la oportunidad de hacer el viaje. Podrá permanecer tres semanas en Ganímedes a expensas de la Corporación. ¿Le gustaría?

Kennedy se sintió abrumado.

—Señor, yo…

—… Necesita usted tiempo para pensarlo. Comprendo lo que significa. Se encuentra usted a la mitad de un programa bien difícil. Tiene también ciertos problemas personales. Bueno, la nave parte el

jueves. Si decide efectuar el viaje, todo lo que necesita es decir una palabra.

Kennedy miró a Dinoli, a Watsinski, a McDermott. Sus caras no reflejaban sentimiento alguno; ellos querían que fuera. Deseaban que él dejara todo para ir a vivir tres semanas en una pequeña bola congelada en el espacio, a fin de que la campaña que tenía en sus manos resultara más real.

Era imposible saltar en aquel momento, y allí mismo decir no. Tenía que reflexionar.

—Tendré que… tendré que discutir este asunto con mi esposa, naturalmente. Esto ha sido tan repentino. Esta gran oportunidad…

—Naturalmente —dijo Bullard.

«Firmado, sellado y entregado».

—Sí, señor —dijo roncamente—. Gracias, señor —y dirigiéndose a Dinoli, le dijo—: ¿Algo más, señor Dinoli?

—No, Tom, eso es todo; sólo deseábamos que supieras las buenas noticias, hijo.

Una secretaria le acompañó al salir.

Regresó torpemente al undécimo piso en donde se encontraba su oficina, que ahora compartía con Dave Spalding. «Ganímedes», pensó. «Les diré que Marge no me deja ir, que estamos esperando un hijo…, cualquier cosa».

No se vería bien si él se negaba, pero que Dios lo castigara si aceptaba ir a vivir esas tres semanas en las condiciones de vida sobre las cuales había estado escribiendo.

—Parece como si te hubieran sentenciado a la guillotina —le dijo Spalding cuando entró—. ¿Acaso te despidieron?

—¡No tengo tanta suerte! Me dieron una gran oportunidad. La Corporación me ha ofrecido un viaje de tres semanas a Ganímedes para que vea realmente cómo están las cosas.

Tomó uno de los grandes volúmenes que ellos habían armado. Habían escrito biografías de cada uno de los trescientos trece colonos en Ganímedes, y cada mañana escogían uno diferente para presentarlo en las noticias.

—Creo que vamos a presentar a Mary Walls en estado de embarazo —dijo Kennedy—. Piensa que aún no hemos tenido un caso semejante, y ya es tiempo de que tengamos el primero. ¿Tienes las informaciones médicas que recibimos de Rollings?

Spalding sacó de su escritorio un portafolios delgado de piel negra. Contenía reportes médicos acerca de los posibles problemas que se podían presentar en la colonia. Hacer frente a partos con la gravedad baja, enfermedades de la presión, cosas como ésas.

Inmediatamente se puso a escribir en su máquina electrónica acerca de la primera mujer que tenía que hacer frente a un parto en Ganímedes. Citaba pláticas de la feliz futura madre. Asimismo, reproducía lo que el afortunado padre le había dicho al tan locuaz director de la colonia, Brookman. Algunas de las palabras del futuro padre, eran éstas:

«¡Canastos!, yo sé que mi amá, allá abajo en Texas, va a brincar de gusto y sonar los tacones de sus zapatos cuando sepa que Mary está encinta».

Mientras Spalding escribía, Kennedy buscaba en el archivo fotográfico la foto que los técnicos de la agencia habían preparado para personificar a Mary Walls, como lo habían hecho con los trescientos trece miembros de la colonia. La encontró y la unió al reporte que Spalding preparaba para enviar a la prensa y video. Agregó algunas nuevas más para el periódico «Crónicas de la Colonia», que él escribía. Ya era rutinario el insertar diariamente en los periódicos interesantes datos acerca de los terrícolas en Ganímedes. Escribió un recordatorio para no olvidar que debía comprarse un equipo de maternidad para la señora Walls y hacer público que tenía que enviársele el jueves junto con los abastecimientos.

Kennedy había llegado al punto de creer en la verdadera existencia de su colonia. Podía describir perfectamente al director Brookman con su prolongado maxilar inferior; aparentemente violento, pero en el fondo intensamente humano. A la señora Walls con sus mejillas rosadas, a quien le había dicho el médico Hornsfall, con sus grandes mostachos, que iba a ser bendecida con la llegada de…

¡Y todo era falso! La avanzada en Ganímedes consistía solamente en un par de docenas de hediondos y barbudos hombres del espacio. Eso era todo. Kennedy no deseaba ir allá.

Lanzaron la noticia del embarazo de la señora Walls cerca del

mediodía, y se prepararon para las nuevas del siguiente día. Spalding estaba escribiendo la autobiografía del director Brookman para publicarla en una serie de artículos en un semanario; Kennedy continuó redactando los eventos de Mary Walls. Se le ocurrió de momento la idea de divulgar que Mary quizá sufriría un aborto en el transcurso de dos meses, pero al fin la rechazó. Haría vivir al público momentos patéticos, pero lo olvidarían fácilmente. En cambio, consideró que sería más efectivo el mantener el estado de embarazo, con su penosa secuela.

Cerca de la hora de cerrar la oficina lo invadió la reacción, como siempre le ocurría al final. Sentado hacia atrás en su silla, miró sus manos temblorosas.

«Dios mío», pensó, «éste es el mayor engaño que la humanidad haya sufrido, y yo he sido la causa». Había estimado que para esta fecha, quizá cincuenta personas trabajaban en la farsa. Ya eran demasiadas… ¿Qué pasaría si alguna de ellas no soportara más y confesara todo? ¿Lincharían al grupo completo?

«No; ya no lo harían», se dijo, contestando a su propia pregunta. El asunto se encontraba ya demasiado impregnado de realidad. Había hecho una labor bastante buena. Si alguien se ponía a gritar que no existía tal colonia en Ganímedes, que todo era falso, sería un simple motivo de risa; no tomarían en cuenta la acusación y lo único que habría que hacer sería continuar con sus reportes diarios de prensa.

Trataba de tranquilizarse, pero la enormidad de la comedia todavía le causaba escalofríos. Veía a Spalding atareado arreglando las copias, y se estremecía. En esos momentos, ya los telefax estaban transmitiendo a toda el mundo las regocijantes nuevas concernientes a Mary Walls, la pequeñita Mary Walls, de 25 años de edad, pelirroja, la bromatóloga de la colonia, casada hacía dos años con el larguirucho Mike Walls, de 29 años, de Houston, Texas; Mary, que muy pronto daría a luz el primer descendiente terrícola en Ganímedes.

Cerró Kennedy los puños. ¿Hasta dónde llegaría aquello? ¿Habría algo de realidad?

Cerraron sus libros y escritorios. El grupo que viajaba aquella semana en el auto de Kennedy ya se había reunido. Salieron, y Tom fue dejando a cada uno en su casa, como de costumbre, hasta llegar

a su propio garaje.

Marge tenía ya su obligado cóctel preparado. Inmediatamente Kennedy le contó lo de la visita de Bullard, así como la oferta de Dinoli.

—De manera que quieren mandarme a Ganímedes durante tres semanas, y la salida será el jueves. ¿Qué te parece?

Marge sonrió.

—¡Yo creo que es maravilloso! Naturalmente, te voy a extrañar, pero…

Tom hizo con la boca una mueca de disgusto, y dijo:

—Pero ¿tú crees que voy a aceptar esa loca proposición?

—¿No la aceptarás?

—Pero, yo pensé… —Cerró los ojos por un momento—. ¿Tú *quieres* que vaya, Marge?

—Es una gran oportunidad para ti, querido. Quizá no vuelvas a tener otra de ver el espacio. Y esos viajes ya son muy seguros, ¿no es cierto? Dicen que en esos viajes espaciales hay más confort y seguridad que en un automóvil.

Al terminar de hablar rió; fue una de esas falsas risas que dio a entender a Kennedy muchas cosas que no quería saber.

«Ella quiere que me vaya», pensó; «quiere librarse de mí por tres semanas».

Tomó un buen sorbo de su coctel, y le dijo:

—En efecto, tengo hasta el miércoles para decidirlo; les dije que tenía que discutirlo contigo. Pero veo que estás de acuerdo.

Con voz un poco entrecortada, Marge contestó:

—Ciertamente, no tengo ninguna objeción. ¿Acaso recuerdas que alguna vez me haya opuesto a tu progreso?

NUEVE

La nave espacial partió a las once en punto del jueves cinco de julio de 2044. La salida fue de acuerdo con el horario fijado. La nave no tenía nombre —simplemente ostentaba la matrícula
GC-1073
— y el capitán era un hombre ceñudo llamado Hills, a quien no parecía agradarle la idea de transportar a Ganímedes a un bobo terrícola sin experiencia. El lanzamiento fue desde el campo espacial número siete. Una gran estela luminosa se reflejó en el área plana de Nueva Jersey.

Un pequeño grupo de amigos y gente de buena voluntad acompañó a Kennedy en un taxi de propulsión, para verlo salir. Marge, Dave Spalding, Mike Cameron y Ernie Watsinski formaban parte del grupo. De no muy buen humor, Kennedy ocupaba un rincón del taxi, mirando al cielo, saturado del humo de las industrias de Nueva Jersey. No hablaba; negros pensamientos le llenaban la cabeza.

En realidad, nunca había esperado tal viaje.

A lo lejos se dibujaba la silueta de la nave como una aguja delgada, demasiado delgada, descansando sobre su popa en medio del vasto campo verde. Pequeños transportes circulaban a su alrededor: uno de ellos llenaba de combustible la sección respectiva, otro cargaba provisiones y enseres destinados al puesto de vanguardia en Ganímedes. También había uno que entregaba el correo: cartas auténticas, no de las que Tom había visto escribir el día de la fiesta mundial.

La nave llevaba una tripulación de seis, más la carga. Las listas de esa carga incluían a Kennedy como parte de ella.

Se quedó de pie nerviosamente al borde del campo, observando

cómo era cargada la nave y oyendo a medias la charla de su comité de despedida. Un hombre alto y delgado, portando un amplio uniforme gris, se acercó al grupo, preguntando:

—¿Quién de ustedes es Kennedy?

—Soy yo —contestó Tom, con voz poco firme.

—Me alegro de conocerlo. Yo soy Charley Sizer, médico de la nave; venga conmigo.

Mirando su reloj, Kennedy dijo:

—Pero todavía falta una hora para el lanzamiento…

—Indudablemente —dijo Sizer, haciendo un gesto—, pero tengo que saturarlo de gravanol, para que la tremenda aceleración no le pesque de sorpresa. Cuando el poderoso despegue se presente, no le va a hacer gracia. Vamos; está usted demorando los trabajos.

Kennedy miró alrededor del grupo, que adoptó una actitud solemne, y dijo:

—Bueno, creo que ya es hora. Nos veremos dentro de tres semanas. Ernie, asegúrese de mandar mis cheques de pago puntualmente a casa —esperó un par de segundos más, y finalmente, le dijo a Marge—: ¿Me darías un beso de despedida?

—Perdona, Tom —lo besó ligeramente en los labios y se retiró de él.

Con un ademán de despedida, Tom dejó que Sizer le guiara.

Se encaramaron por la escalerilla de la nave. El interior no era nada atractivo. Estaba pobremente alumbrado y era angosto; los escalones eran estrictamente los indispensables. Barras de donde colgaban trajes espaciales se veían a un lado. Sin lugar a dudas, esta no era una nave de pasajeros. Lejos, hacia la punta, vio a dos hombres operando un vasto y complejo tablero de instrumentos.

—Aquí es donde usted permanecerá —le dijo Sizer, indicándole una especie de hamaca suspendida de dos pilares—. Súbase ahora y le aplicaré la inyección de gravanol.

Se subió a la hamaca. Había una ventanilla transparente a la izquierda de su cabeza; miró hacia afuera y vio a Marge, a Watsinski y a los otros parados al borde del campo, contemplando la nave. Sizer se movió a su lado, lo sujetó con un cinturón de seguridad y se retiró para regresar luego de unos minutos con una enorme jeringa hipodérmica.

—Esta solución neutralizará en usted toda la agitación que le

podría causar el despegue —le explicó Sizer—. Suceda lo que suceda, usted dormirá como un niño —limpió con alcohol el brazo de Kennedy e introdujo la aguja—. Pronto caerá usted en un profundo sueño; cuando despierte habremos pasado la Luna y estaremos en los alrededores de Ganímedes.

Kennedy no sintió ningún cambio interno que le hiciera resistente a la gravedad. Empezó a protestar, alegando que no quería dormir, dado que su tensión nerviosa era tal que no sería capaz de conciliar el sueño. Pero aún se encontraba protestando cuando sintió una ola de fatiga que le invadió. Bostezando, dejó de hablar.

—Ahora descanse; lo veré más tarde, amigo.

Kennedy estaba sujeto fuertemente a la hamaca; difícilmente podía moverse. Un sopor intenso se apoderó de él.

Cuando se acercaban las once de la mañana, ya un sueño intenso nublaba su vista. Deseaba estar despierto en el momento del despegue, pero se sentía verdaderamente cansado.

«Cerraré los ojos por un segundo», pensó. «Debo esperar el lanzamiento».

Dejó caer los párpados.

Minutos más tarde, oyó el murmullo de una plática. Alguien tocó su hombro. Abrió los ojos y vio al médico Sizer y al capitán Hills de pie junto a su hamaca.

—¿Sucede algo malo? —les preguntó.

—No —contestó Hills—. Solamente deseábamos averiguar su estado, ¿se siente bien?

—No podía estar mejor. Me encuentro descansado y tranquilo. Creo que ya es tiempo del lanzamiento, ¿no es así?

Hills rió.

—¿Sí? ¡Vaya con usted, señor Kennedy! Mire hacia afuera. ¿Ve usted esa ventanilla?

Torpemente, Tom movió la cabeza para asomarse. Vio una oscuridad salpicada de puntos pequeños, tan brillantes que lastimaban los ojos. Al fondo de la ventanilla, apenas visible, colgaba una gran bola verde con les perfiles de Asia y Europa; parecía un gran globo geográfico; a cierta distancia se distinguía

otra bola menos grande, como marcada con cicatrices de viruela.

Todo parecía congelado y reinaba un gran silencio, como en una tarjeta navideña.

Con una voz apenas perceptible, Kennedy preguntó:

—¿Estamos ya en el espacio?

—Así es. Usted durmió mientras nosotros trabajábamos, durante el despegue y otras maniobras. Estamos a medio día de la Tierra. Desde aquí, el resto del viaje a Ganímedes será un plácido deslizamiento hasta el fin.

—¿Estaría yo a salvo si saliera de esta cuna? —preguntó.

—Seguro que sí —le contestó Hills.

—¿No flotaré o algo semejante?

—Hace tres horas comunicamos que giraríamos a lo largo del eje longitudinal, señor Kennedy. La gravedad aquí es un poco menor a la normal de la Tierra. Si tiene usted hambre, la comida está en la cocina.

Tom comió alimentos sintéticos empacados: nutritivos, bien balanceados y tan sabrosos como bolas de paja. Comió silenciosamente y en soledad, sirviéndose por su cuenta; el resto de los hombres ya había tomado su comida de mediodía.

Cuatro de los tripulantes jugaban a las cartas en el cuarto delantero, que tenía vista a las estrellas. Cuando entró por la puerta, que no estaba cerrada, Kennedy se sorprendió y le causó gracia a la vez el ver a los cuatro hombres —torvos y barbudos, con sus nada limpios uniformes de trabajo— agachados alrededor de un tambor lleno, jugando al póquer con verdadera pasión, mientras a dos metros de ellos todo el esplendor de los cielos se mostraba sin velo alguno.

No tenía el menor deseo de participar en el juego, y ellos lo ignoraron tan abiertamente, que era claro que no le invitaban, de modo que se dio media vuelta, sonriendo. «No cabe duda», pensó, «de que después de que uno hace varios viajes, la maravilla desnuda del espacio parece algo aburrido. En cambio, el póquer siempre será fascinante».

La vista infinita de soles resplandecientes al parecer llegaba a cansar. Pero para él era distinto: todo era nuevo y maravilloso. Miró por largo tiempo aquella negrura, interrumpida por el esplendor de las estrellas y por el distante fulgor rojizo que despedía una estrella

en especial, y que supuso sería Marte.

Marte se alejaba. Kennedy pensó que había visto al anillado Saturno un poco más tarde, ese mismo día. Las horas pasaron. Tenía consigo un libro, que le permitieron llevar: *Los hermanos Karamazov*.

Dos días transcurrieron, quizá tres. Leyó varios cientos de páginas de Dostoyevski. Se dejó crecer la barba hasta que las puntas enruladas le picaron; entonces se rasuró. Empezó a escribirle una carta a Marge, pero no la terminó.

Finalmente, se cansó del esplendor de los cielos. Las estrellas eran gloriosas, pero la gloria pura aburre a la larga. En lo único que meditaba ya era en la magnitud del espacio, en la multiplicidad de los soles, en las extrañas razas que tal vez circularían por el rojo Antares o la brillante Capella.

Al fin, el gran Júpiter se hizo presente en el cielo, y Sizer vino a decirle que el gajo helado creciente que débilmente se veía contra la gigantesca masa del planeta, era el destino de la nave: Ganímedes.

Nuevamente fue sujetado a su hamaca. Por segunda vez, Sizer pinchó su brazo, sumiéndolo en el sueño. Cuando despertó algo más tarde, todo afuera era blancura: la interminable blancura de los campos de nieve de Ganímedes, molesta a los ojos.

Era de día. «Día» significaba una fantasmal semioscuridad. Tom Kennedy sabía lo suficiente acerca de la mecánica de Ganímedes, y tenía presente que el día en esa luna duraba algo más de siete días de la Tierra, el tiempo que tomaba para dar la vuelta alrededor de Júpiter. Ganímedes, como la luna de la Tierra, mantiene siempre la misma cara hacia su planeta primario, sus días completando meses y años.

Júpiter se presentaba como una joroba fracturada en su lado visible: una enorme rebanada del planeta que parecía que iba a caer como una flecha celeste en la superficie helada de Ganímedes. Contra su enorme masa se advertía un trozo de cuerpo celeste: «Probablemente otra de las lunas de Júpiter», pensó; «Galileo, o quizá Ío».

Desde su punto de observación, sólo eran visibles para Kennedy

los feos dientes de las montañas quebradas, desnudas, adornadas únicamente con peñascos de amonio congelados, envueltos por remolineantes nubes de metano.

De las bocinas de la nave brotaron estas palabras:

—Toda la tripulación a ponerse sus trajes. Señor Kennedy, preséntese al compartimiento doble; hemos llegado a Ganímedes.

Sizer y uno de los hombres de la tripulación le llevaron un traje espacial que sostenían abierto, como si fuese un cadáver listo para la autopsia.

—No lo usará usted por mucho tiempo —le dijo Sizer—. No toque ninguno de los dispositivos, y procure no estornudar. Si siente usted que su provisión para respirar se agota o no funciona bien, grite… pero grite pronto, ¿entendido?

—Sí —contestó Kennedy.

Se sintió tibio y húmedo dentro del traje; no se habían preocupado por conectar el acondicionador de aire, o quizá no tenía ninguno. Algunos hombres comenzaban a bajar por la escalerilla; avanzó torpemente, balanceándose como un robot, hasta que se dio cuenta de que el traje era suficientemente flexible para permitirle caminar normalmente. Cruzó hacia la puerta que conducía al exterior de la nave y bajó por los peldaños con gran precaución.

A su derecha había un edificio grande y alargado, que cubría varias barracas prefabricadas. Un camión salió por una puerta y se dirigió hacia ellos.

Oyó el agudo silbido del viento. Paradójicamente, él estaba sudando pegajosamente dentro de su traje, pero también sentía el intenso frío que estaba sólo a un centímetro de su piel. En la pálida luz del día se apreciaban los fríos contornos de las estrellas, que simulaban puentes en el cielo azul oscuro.

No era nada agradable estar oyendo los molestos silbidos del viento a través del aditamento de sonido del traje, y ver brillar las estrellas en pleno día. Pensó por un momento que quizá a lo lejos podría ver a algunos aborígenes que hubieran ido a presenciar el arribo de la nave, pero hasta donde su vista alcanzaba no pudo distinguir más que el estéril y vacío paisaje.

Llegó el camión. Dentro de su cabina hermética se encontraba un hombre de barba roja, que les hizo señas para que subieran por la parte trasera. Una vez que se acomodaron, se puso en marcha, y

se dirigió de vuelta hacia el lugar de donde había salido.

DIEZ

Kennedy se sentía enjaulado bajo aquella enorme cúpula. Conoció a los dieciséis hombres que vivían allí desde que la «Corporación dinero», la «Corporación sabiduría» y la «Corporación de trajes espaciales» había dejado al hombre llegar a Ganímedes. Inquietamente descansaba Tom sobre un pie o sobre el otro, respirando la sintética y ligeramente ácida atmósfera del gran edificio, sintiendo suaves náuseas en el estómago debido a la disminución de la gravedad. En Ganímedes es de 0,8 en relación a la de la Tierra; su peso allí era solamente de 65 kilos.

Imaginaba ver la gran figura del director de la colonia, Lester Brookman, saliendo de entre la niebla para saludarle y darle la bienvenida a Ganímedes, pero recordó que Brookman era sólo un mito creado por él en una tarde lluviosa de mayo. El verdadero jefe de la avanzada era un hombre pequeño y obeso, con barba gris y descuidada. Se llamaba Gunther. Sus ojos eran como pequeñas cuentas, y venas azules muy visibles le rodeaban el cuello. Observando cómo el recién llegado se quitaba el traje espacial, le preguntó:

—¿Es usted Kennedy?

—El mismo.

—Según las órdenes, usted permanecerá aquí hasta que la nave regrese a la Tierra. Esto será dentro de tres días ganimedianos, un poco más de tres semanas terrestres. Vivirá usted en la barraca B, en el segundo nivel; uno de los hombres le mostrará su compartimiento. No se permite fumar dentro del edificio a ninguna hora. Si tiene algunas preguntas respecto de las operaciones que realizamos aquí, deberá hacérmelas a mí. Si alguno de los miembros de la base le indica que alguna de las áreas está limitada, no podrá

usted entrar bajo ningún pretexto. ¿Me he explicado?

—Perfectamente —dijo Kennedy, resintiéndose de las maneras bruscas de Gunther, pero disculpándolo, ya que pensó que quizá era el efecto de la permanencia de seis meses o un año en aquellas regiones desoladas y frías.

—¿Sabe usted cómo usar el traje de astronauta?

—No.

—Ya me lo suponía. Desde mañana, a las 0900, empezará usted a recibir instrucciones hasta que domine completamente la técnica. No tenemos idea cabal aún de los fenómenos que aquí puedan ocurrir, y si los edificios podrán desplomarse, por lo cual debe saber todo lo relacionado con su traje y estar listo para usarlo en cualquier momento.

Lo decía tranquilamente, con naturalidad, como si estuviera diciendo: «No tenemos idea de cuándo vaya a llover». Kennedy asintió sin comentarios.

—Cuando usted lo desee será llevado a una gira por el exterior, siempre que haya un hombre disponible para acompañarle; pero en ningún momento saldrá usted solo.

—¿Cuándo tendré la oportunidad de ver algunos de los seres extraños del lugar?

Gunther pareció mirar hacia lo lejos.

—Se le permitirá verlos cuando nosotros lo consideremos conveniente. ¿Alguna otra pregunta, señor Kennedy?

Claro que las había, pero Tom ya no se sintió con deseos por el momento, de modo que movió la cabeza negativamente. Gunther le ordenó a uno de los miembros que le mostrara a Kennedy su cuarto.

Tenía un catre duro, cubierto con una sola sábana; había un lavabo y un estante para equipaje. Parecía un cuarto de hotel barato en un barrio miserable de una vieja ciudad. Se parecía a cualquier cuarto terrestre; no había nada de extraño, excepto la vista de los desiertos campos de nieve que se apreciaba fuera de las barracas.

Los tres edificios de la estación eran prefabricados. Un sistema central de ventilación conservaba una razonable frescura del aire. También había otro sistema central de alumbrado y calefacción para todos los cuartos y el edificio en general. La plomería era rudimentaria pero efectiva.

Un astronauta llamado Jaeckel lo entrenó en el uso del traje,

enseñándole cómo manejar los controles y también cómo podía sonarse la nariz, limpiarse la frente y ventilar su indumentaria.

Una vez que Tom logró dominar plenamente el funcionamiento del equipo, se le permitió salir fuera del edificio, siempre en compañía de un hombre que no estuviera de servicio.

En su primera expedición le guió pacientemente Jaeckel. La nieve era gruesa y se convertía firmemente en hielo; desnudos trozos de roca sobresalían aquí y allá. Un lago de parafina se encontraba como a un kilómetro al oeste de la estación.

Se acercaron al lago y Kennedy lo contempló: su superficie inmóvil, su gran masa de líquido oscuro, no dejaba adivinar su profundidad.

—¿Hay algún bicho viviente en él? —preguntó, interesado.

—Caracoles, sapos y otros animalejos —le contestó Jaeckel—; es decir, sus equivalentes ganimedianos, que por supuesto respiran metano, como usted puede comprender.

—¿Hay algunos animales equivalentes a nuestros peces terrestres?

—No lo sabemos; no tenemos botes o implementos de pesca. Con el radar averiguamos que hay movimientos en el fondo, pero no hemos tenido tiempo de investigar cuál podría ser la causa.

Su guía también lo llevó a que viera la vegetación: la floresta, con pequeños y raquíticos abrojos como de cera; solamente tenían unos cuantos centímetros de altura, con gruesas y rígidas hojas extendidas como para absorber tanta luz del Sol como pudieran. Los más fuertes vientos helados no eran capaces de perturbar su inmovilidad. Crecían a lo largo de los bancos de nieve, en las faldas de las lomas.

Después de visitar el cuarto de turbinas que suministraba de energía a la estación, y una vez que vio la cocina, el salón de juegos y la pequeña biblioteca, no quedaba ya mucho que ver. Al tercer día preguntó a Gunther cuándo se le permitiría conocer a los ganimedianos.

Éste le contestó, irritado:

—Pronto.

Tom habló con un hombre flaco, anguloso, llamado Engel, que estaba empleado por la Corporación para trabajar en el lenguaje ganimediano.

—Su idioma es bastante sencillo —le dijo a Kennedy—. Los ganis no han desarrollado una cultura escrita. Su lenguaje es limitado y la historia se transmite en forma oral. Generalmente no es complicado. Empieza con una serie de gruñidos de asentimiento, y así continúa. Los ganis que hemos encontrado tienen un vocabulario activo de quizá unas mil palabras, y probablemente su vocabulario restante no sea mayor de tres mil a cuatro mil vocablos. Es un lenguaje aglutinante, es decir, las palabras se amontonan. Hay una palabra que significa «hombre», pero en vez de tener otra para «guerrero», que para ellos es «hombre con una flecha», las unen diciendo: «hombreconunaflecha». Y la gramática es también ridículamente simple: no tiene inflexiones o declinaciones, no hay variaciones en los términos genéricos o casos. Los ganimedianos tuvieron suerte: no están abrumados como nosotros, con los confusos residuos del viejo protolenguaje
indo-ario.
El suyo es un lenguaje terriblemente sencillo.

—¿Eso significa que ellos también son terriblemente sencillos?

Engel se echó a reír.

—No existe una correlación entre una cosa y la otra. Piensan con mucha rapidez y se llevan muy bien a pesar de la desventaja que implica su limitado idioma. Viven también en un mundo limitado. No se necesitan muchas palabras para expresarse en un planeta donde difícilmente hay cambios de estación y donde las condiciones de vida permanecen uniformes por siglos y siglos. Miserablemente uniforme, quiero decir.

Kennedy asintió. Engel le mostró un panfleto que había preparado. Se titulaba *Notas sobre la Etimología y Filología Ganimedianas*.

—¿No tiene inconveniente si le echo un vistazo? —dijo Kennedy.

Encogiéndose de hombros, le contestó Engel:

—Puede hacerlo; no creo que le cause ningún daño leerlo.

A falta de otra distracción, Kennedy estudió el panfleto cuando estuvo solo en su cuarto aquella «noche». Se quedó dormido sin apagar la luz y con el libro abierto entre las manos, murmurando frases inarticuladas con el sistema fonético que Engel había aplicado para el idioma ganimediano; ni siquiera se dio cuenta

cuando la luz del cuarto se apagó, como ocurría todas las noches a la 0100, tiempo de la estación.

Al cuarto día se desató una terrible tormenta, inundando el área.

Kennedy estuvo de pie en el patio cerca de la curvatura de la cúpula del edificio, mirando impresionado el feroz torrente de amonio precipitado que caía sobre la planicie, que cedió después su lugar a nubes de plumas de nieve de cristal de amonio y por fin, al silencio.

El campo ahora cubierto con esa fresca nevada, se vio azotado por un viento irascible que esculpió la nieve con fantásticas pirámides y remolinos. En la lejanía pudo ver la nave cósmica inmóvil, con su tren de aterrizaje cubierto de nieve fresca y su oscura proa tachonada con montones blancos.

Y al quinto día se encontraba nuevamente solo en su cuarto, cuando sonaron unos ligeros golpes en la puerta. Puso debajo de la almohada el panfleto lingüístico de Engel y fue a ver quién tocaba.

Era Jaeckel.

—Gunther me envió por usted. Algunos de los seres extraños han llegado; están esperando afuera del edificio.

Cuatro de los hombres cruzaron la puerta: Gunther, Engel, Kennedy y el astronauta Palmer. Kennedy sintióse presa de una emoción extraña.

Aquellos eran los seres a los que la humanidad odiaba, gracias al entrenamiento que había recibido de la agencia de
Steward & Dinoli.
Aquellos eran los infelices a quienes Alf Haugen iba convirtiendo gradualmente en enemigos de los humanos. Y estaba a punto de conocerlos.

Eran tres, estacionados de pie a unos tres metros de la puerta de entrada. Desnudos, con excepción de la faja que llevaban enredada en la mitad de su cuerpo. Sin narices, los ojos entornados, a Kennedy le parecieron aborígenes de alguna bizarra isla del Mar del Sur, vistos a través de un sueño. Su piel pálida y blanquecina tenía el brillo de la cera. Sus bocas eran semicírculos, tristemente colgadas, sin labios. Al principio, Tom Kennedy se sorprendió al pensar cómo podían soportar el frío mortal desnudos, de pie y

tranquilamente, sin dar señales de molestia alguna.

«Y ¿por qué demonios no habían de soportarlo?», se dijo Kennedy. «Éste es su mundo, respiran ellos su aire puerco y corrosivo y se lavan los dientes, si es que los tienen, con ese mineral de alto octanaje que corre en sus lagos y ríos. Probablemente ellos no puedan entender cómo nosotros podemos sobrevivir a las temperaturas elevadas de la Tierra y beber ese venenoso compuesto de hidrógeno y oxígeno al cual somos tan afectos».

—Estos tres son de la tribu más cercana —dijo Gunther—, viven a 18 kilómetros al este y vienen aquí cada séptimo día terrestre para hablar con nosotros.

Y sin duda alguna estaban *hablando*. Uno de ellos comenzó a hacerlo en un tono bajo y monótono, dirigiéndose a Gunther.

Tom Kennedy podía pescar solamente alguna que otra palabra que había aprendido en las pocas horas que pasó estudiando el idioma en el panfleto que le presto Engel, pero las pocas palabras que entendió le parecieron interesantes.

El ganimediano al parecer decía:

—… una vez más… déjennos… seresfomentadoresdeodio… interfieren… cuando se van… pronto…

Gunther replicó con una rápida enunciación de sílabas, como si estuviera disparando una ametralladora, de tal manera que Tom no pudo entender más que lo equivalente a una absoluta y rotunda negativa.

El ganimediano insistió:

—… tristeza… dolor… hastiarse… sacrilegio…

—¿No tienen inconveniente en decirme de qué están tratando? —preguntó Kennedy.

Engel le guiñó un ojo. Gunther apretó los labios y entonces le dijo:

—Estamos haciendo arreglos para transportar algunas mercancías a su aldea, a cambio de que entablemos negociaciones con su jefe para que nos concedan derechos para explotar sus minerales. Nos está diciendo cuál es la mejor hora del día para la entrega.

Kennedy trató de ocultar su sorpresa. Hasta Gunther trataba de mentirle, a menos que no hubiera comprendido la conversación en absoluto. A Tom le pareció que los ganimedianos estaban pidiendo

la evacuación inmediata, y que Gunther se había negado. Pero quizá estaba equivocado; ni siquiera el más simple de los idiomas podía aprenderse en un par de días.

Los ganimedianos se movían impacientes. El que llevaba la voz repitió su petición dos veces más; después se tocó la cabeza en una especie de gesto ceremonioso, se inclinó hacia adelante y exhaló una nube blanca. Cristales de amonio se formaron rápidamente en la placa facal del casco de Gunther. Éste replicó con una frase muy brusca, que Tom no fue capaz de traducir.

El pequeño grupo de extraños seres, moviendo sus cabezas, emitió un disílabo que significaba *adiós*. Kennedy lo entendió con claridad. Automáticamente, la respuesta le vino a la mente y la repitió junto con los otros tres terrícolas. Con eso finalizó la visita: los tres seres desnudos se alejaron, internándose entre los remolinos del viento.

Un momento más tarde, Gunther se volvió rápidamente, y asiendo con fuerza el brazo de Kennedy, con mirada fulgurante, le increpó:

—¿Qué dijo usted? ¿Les contestó usted a esos ganis en su propio idioma? ¿Dónde lo aprendió usted? ¿Quién le autorizó para aprenderlo? Podría azotarle por ello, Kennedy, sin importarme que fuera o no fuera enviado por la agencia.

ONCE

Por un momento, Tom Kennedy se quedó helado, oyendo solamente cómo el feroz viento hacía remolinos a su alrededor, no sabiendo qué decir.

Al revelar sus conocimientos del ganimediano, había cometido una gran torpeza.

—¿Y bien? —preguntó Gunther—. ¿Dónde lo aprendió?

Engel acudió en su auxilio.

—Esa es la única palabra que sabe —dijo el esbelto lingüista—. Me visitó hace un par de días, y cuando lo despedía, le dije adiós en ganimediano. Me preguntó entonces lo que quería decir, y se lo expliqué. Gunther, no creo que haya nada malo en eso.

De mal modo, el jefe de la base soltó el brazo de Kennedy. Éste se dio cuenta de que con aquella mentira, Engel estaba salvando su propio pellejo; evidentemente, no le estaba permitido hablar aquella lengua nativa. Pero advirtió su ventaja y se encaró con el hombre rudo.

—Mire, Gunther, no pertenezco a la Corporación y únicamente estoy bajo sus órdenes técnicas. ¿A qué viene esa amenaza de golpearme, sólo por el delito de decirle adiós a un gani en su propio idioma? Debía yo decirle a Bullard lo ocurrido, y con seguridad lo bajaría a usted hasta el décimo nivel en castigo a su proceder.

Con una frase cortante, Gunther expresó su opinión acerca de Bullard, el ejecutivo de la Corporación, y en seguida dijo:

—Volvamos al edificio; este no es lugar para seguir charlando.

Sin esperar más discusiones, hizo una señal al interior para que abrieran el portón; Kennedy se alegró de poder dar la espalda a la blancura del campo abierto ganimediano.

Se quitaron los trajes espaciales en silencio y los pusieron en sus respectivos lugares. Gunther se dirigió a Kennedy para decirle:

—Vamos a mi cuarto. Allá podremos hablar.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Engel.

—No, señor Engel; usted atienda sus asuntos y otra vez fíjese en la información clasificada que entregue a los visitantes.

El aposento de Gunther era, sin duda, un poco más espacioso que los demás. Abrió su closet y tomó una botella medio llena.

—¿Quiere una copa? —le dijo a Kennedy.

Éste no la apetecía, pero la aceptó. Gunther sirvió un poco en dos vasos. Con una absoluta falta de cortesía le pasó uno a Kennedy y a modo de explicación empezó a hablar.

—Siento haberme exaltado por una cosa tan pequeña. Usted debe comprender lo que es la vida aquí. No es tan fácil; los nervios se exaltan. Trato de mantener la disciplina tanto en mí mismo como en los otros; pero hay veces que no puedo controlar mi nerviosismo. Siento que esta vez haya sido usted la víctima. Es todo.

Kennedy sonrió.

—Por la simpleza de saber una palabra en gani, usted prácticamente me mandó al pelotón de fusilamiento. ¿Por qué razón el idioma se conserva en secreto?

—En realidad, no lo sé —dijo Gunther, con un poco de fastidio —. Deseamos llevar a cabo las negociaciones Tierra-Ganímedes solamente a través de la Corporación. No nos agradaría que nadie ajeno a ella interviniera y tratara de cortarlas. No lo he acusado de nada, Kennedy; pero debemos tomar medidas de seguridad.

—Lo entiendo —replicó Tom.

—Por Dios, en caso de que usted tenga que hacer algún reporte de su estancia en este lugar, le ruego que omita mencionar este incidente.

Un poco más tarde salió Kennedy bastante perplejo del aposento. El motivo real de la conducta del jefe de la base parecía ahora bastante claro. Gunther no temía la venida de una Corporación rival; había tomado años de trabajo legal y un capital de miles de millones de dólares para levantar una organización de la categoría de la CEDE, y ninguna operación improvisada podría enviar una nave para disputar en las propias narices de Gunther los derechos de explotación mineral en Ganímedes, haciendo uso de un

diccionario de gani preparado por Engel.

No. Había solamente una razón posible por la cual Gunther había reaccionado tan violentamente cuando Kennedy pareció haber entendido la conversación con los ganimedianos: tenía miedo de que Tom pudiera oír algo que la Corporación trataba de mantener en secreto.

Kennedy sospechó que ese algo era el hecho de que los aborígenes de Ganímedes se mostraban hostiles a la idea de tener en su mundo a terrícolas explotando sus minerales, y pedían que Gunther y sus hombres evacuaran inmediatamente.

Y si ése era el caso, pensó, entonces el único camino que la Corporación tenía para conseguir lo que deseaba, sería una virtual exterminación de los ganimedianos. No una mera acción policíaca por parte de las Naciones Unidas, de acuerdo con lo que a Kennedy —al igual que a los otros hombres de la agencia— se les había hecho creer. Tendrían que desatar una amarga guerra de subyugación en gran escala.

Seguramente tratarían de presentar el caso con este razonamiento: los ganimedianos pertenecían a un pueblo sin nada de técnica; poseían unas minas muy extensas de minerales radiactivos y no tenían la menor intención de explotarlas. Por el bien general de todos los habitantes del sistema solar, la Corporación debía adueñárselas.

Era un negocio sucio, y Kennedy había sido atrapado más hondo en él de lo que sospechaba. Ah, él nunca pensó que la empresa fuese blanca como un lirio; pero a pesar de la pacífica oposición de Marge y las agrias protestas de Spalding, había apoyado a la agencia sin pensarlo. La Agencia Enmascarada había sido su defensa: participaba en ese contrato en forma irreflexiva y no emitía juicio alguno en lo que concernía a los problemas y valores tangibles que se relacionaban con el propio contrato. Bueno, pero ahora lo estaba viendo claro.

Regresó a su cuarto con la idea de estudiar su diccionario gani intencionalmente. A la semana siguiente, cuando los ganimedianos regresaran, *tenía* que saber más acerca de la verdadera situación de las cosas.

Cuando llegó a su cuarto la puerta estaba entreabierta y la luz encendida. No había cerraduras en las puertas, pero difícilmente

esperaba que alguien entrara en su ausencia.

Engel, sentado en el borde de la cama, lo esperaba.

Kennedy le dio las gracias cordialmente.

—Creo que tengo que agradecérselo. Pudo haber sido un molesto caso con Gunther si usted no hubiese intervenido.

—Sí, pero mire, Kennedy, es necesario que me devuelva ese folleto inmediatamente. ¿Dónde lo tiene?

—¿Que se lo devuelva? ¿Por qué?

—Gunther me azotaría si supiera que se lo he dado. Fue realmente imperdonable de mi parte; pero usted parecía tan interesado y yo estaba tan ansioso de que lo viera y se impresionara…

Kennedy buscó debajo de la almohada y lo sacó. Engel trató de tomarlo, pero Tom rápidamente se lo retiró.

—¡Démelo! ¿No comprende que Gunther me ejecutaría si supiera que usted lo tiene? ¡Es trabajo efectuado para la Corporación, y se encuentra ya clasificado!

—¿Por qué?

—¡Eso no importa! ¡Démelo!

Kennedy se lo puso bajo el brazo, diciéndole:

—No pienso dárselo, al menos por ahora. Quiero estudiarlo un poco más. Es un trabajo muy ingenioso, Engel. Estoy impresionado.

—Si no me lo devuelve —dijo Engel lentamente—, le diré a Gunther que usted entró a mi aposento y me lo robó. Yo sé cuántas copias debe haber. Pero no deseo tener que hacer eso; es preferible que me lo entregue voluntariamente… —El lingüista se pasó la mano por la frente para secarse el sudor.

Por unos minutos no se oyó un solo ruido en el cuarto. Kennedy apretó más el brazo contra el panfleto y le dijo a Engel:

—En realidad, no quiere decírselo a Gunther. Vamos a hacer un trato: usted me deja el diccionario y le aseguro que Gunther jamás se enterará de que usted me lo dio. Cuando me toque regresar a la Tierra se lo devolveré. De otro modo, si usted trata de decirle al jefe que yo lo robé, le diré que usted me lo prestó voluntariamente y que mintió cuando estábamos allá afuera para protegerse. Será mi palabra contra la de usted; pero sin duda se verá en aprietos para explicarle la razón de haber salido en mi defensa.

—Gunther no se lo creerá; él me tiene confianza —dijo Engel,

frotándose las manos nerviosamente.

—Gunther no tiene confianza ni en sí mismo. ¡Qué diablos! Déjeme conservar sus apuntes, o iré inmediatamente a decirle toda la verdad.

De muy mal modo le contestó Engel:

—Muy bien, quédeselo; pero la próxima vez que se encuentre usted frente a los ganimedianos mantenga la boca cerrada. Cualquier indicio de que haya aprendido el idioma haría que Gunther nos asara vivos a los dos.

Tres días habían transcurrido, equivalentes a la segunda semana de estancia de Kennedy en Ganímedes. Pasaba Tom la mayor parte del tiempo estudiando el pequeño diccionario, repitiendo palabras y frases todas las noches.

Realizó varios viajes en *jeep* sobre terreno ganimediano. Era de noche, y lo sería por cuatro días terrestres más; Júpiter lucía impasible en el cielo opacando a las demás estrellas. Las lunas danzaban en el cielo, apareciendo y perdiéndose de vista con pasmosa regularidad. Unas veces Ío, otras Europa y la más distante Calisto aparecían rodando por el espacio, siendo sus órbitas una verdadera pesadilla para el hombre que las computaba. Kennedy estaba impresionado de verdad.

El terreno era monótono e interminable, azulados campos de hielo sin el menor signo de vida. Una vez Kennedy le preguntó a Gunther si podría visitar una villa gani en vez de andar vagando sobre el hielo.

Gunther refunfuñó:

—Temo que no. Las villas ganimedianas son áreas restringidas para los visitantes de la base.

—¿Por qué?

—Usted no debe preguntar los «por qué» en este lugar, Kennedy. Hasta ahora ha venido cooperando conmigo; continúe usted así.

Con un gesto brusco, Gunther le indicó que se retirara. Kennedy lo hizo con la cabeza llena de preguntas sin respuesta.

Continuó con el estudio del diccionario, esperando impaciente la próxima visita de los ganimedianos. Quería averiguar con exactitud la relación existente entre ellos y los terrícolas.

Si los aborígenes se oponían abiertamente a las operaciones terrestres en Ganímedes, entonces toda la campaña educativa de la Agencia no era más que una maniobra preparada para lograr la conquista de Ganímedes por las Naciones Unidas y que éstas entregaran ese pequeño mundo en bandeja de plata a Bullard y compañía sin costo alguno.

Pero para confirmar esto, Kennedy necesitaba más pruebas. Tenía que hablar con los aborígenes sin intervención o presencia de ninguno de los hombres de Gunther.

Un día antes de la visita de los ganimedianos, Kennedy le comentó a Gunther que estaba esperando verlos nuevamente, a lo cual éste le contestó, como sorprendido:

—¡Oh! ¿Es que no se ha enterado? La visita se ha pospuesto. Tienen una especie de temporada festiva y decidieron no ver a los terrícolas hasta que finalice.

—¿Y cuándo será eso?

—De hoy en cinco días ganimedianos. Un poco más de un mes terrestre.

Eso quería decir que ya no tendría Kennedy ninguna otra oportunidad para verlos. Pero la frase «una especie de temporada festiva» sonaba demasiado preparada y meliflua como para que Tom quedara convencido. Simplemente Gunther no deseaba que Tom se diera mayor cuenta de las actividades de la Corporación.

Le quedaba solamente una semana de estancia en el lugar. De modo que si deseaba descubrir los hechos reales de la operación Ganímedes, tenía que obrar con eficacia y rapidez.

Kennedy no era partidario del soborno, pero en este caso no le quedaba otra alternativa; fue a ver a Engel.

DOCE

El lingüista no se alegró de la visita. Le saludó seriamente:

—¿Qué es lo que desea?

Con mucho cuidado Kennedy cerró la puerta, tomó una silla y, sentándose, le contestó:

—Lo primero que deseo, es que guarde usted absoluto secreto acerca de lo que voy a decirle. Si se atreve a informar a Gunther o a cualquier otro una sola palabra, lo mataré.

—Hable —le dijo Engel.

—Quiero que me haga un favor. Necesito que me consiga uno de esos *jeeps* y arregle las cosas de manera que yo pueda salir esta noche mientras los otros duermen.

—¡Eso es absurdo, Kennedy! Yo…

—¡Usted nada! O me consigue el *jeep*, o le diré a Gunther que es un subversivo que deliberadamente me dio el diccionario gani y me informó de unos cuantos de los engaños en los que la Corporación se encuentra comprometida. Yo puedo mentir muy persuasivamente, Engel; esa es mi profesión.

Engel no dijo nada. Se dio cuenta Kennedy de que el lingüista se había mordido las uñas terriblemente. Sintió pena por él, pero no era el momento para consideraciones.

—¿Tendré el *jeep*?

Engel permaneció en silencio por un largo rato y después, respirando profundamente, casi sollozando, dijo:

—¡Sí, maldito sea!

Se levantó Kennedy.

—Gracias, Engel, y óigame bien: no quiero que salga usted perjudicado en este asunto. Estoy haciendo esto porque *tengo* que hacerlo; y si me apoyo en su cuello, es porque no tengo otro en el

cual apoyarme; pero estoy muy apenado por todo este sucio negocio. Si todo sale bien, Gunther jamás sabrá nada acerca del diccionario ni del *jeep*.

—Guárdese sus disculpas. ¿Cuándo lo quiere?

—Esta misma noche. Dos horas después de que todos se retiren a sus cuartos.

Kennedy salió después de que se apagaron las luces.

El edificio estaba envuelto en la oscuridad. La débil iluminación que Ío proporcionaba y la radiación mayor de Júpiter, sólo servían para proyectar oscuras sombras sobre la estación. Engel lo siguió hasta el portón.

—Ahora recuerde: voy a regresar a la 0600. Asegúrese de estar aquí para que me abra y poder entrar. Y espere usted solo.

—Aquí estaré —le replicó Engel—. Solo.

La villa gani estaba situada a dieciocho kilómetros al este de la base. Kennedy sabía que los ganimedianos tenían un ciclo de 32 horas de sueño y 32 horas de vigilia, y esperaba encontrarlos en esta segunda fase; de otra manera, quizá ya no volvería a tener otra oportunidad para hablarles.

Habían transcurrido unos veinte minutos desde que salió de la casa cuando vio lo que sólo podía ser la villa, alojada entre dos grandes rocas. Su ubicación era bastante adecuada, a lo largo de un ancho río con rápida corriente de hidrocarburos. Las casas, hacinadas en un grupo homogéneo, eran pequeñas, construidas a semejanza de los iglús de los esquimales terrestres. Al irse acercando pudo ver a los aborígenes caminando de un lado a otro.

Deteniéndose a unos cien metros de distancia del borde del río, apagó los motores del *jeep*, se ajustó el traje espacial colocándose la pistola atómica en la cintura, y tomando el diccionario salió del vehículo. Caminó hacia el río, donde media docena de ganis arrojaban redes o colgaban líneas de pesca.

Una vez que llegó a su lado, pudo ver cómo uno de aquellos extraños seres, recogiendo su línea, extraía del río una rara especie de cuerpo grueso semejante a un pescado, con grandes y feroces ojos colorados y aletas cortas y carnosas.

—Yo soy amigo —les dijo Kennedy en su lengua nativa, lenta y

claramente.

Aquellos que no estaban muy ocupados en la pesca, se agruparon vacilantes alrededor de él. Observó sus grotescas caras sin narices, esperando respuesta.

—Tú eres nuevo —le dijo uno.

—Sí, lo soy. He venido a hablar con ustedes.

—Habla y vete —dijo el ganimediano—. Es la hora de recoger comida y estamos ocupados.

—No hablen tan aprisa. Su idioma es todavía nuevo para mí. Yo no soy amigo de los otros hombres que han venido a verlos.

—Entonces te matarán. Ellos matan a los que no son sus amigos.

—¿Han matado a alguno de ustedes?

—No; pero dicen que lo harán si no los acogemos bien. Les hemos pedido que se vayan. Que regresen a los cielos. Pero contestan que traerán a otros de su clase, y muy pronto. No los queremos.

—¿Por qué?

—Este es nuestro territorio. Nuestra tribu lo escogió como lugar para morir, cientos de días hace. Les pedimos que se vayan. Les pedimos que se cambien a otros lugares. Pero no se van. Dicen que se quedarán y que traerán del cielo a miles de sus semejantes.

Kennedy miró fijamente al círculo que formaban los ganimedianos. Eran seres pesados, más bajos que él; su cuerpo era una masa informe, tenían manos gruesas de seis dedos y prácticamente no tenían cuello. Desde luego, no eran seres humanos. No era normal estar allí con temperaturas bajo cero en un mundo cuyo aire era veneno para los pulmones, y no querían hablar de explotación con las criaturas humanas. Verlos constituía una pesadilla.

—¿Qué harán ustedes si los terrícolas permanecen en su mundo?

—Pelearemos contra ellos.

—¿Tienen ustedes… —Kennedy buscó la palabra, finalmente recurrió al diccionario de Engel—… armas?

El ganimediano que llevaba la voz, extendió sus nudosas manos.

—Tenemos éstas. Tenemos flechas y garrotes para lanzar, y tenemos…

Era una palabra sin traducción directa, que significaba «valor, determinación, terquedad».

—No será suficiente —dijo Kennedy—. Contra bombas letales y granadas de torio, no.

—¿Qué quieren decir esas palabras?

—Lo averiguarán muy pronto —les aseguró Kennedy—. Díganme, ¿cuándo atacarán para tratar de echarlos fuera de aquí?

—¿Por qué te hemos de decir?

—Yo soy amigo de ustedes. ¡Quiero ayudarles! —Las palabras le brotaron repentina e inesperadamente—. Puedo traerles armas terrícolas y enseñarles cómo se manejan. Yo no quiero que los exterminen. ¿Me creen?

—Tú eres un terrícola testarudo.

—¡Pero no soy como los otros! Yo soy… —calló por un momento—. Miren, ¿cuándo será su hora de dormir?

—Cuando se haya ocultado la luna plateada.

Para ellos, la luna plateada era la blanca y brillante Europa. Kennedy trató de recordar la duración de sus movimientos. Europa se ocultaría hacia la «mañana», en tiempo del campamento, unas seis o siete horas más tarde. Bueno, él podría regresar la siguiente noche a la misma hora. Los ganimedianos estarían despiertos.

—Volveré cuando ustedes despierten nuevamente. Con armas terrestres. Pero esto debe mantenerse en secreto. ¿Esperan visitar pronto a los hombres de la base?

—íbamos a ir al despertar, pero se nos dijo que no fuéramos hasta dentro de cinco días.

Eso había sido labor de Gunther, pensó Kennedy. Quería mantenerlos alejados hasta que él se encontrara de regreso en la Tierra.

—No digan nada de mis visitas a los otros terrícolas —les dijo Tom—, porque si ellos lo saben, ustedes y yo moriremos.

Echó un vistazo al cronómetro en la muñeca de su traje espacial. Apenas eran las 0230; todavía tenía tres horas disponibles antes de regresar a la estación.

Les pidió permiso para permanecer por unas horas en la villa y observar su modo de vida. Después de una discusión llevada a cabo entre murmullos que Tom no pudo entender, accedieron de mal modo.

Cerca de las 0530 emprendió el regreso hacia la base. En la extraña y callada noche, los campos de nieve brillaban con el reflejo

de media docena de lunas; era una vista maravillosa, y dentro de la hermética cabina del *jeep* Tom Kennedy no sentía ninguna de las brutales condiciones del exterior, únicamente la silenciosa belleza.

«Pero no hay nada bello en el plan de la Corporación», pensó.

Se preguntaba si sería posible quedar limpio de las manchas morales que le habían quedado por el trabajo realizado en los dos últimos meses.

La Corporación usaría a su arbitrio a las Naciones Unidas. Ganímedes era probablemente territorio para explotar. La Tierra no tenía más razas sencillas, no más áreas sin desarrollar gracias a un siglo de intenso trabajo; pero aún quedaban otros mundos para conquistar y entregarlos a promotores entusiastas y laboriosos.

Kennedy sentía ahora la cabeza despejada, y estaba tranquilo respecto de la parte que iba a jugar en las próximas semanas: ayudaría a los ganimedianos todo lo que pudiera como expiación parcial por lo que había hecho. Quizá permaneciera en Ganímedes después de que la nave de abastecimiento hubiera partido; ya tendría oportunidad de decirle a Marge lo que había hecho y ella comprendería.

Se sintió bien al pensar en eso. «No todos», se decía, «tienen la oportunidad de reparar los daños que producen. Si yo ayudo a los ganimedianos, les llevo armas para que se defiendan, los oriento…».

Éste era su mundo. Ellos conocían sus riesgos, sus peligros. Una guerra entre los ganimedianos armados y los terrícolas cubiertos con embarazosos trajes espaciales, no iría a convertirse en masacre para una sola parte.

Y quizá él podría regresar a la Tierra y detener la matanza antes de que empezara…, aunque eso sería más difícil. La Corporación era poderosa y respetada; después de todo, ¿no había dado al hombre las llaves del espacio, con su capital privado? Ninguna otra nación del mundo lo había hecho, dentro de sus presupuestos domésticos para desarrollar los viajes cósmicos. Peleando contra una organización tan vasta, un solo hombre estaba sentenciado a un rápido fracaso.

Engel ya estaba esperando junto a la cerradura de aire del portón, cuando a las 0559 Kennedy regresó con el *jeep*, tal como lo habían pactado. El lingüista estaba pálido y tenso. Abriendo para permitir la entrada, dijo, en un murmullo:

—Todo está tranquilo.

Kennedy lo miró.

—¿No sabe nadie que salí? ¿Nadie se dio cuenta de mi ausencia?

—Todos han estado durmiendo como niños —dijo Engel—. Todos, excepto yo. Estuve sentado en mi cuarto, mirando las paredes toda la noche. ¿Adónde diablos fue, y por qué?

—Eso me concierne sólo a mí, ¿no cree?

Engel ayudó a Kennedy a despojarse del molesto traje de protección. Tom se volvió a mirarlo tranquilamente por un momento.

—Esta noche hice algo bueno —le dijo—. Quizá por primera vez en mi vida. Vamos a algún lugar donde podamos platicar sin despertar a nadie. Le contaré a usted todo lo que ocurre.

—No quiero ser cómplice de sus locos planes, Kennedy.

—Puede decidirlo después de que le explique las cosas. Pero voy a necesitar su ayuda. Y por una vez en su vida podrá usted hacer algo que valga la pena. Que valga más que las listas de verbos intransitivos, al menos.

TRECE

Habían transcurrido un día y una noche, que en realidad no lo habían sido, ya que la oscuridad de la noche ganimediana envolvía el edificio de la base espacial las veinticuatro horas del día, las mismas que duraba la noche; y en ese lapso Tom Kennedy se había convertido en un vil ladrón y un traidor a la humanidad.

Traidor a la humanidad. A medianoche, Tom pensó en ese epíteto mientras todos dormían y él robaba el contenido de armas del almacén número dos para ponerlas en un trineo de retropropulsión. Ató los lanzallamas, las granadas y fusiles atómicos para llevarlos a través de los campos helados y entregarlos a los ganimedianos.

Le dijo a Engel:

—Usted arregle con Gunther el llevarme en mi gira diaria por las dunas de nieve y lagos cercanos. Pero en lugar de hacerla, iremos a la villa a enseñarles cómo manejar las armas que les llevo ahora.

Engel no deseaba participar en aquel peligroso asunto, y enfadado consigo mismo, poniendo mala cara, trataba de encontrar una buena razón para negarse. Pero al fin accedió, porque era hombre débil y ambos lo sabían. Desde hacía mucho tiempo Kennedy dominaba el arte de manejar multitudes; en este caso, era un solo hombre a quien tenía que convencer para que hiciera lo que él necesitaba. Y lo estaba logrando.

Le quedaban solamente cinco días en Ganímedes, y debía aprovecharlos al máximo.

Al día siguiente, Engel se llegó a él para decirle que se preparara

para su salida. Por las faldas de las lomas rodearon el lago, al oeste del campo del edificio; entonces viraron a 180º y se fueron derecho a la villa de los ganimedianos. Pasaron dos horas instruyendo a los aborígenes en el manejo de las armas.

Enseñaron a aquellas pálidas criaturas cómo esconderse detrás de los riscos y disparar con los fusiles atómicos a los hombres que cruzaran la planicie. Usando bolas de nieve para entrenarlos, los dejaron preparados para el uso de las granadas. Descubrieron la magnífica puntería de aquellos hombres deformes.

Los nativos aprendieron pronto. Sonreían alegres, diciendo:

—¿Disparamos a los terrícolas si vienen?

Kennedy asentía, diciendo:

—Pero asegúrense que son ellos y no nosotros.

Se preguntaba Tom lo que Gunther diría cuando supiera que el visitante de Relaciones Públicas había robado suficiente armamento para equipar la villa entera de ganimedianos. Con seguridad iba a sufrir un ataque de apoplejía.

Tercera noche: Engel había descubierto en el almacén otro saco de granadas. Cuidadosamente las acarreó al trineo. Kennedy ayudó a sujetarlas. Vieron la hora: 0330. Todo el personal de la estación dormía, y reinaba la oscuridad. Por lo menos hasta las 0700 nadie estaría despierto.

—Ponga el automático para abrir la cerradura de aire desde afuera, y salgamos —le ordenó Kennedy a Engel.

El gran portón empezó a abrirse, Tom hizo lugar para Engel en el trineo y puso su mano en el switch de encendido.

Repentinamente, las luces se encendieron, sorprendiéndolos. Gunther apareció ante ellos como un fantasma amenazador, realmente furioso; detrás de él tres hombres más: Jaeckel, Palmer y Latimer.

—Así que ustedes son los culpables —dijo Gunther pausadamente, controlándose—. Esos faltantes de armamento, las huellas del trineo y el *jeep* en la nieve. Engel y Kennedy, ¿para qué diablos piensan ustedes dos que están aquí?

Engel comenzó a decir algo, algo que resultó inaudible. Kennedy le dijo, en un murmullo:

—¡Sujétese bien! Voy a arrancar.

—¡Vamos, ustedes dos, salgan de ahí! Quiero alguna explicación.

—Muy bien, se la daremos —dijo Kennedy; poniendo la mano en el tablero sin que Gunther lo notara, corrió el control de aceleración hasta su máximo y movió el switch de arranque.

El trineo de propulsión atómica salió disparado, cruzando la puerta junto a Gunther y sus hombres como una exhalación, dejando una estela de llama tras de sí. Kennedy y Engel alcanzaron a oír un grito de rabia de Gunther.

Se oyó en seguida un rápido tiroteo. Kennedy no miró hacia atrás; se encogió todo lo que pudo en la parte baja del trineo, y rezando porque ninguno de los proyectiles fuera a tocar el saco de granadas que iba en la parte trasera, continuó guiando entre la oscuridad ganimediana con una velocidad endemoniada.

Su ruta había sido trazada con anterioridad. Iba a proyectar un gran círculo hacia el oeste, —suficientemente lejos para despistar a algún posible perseguidor— y después enfilar hacia la villa ganimediana.

Intentaba no pensar en lo que le sucedería cuatro días más tarde, cuando la nave de abastecimiento emprendiera su viaje de represo a la Tierra y las provisiones que para él había robado y puesto al cuidado de los aborígenes se le agotaran. Había cortado en un pavoroso momento sus vínculos con la Tierra, y procuraba no pensar en ello.

—Me preguntaba cuánto tiempo transcurriría hasta que Gunther se diera cuenta de lo que estábamos haciendo —dijo Engel, después de que se habían alejado algo más de ocho kilómetros, y al ver que no venía nadie en su persecución.

—Forzosamente tenía que suceder. Pero teníamos que hacerlo, Engel. Alguien tenía que hacerlo, y sucedió que desgraciadamente fui yo el destinado y lo arrastré a usted a ello.

Engel no contestó. Kennedy se preguntaba qué amargos pensamientos discurrirían por la mente del lingüista. Seguía guiando a toda velocidad, casi volando. Cuando pensó que se encontrarían seguros, cambió el curso directamente hacia la villa.

—Nadie habría empezado nunca con esto, si usted se hubiera guardado su diccionario en secreto —dijo Kennedy—. Pero me lo mostró, se lo pedí, aprendí un par de palabras, y por tan simple cosa, le han borrado de la Corporación, y yo he terminado con la agencia de

y quizá con el mundo entero. Pero no lo lamento en absoluto, ni siquiera si nos pescan y nos llevan presos a la Tierra para enjuiciarnos públicamente en la plaza principal de Nueva York. Al menos, tendremos la satisfacción de habernos enfrentado al mundo entero para hacer algo que consideramos correcto.

Dejó de hablar, porque cayó en la cuenta de otra cosa.

—Usted pensó que era lo justo, ¿verdad? Quiero decir… usted no sólo me ayudó en este asunto únicamente porque yo le estaba torciendo el brazo. Confío en que usted lo haya hecho pensando en razones éticas… Es terriblemente penoso haber destruido su carrera en una sola semana, simplemente porque vino una persona con ética y lo obligó a hacer algo de lo que usted no estaba seguro que fuese moral hacer.

Engel continuaba callado. Su silencio comenzó a molestar a Kennedy.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Acaso lo dejó mudo el miedo? ¿Acaso Gunther provocó en usted tal pánico que ya no puede hablar?

No obtuvo respuesta alguna. Un escalofrío de terror recorrió todo su organismo, acentuándose en su estómago. Kennedy se volvió rápidamente para cerciorarse de si…

Tenía razón. Uno de los desesperados disparos de Gunther y su gente penetró en el casco de respiración de Engel, abriendo un agujero perfecto. Por su boca y orejas corría abundantemente la sangre, que se congelaba al instante. La cara aparecía desfigurada, con los ojos abultados y los labios hacia atrás como en una grotesca sonrisa.

Había muerto instantáneamente; tan rápido, que ni siquiera tuvo tiempo de exhalar el último grito en su agonía para participar a Kennedy de su muerte.

Kennedy apretó los labios en un gesto de amarga tristeza. Engel estaba tan orgulloso de su diccionario, tan ansioso de mostrarlo al visitante de la Tierra… Y dos semanas más tarde, esa obra había ocasionado su propia muerte, lanzando el aire que contenían sus pulmones a la negra atmósfera de Ganímedes.

Se detuvo cerca de la parte estrecha de un lago cuyas «aguas» brillaban a la luz de tres brillantes lunas. Tomó el cuerpo inerte de

Engel con toda delicadeza y, sacándolo del trineo, lo llevó al borde ondulado de la costa lamida por el negro líquido.

Caminó en el fango como un metro y depositó el cadáver de Engel, el primer humano que había perdido la vida en Ganímedes y no regresaría ya a la Tierra. Lo puso con la cara hacia abajo en la superficie del agua. La corriente se apoderó del cuerpo, y Kennedy le dio el último impulso para enviarlo flotando hacia el centro del lago.

Para horror de Kennedy, el cuerpo no se sumergió en seguida; permaneció a flote dando vueltas en círculos cada vez mayores debido a las corrientes que jugaban con él. Pero finalmente el líquido, penetrando por el agujero abierto en el casco, hizo que el traje perdiera su flotación debido al peso, hasta que, lenta y gravemente, Engel fue desapareciendo de la superficie.

Tom subió nuevamente al trineo para proseguir su viaje.

Se encontraba todavía como a kilómetro y medio de la aldea, cuando vio un intenso resplandor en el cielo que interrumpía la oscuridad de la noche ganimediana. No podía ser otra cosa que llamas.

Se aproximó más, bajando paralelamente a la línea de riscos afilados que circundaban el lado sur del pequeño poblado. Al estar bastante cerca pudo darse cuenta de lo que ocurría.

Una unidad atómica móvil, la mayor de la base, se encontraba a escasos cien metros de las primeras casas de la villa. Cuatro figuras ataviadas con trajes espaciales y provistas de potentes fusiles atómicos disparaban furiosamente, dos de ellas protegiéndose tras la parte delantera del vehículo y las otras dos en la parte trasera.

Pero los ganimedianos de la villa estaban respondiendo al tiroteo. Kennedy vio tirada sobre la nieve, no muy lejos de la unidad atómica, la figura despedazada de lo que había sido un terrícola, semienvuelto en su traje espacial.

Mientras miraba la escena, sin saber cómo actuar o qué lado tomar, brotó una lengua de fuego dirigida en diagonal hacia un costado del transporte de la base. Brotaba de un lanzallamas que era operado por un ganimediano parapetado detrás de una duna de nieve. Inmediatamente uno de los hombres, girando sobre sus pies, disparó seis veces rápidamente al lugar de donde las llamas habían aparecido.

Kennedy retuvo la respiración. Gunther había venido directamente a la villa en busca de ellos, y los ganimedianos, pensando que se trataba del ataque que tanto habían esperado, abrieron el fuego. Los terrícolas ahora estaban concentrados en defenderse. Una pira encendida lanzaba sus llamas al cielo, precisamente en el corazón de la villa, lugar en que se encontraban depositadas armas y municiones. Quizá había sido un tiro de suerte; pero el daño, sin duda, fue terrible.

Kennedy encontró ánimo para sonreír, admirando la bravura de sus irregulares soldados ganimedianos. Pero Gunther estaba furioso y los barrería despiadadamente.

Una granada lanzada desde la aldea vino haciendo espirales y fue a caer al piso cerca de la rueda derecha del transporte. Kennedy vio a un terrícola saltar a tiempo para evitar que la explosión lo alcanzara.

Por un momento pensó Kennedy hacer uso de la carga de granadas que traía en el trineo, en defensa de los ganimedianos, pero desechó la idea. La derrota de éstos era inevitable; quizá mataran algunos terrícolas más, pero Gunther no tendría misericordia y sin duda acabaría con ellos. Los aborígenes eran valientes, pero la instrucción militar que les proporcionó Kennedy no era suficiente, y sería de muy poca ayuda durante un sitio prolongado.

Kennedy tomó una resolución, y ajustando el control del micrófono de su traje, gritó:

—¡Gunther!

—¿Quién grita?

—Kennedy. Detenga su fuego.

—¿Dónde se encuentra?

—En una loma, frente a usted y sus hombres. Los podría matar a todos ustedes, pero no lo haré; no quiero causar más muertes. No dispare más.

—Maldito Kennedy, ¿se ha vuelto usted loco? ¿Sabe que Latimer ha muerto y que la mitad de la villa está destruida por causa de usted? Vinimos en busca de ustedes, y abrieron fuego contra nosotros.

—Repito que no quiero ocasionar más muertes —replicó Tom—. Me rindo, ¿entiende?, me rindo. Bajaré de la loma con las manos en

alto. No dispare más contra los ganimedianos. Ellos no son los culpables.

Salió de su escondite y lentamente fue bajando como lo había anunciado. Era una negra figura proyectándose contra la nieve blanca. Se encontraba a mitad del camino, cuando la voz de Gunther se dejó oír:

—¡Espere un momento! Viene usted solo. ¿Dónde está Engel? Si es una treta…

—Engel está muerto. Lo mató usted cuando escapamos, y le di sepultura en el lago, a media hora de camino en dirección de las montañas. Continuaré mi descenso.

CATORCE

La nave cósmica de la Corporación no había sido diseñada para transportar prisioneros, por lo que no tenía lo adecuado para el confinamiento de Kennedy. Comía solo, y no hablaba con los otros hombres más de lo indispensable. Por su parte, ellos no le hablaban en absoluto.

Los últimos días, antes de que la nave emprendiera el regreso a la Tierra, habían sido muy duros para Kennedy. Gunther había ordenado que lo encerraran en un pequeño aposento, con guardia las veinticuatro horas del «día». Sus alimentos le eran llevados sin darle oportunidad de salir bajo ningún pretexto.

—¿Usted proporcionó armas a los ganimedianos? —le preguntó Gunther.

—Me niego a contestar.

—Al infierno con eso. ¿Lo hizo usted?

—Sus suposiciones, Gunther, son tan buenas como las de cualquier otro.

—¿Quién es usted? ¿Qué hay detrás de usted? Dígame, Kennedy, ¿por qué les dio usted las armas?

—Nunca he admitido haberlo hecho.

—¡Maldita sea! ¿No se da cuenta que dos terrícolas murieron en ese penoso incidente y que la mitad de la villa ganimediana fue quemada? Y no menciono a Engel, pero con él fueron tres hombres muertos por su causa.

Kennedy se encogió de hombros. Después de seguir interrogándolo con el mismo resultado negativo, Gunther se dio por vencido.

Tenía que admitir que después de todo lo trataban bastante bien. Un hombre de menor catadura que Gunther lo hubiera matado en el

mismo sitio. Pero éste no era tan despreciable; había preferido mandarlo de regreso a la Tierra para que la Corporación y la Agencia lo juzgaran.

Sizer, el médico, le aplicó la inyección de gravanol cuando despegó la nave. Esto sorprendió a Kennedy, ya que —hasta cierto punto— era razonable esperar que un traidor se vería obligado a luchar con las agonías provocadas por la rapidísima aceleración del lanzamiento.

Llegó el día del aterrizaje en la Tierra. Corrió la voz entre la tripulación de la nave y Sizer, esta vez con cara agria —al contrario del día de salida hacia Ganímedes, en que derrochaba alegría—, se presentó a Kennedy ofreciéndole la inyección.

Pero Tom, moviendo la cabeza, le dijo:

—No le dejaré esta vez, doctor. Quiero darme cuenta de lo que en realidad se siente al caer a un planeta. Esta puede ser mi última oportunidad.

Sizer, con un gesto de desprecio, le dijo:

—Como quiera. Son sus huesos, su cuerpo, sus nervios. Haga lo que guste.

De modo que le dejaron reingresar al tapete de la atmósfera terrestre en pleno uso de sus facultades.

Los cohetes de retroceso rugieron, estabilizando y restándole velocidad a la nave. Kennedy sintió como si dos enormes manos estuvieran estrujándolo, como si le hundieran el cuello en la espina, aplastándole la cara, desfigurándole la boca. Podía oír rodar su corriente sanguínea. Su respiración se hizo convulsiva, como la de un pez enganchado al anzuelo fuera del agua Sentía una fuerza tremenda oprimiendo su pecho y obligándolo a expeler el aire de sus pulmones, impidiéndole la respiración.

Se revolvió en la cama. Oleadas de dolor sacudieron su cuerpo. Empezó a desvanecerse, pero luchó por mantenerse lúcido, y con un gran esfuerzo logro su propósito, dándose cuenta de todo lo que pasaba.

La nave se sacudía en los estremecimientos finales antes del aterrizaje. No se esforzó por mirar a través de la ventanilla, pero sabía que la Tierra ya era visible y se acercaban a ella velozmente. Podía imaginarse la esbelta figura de la nave entre lenguas de fuego.

De repente se dio cuenta de que el rugir de los cohetes había cesado, imponiéndose en su lugar un silencio absoluto.

Kennedy se limpió los hilillos de sangre que le corrían por la comisura de los labios. Habían aterrizado, y él había pasado por toda la tremenda fase sin perder los sentidos.

Se movió para mirar por la ventanilla. Había gente esperando la nave. Buscó a Marge, Watsinski o Spalding, pero no reconoció a nadie; ninguna cara familiar.

Una voz en su interior le aconsejó: «Si corres y escapas, no podrán tocarte. No fue un crimen haberle dado armas a los ganimedianos. La Corporación no tiene aún facultades para dictar leyes, no todavía».

La gran portezuela del costado de la nave se fue abriendo, y la escalerilla para el descenso se desenrolló automáticamente. Por ella, los hombres debían bajar aproximadamente seis metros hasta encontrar piso firme.

Con cautela, Kennedy desató las correas que lo sujetaban a la hamaca. Puso un pie fuera de ella y en seguida el otro. Trató de ponerse de pie, pero no pudo hacerlo con firmeza; tuvo que apoyarse con desesperación en la pared de la nave para no caer. Esperó hasta dejar de sentir aquella sensación en las piernas; las sentía como si fueran de goma. La pesadez de la cabeza fue también desapareciendo poco a poco.

Kennedy sonrió; no se encontraba bajo ningún cargo. Quizá la gente del campo todavía no sabía nada de lo sucedido en Ganímedes. Con toda calma se dirigió hacia la portezuela y descendió por la escalerilla.

El sol brillaba, y el calor del medio verano se dejaba sentir sobre el campo plano de aterrizaje. Había olvidado la fecha, pero consideraba que más o menos serían los últimos días de julio.

Detrás de él oyó un grito procedente de la nave y comenzó a correr. No tenía otra dirección para elegir que hacia la gente que esperaba. Una verdadera galaxia de *flashes* de cámaras fotográficas se encendió cuando estuvo a unos pasos de docenas de gentes, probablemente de la Corporación o de la Agencia de
Steward & Dinoli.

—¿Es usted Kennedy? ¿Podría darme una breve relación de…?

—¿Tiene usted algunas palabras para el público del video…?

Kennedy se abrió paso entre ellos con hombros y codos.

—Por favor. Estoy sumamente cansado; no puedo permanecer aquí ni hablar con ustedes.

Se sintió abochornado por el calor, después de las bajas temperaturas de Ganímedes. No muy lejos distinguió un taxi; corrió hacia él en momentos en que nuevamente se dejaron oír los gritos:

—¡Paren a ese hombre! ¡No dejen que escape! ¡Deténganlo!

Abrió la portezuela del taxi deslizándose precipitadamente en su interior y ordenando al chófer:

—¡Vamonos de aquí! ¡Rápido!

Miró de soslayo por la ventanilla y vio dos hombres que aún corrían tras él queriendo darle alcance: eran el capitán Hills y el médico Sizer.

El taxi se alejó velozmente. Sonriendo, Kennedy miró atrás para ver si sus perseguidores todavía lo seguían, pero se habían quedado. ¡Qué sencillo fue burlarlos aprovechando la confusión del aterrizaje! Realmente no tuvieron oportunidad de vigilarlo.

Pensaba Tom: «Pasó como en un sueño». Cuando ya las figuras parecía que lo alcanzaban para atraparlo, él se escurrió entre ellas como un cuchillo al rojo vivo entre la mantequilla.

Claro que le darían caza; la huida no podía ser tan simple. Pero al menos disfrutaría de unos pocos minutos de libertad, o quizá de unos cuantos días; y hasta probablemente podría arreglar algunas de las cosas que deseaba hacer al retornar a la Tierra.

Se preguntaba adónde podría ir. Era obvio que el lugar indicado sería su casa. Sus perseguidores jamás pensarían que fuese tan tonto como para ir allá.

Le dio la dirección al chófer.

Cuando el taxi entraba al pueblo de Connecticut, en donde él y Marge habían vivido por tanto tiempo, pensó que su casa estaría igual, y no dejaba de causarle extrañeza que Marge no hubiera estado en el campo para darle la bienvenida. Parecía indudable que todos supieran que aquel era el día indicado para el regreso de la nave de Ganímedes.

Posiblemente Gunther había anunciado por radio el regreso. Quizá ellos le habían dejado escapar intencionalmente del puerto

aéreo, sabiendo que siempre lo podrían aprehender en su casa.

En aquellos momentos se detuvo el taxi frente a su domicilio.

Le dio al chófer un billete de alta denominación, y sin esperar el cambio se encaminó hacia el jardín. Lo cruzó, y ya frente a la puerta de entrada, buscó la llave en el bolsillo del pantalón. Con cierta emoción entró. La casa estaba tranquila, quizá demasiado tranquila.

—¿Marge?

No obtuvo respuesta. No dejaba de imaginarse que de un momento a otro se oirían disparos, o que súbitamente irrumpiría la gendarmería de la Corporación, pero el silencio continuaba.

Solamente se oía el suave zumbido del eliminador electrónico de polvo. Entró en la sala, esperando que al menos allí encontraría al gato durmiendo en el gran sillón de descanso. Pero no hubo tal. Todo estaba como siempre, en sus respectivos lugares; el cortinaje de las ventanas cerrado para opacar la luz del exterior.

Al observar este detalle, Kennedy se detuvo. Sintió profunda pena al notarlo. Solamente cerraban las cortinas cuando iban a estar fuera por un período largo de tiempo, cuando iban de vacaciones o pensaban demorarse mucho en determinadas compras. Marge nunca hubiera dejado el cortinaje cerrado a aquellas horas del día…

Empezó a sospechar algo. Sobre la mesa del centro de la sala vio una hoja de papel. Al tomarla reconoció la inconfundible escritura de Marge:

«Tom, hay una cinta en la grabadora. Por favor, óyela».

Le temblaron las manos cuando movió el control para encender el aparato.

—Tom, es Marge la que te habla y quizá sea la última vez. Iba a escribirte esto, pero pensé que usando la grabadora podría decirte más claramente lo que deseo. Tom, voy a dejar la casa. No es un paso precipitado. Lo he pensado por largo tiempo, y cuando ese asunto de Ganímedes se presentó, todo lo vi más claro. Simplemente no debíamos vivir juntos por más tiempo. Oh, a veces fue muy agradable, no me juzgues mal. Pero hay una diferencia fundamental entre nosotros, un modo muy distinto de ver las cosas. La única solución que encuentro es una ruptura definitiva ahora, antes de que sea demasiado tarde.

»Tú trabajaste en el proyecto fortuitamente, pero lo hiciste con

entusiasmo, sin darte cuenta de que yo me oponía amargamente a él. Cosas como ésa fueron las que me decidieron. No te estoy dejando por diferencias políticas, o algo por el estilo. Vamos a aceptar que el trabajo de Ganímedes sólo fue un síntoma, no una causa del problema en nuestro matrimonio. Odié el contrato por lo que representaba. Tú, en cambio, ni siquiera te molestaste en examinar lo que significaba. Así que hoy, el mismo día en que tú saliste para el espacio, te dejo.

»Me voy con Dave Spalding. No saques conclusiones erróneas; aunque me voy con él, nunca te engañamos. Yo tengo mis normas de moral, y vivo de acuerdo con ellas. Discutimos él y yo el irnos juntos, y tu viaje a Ganímedes nos dio la oportunidad de llevarlo a cabo. Por eso fue que cuando me hablaste de ello, te pedí que fueras. Por favor, no te sientas lastimado por todo esto. Te ruego que no maldigas ni rompas cosas. Escucha esta cinta un par de veces y reflexiona un poco. No quiero nada de lo que hay en la casa; ya tomé lo que quería, el resto es tuyo. Después de que hayas tenido tiempo de acostumbrarte a todo, me pondré en contacto contigo para ponernos de acuerdo sobre el divorcio. Eso es todo, Tom. Mientras duró fue muy hermoso, pero sabía que no podría durar por mucho tiempo cuando empezaron a surgir las diferencias entre nosotros; y para ahorrarnos unos cincuenta o sesenta años de amargura, me retiro.

»Dave dejó la agencia, pero teníamos un poco de dinero que habíamos ahorrado. Nuevamente, Tom, lo siento, tanto por ti como por mí misma. Dejé el gato en la casa de los Cameron; puedes recogerlo allí cuando regreses de Ganímedes. Solamente tú, Dave y yo sabemos lo que ha pasado. Cuídate mucho, Tom, y hasta pronto.

Dejó Kennedy que la cinta corriera hasta el final y apagó la grabadora. Entonces permaneció atontado en el centro de la sala por un largo rato, y después oyó una vez más la grabación desde el principio hasta el fin.

—No esperaba eso de ti, Marge —dijo pausadamente.

Sintió la garganta seca. Le dolían los ojos, pero no pudo llorar en absoluto.

QUINCE

Se sirvió otra copa. Hasta eso le ocasionaba gran dolor, recordando que siempre se las había preparado Marge. Entonces se quitó los zapatos, y por tercera vez sintió deseos de oír la grabación de Marge.

Haciendo un esfuerzo, fue capaz de no prestar atención al significado de las palabras y analizar únicamente la forma en que las dijo: abiertamente, sin vacilación, con voz firme. Esas eran las palabras que ella había acumulado y llevado consigo durante largo tiempo. Parecía que al grabarlas se sentía feliz de liberarse de ellas.

Pasaron algunos minutos, cuando terminó la cinta. El efecto que al principio le causara oírla había menguado. Ya empezaba a ver la situación clara y filosóficamente. Había sido inevitable.

Ella había actuado con gran fortaleza y sabiamente; la respetaba por ello. Pero se sentía amargado por una sola cosa: habiendo regresado de Ganímedes transformado —pues no solamente había cambiado su postura, sino también había hecho todo lo que estuvo en su mano para demostrar su lealtad al nuevo partido que tomaba mediante una acción positiva—, no estaba Marge allí para alabarlo y darse cuenta de que al fin había comprendido los puntos de vista de ella. Su conversión llegó demasiado tarde.

Ya no tenía caso ir en pos de ella, encontrarla y decirle: «Mira, Marge, he repudiado a la Corporación y a la Agencia, ¿regresarías conmigo?».

No, ya era muy tarde. Marge no perdonaría sus locos desatinos.

Le dolía tener que admitirlo, pero trataría de olvidarla.

Se levantó, y cruzando la sala encendió la televisión. Buscó algún noticiario y finalmente lo encontró en el canal hf número 72 de Bridgeport. Pacientemente oyó primero los reportes

acostumbrados acerca de la insoportable temperatura de julio: calurosa y húmeda, a pesar de los esfuerzos de la Oficina de Ajuste de Temperatura. A este reporte siguió otro que hablaba de la crisis del nuevo gabinete en Yugoslavia.

Entonces el locutor hizo una pausa y continuó:

»El campo espacial número siete en Nueva Jersey, hace algunas horas fue teatro del arribo de la cosmonave de abastecimiento que hace tres semanas partió para Ganímedes. El retorno lo llevó a cabo el capitán Louis Hills con toda felicidad. Informa el citado capitán que dejó los abastecimientos pedidos por los colonos de aquel pequeño mundo y que todo marcha bien.

»En el juego de béisbol del mediodía, los Medias Rojas de Boston derrotaron a…

Kennedy apagó el aparato. De modo que los de la Corporación y la Agencia habían resuelto ocultar las noticias referentes a él…

Era el 30 de julio. El 11 de octubre, la Corporación iría ante las Naciones Unidas para pedir la intervención armada; tenían tiempo hasta entonces para ratificar la fábrica de mentiras que él había ayudado a planear.

Tendría que moverse cautelosamente. La Corporación lo estaría buscando, ansiosa de eliminarlo antes de que pudiera perjudicar el proyecto. Y probablemente también la policía de seguridad de las Naciones Unidas estaría alerta para echarle mano. La mayor área de Nueva York iba a ofrecerle poca seguridad por el momento. Había un lugar que le parecía más seguro, aquel de donde él procedía: Wisconsin; allá podría esconderse.

En una sola maleta, empacó una muda de ropa y artículos de aseo. Dejó todo tal como estaba: el bar, la cocina, la casa completa. Esperó sólo un momento para hacerse de valor, y paseó una rápida mirada por la casa que Marge y él habían escogido juntos hacía ocho años y que quizá ya no volvería a ver.

Dejaba su pasado atrás: Marge, el gato, sus libros, sus selectos discos de música, todas las cosas que había atesorado. La vida sólida y segura, de la cual se había sentido satisfecho, desaparecía.

Había una pistola calibre .38 de cañón corto en la mesita de noche. Nunca la usó; con la carga completa siempre había permanecido en el cajón. Se colgó la funda en el hombro y puso el arma dentro de ella. Eran las 16.32 del lunes 30 de julio de 2044.

No creyó conveniente llamar a la compañía aérea desde su casa; quizá tuvieran su teléfono intervenido. Salió cerrando con llave la puerta y, dirigiéndose a su auto, puso la maleta dentro.

Diez minutos más tarde entraba en la ciudad. Estacionó su automóvil frente a la farmacia de Schiller y entró en ella. Puso una moneda de veinte centavos frente al cajero.

—Dos monedas para el teléfono, Max.

—Con gusto… Ah, señor Kennedy, ¿cómo está? —Schiller se limpió las manos en su manchada bata blanca—. Un par de hombres estuvieron aquí hace unos minutos preguntando por usted. Deseaban saber cómo llegar a su casa, y mi muchacho fue a enseñársela.

—No espero visitas —replicó Kennedy, y tomó las monedas que le alargó Max.

—Mire, señor Kennedy, allá están —le dijo Schiller, señalando.

A través del aparador del frente de la farmacia, vio Kennedy a dos hombres vestidos con trajes café y austeras capas de viaje color violeta; salían del banco. Eran de mirada fría y parecían de una eficiencia absoluta. Gente de la Corporación, pensó Kennedy. Se dirigió rápidamente hacia la cabina del teléfono.

—Oiga, señor Kennedy —insistió Schiller—. ¿Por qué no va a verlos antes de que suban al automóvil, y así les evita que vayan a la casa de usted?

—No tengo tiempo de verlos; necesito ir a la ciudad a tratar negocios de suma importancia.

Kennedy marcó el número de la oficina de boletos del aeropuerto Roosevelt y reservó un asiento en el vuelo a Milwaukee que salía a las 19.51 aquella noche. Dio el nombre de Víctor Engel.

Cuando salía de la cabina, Schiller le dijo:

—Esos caballeros partieron hacia la casa de usted mientras hablaba por teléfono.

Kennedy le hizo un guiño y sonriendo le replicó:

—No tenía tiempo de verlos. Tengo que llegar a la parte baja de la ciudad lo más pronto posible; mi barco saldrá a las 19 horas.

—¿Barco?

—Voy a Europa a atender negocios de la Compañía. No se lo

diga a nadie; la verdad es que no quiero que mis amigos lo sepan y me pidan que les traiga regalos a mi regreso.

Mientras conducía por la vía rápida hacia Nueva York, pensó en los dos hombres de frío aspecto. Con seguridad regresarían al encontrar la casa vacía, y quizá nuevamente se detuvieran en la farmacia de Schiller para hacerle otras preguntas. Esperaba que se divirtieran buscándolo en los buques de salida para Europa.

Tomó la arteria del aeropuerto siguiendo toda la costa sur de Long Island y llegó a las 17.45. Dejó su automóvil en el área de estacionamiento y se dirigió hacia el brillante edificio de plástico en donde se encontraba la oficina de boletos; pagó para recoger el suyo. La hora de salida era 19.51.

Comió ligero en un restaurante automático; un emparedado de protoide y dulce. En realidad no tenía hambre por el momento. Compró un periódico de la tarde y encontró un reporte humorístico del regreso de Ganímedes de la cosmonave, pero no hacían mención alguna del hombre de Relaciones Públicas que se había escapado del campo. Estrujó el periódico y lo tiró.

El calor del día había disminuido, y se acercaba la hora de salida. A las 19.51 se dejó oír el anuncio:

—Líneas Universales con destino a Milwaukee, vuelo 165, saldrá dentro de 25 minutos; los pasajeros sírvanse abordarlo por la puerta número 17.

La aeronave no era de los últimos modelos: era un
FB-9,
con cupo para 97 personas, y no alcanzaba gran altura. Después del viaje al espacio, volar en aeroplano le parecía muy singular a Kennedy, singularmente ordinario y singularmente inseguro.

El avión se elevó de acuerdo con el horario, rugiendo sobre la pista y enderezando bruscamente su proa hacia el cielo. Miró Tom hacia abajo las calles de Brooklyn que se obscurecían, y los autos que semejaban pequeños y móviles puntos luminosos. Una vez que el aeroplano se estabilizó a una altura de seis mil quinientos metros, la ciudad completa se perdió de vista.

A esa altura ya volaban por encima de las nubes, que formaban un sólido piso blanco grisáceo, lleno de protuberancias que

semejaban redondas bolas de hielo flotando sobre un mar congelado que se perdía en el horizonte.

Llegaron a Milwaukee más pronto de lo que él esperaba. Ssu reloj marcaba las 22.13, pero lo arregló una hora más tarde de acuerdo con el tiempo local.

El aeropuerto de Milwaukee probablemente había sido una maravilla un siglo atrás, pero ahora se veía barato y anticuado: un viejo y sufrido edificio de cristal y plástico verdes. Kennedy tomó en uno de los restaurantes del aeropuerto una taza de cafeína sintética y se puso a considerar sus próximos pasos.

Una hora de viaje por carretera lo separaba de Brockhurst, su lugar de nacimiento, donde todavía vivía su hermano mayor, pero ya era tarde y pensó que sería poco conveniente llegar a medianoche sin anunciarse.

Tomó entonces un taxi para la ciudad y fue a hospedarse al primer hotel que encontró.

Por la mañana, cuando despertó, eran las 08.00. Marcó en el teléfono el número de su hermano. Una voz ronca y poco cortés, contestó:

—Habla Kennedy. ¿Quién es?

—Kennedy, este es otro Kennedy, de los de Connecticut, ya sabes.

Después de un momento de silencio:

—¿Tom?

—Nadie más.

—¿Dónde estás?

—En el hotel Avon del buen Milwaukee, viejo. Llegué anoche, pero ya era muy tarde para llamarte.

—La primera vez en cinco años que resuelves visitar a tus parientes pobres y ni siquiera nos envías una palabra para avisarnos. ¡Bah! ¿Trajiste a Marge?

—No; vine solo y con cierta precipitación. Mira, Steeve, me gustaría quedarme contigo por un tiempo. No te puedo explicar por teléfono.

—Entonces, vente en seguida. Tomaré el día libre en tu honor y arreglaremos el cuarto extra, que ya estará listo para cuando

llegues. Anda, apresúrate.

Kennedy tomó el primer autobús para su pueblo. Steeve era once años mayor que él y desde que murió su padre —cuando Tom no tenía más que siete— había sido su guía a través de su niñez.

Steeve era de esos tipos agradables que le dan sal a la vida. Corpulento y de gran corazón, siempre estaba sonriendo; sus aficiones eran la cerveza y las excursiones de pesca, y era un creyente que no faltaba al templo. Había tenido discusiones interminables con Tom —de temperamento nervioso, introvertido e intelectual—, quien se había ido de casa cuando terminó la escuela secundaria. Se fue a Chicago y se inscribió en la Universidad Northwestern.

Los hermanos se habían reunido solamente una vez desde que Tom se casó con Marge en 2039: Steeve fue en un viaje de vacaciones a Connecticut y visitó a su hermano. Pero desde entonces solamente habían cambiado cartas en forma esporádica, y con el correr de los años esa correspondencia se hizo menos frecuente. Habían transcurrido ya casi nueve meses desde que Tom escribió la última carta.

Llegó a Brockhurst un poco después de las diez de la mañana.

Cuando Tom dejó la calle Main para entrar a la de Willoughby, vio que Steeve y su esposa Betty lo esperaban en el pórtico de la casa. Al menos, Tom creyó no equivocarse al suponer que la mujer alegre y gordita que estaba allí, sería la esposa de Steeve; hacía tanto tiempo que no la veía, que en realidad no recordaba su cara. Dos de los hijos —nueve y trece años— estaban afuera también.

Kennedy notó que su hermano había encanecido notablemente, pero conservaba la cara fresca, el buen humor y los ojos de profunda mirada triste, en los que se transparentaba su mente tranquila y exenta de problemas. Tomó Steeve la maleta con su mano izquierda y estrechó con la derecha afectuosamente y sin piedad la mano que le tendió Kennedy.

Le dieron una habitación en la parte alta, con vista al campo de la parte trasera de la casa; un cuarto pequeño y acogedor, con el inevitable crucifijo y un motivo bordado que colgaban en la pared. Cuando Tom hubo desempacado sus pocas pertenencias, bajó las escaleras y fue hacia el pórtico en donde lo esperaban.

Una vez adentro, en la sala, se acomodó en una silla muy

adornada y les dijo, tranquilamente:

—Creo que les debo a ustedes una explicación.

—Caramba, Tom, tú sabes muy bien que puedes venir a nuestra casa cuando te plazca y a la hora que sea; tú…

—No, Steeve, primero óyeme y después me dirás si todavía deseas que permanezca aquí por algún tiempo. Tengo un pequeño apuro allá en Connecticut. Marge ya no está conmigo; eso es lo único por lo que a ella se refiere. ¿Saben ustedes algo respecto del trabajo que hago? ¿Relaciones Públicas? Bueno, pues sucede que descubrí una especie de fraude que se está cometiendo al público, y mi Agencia ha estado participando en ello —seleccionaba cuidadosamente sus palabras para que lo entendieran perfectamente —. Tropecé con la evidencia, y, como un idiota, me escapé en un momento inoportuno. Así que en Nueva York hay algunos grandes personajes que están ansiosos por atraparme y fusilarme. Piensan que salí para Europa; no tienen idea de en dónde estoy realmente, o al menos así lo espero. Vine aquí viajando bajo un nombre supuesto.

»Pero lo más importante es que para fines de septiembre voy a presentar lo que sé ante las Naciones Unidas. Así, de esa magnitud, es el problema, y expondré ante ellos toda la ruindad que encierra. Pero necesito un lugar para esconderme durante este tiempo… Bueno, no realmente esconderme, sino simplemente un lugar para estar y vivir sin atraer la atención, preferiblemente lejos de Nueva York. Dentro de dos meses regresaré al ruedo para tratar de remediar los males que ocasioné, y moriré en esa labor si es necesario.

»Ahora bien, ustedes tienen una bonita casa y cinco hermosos chicos, y yo sé que no desearían que les fuera a ocurrir algo desagradable ni a ellos, ni a ustedes. Lo expongo lisa y llanamente: siempre existe el riesgo de que averigüen en dónde estoy y vengan a por mí. En tal caso puede haber problemas para ustedes.

»Muy bien, eso es todo. Me gustaría quedarme, pero sean sinceros conmigo, porque si ustedes no desean correr el peligro de tenerme aquí, buscaré otro lugar.

Había sido una explicación larga, y sus labios estaban resecos cuando terminó. Miró a su hermano y a Betty, mientras ellos cambiaban miradas.

Finalmente, Steeve, rascándose una oreja, dijo lentamente:

—Yo siempre tuve miedo de que te fueras a ver envuelto en una cosa mala, Tom. Traté de enseñarte que te concretaras a vivir tu día de trabajo honradamente y sin meterte en aprietos, pero, por lo que veo, mis enseñanzas no dieron fruto. O quizá aprendiste de las gentes del Este tu forma de vivir, tan diferente a la nuestra. Parece que te encuentras metido en un avispero, según nos lo pintas.

—Así es, pero dime…

—Te estoy diciendo. Durante diez años pensé que eras demasiado pagado de ti mismo, y no recurrirías a mí si llegabas a necesitarme. Pero, por lo que veo, ahora requieres mi ayuda, y sería muy malo de mi parte echarte a patadas y negarte mi auxilio, ¿no es cierto, Tom? ¡Seguro que puedes quedarte! Todo el tiempo que necesites. ¿De qué serviría tener hermanos si un hombre no ha de arriesgarse por ellos de vez en cuando?

DIECISÉIS

Los días de verano se deslizaban. Julio cedió su lugar al tórrido agosto, cuando el calor se deja sentir al máximo sobre las tierras de labor de Wisconsin. Tom Kennedy vivía tranquilamente: leyendo mucho, pensando, acompañando ocasionalmente a su hermano Steeve en sus recorridos de vendedor, jugando con sus cinco sobrinos. Era aceptado por todos como miembro de la familia.

Vigilaba constantemente todos los medios de comunicaciones y noticias. Los periódicos y reportes en el telefax se concretaban principalmente a las noticias locales, la onda cálida, los pronósticos para el otoño. Pero siempre, en todos los periódicos, aquí y allá, insertaban pequeños artículos con los últimos sucesos de la colonia de humanos en Ganímedes, y el carácter de cada inserto iba tomando distinto colorido.

Ahora circulaba el rumor de que siniestros ejércitos ganimedianos marchaban más allá de las montañas que circundaban la estación de vanguardia terrícola. Hablaban de explosiones de bombas y el seco sonido de tiros de práctica.

«Los ganimedianos han dado muestras de resentimiento por nuestra presencia», escribía el director de la colonia, Lester Brookman, en la columna que apareció el once de agosto. «Aunque tenemos muy poco contacto con ellos, han objetado nuestra presencia en su mundo y en repetidas ocasiones nos han amenazado seriamente. Durante la presente crisis hemos prohibido que los miembros de la colonia salgan de la base en grupos menores de tres».

Todo proseguía de acuerdo con lo planeado, pensó Kennedy. Los hostiles ganimedianos seguían buscando la guerra. Muy pronto andarían en pos de cabelleras terrícolas; entonces vendría la

masacre. Después de eso, serían llamadas las tropas para barrer a los salvajes beligerantes. Era un viejo modelo de expansión colonial.

Tenía muy presentes las fechas:

El 17 de septiembre, el mundo sabría que la colonia humana en Ganímedes se encontraba en inminente peligro de ser barrida por los aborígenes.

El 22 de septiembre, la Corporación haría las gestiones preliminares ante las Naciones Unidas para pedir que una fuerza policíaca fuera enviada a Ganímedes, para proteger los intereses terrestres. No se haría una presión inmediata, porque primero se prepararía mejor al público.

Desde el 22 de septiembre hasta el 10 de octubre todo el mundo rezaría por los terrícolas que se encontraban en peligro.

El 11 de octubre, los repulsivos ganimedianos bajarían de las montañas y virtualmente acabarían con los colonizadores.

Finalmente, el 17 de octubre las tropas de las Naciones Unidas saldrían en camino hacia Ganímedes, para apaciguar a los aborígenes, establecer una política militar en aquel mundo y dar seguridades a la Corporación.

Terminaba el verano. Si estaban llevando a cabo algún proceso para darle cacería, debía ser extraordinariamente secreto. Nunca imaginó pasar dos meses tan tranquilos, sin tener que hacer frente a ningún problema.

Se encontraba en la casa el día 17 de septiembre, domingo a mediodía, cuando la noticia circuló por todos los medios: radio, televideo, periodísticos.

> *La colonia en ganímedes atacada*
>
> *Un asalto de sorpresa llevado a cabo por los ganimedianos, poco antes del amanecer, dejó ahora en grave peligro a la colonia terrestre en la luna de Júpiter. Se estima que cinco mil aborígenes, armados con palos y armas primitivas, irrumpieron en las casas de los terrícolas. El director de la colonia, Lester Brookman, participó por medio del radio que el ataque había sido repelido, pero que hubo que lamentar la pérdida de tres colonos y considerables daños materiales.*

Betty Kennedy estaba pálida y desconcertada al finalizar la

noticia.

—¡Eso es horrible! Esas pobres gentes, ¡tener que pelear contra esos salvajes!

—Dos personas hablaban ahora de que probablemente las Naciones Unidas iban a enviar tropas a aquella luna para aplacar a sus moradores —dijo Steeve—, pero harían bien en apresurarse si es que van a hacerlo, antes de que se tenga que lamentar la destrucción total de nuestra gente.

Tom Kennedy frunció el ceño, pero no dijo nada. Sintió deseos de decirles a Steeve y a su cuñada que sus temores eran infundados, que no existía ninguna colonia en Ganímedes, que ese ataque de los ganimedianos no era más que una farsa creada en las oficinas de una agencia de Relaciones Públicas hacía unos meses y perfectamente calculada la fecha en que harían circular por todo el mundo la noticia falsa; pero al fin no pudo decirles lo que él sabía.

En vez de eso les dijo:

—Regresaré el martes a Nueva York.

Discutieron con él, tratando de convencerlo de que se quedara por más tiempo, pero Tom, inflexible, les dijo que el día fijado para su regreso había llegado y no debía demorarse más. Les dijo con sinceridad que su estancia con ellos había sido muy agradable, y después de una prolongada escena de despedida, dejó atrás por segunda vez su pueblo de Brockhurst, Wisconsin. Steeve lo llevó el martes temprano en su automóvil a Milwaukee y «Víctor Engel» tomó el avión de las 11.21 para Nueva York.

Eran las primeras horas de la tarde cuando llegó. Durante su permanencia en Brockhurst se había dejado crecer el bigote, y el largo cabello que usaba cuando trabajó para la Agencia había sido recortado al estilo del medio-oeste, dejando su cuello y orejas descubiertas. Cualquiera que lo anduviera buscando trataría de identificarlo por la larga melena que había usado en la primavera, y que ahora ya no tenía. También estaba muy tostado por el ardiente sol de Wisconsin. Ninguno de estos detalles le serviría para un disfraz definitivo, pero al menos evitaría que lo reconocieran en las próximas dos semanas.

Alquiló un cuarto en un viejo hotel de Manhattan, con vista a la parte este del río. Se registró con el mismo nombre: Víctor Engel, de Brockhurst, Wisconsin. Pasó el jueves.

El viernes 22 de septiembre, de acuerdo con lo planeado, los representantes de la Corporación comparecieron ante la recién formada Asamblea General que se convocó para lograr que las Naciones Unidas intervinieran en Ganímedes. El complot iba madurando; se acercaba el clímax.

Kennedy leyó el texto en los periódicos del sábado. Habían seguido con toda precisión las fechas fijadas por Dinoli. Las próximas dos semanas estaban llamadas a ser las de mayor peligro para la pequeña colonia, culminando con la masacre final del 11 de octubre.

En la noche del sábado 23 de septiembre, Kennedy salió de su cuarto de hotel en el centro de Manhattan, planeando agregar un robo a la lista de los crímenes que ya había cometido.

Era una noche tibia y húmeda, pero de todos modos usaba su saco para cubrir la pistola .38 que llevaba sujeta debajo del brazo. Tomó un autobús que corría a lo largo de la Segunda Avenida hacia el corazón de Nueva York y se bajó en la calle 122. El distrito de negocios, por ser sábado en la noche, se encontraba normalmente desierto.

Subió hasta la 123 y Lennox, lugar donde se encontraba la oficina de
Steward & Dinoli.
Pasó por la puerta del frente e inmediatamente se encontró con la reja interior, de la cual todavía conservaba la llave; pero ésta funcionaba únicamente si la huella digital de su dedo pulgar estaba registrada en el archivo central del edificio. Remover su expediente del archivo y de las computadoras bancarias era un poco problemático, y quizá negligentemente hubieran olvidado hacerlo.

Introdujo la llave dentro de la cerradura y oprimió su pulgar en la placa adyacente. Se abrió. Sin vacilación alguna empujó la puerta, que se movió hacia adentro. Después de todo, no se habían preocupado por darlo de baja todavía.

Caminó silenciosamente a través del fantasmal edificio y prefirió usar las escaleras en vez del ascensor, ya que recordaba que había una cámara automática instalada para fotografiar a todos los que lo usaran durante el fin de semana. No quiso darles oportunidad de que pudieran identificarlo de acuerdo con su apariencia actual. Ocho…, nueve…, diez…, once…

Usó nuevamente su llave digital para entrar en la oficina. Las luces estaban apagadas, las ventanas oscuras. Lentamente caminó entre los escritorios hasta llegar a su antiguo lugar de trabajo. Traía consigo una pequeña lámpara de mano; la encendió y rápidamente recogió los documentos que deseaba utilizar como pruebas:

—El boletín de Dinoli citando las fechas para el desarrollo del proyecto.

—El volumen que Spalding y él habían formado con las imaginarias características de cada uno de los colonos terrícolas en Ganímedes.

—Media docena de los aborrecibles memorandos que circulaban entre las oficinas generales.

—Su propia cartilla maestra para el desenvolvimiento de la crisis en la vida diaria de los colonos.

Todo el conjunto pesaba bastante. Lo reunió metiéndolo en un gran sobre y miró alrededor. Consideró que tenía ya suficiente material como para echar por tierra el engaño. En aquellos documentos se encontraban todos los cínicos detalles del diabólico plan en el cual él mismo había trabajado con tanto entusiasmo.

Kennedy sonrió. No sería difícil para ellos descubrir quién había entrado al edificio el sábado por la noche; una vez que se dieran cuenta del robo, todo lo que tenían que hacer era cotejar en las computadoras bancarias, y aparecería que la huella digital del Ejecutivo de tercer nivel Thomas Kennedy había sido usada para abrir las puertas del edificio y de la oficina. Pero para entonces ya no le importaría.

Se escurrió fuera de la oficina y del edificio como había entrado, silenciosamente, y regresó a su cuarto del hotel con sus preciosos documentos.

Necesitaría fotocopias, pero sabía dónde podría encontrar quien se las hiciera, aunque fuera en domingo.

DIECISIETE

El lunes 25 de septiembre era un día oscuro y lluvioso. La lluvia empezó a caer levemente, pero para las 09.00 ya se había convertido en un aguacero otoñal. Kennedy pensó que la oficina de Ajustes Climáticos siempre había tenido más éxito en provocar la lluvia que en atenuarla.

Para las 09.00 él estaba a cubierto, y la tormenta no le afectaba en lo más mínimo. Según lo había planeado el día anterior, ahora se encontraba en la sala de espera del edificio secretarial de las Naciones Unidas, en la calle 43, sujetando bajo el brazo un paquete grueso envuelto en un plástico protector. Estaba esperando al Embajador Extraordinario y Plenipotenciario, Representante Permanente de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas, señor Harrison M. Flaherty. Su secretario privado le había informado que el delegado normalmente llegaba a las 09.15 horas.

A las 09.17, Kennedy cruzó el flamante piso de la sala de espera hacia el gran tablero de comunicación del edificio secretarial. Llamó nuevamente a la oficina de Flaherty.

—Habla el señor Kennedy, ¿no ha llegado todavía el señor Flaherty?

—Sí; el Embajador llegó hace unos minutos. ¿Tiene la bondad de subir, señor Kennedy?

Kennedy había dado su nombre verdadero, con la esperanza de conseguir una audiencia inmediata. Contestó al secretario:

—Subiré en seguida, gracias.

Tomó el elevador para subir al piso 42 en el cual se encontraba la oficina de la Delegación Americana. Una recepcionista, ocupada en conectar y desconectar extensiones telefónicas, lo miró preguntándole:

—¿Es usted el señor Kennedy?

—Sí, señorita…

Aún no había acabado de contestar, cuando sintió que lo asían fuertemente por los brazos. Volviéndose a medias, vio a tres hombres que vestían el uniforme de la Policía de Seguridad de las Naciones Unidas. Uno de ellos sostenía en la mano un revólver; el segundo, con toda eficiencia, efectuaba una búsqueda en sus bolsillos y entre toda su indumentaria, mientras el tercero le sujetaba las manos para inmovilizarlo.

—Usted es Kennedy, de
Steward & Dinoli,
¿no es cierto? Se encuentra acusado de traición, huida ilegal, robo, y media docena de delitos más. Quítale ese paquete, Mike.

—¡Un momento! ¡Yo vine aquí a ver al Embajador! Ustedes no pueden detenerme así nada más…

Kennedy empezó a sudar. Trató de alcanzar el paquete que le habían quitado, pero fue inútil porque lo sujetaron con más fuerza. Eran muy capaces de llevárselo a la cárcel sin darle la oportunidad de hablar con Flaherty.

—¡Idiotas! ¡Tengo que hablar con el Embajador! ¿Por qué creen ustedes que al anunciarme di mi propio nombre? Si hubiera querido huir, hay formas más fáciles de lograrlo…

—Usted ha de venir con nosotros —insistió el policía.

—Esperen un minuto —dijo una voz gruesa y calmada—. ¿Qué es lo que pasa?

Mirando hacia el lugar de donde procedía la voz, Kennedy vio la figura impresionante de Harrison Flaherty, robusto y con una melena gris, de pie en la puerta que daba acceso a la oficina interior. Usaba la capa gubernamental con brillantes hombreras, y se veía enojado.

Avanzando hacia él, viniendo de la dirección opuesta, se presentó un hombre joven y delgado a quien Kennedy reconoció como el secretario privado de Flaherty.

—Este hombre llamó de la parte baja del edificio y dijo que era Thomas Kennedy, de la Agencia
Steward & Dinoli,
y que deseaba verlo a usted. Hice la llamada de rutina para comprobar en la oficina de

Steward & Dinoli,
y una persona que dijo ser Ejecutivo del segundo nivel, me informó que el señor Kennedy había pertenecido a esa Agencia, pero que se encontraba actualmente fugitivo desde julio y estaba acusado de traición y una media docena de cosas más, y deseaban que esta vez no le dejaran huir. De modo que llamé a estos tres agentes de seguridad para que lo detuvieran.

Flaherty frunció el ceño, intrigado. Kennedy rápidamente le dijo:

—Admito todo; yo soy el Kennedy que ellos buscan. Pero tengo que hablar con usted, señor Flaherty, o al menos le suplico que revise usted cuidadosamente los documentos que contiene el paquete que ese agente me ha quitado.

—¿Por qué considera usted tan importantes esos papeles, señor Kennedy?

—Porque al leerlos encontrará usted la razón por la cual he permanecido escondido desde julio. Le explicarán a usted la gran burla que han hecho del mundo entero. Usted debe leerlos antes de que las Naciones Unidas voten por el envío de tropas a Ganímedes, que es algo que fue planeado para que ocurriera el 17 de octubre.

Flaherty esbozó una sonrisa. De momento había pensado que Tom trataba de burlarse de él para buscar su protección, pero consideró nuevamente la situación y se dio cuenta de que quizá en el fondo de todo eso podía haber algo real.

Con voz tranquila, dijo:

—Creo que debo examinar el contenido de ese paquete antes de rechazarlo. Entréguemelo, oficial, y acompañe al señor Kennedy a mis oficinas.

Era impresionante la vista de la sesión plenaria de la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas. Las banderas de 97 naciones miembros de ella adornaban el salón, y por encima de todas ellas, descollaba la bandera de la ONU, la bandera del mundo.

El asunto Ganímedes era el tópico a discutirse en aquella Asamblea presidida por Juan Hermanos, de Chile. Al caer el mazo solemnemente dando principio a las consideraciones, cuando el reloj marcaba las 13:00 horas, Flaherty, delegado por los Estados Unidos, se levantó con su gran personalidad y pidió la palabra.

—El asunto discutido con más frecuencia ante esta Organización durante los últimos meses ha sido el de Ganímedes, la luna de Júpiter, en la cual se ha establecido una colonia de hombres y mujeres terrestres. Esa colonia fue organizada por la Corporación de Exploración y Desarrollo Extraterrestre, y tenemos a su jefe principal ante nosotros, el señor Bullard, acompañado de su grupo.

»El trabajo de la Corporación es bien conocido. Empleando capital privado cuando el financiamiento público hubiera sido imposible, la Corporación entregó a la humanidad la llave del espacio. De sus laboratorios y talleres salieron las naves espaciales que llegaron primeramente a la Luna, después a nuestros planetas hermanos Marte y Venus, y recientemente a Ganímedes. De sus campos de entrenamiento salieron los hombres que pilotearon esas naves, y de entre sus agremiados fueron seleccionados esos cientos que establecieron la colonia de Ganímedes, la colonia cuyas privaciones y peligros hemos seguido todos nosotros con tan particular interés desde que su existencia se anunció públicamente la pasada primavera.

»Para ser breve diré que, en los pasados cincuenta años, la Corporación de Exploración y Desarrollo Extraterrestre se ha convertido en un Estado supranacional, con vastas extensiones de tierra de su propiedad, policía privada, y ahora una flota espacial también de su exclusiva propiedad. Son muy loables los esfuerzos de esta empresa privada, ya que todos sabemos que los oficiales de la Corporación han venido trabajando desde hace mucho tiempo por los más altos intereses de la humanidad.

»Pero esta mañana, cuando me preparaba para iniciar mis labores diarias, un visitante se presentó en mi oficina: un hombre joven que tenía a su cargo la tarea de diseminar las noticias de los recientes programas de la Corporación. Trajo consigo algunos asombrosos documentos que he leído, y puedo asegurar a ustedes que son auténticos. Creo que ahora se hará necesario reevaluar completamente nuestras apreciaciones, no solamente en el asunto de Ganímedes, sino también en las actividades generales de la Corporación.

»Me gustaría ceder el lugar, si este honorable cuerpo de delegados lo permite, al señor Thomas Kennedy, ejecutivo del tercer nivel de la firma de Relaciones Públicas

Steward & Dinoli,
de esta ciudad.

La formalidad tomó unos minutos. Finalmente le fue concedida la palabra a Kennedy, y se colocó en el lugar que le fijaron, a la izquierda de Flaherty. Sentía la garganta seca.

Los delegados lo miraban. Algunos con cierta curiosidad; otros con aburrimiento. Entre el brillo de las luces se las arregló para localizar la gruesa y fea cara de Bullard, el hombre de primer nivel de la Corporación, que estaba recostado en su silla con una expresión intensamente diabólica en los ojos.

Kennedy comenzó:

—Estos papeles que tengo aquí ofrecen prueba documental de la mayor burla cometida en gran escala en toda la historia moderna. Pero antes de distribuir copias fotostáticas para que juzguen por ustedes mismos, me permitiré hacer unas breves declaraciones acerca de la tarea que he emprendido, y un sumario de los cargos que hago en contra de la Corporación de Exploración y Desarrollo Extraterrestre. Yo estuve en Ganímedes desde el 5 hasta el 30 de julio de este año. He visto el planeta «con mis propios ojos», valga el pleonasmo. Y yo también ayudé en la elaboración de esta burla.

»Punto número uno: la Corporación voluntariamente está engañando al mundo.

»Punto número dos: no existe, ni ha existido jamás una colonia de hombres y mujeres en Ganímedes. Sólo hay una base de la Corporación, que durante el tiempo que estuve allá consistía en dieciséis hombres, empleados de la misma.

»Punto número tres: los aborígenes de Ganímedes se oponen a la explotación de su mundo por la Corporación o por cualquiera otra gente de la Tierra, y lo han declarado repetidamente a los miembros de la base.

»Punto número cuatro: la Corporación, dándose cuenta de que los aborígenes de Ganímedes no desean ver su mundo ocupado, llegó a la conclusión de que sería necesaria una guerra en gran escala contra los ganimedianos, a fin de someterlos y tomar el control absoluto del planeta. Pero aún los vastos recursos de la Corporación no eran suficientes para solventar esa costosa guerra, y tampoco deseaba disipar su capital en ella, además de costear la cantidad de hombres que se requerirían para sostener lo que

posiblemente se llegaría a convertir en una guerra de guerrillas de gran intensidad.

»Punto número cinco: atendiendo a esas cosas, la Corporación contrató a la Agencia de Relaciones Públicas
Steward & Dinoli,
para la cual yo trabajaba, encargándoles la tarea de manejar y controlar todos los recursos noticiosos y encaminarlos de tal manera que la gente del mundo entero considerara como verdaderos los hechos que ellos hábilmente publicarían, induciendo así a las Naciones Unidas a que efectuaran una intervención armada en Ganímedes, para beneficio de la Corporación. Esa campaña ha tenido un brillante éxito. Me arrepiento de ello, y confieso que fui yo quien originó la idea central de una ficticia colonia en Ganímedes para lograr atraer las simpatías de la gente en la Tierra; una colonia que estaría sujeta a fraudulenta aniquilación el día once de octubre para que sirviera de magnífico pretexto a la Corporación, y obtener así la ayuda de las fuerzas armadas de las Naciones Unidas.

Hizo una pausa. Había hablado clara y cuidadosamente; cuando miró a su alrededor, encontró un triple círculo de caras impresionadas y notó que algunas de ellas reflejaban incredulidad. Habían empezado a murmurar; unos momentos más y hubieran empezado las burlas. Pero él era un maestro en su arte y había previsto todo el efecto de su discurso. Consideró que ya era oportuno continuar.

—Quizá ustedes piensen que mis cargos son pesadillas de un paranoico, a pesar del sello de aprobación que el señor embajador Flaherty me ha dado. Pero he preparado copias fotostáticas de unos documentos que demuestran ampliamente la astuta y calculada manera en que la Corporación y mi agencia, y yo mismo, nos fuimos apoderando de la opinión mundial. Unos miembros auxiliares de la delegación americana distribuirán entre ustedes esas copias.

Esta vez Kennedy había esperado demasiado, y mientras tanto, uno de los delegados con brillante manto de terciopelo se puso de pie, y con marcado acento británico gritó, enfurecido:

—¡Esto es una afrenta, y yo protesto! ¿Cómo puede tolerarse en el recinto a ese tonto irracional? ¿Cómo puede…?

Kennedy lo ignoró. Miraba hacia Bullard, cuya cara se había ido desfigurando intensamente con el discurso; Bullard, que había oído con enojo la destrucción de los planes de la Corporación; Bullard, que sentado temblaba de ira, sacudiéndose aún con el impacto de cada uno de los cargos que Tom había hecho.

Bullard se levantaba de su asiento con una pistola en su tosca mano.

Fue demasiado tarde para que Kennedy se escabullera. Sólo pudo esperar de pie, cuando sintió el impacto de una bala que penetró en su hombro y oyó, un instante más tarde, el breve y extraño «clic» del arma de Bullard. La fuerza del disparo lo lanzó hacia atrás, y mientras caía, alcanzó a ver cómo unos hombres de la Policía de Seguridad se precipitaban sobre Bullard, quien luchó contra ellos. Y oyó también los fuertes gritos de los delegados que, en un momento, habían sido llamados a la realidad, y ahora hacían frente a la desnuda sarta de mentiras que habían venido aceptando durante tan largo tiempo.

DIECIOCHO

Atontado, Tom Kennedy trató de ponerse en pie. Se encontraba tirado detrás de su silla, ignorando por un momento la confusión general. Sentía que el hombro le quemaba.

Poniendo una mano en el borde de la mesa, se apoyó para levantarse. Los delegados luchaban a puñetazos contra los hombres de la Corporación, todos confundidos; Hermanos golpeaba su mazo y gritaba, llamando al orden. Una nube de policías de seguridad rodeó a Bullard, y fueron arrastrándolo a él y a sus hombres hacia afuera. El ejecutivo tenía la cara pálida de ira, probablemente por haber fallado su disparo. Eso pensó Tom.

La inconfundible voz del embajador Flaherty le preguntó:

—¿Está usted bien?

—Creo que sí —respondió Kennedy. El hombro le dolía terriblemente, pero no veía que sangrara.

Repentinamente se sintió muy débil. Las piernas le flaquearon, y acercándose a una silla se desplomó en ella. Entonces vio que los ayudantes de los delegados continuaban repartiendo las copias, y el orden fue restableciéndose poco a poco. El murmullo de una conversación fue reemplazando a la intensa agitación anterior.

Flaherty nuevamente tomó la palabra.

—En vista del inesperado ataque que ha sufrido el señor Kennedy de manos del ejecutivo de la Corporación, considero que no debemos vacilar en tomar una acción inmediata, ahora mismo. El disparo contra el señor Kennedy ha sido una prueba tácita de culpabilidad.

»Pido que se lleve a cabo una amplia investigación para precisar las relaciones que existen entre la Agencia
Steward & Dinoli

y la Corporación de Exploración y Desarrollo Extraterrestre. Asimismo, recomiendo que las exclusivas que se le habían otorgado a la Corporación les sean suspendidas temporalmente mientras dure la investigación, y consideremos los posibles medios para que la ONU establezca su propio control de los viajes cósmicos y la colonización interplanetaria.

Kennedy, en medio de su dolor, encontró fuerzas para sonreír. ¿Qué importaba haber recibido una bala en el hombro como recompensa a lo que había hecho? Se volvió hacia Flaherty, tratando de decir algo, pero antes de que pudiera emitir una sola palabra una ola de dolor lo invadió, y a pesar de su esfuerzo no pudo mantenerse consciente.

Durante los siguientes momentos, oyó vagas voces que hablaban por encima de él; se dio cuenta todavía de que alguien lo llevaba en vilo, y entonces…

Cuando volvió en sí, Kennedy estaba tendido en un mullido sofá de piel en el interior de la oficina del embajador Flaherty. Su saco y camisa manchados de sangre estaban en una silla.

—¡Ah, ya despertó! —Un hombre pálido con uniforme blanco se inclinaba hacia él—. Yo soy el doctor Marquis, médico del personal de las Naciones Unidas. Le ha sido extraída la bala del hombro, señor Kennedy; causó daños de poca importancia. Unos cuantos días de reposo hasta que el dolor desaparezca, y estará usted bien.

—Me alegra oírlo —dijo Kennedy, alargando el cuello en busca del embajador Flaherty, y cuando lo vio, preguntó—: Y bien, ¿qué es lo que me perdí?

—Mucho. Todo el día nos han estado llegando nuevas noticias. La Policía de Seguridad hizo una visita a las oficinas de la Agencia y acumuló suficientes evidencias como para mandar a su antiguo jefe y a sus aliados a un asilo para dementes. Bullard se encuentra en este mismo edificio bajo custodia, por atentar contra la vida de usted. Las fuerzas de seguridad han tomado posiciones alrededor de los edificios de la Corporación para evitar los tumultos.

—¿Tumultos?

—Sí. Después de que usted se desmayó, dimos a todos los reporteros de prensa y televideo las noticias de todo lo ocurrido, la

historia completa del asunto de Ganimedes y del atentado de que fue usted objeto. Causó un alboroto tremendo.

—¡Ya me imagino! —dijo Kennedy, sonriendo—. ¿Podría ver alguno de los periódicos?

Le trajeron una edición del mediodía, e inmediatamente se puso a leer el artículo:

Un exejecutivo de una oficina de Relaciones Públicas de Nueva York hizo fracasar la mayor y mejor organizada burla de que ha sido objeto el mundo moderno. Thomas Kennedy, de 32 años, que trabajaba para
Steward & Dinoli,
apareció como testigo ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, revelando ante una sorprendida sesión que la colonia establecida en Ganímedes no había sido más que una burla elaborada por la oficina de Relaciones Públicas de su Agencia. Kennedy manifestó que la Corporación de Exploración y Desarrollo Extraterrestre había contratado los servicios de
Steward & Dinoli
el pasado mes de abril para manejar el proyecto.

Fueron aprehendidos Louis Dinoli, de 66 años, ejecutivo de primer nivel de la firma de Relaciones Públicas, y cuatro hombres más que ocupaban cargos de segundo nivel dentro de la firma de
Steward & Dinoli.
Más investigaciones…

Kennedy echó un vistazo al resto del periódico. Había una fotografía estupenda de Dinoli: sus ojos despedían destellos satánicos cuando fue sacado de sus oficinas por los hombres de Seguridad.

Había mucha más información sobre el asunto, páginas y páginas. Una fotografía de Kennedy y una biografía suya, bastante precisa e interesante. Una transcripción completa de los eventos que tuvieron lugar en la asamblea de la ONU; fotografías de los líderes de la Corporación… Un largo artículo relatando todo el asunto de Ganímedes desde que se hizo público el mes de mayo, citando pasajes significativos de los seudopersonajes de la supuesta colonia… Un airado editorial pidiendo pronto y enérgico castigo para los responsables de tan gran engaño. Pedían, para el futuro, mayor control e investigación de las noticias que salieran a la luz pública, a fin de evitar una repetición de ese flagrante fraude…

—Dinoli nunca hizo las cosas en pequeño —dijo Kennedy, mirando hacia arriba—. Seguía el ejemplo del dictador alemán del siglo XX, Adolf Hitler. «Es más difícil engañar a la gente en las pequeñas cosas que en las grandes», decía Hitler; «usted puede más fácilmente lograr convencer al público que los continentes del otro lado del mundo han sido tragados por los océanos, que hacerles creer que el precio de la carne bajará la semana siguiente». Así que Dinoli se preparó para hacer creer al mundo ese gran cuento fantástico acerca de Ganímedes, y casi lo logró.

Devolvió los periódicos. Se sentía muy cansado, demasiado cansado para pensar, y para valorizar su obra. De lo que sí se daba cuenta era de que todo había terminado, y en esos momentos lo único que deseaba era descansar. Ya planearía sus próximos pasos.

—Por favor, llévenme a mi casa.

Así lo hicieron. Flaherty se encargó de ello, y proporcionó gente competente para que se le atendiera en todo lo que necesitara. Estaba todavía demasiado débil para cocinar sus alimentos y asearse por sí mismo.

Envió a uno de los ayudantes que le proporcionaron de la onu a la casa de los Cameron, para que recogiera su gato. A otro, le pidió que seleccionara uno de sus discos favoritos y lo pusiera en el aparato de sonido; estaba ansioso de oír música.

Hizo breves conjeturas acerca de lo que había desatado esa mañana. Ciertamente, había dado fin a la Agencia
Steward & Dinoli;
un buen número de hombres —de esos que usaban pantalones muy adornados— andaría al día siguiente buscando trabajo, si es que los escuadrones de policía no les habían puesto la mano encima.

Haugen, Cameron, Presslie… Ellos podrían salir fácilmente del atolladero alegando en su defensa que, siendo únicamente empleados, no dictaban la política a seguir en la Agencia. Quizá obtuvieran sentencias cortas. Pero después de todo, sus carreras en Relaciones Públicas habían muerto…, como había muerto la carrera de Tom Kennedy.

«Y ahora, ¿qué haré?».

Su nombre desaparecería de las primeras páginas en unos cuantos días. Sabía lo suficiente acerca de situaciones semejantes, y comprendía que su notoriedad no duraría mucho.

¿Y entonces?

Muy pocos empleos estarían abiertos para él. Los hombres que prestan sus servicios públicamente raramente son recordados por el valor de sus acciones. ¿Y si tratara de obtener un puesto en alguna otra Agencia? No, porque sin duda ya sabrían que se había puesto en contra de Dinoli y había penetrado en sus oficinas para extraer aquellos documentos condenatorios. No, Tom Kennedy no sería un buen elemento para emplear.

Y otro factor más. Había atravesado por tres meses de tortura desde que le asignaron la elaboración del contrato de Ganímedes. Había abierto los ojos; había aprendido a pensar. Se había despertado en él su conciencia, y un hombre de conciencia no podía ser utilizado en esa clase de trabajos. Pero no tenía otra profesión, y a los treinta y dos años parecía demasiado tarde para empezar de nuevo.

El sonar del teléfono le sacó de sus reflexiones. Un hombre de la onu contestó. Regresando un minuto más tarde, le dijo:

—Es su esposa, señor Kennedy. Llamada de larga distancia desde San Luis, Missouri.

—Ayúdeme a llegar al teléfono… —le rogó Kennedy, pero haciendo un esfuerzo, le dijo—. Al diablo, podré llegar con mis propias energías.

Cruzó con dificultad el cuarto y entró en la alcoba, en donde se encontraba el teléfono de la planta baja. Por unos segundos se quedó mirando el receptor antes de tomarlo. Al fin, con manifiesta emoción, lo levantó.

—Hola, Marge.

—Hola, Tom. Acabamos de oír las noticias. Pensamos que obraste maravillosamente.

—¿Acaban de oír?

—Dave y yo —Marge sonaba como si estuviera pronta a prorrumpir en llanto. Su voz era sofocada—. Yo… yo nunca pensé que tú lo hicieras, Tom. O pudieras hacerlo. Ya veo que estaba equivocada.

—No; el Tom que tú conociste no podría haberlo hecho. No fue sino hasta que estuve en Ganímedes cuando yo… —Se dio cuenta de que su propia voz temblaba—. ¿Estás en San Luis? —le preguntó.

—Sí. Aquí hemos permanecido desde que…

—¡Oh! Me preguntaba dónde estarías. ¿Pensaste alguna vez en mí?

—Sí, un poco. Tom…

—¿Sí?

—Solamente llamé para hacerte saber la emoción que sentí por lo que hiciste. Dave también se sintió conmovido. Dice que nunca hubiera tenido el valor suficiente para hacer lo que tú has hecho.

—Él tiene alguien a quien amar —dijo Kennedy—. No le reprocho el que no quiera hablarme.

—Oye, Tom, yo no quería que esta llamada pareciera que…, quiero decir, yo… —vaciló un momento—. Tom, todo lo que dije en la cinta te lo podría repetir hoy, porque aún prevalece. No me arrepiento de lo que hice. No nacimos el uno para el otro. No busco ninguna reconciliación.

—Muy bien —le contestó él—, no te lo iba a pedir. Envíame los papeles del divorcio esta noche y te los devolveré firmados tan pronto como los reciba. ¿De acuerdo?

—Gracias, Tom.

Se encogió de hombros, e hizo un gesto por el dolor que le ocasionó. Se dio cuenta de lo poco que Marge significaba ya para él; era parte de su pasado, un pasado que pronto se desvanecería entre sombras. Ella no entraba en su futuro.

—Hasta pronto, Marge.

—Hasta pronto, Tom. Y me alegro de que en tu interior hayas encontrado la poderosa razón para hacer lo que hiciste.

Colgó el auricular y se retiró para volver a su cuarto. Se sentía mejor.

El hombre a quien había mandado a casa de los Cameron estaba de regreso, pero con una mirada de disculpa, le dijo:

—Lo siento, señor Kennedy, pero no encontré a nadie. Me informaron los vecinos que los Cameron no volverán por mucho tiempo. Inútilmente busqué al gato; el vecino de junto me dijo que le pareció oir que había huido la semana anterior.

—Está bien —dijo Tom—. Muchas gracias.

Tom se sentó pesadamente. «Pobre gato viejo», pensó. «Después de pasar casi una década de vida civilizada, tener que volver a la selva».

Quizá el infeliz animalito hasta había olvidado ya cómo cazar

ratones.

Pero era mejor así. También el gato formaba parte de su pasado, y éste pronto desaparecería entre el fango y sería llevado por la corriente del río del tiempo.

Ni esposa, ni gato, ni empleo, ni pasado. Y la fama estaba pasando rápidamente. Hoy era el hombre que había puesto al desnudo a la Corporación; al siguiente día sería otro desempleado más.

—¿Sabe, señor Kennedy? —dijo el ayudante de la ONU, distrayendo a Tom de sus pensamientos—. Lo que me extraña es que jamás averiguaron dónde se escondía usted. Esa firma pudo haber contratado los mejores sabuesos, poner un verdadero ejército para localizarle. No se estaba usted escabullendo por aquí cerca, ¿verdad?

—Corrí el riesgo, pero no tanto como usted piensa. Vea usted, yo sé cómo trabajan las mentes en ese negocio. Ellos sabían que yo era peligroso, pero pensaron que me escondería y permanecería callado por siempre, o bien que comenzaría a hablar en tal forma que ellos podrían callarme fácilmente.

El ayudante asintió, y le dijo:

—Se imaginaron que si usted era honrado o idealista, debía ser un estúpido, ¿eh?

—Eso es. Ésa es la forma en que yo lo hubiera imaginado hace un año, si alguien hubiese tratado de hacer lo mismo. Oh, puede estar seguro de que no me hubieran olvidado completamente; después de que la intervención en Ganímedes se estuviera realizando, habrían arreglado algo desagradable para mí. Me hubieran hecho aparecer como un traidor, una vez que la guerra entrara en curso… Y entonces, ¿quién me hubiera creído?

Su mente le llevó dos meses atrás, recordando su corta estancia en Ganímedes. Eso le había servido como catalizador, cambiando su modo de pensar. En Ganímedes…

Frunció el ceño, pensativo. Allí estaba, quizá, un empleo que podría desempeñar; una tarea muy útil de la cual podría hacerse cargo. Un empleo para el cual podría ofrecerse como voluntario.

Ese trabajo sí era capaz de desempeñarlo mejor que ningún otro hombre en la Tierra…

Se volvió hacia uno de los ayudantes de la ONU.

—Vaya al teléfono y comuníqueme con el embajador Flaherty. Quiero hablar con él. Dese prisa, por favor.

DIECINUEVE

«Fue una reunión memorable», pensó Kennedy, mientras la revivía mentalmente una vez más, la del sábado 30 de diciembre de 2044, el día con que finalizaba el año y el último que pasaría Tom Kennedy en la Tierra.

El campo espacial número siete de Nueva Jersey brillaba con la nieve: la suave, blanda y chispeante nieve terrestre, no la blanquecina, moteada de azul y prohibida nieve ganimediana. Había caído una gran nevada la víspera de Navidad, y en las áreas rurales aún se apreciaba.

La nave espacial se erguía orgullosa en el centro del campo. Había pertenecido una vez a la Corporación; ahora era propiedad de las Naciones Unidas. La tripulación todavía era de las que habían recibido su entrenamiento en la Corporación, pero ahora había jurado nueva lealtad. Los juicios de noviembre liquidaron la Corporación. Los viajes espaciales no eran ya un monopolio privado.

Se recreaba Kennedy mentalmente en esa gran ocasión. Se encontraba allí Flaherty; el secretario general, Isaacs, y la mayoría de los delegados de las Naciones Unidas. También estaban los representantes de los medios de información.

Kennedy estaba de pie entre Isaacs y Flaherty. El secretario general decía:

—Su trabajo, señor Kennedy, será de suma importancia para todos nosotros. Y la gente del mundo entero podrá creer esto: cada palabra que provenga de usted será dada a conocer a la humanidad sin alteración alguna, tal como sea recibida.

Los pilotos hicieron señales. La nave estaba lista. Kennedy pronunció un nítido y corto discurso de despedida y caminó entre la

nieve brillante hacia el vehículo que lo llevaría con sus antiguos amigos, los ganimedianos.

No quería olvidar estos últimos minutos que pasaba en la Tierra. Con la mano había hecho señales de despedida al público, y todos los presentes le habían respondido agitando también sus manos cariñosamente. Al penetrar en la nave, la tripulación le había mostrado su hamaca con toda cortesía.

Declinó otra vez la inyección de gravanol. Había sobrevivido al reingreso a la atmósfera terrestre, y de ese segundo lanzamiento también saldría con vida. No tenía temor alguno.

En la Tierra se conmemoraría al día siguiente el segundo día de fiesta mundial, el que finalizaba el año, pero no contaría en el calendario el tiempo ni tendría fecha: simplemente sería otra ocasión que la gente aprovecharía para divertirse en todas las formas posibles. Retrocedió su pensamiento a la que se celebró a la mitad del año, aquella festividad mitad de negra tristeza, mitad ya olvidada.

Un día después de esta Fiesta Mundial, verían en la Tierra el principio de un nuevo año. Y para él sería el principio de una nueva vida. «Administrador Residente de las Naciones Unidas en Ganímedes». Era un título grande, y más grande aún era su responsabilidad.

En sus manos estaba la tarea de convencer a los ganimedianos de que los hombres procedentes de la Tierra deseaban tratarlos como hermanos, como él los había tratado; que la Corporación no había sido representante de todos los hombres terrestres. Tendría que ganarse el respeto y la admiración de los aborígenes. Ellos lo recordarían como el hombre que les había ayudado una vez, y esperaba que continuaran confiando en él. Kennedy había pedido aquel empleo y lo había recibido, para ayudar a los ganimedianos a olvidar su amarga primera experiencia con los invasores terrestres.

Les ayudaría en su lucha contra el helado ambiente que los rodeaba, y haría todo lo posible por cimentar las buenas relaciones entre Ganímedes y la Tierra. Quizá en unos pocos años sería posible establecer una colonia permanente de terrícolas en aquella desolada luna, pero lo trataría cuando ya los dos mundos se entendieran plenamente y tuvieran las mismas razones para vivir, y un pensamiento común. Utilizando el diccionario de Engel, trabajaría

hasta llegar a su meta.

Miró a través de la ventanilla la majestuosa inmensidad de Júpiter. Las otras lunas giraban alrededor de él. Había otros mundos en el espacio; quizá algún día el hombre encontraría una segunda raza inteligente, y hasta una tercera. La experiencia en Ganímedes los guiaría en sus futuros descubrimientos.

Ese día en la Tierra estaban celebrando la venida del nuevo año, el nacimiento de 2045 que brotaba de los residuos que había dejado el 2044. También en Tom había renacido algo. De los residuos del ejecutivo de tercer nivel de hacía seis meses, proveniente del loco mundo de las Relaciones Públicas, había nacido un hombre distinto, uno que tenía un trabajo valioso y real en su futuro y que de corazón deseaba realizar.

La Tierra era en él solamente un vago recuerdo, que había quedado muy atrás. En el porvenir estaba Ganímedes, en donde había mucho trabajo que hacer.

El médico de la nave se presentó, interrumpiendo las reflexiones de Tom.

—¿Señor?

—¿Eh? ¡Oh! ¿Qué pasa, Johnson?

—En doce minutos entraremos en la órbita de deceleración. ¿Desea usted que le aplique la inyección de gravanol?

Kennedy movió la cabeza.

—No, Johnson, gracias. Quiero ver toda la operación completa.

Se tendió en la hamaca sujetándose fuertemente con los cinturones, pero mantuvo la vista a la altura de la ventanilla para no perder detalle de la blancura de Ganímedes, cuya figura se agigantaba conforme la nave iba perdiendo velocidad y se acercaba a su destino. Tom sonrió felizmente y esperó la llegada a aquella luna.

GIGANTES EN LA TIERRA

James M. Blish

UNO

La bella joven que salió del edificio de genética tenía un cuerpo extraordinario. Desde lejos, sólo parecía esbelta y hasta quizá se la juzgaría delgada; pero al lado de las dos feas estatuas pseudogriegas que flanqueaban la entrada del edificio, podía verse que su estatura era fenomenal: medía por lo menos dos metros y medio.

Miró con indecisión hacia abajo de las escaleras; sus ojos, rasgados como los de un gato soñoliento, brillaban a la luz del sol matinal. Un pequeño grupo de estudiantes que se encontraba al pie del último peldaño suspendió su charla y se volvió hacia la joven. Sena sabía la hostilidad que significaba aquel silencio.

Contoneándose como un petimetre, inició el descenso. Aquellos escalones no habían sido diseñados para la esbelta diosa; por lo menos debían de haber sido unos cinco centímetros más altos y con la base dos veces más ancha. Al irse aproximando ella, los estudiantes fueron dándole la espalda y con ademanes simularon estar averiguando el estado del tiempo.

—Malditos gigantes torpes —murmuró uno.

—Todos los que midan más de tres metros de estatura salgan del cuarto —dijo otro.

Sena había oído esas diatribas con anterioridad; pero no pudo acostumbrarse a ellas y todavía la lastimaban. Se le hacía difícil no contestar con alguna frase semejante a esta: «Quítense de mi camino, pigmeos», o alguna otra, para poner a aquellos insolentes en su lugar.

Algunos gigantes lo habían hecho en los primeros días; un grupo de ellos había adquirido complejos de superioridad, no solamente respecto a los ordinarios diploides humanos, sino hasta sobre el propio doctor Fred, su creador. El final de tal grupo no había sido

bonito, pero sí ejemplar. El señor Fred, doctorado en ciencias biológicas, contaba la historia muy a menudo:

—No piensen ustedes —decía— que son superiores a sus prójimos diploides sólo porque físicamente pueden mirarlos desde arriba. Llegará el día en que la duplicación de cromosomas será cosa corriente. Si esto llega a ocurrir, será porque el proceso tenga verdaderas ventajas para la reproducción normal; pero esto todavía deberá probarse. Si ustedes quieren ver tales pruebas, no se den esos aires de suficiencia, o no vivirán para verlo.

Por aquellos días, los gigantes obedecían al doctor Fred. Él los había creado; pero, como ya era tan viejo, se pensaba que podría morir antes de que el año finalizara; sin embargo, sus colosos no esperaban que eso ocurriera. Lo consideraban un hombre diferente de todos los demás diploides y les parecía imposible que las limitaciones físicas de aquellos seres comunes pudieran aplicarse a su creador.

¡Cuidado, cuidado! La brevedad del promedio de vida de los diploides no era necesariamente una desventaja. Ese modo de pensar podría conducirlos a la locura.

Sena pasó frente al grupo de estudiantes, dándose el pequeño placer de disimular que los había visto. Como la mayoría de los gigantes, Sena se sentía un poco incómoda entre las personas normales; se sentía como pudiera sentirse el padre de una familia numerosa en una juguetería.

Pero había algo más que eso. Ni siquiera los edificios más altos del mundo eran suficientemente altos para ella, ya que aun estos tenían demasiado bajas las entradas y no permitían entrar con comodidad a los gigantes. Toda la civilización humana parecía estar esperando ser reconstruida, más grande, mejor, más limpia y alta.

¡Y el tiempo! A los gigantes les sobraba. Su promedio de vida todavía no había sido precisado, pero, por lo que se sabía, ninguno de ellos había muerto, excepto por la violencia, como en la matanza ocurrida en Pasadena quince años atrás. El doctor Fred aseguraba que de no provocarles la muerte, podrían vivir seis veces más que los diploides humanos normales. De las primeras investigaciones biológicas realizadas en el año 1800, en Francia, por el naturalista francés Lamarck, se desprendía que la naturaleza producía solamente un organismo tetraploide adulto en un millar, y este

alcanzaba a vivir seis veces más que los organismos normales. Y, confirmando estas investigaciones, los primeros tetraploides sintéticos que se habían probado en la época del doctor Fred, acusaron los mismos resultados.

Los experimentos iniciales de tetraploides fueron con plantas, con la «Datura», el común estramonio de flores grandes, que había sido desarrollado en el Colegio Smith en 1937. El Departamento de Agricultura de los Estados Unidos extendió el provechoso proceso hacia plantas comestibles de todas clases.

Ya habían iniciado también, dirigidos por Haggqvist y sus asociados, en el Instituto de Karolinska, de Estocolmo, Suecia, los experimentos con cerdos y conejos. Con ellos se probó que el poliploide artificial en los animales era posible. Desde esos días de 1950 en adelante, el camino que guiaba hacia Sena estaba claro.

Para Sena, que aún no tenía cuarenta años, el pequeño mundo entero estaba en las angustias de una oleada de primavera interminable; una juventud que duraría más de un siglo, con puentes de juguete, casas y pistas de aviones a sus pies, más tiempo del necesario para aprender todo lo que ella necesitaba saber y con los amantes de cejas arqueadas y figuras de dioses caminando a pasos largos por las calles de los ordinarios diploides humanos…

El mundo esperaba, inundado de un delicado verdor que nunca moriría.

—¡Sena!

Se volvió al llamado. Era Sam Ettinger, el joven de pelo negro, experto en radiación, que corría tras ella, cruzando los cuadros de cemento a grandes zancadas. Los estudiantes se separaron de los escalones para verlo pasar.

—Hola, Sam.

Se acercó a ella sonriendo. Tenía arrugas en los extremos de los ojos y un modo de mirar a la gente como alguien que estuviera mirando a un cachorrito de tigre, soñoliento: con curiosidad y admiración, pero con cierta cautela al mismo tiempo.

—Te has alejado en estos días —le dijo él—. Uno pensaría que tú y yo no tenemos nada en común para este ciclo.

—No digas eso, Sam —le contestó ella, tomando sus manos—. Siempre tenemos muchas cosas en qué pensar; ya lo sabes. ¿Qué pasó con la casa?

—No logré nada —dijo Sam, frunciendo un poco la boca—. Cuando llegué, los encargados dijeron que ya la tenían toda comprometida.

—¿Construida a escala?

—Sí, «a su escala», como siempre. El agente estaba dispuesto a rentármela si podía pagar tres veces más que la renta ordinaria, y me negué a dársela.

—No te culpo —Sena le soltó las manos, descorazonada. Todo el placer que la luz del sol le había proporcionado se le esfumó—. ¿Qué vas a hacer ahora, Sam? El doctor Fred puede darse el lujo de tener paciencia porque ya es viejo; pero nosotros tenemos que convivir con esta maldita sociedad.

—Tiene sus ventajas —le contestó Sam—. Pero probablemente podremos sobrevivirles. De todos modos, tengo ese trabajo al aire libre acerca del cual te hablé.

—Todavía no lo puedo entender bien. Yo pensé que nos estaba prohibido tomar parte en los deportes de los diploides regidos por sus propias reglas —dijo Sena.

—No podemos, no podemos. Pero hay un equipo de exhibición de fútbol formado por tetras, al igual que para otros deportes, *hockey* y boxeo también, pero todos de exhibición solamente. Vamos a usar unas armaduras de protección y la bola de fútbol pesará 12 kilos. Naturalmente, jugaremos contra otro equipo de tetras y acudirán por millares a vernos matar los unos a los otros.

—¡Sam, Sam! —dijo Sena, sollozando. Los estudiantes, interesados, no dejaban de observarlos cuchicheando—. Qué cosa tan bestial tienen que hacer; considero que hasta cavar zanjas no sería tan malo.

—¿Cavar zanjas? —comentó Sam pausadamente—. Ya lo he tratado, Sena. También traté de conseguir un trabajo de estibador y de acarrear ladrillos a los albañiles, y otras cosas semejantes, pero las uniones sindicales no me lo permitieron; quizá para cuando me gradúe, ¡también habrá Unión de Radiólogos!

Miró abstraído hacia el cielo y prosiguió:

—Tienen razón desde su punto de vista. Nosotros somos máquinas que les economizamos trabajo. Podemos hacer más rápidamente cualquier labor pesada que los diploides. Si las uniones nos admitieran, tarde o temprano acabaríamos por desplazar a los

ordinarios humanos. Pero esa exhibición de fútbol no los afecta económicamente, porque no nos está permitido jugarlo contra ellos, sino exclusivamente contra equipos de nuestra nueva generación de tetras. ¿Sabes lo que Methfessel, el promotor, quiere llevar a cabo después de los juegos de fútbol?

—¿Qué? —replicó Sena, con un nudo en la garganta.

—Quiere organizar torneos en forma real: hacer que los tetras monten grandes caballos percherones; proveerlos de flechas, espadones y todo lo que se usaba para esos torneos en la época medieval. Dice que si consigue el permiso del gobierno, pagará cien dólares diarios y quizá algo más.

—¡Por asesinato!

—No precisamente. Maurey dice que una aleación de acero con molibdeno proporcionará una armadura lo suficientemente fuerte para detener las flechas de acero cromado, y que, por supuesto, los espadones serán como de juguete.

—¿Te das cuenta, Sam? ¡Nos están haciendo pelear entre nosotros! Muy pronto estaremos tomando esos torneos seriamente y nos dividiremos en grupos rivales como los antiguos aurigas romanos, convirtiéndonos en sobornadores y asesinos. Claro que Maurey ni siquiera se pondrá a considerarlo.

—Bueno, Maurey es muy listo —replicó Sam—; de todos modos a mí no me atrae la idea de participar en esos torneos. Simplemente tomaré parte en el fútbol como un medio para vivir por el momento. Quizá hasta podremos encontrar muy pronto una casa.

—Puede ser —dijo Sena—. Pero mientras tanto no tendremos otro recurso que acudir a los dormitorios públicos. Envidio a los que tienen sus padres que viven cerca de la Universidad…

—No los envidies —la interrumpió Sam—. Mis padres me tienen miedo. Lo único que ellos pensaron acerca del tratamiento de paracolchicina fue que harían de mí un hombre fuerte y grande. Y ahora soy, ¡oh!, bueno, no muy velludo, ya sabes. Mi hermano mayor me detesta. Le hago sentirse como un *pony* y alega que sus negocios se ven afectados por tener un tetra en la familia. Del modo como lo dice parece que alguien tuviera un cocodrilo atado con una cuerda.

—Lo entiendo, Sam. Pero vale la pena. Hay un viejo cuento indio que habla de la oruga cornuda que se acercó a mamá tortuga

a lamentarse de su fealdad. Esta tenía una copa llena hasta la mitad de un vino delicioso y la otra mitad contenía un líquido de sabor desagradable. Hizo que la oruga bebiera; pero al hacerlo se mezclaron los dos contenidos, y desde entonces, las orugas se convirtieron en bellas mariposas, pero no pudieron evitar el ser tan feas mientras dura su metamorfosis.

Sam rio burlonamente, y comentó:

—Esos cuentos son como el colocar un pastel en el firmamento: la vieja ley de compensación de Emerson. Yo no trato de mejorar las cosas para nosotros, pobres orugas malditas; no me consuelas al prometerme que en el futuro me convertiré en una bella mariposa. Caminemos o llegaremos tarde a la clase de filosofía.

El cachorro tenía apenas seis semanas de nacido; ya empezaba a caminar, vacilante aún, sobre el piso del laboratorio; ensayaba pequeños saltos, pero caía sobre sus patas traseras, e inesperadamente, se sumía en profundo sueño en medio de alguno de sus intentos. Le habían designado su propia caja para dormir, pero prefería hacerlo en un cesto de desperdicio que se encontraba volcado y era demasiado pequeño para él.

El doctor Fred, Frederick R. Hyatt, en días formales, miraba a la perrita mientras esta mordisqueaba la pata de una mesa. Maurice Saint George observaba a los dos con una expresión que parecía indicar no saber quién de los dos le divertía más.

—Pero ¿por qué escogió usted un perro, doctor Fred? Con seguridad quería usted llevar a cabo todos los experimentos necesarios en animales antes de hacerlo con humanos. ¿Hay algo nuevo?

—¿Eh? ¿Nuevo? No; no es nada nuevo —respondió el doctor Fred—. Es algo que había abandonado en las primeras etapas del trabajo. Esta perrita es como un niño de probeta; su madre fue inseminada con espermatozoides conservados en una solución de suero fisiológico y le agregué una dosis adecuada de paracolchicina.

—Entonces, ¿solamente pretende duplicar los espermas cromosomas?

—Correcto. Es una triploide, no una tetraploide, aunque parece que va a ser tan grande como un caballo, como el resto de mis criaturas.

La perrita no pudo mantenerse de pie, y dio una voltereta en el

suelo, quedando con las patas tendidas. Lanzó hacia Maurey un sordo ladrido, como culpándolo por su caída. El doctor Fred la levantó, poniéndola de nuevo en su caja y diciéndole cariñosamente:

—A dormir, Decibelle.

Al encontrarse de repente en la oscuridad, Decibelle, obediente, aunque no por su voluntad, se durmió.

—Será una bonita mascota —dijo Maurey.

—No lo crea usted así, Maurice. No nos atreveremos a exhibir en público animales gigantes en esta etapa evolutiva. Decibelle tendrá el ladrido más imponente de todos los de su especie en el mundo entero; más que los Gran Daneses o San Bernardos. Si la exhibiéramos, se nos vendría encima una prohibición judicial inmediatamente.

Se levantó Maurey de su silla. El doctor Fred advirtió con interés que al ponerse de pie no inclinó la cabeza como era habitual en los otros tetraploides. El techo del laboratorio tenía suficiente altura para que aun el más alto de ellos pudiera estar cómodamente; pero de todas maneras era difícil para ellos vencer la tendencia que adquirieron al penetrar en las habitaciones ordinarias. Evidentemente, Maurice se había sacudido aquel hábito; en general, Maurice parecía ser el que mejor se había ajustado a su estatura de gigante y también, sin discusión alguna, tenía el más elevado cociente de inteligencia.

Bueno, en realidad no había por qué sorprenderse. A pesar de inducirlo a doblar los cromosomas, o mejor dicho, impedirle la división reductora durante la mitosis, el tratamiento con la paracolchicina en realidad no tuvo ningún efecto genético, esto es, que no afectó los genes en sí. Lo que se produjo en él, fue una mutación completa; no ocurrió una metamorfosis catastrófica resultante de cambios químicos en la heteromatina genética. En vez de eso se hizo posible un cambio para la esencial expresión somática de la herencia individual, elevándola a una enorme escala. La inteligencia en aquella gran negra cabeza de Maurice, no tenía ninguna relación con la obra del doctor Fred.

Pero una inteligencia elevada no implicaba precisamente una habilidad superior en lo que se refería al medio ambiente social en el cual vivía; sin duda, había una extraña correlación entre su alto

intelecto y la acumulación de aberraciones en las cuales incurría. El doctor Fred emitió un débil suspiro al pensar en ello. Los experimentos pioneros en poliploides, no habían tenido tales complejas frustraciones fuera de tono, ni los conejos ni las daturas se vieron acosados por depresiones emocionales. El doctor deseaba intensamente saber la naturaleza del ajuste de Maurice; pero no era psicólogo y no había tenido ninguna instrucción en ese campo, además de que un sentido vigoroso de la inviolabilidad personal de sus «niños», no le permitía pedirles que se sometieran a un psicoanálisis.

A través de la manchada ventana del laboratorio vio a Sena y a Sam que charlaban animadamente en la acera cercana al edificio. Todos ellos en realidad eran aún niños solitarios en un mundo ya establecido; propensos a murmuraciones, a que se rieran de ellos en aquellas sociedades secretas de largos nombres. Sujetos a que sus mayores los mataran por conservar sus secretos o por razones menos justificadas.

—Me gustaría tener esa perra —dijo Maurey, metiéndose las manos en los bolsillos de la chaqueta—. No creo que me darían miedo las censuras de mis vecinos diploides.

—Lo siento, Maurice. Todavía no. La necesito aquí de todos modos.

—Estoy de acuerdo en que usted la necesite, desde el momento en que es una triploide —dijo Maurey frunciendo el ceño y mirando al confuso abrigo que la cubría—; pero la quiero cuando haya usted terminado con ella. No importa cuánto crezca, la ley no puede clasificar como animal salvaje a un perro ordinario que ha conservado su forma natural, y no hay ningún modo legal de que me la puedan quitar, a menos que contraiga la rabia o algo por el estilo.

El doctor Fred se arregló los anteojos contra las cejas. Su vista se había estabilizado muchos años atrás y aún conservaba el mismo anticuado modelo de anteojos, con una pieza de concha que descansaba sobre su nariz, pero cada vez que se inclinaba tenía que volver a subírselos porque se le venían hasta el final del órgano del olfato.

—Se meterá usted en aprietos —le dijo—. No dudo que usted podrá ampararse con la ley en ese asunto, Maurice; pero no creo

aconsejable que trate de hacerlo. No son las leyes existentes las que deben preocuparnos, sino las que en el futuro vayan a establecer los diploides si es que les damos motivos para ello.

—Perdóneme, doctor Fred; pero creo que usted se excede tomando precauciones; y quizá también en honradez. Nosotros, los gigantes, vamos a vivir muchos años, y no veo por qué razón hemos de continuar con esa política de evitar conflictos con los diploides. Hay muchas probables ventajas con los animales tetraploides. Gatos, por ejemplo. Un gato tetraploide será la respuesta perfecta para resolver el problema de los ratones. Tales gatos no jugarían con ellos y los erradicarían por completo.

—Los gatos —replicó el doctor— tienen su manera de echarse, de agarrar las cosas y patear con sus patas traseras cuando juguetean. Un gato tetraploide que tratara de jugar con un niño diploide lo haría trizas.

—Tal gato no sería más peligroso para un niño humano que una bañera, estadísticamente hablando.

—Maurice, usted no está tratando con estadísticas, sino con emociones. Los quince tetras de Pasadena tenían la lógica y la razón de su parte. Pero ¿ha olvidado usted lo que les sucedió?

Con las manos metidas todavía en los bolsillos, Maurey giró sobre sus tacones, dio tres pasos rápidos y se golpeó en la coronilla con el dintel de la puerta. El doctor Fred lo miró con tristeza. Maurey permaneció en silencio en el lugar y posición en que quedó cuando el golpe. Al fin, nuevamente se dirigió al doctor y le dijo:

—No, no lo he olvidado —sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero sonreía como si el haber reprimido una maldición por el accidente, hubiera sido una victoria—. No lo olvidaré jamás. Los diploides están tratando de hacernos creer que nunca ocurrió aquello, pero yo siempre lo tendré presente. Aquel grupo de quince no era inteligente, sin embargo, nosotros hemos aprendido una lección. Ellos únicamente contaban con la fuerza y se olvidaron de unificarse.

—Por favor, ¿qué significa eso?

—Engaño —dijo Maurice, saliendo.

El doctor Fred vio con tristeza su salida. Quizá el ajuste de Maurice como tetraploide era…

El cachorrito, gruñendo, sacó la cabeza de la frazada que lo

abrigaba. El doctor le empujó el hocico hacia el fondo de la caja, ordenándole:

—¡Duerme, maldito!

DOS

Los titanes, como Ira Methfessel había bautizado a su primer equipo, siguieron las prácticas obedientemente; pero aun sin las armaduras, eran lentos; así tan lentos como eran para pensar, lo eran para correr. Muchos de los jóvenes tetraploides habían visto juegos de fútbol, pero jamás les había sido permitido jugar durante sus días de escolares, de modo que ya siendo adultos y sin ninguna experiencia, el tener que correr con armaduras y protectores en los hombros y rodillas era una doble desventaja.

De cualquier forma, ya Ira tenía todo planeado y era hombre que no se daba por vencido fácilmente; llevó a sus tetras a un gran salón y con suma paciencia empezó a explicarles en lo que consistía el juego, describiéndoles en un gran pizarrón las primeras jugadas rudimentarias, pases de pelota en corto, varias formas de burlar a los jugadores contrarios, jugadas laterales, pases por aire, cómo penetrar por línea estando al borde de la zona final, etc. Al cabo de varios días de teoría los trasladó al campo de prácticas, teniendo siempre en cuenta que el uso de la fuerza bruta del equipo sería lo que esencialmente habría de divertir a los espectadores.

Las primeras carreras, prácticas con la pelota, jugadas desplegadas y laterales fueron un desorden completo: tropezaban unos con otros, se interferían en las carreras, tiraban la pesada bola sin lograr un solo pase, su lentitud para mover piernas y brazos era desesperante; pero Ira se consolaba pensando que el equipo contrario, los Atlántidas, estaba también formado por tetras, y consideraba que no podrían ser mejores que sus Titanes, y no olvidaba que la multitud en lo que principalmente estaba interesada era en ver a aquellos colosos en acción, sin importarle mucho su torpeza.

Methfessel era un diploide, promotor, entrenador y parte activa del propio equipo. Medía dos metros veinte centímetros, estatura poco común entre los diploides normales, tenía una fuerza extraordinaria, pero al lado de sus gigantes parecía una mascota. Sin embargo, los trataba como si fueran chicos de escuela. Durante los entrenamientos sudaba y maldecía. Sus tetras respondían a sus improperios con otros semejantes, pero lo hacían alegremente porque en medio de todo respetaban su inteligencia.

Para el día del juego, Ira había logrado transformar el inicial rebaño de torpes e imponentes rinocerontes en un grupo más o menos organizado que podía coordinar sus jugadas con algunos recursos que a fuerza de tesón les inculcó y se los hacía presentes a toda hora. Los jugadores de ambos equipos utilizarían modernos cohetes de retropropulsión debajo de sus hombreras, y también fue una labor dura enseñarles su funcionamiento y poder sacar provecho de ellos. El objeto era ayudarlos a movilizarse hacia adelante cuando fuera necesario.

Llegó al fin el día de la exhibición. Se agotó el boletaje y el estadio se llenó a su cupo máximo. Quedaron algunos miles de gentes a las puertas de entrada, ansiosas también de presenciar aquel nuevo espectáculo.

Ira Methfessel pudo apreciar inmediatamente los buenos resultados del duro entrenamiento a que había sometido a sus Titanes. Desde los primeros momentos del juego se manifestó la mejor organización y menor lentitud de sus tetras.

El pateo inicial correspondió a los Atlántidas. Lo hizo el pateador con tal fuerza que salió la bola de 12 kilos disparada fuera del estadio. Esto arrancó risotadas y gritos de admiración del público. Más tarde fue recogida aquella pelota parcialmente deshecha en los suburbios de la ciudad.

Se repitió el saque y, ya con menos impulso, quedó la bola dentro del campo, logrando Sam Ettinger apoderarse de ella. Los Titanes, sus compañeros de equipo dirigidos por Methfessel, fueron protegiéndole y le abrieron paso, un poco con habilidad, pero más con la fuerza bruta y el impulso de los cohetes que funcionaban eficazmente debajo de sus hombreras; penetró Sam en la zona final para anotar su primer down.

La aclamación que se desató en el estadio fue unánime. En las

tribunas no había partidarios; el deseo general que los había llevado era uno solo: presenciar a aquellos dos grupos de colosos oponiendo sus descomunales fuerzas unos contra otros. Por tal razón los miles de espectadores aplaudieron aquella primera anotación, sin diferencia de opiniones.

El entusiasmo entre las filas de ambos equipos era visible. Se prepararon para reanudar el juego. Ira reunió a sus Titanes y los felicitó, recomendando, especialmente a Sam, que no hiciera uso exagerado de sus cohetes.

—Nos podrían aplicar una severa sanción si golpeas demasiado a los contrarios, Sam.

—Lo tendré presente, Ira —le contestó Sam—. Yo sólo traté de hacer a un lado a esa defensa izquierda y lo logré.

—De acuerdo, pero no abuses —le replicó Ira—. Fue mucha suerte que los referís no te vieran. Bueno, y ahora la jugada número ochenta.

Llegó el turno de patear a los Titanes. Los Atlántidas se apoderaron de la bola, pero al primer pase, el jugador fue despojado de ella y pasó nuevamente a poder de los tetras de Ira. Tuvieron su primero y diez yardas por avanzar. Se extendieron en forma de abanico por el campo; sus relucientes armaduras brillaban a la luz del sol y ya se iban acercando por segunda vez a la línea de meta. Sam tomó su posición de medio izquierdo y se inclinó para esperar. Le causó agradable sorpresa el darse cuenta de que estaba gozando del juego. Las emociones del primer esfuerzo brutal, la resistencia que le ofrecían los contrarios con sus abultados hombros y pechos, le estaban proporcionando un gran alivio a la contenida obligación de odiar todo lo que le rodeaba y que los cincuenta años de adoctrinamiento por parte del doctor Fred no habían logrado calmarlo.

Hammy Saunders, uno de los mejores tetras del equipo, lanzó la bola hacia atrás; se apreciaban las rayas pintadas de negro y amarillo girando en el espacio. Ira la recibió y corrió a colocarla en las manos de Sam que empezó a correr. Las figuras armadas ya se extendían rechazando a sus oponentes con recios golpes de guanteletes. La multitud rugía entusiasmada.

Sam localizó las hombreras rojas de Hammy que iba por delante de los dispersos gigantes y no se encontraba marcado. El casco de

Saunders era como el de los demás: de plástico, con enrejado de protección para ojos y nariz. Ya empezaba a obscurecerse por la tierra cuando un atlántida se precipitó sobre Sam, pero este tuvo tiempo para disparar la bola hacia Hammy Saunders. Este retrocedió un poco para alcanzarla, y con sus cohetes escupiendo fuego, dio un tremendo salto. La recibió en el pecho y fue tan tremendo el impacto que voló cinco o seis metros sobre el campo para caer pesadamente.

Allí quedó sin movimiento.

Sonó el silbato del referí. Los dos equipos y hombres de campo se agruparon alrededor de Hammy olvidando sus rivalidades. Sam se abrió paso entre el compacto grupo.

El casco de Hammy se había partido a lo largo del enrejado. Una de las barras se desprendió y, al incrustársele en el ojo izquierdo, se lo arrancó de cuajo, quedando al lado de la oreja, suspendido solamente de un fino nervio. A pesar del estado de inconsciencia en que cayó, aún retenía la pesada bola con ambas manos pegadas al pecho. La multitud en las graderías rugía de entusiasmo por la formidable jugada.

—Retírate, Sam —se oyó la voz de Ira—. Cripes, déjalo en paz. Ustedes, muchachos, háganse a un lado, Hammy necesita que lo lleven al hospital. Retírense, retírense…

Los gigantes de ambos bandos emitieron un ronco gruñido. Los referís los apartaron apresuradamente. Hammy fue sacado del campo en una camilla especial.

Sam recordó las palabras de Sena:

«¿Te das cuenta, Sam? ¡Nos están haciendo pelear entre nosotros!».

Para calmar el alboroto, Ira, tratando de organizar de nuevo a sus Titanes, les gritó:

—¡Contra ellos, muchachos! ¡No dejemos que se salgan con la suya! ¡Vamos a matarlos! ¡En formación de grupo contra el defensa izquierdo! ¡Ese tipo no ha sentido todavía lo que es un puñetazo en la cara!

—Yo no lo haré —dijo Sam.

—¿Eh? No me salgas con eso. ¿Quién dirige el equipo?

—Tú —le contestó Sam—. Pero yo me retiro. Los Atlántidas no le hicieron nada a Hammy. Fue un accidente. Él perdió el ojo por

seguir tus consejos y participar en esta salvaje exhibición. Yo me retiro.

—¡Eres un cobarde! —le gritó Ira—. ¡Gigante torpe!

Con la manaza aún cubierta con el guantelete, Sam cogió a Ira por el hombro izquierdo. La hombrera que le cubría crujió con la fuerte presión, y mientras el diploide se tambaleaba perdiendo el equilibrio, gritaba:

—¡Suéltame!

—Modera tu lenguaje, ¡asno imbécil! —le respondió Sam, tratando de controlar su enojo. La armadura crujía en su pecho y los ojos le brillaban con furia—. Estoy cansado de tus juegos. Te haría pedazos si alguien ofreciera dos centavos por ello.

Lo soltó bruscamente y le desprendió la hombrera que se le vino entre las manos con un chirrido al romperse el metal. La fue estrujando lentamente como si fuera de papel, y al hacerlo, se estremeció por el placer que le causaba imaginarse que trituraba huesos.

—Tómala —le dijo Sam, devolviendo al promotor la estrujada hombrera. Su boca se contraía con la amargura que ponía en sus palabras—. Alégrate de que no te hice eso a ti. Yo me retiro, ¿lo entiendes ahora?

Ira tomó torpemente el despojo mirando a través de la reja de su casco al furioso tetra.

—Mira, Sam —le dijo—; me estás achacando esto a mí. Nadie es culpable, como tú mismo dijiste. Tú sabías que esta exhibición era peligrosa y tampoco Hammy lo ignoraba…

Se oyó el silbato del referí y el tenso grupo completo se movió cinco yardas fuera del campo clamando tiempo fuera. Ninguno de los Titanes pareció advertirlo; seguían la disputa y se agruparon nuevamente. Algunos de los Atlántidas comenzaron a filtrarse en el tropel. En las gradas se oían protestas de impaciencia.

—Ira tiene razón —dijo Chris Harper—. Él no tuvo la culpa.

—Yo dije que ha sido un accidente —rugió Sam—. Esa clase de accidentes que los despreciables camarones que ocupan las tribunas esperan que ocurran para su diversión. Esa es la pena que nos imponen por ser nosotros una minoría. Si ellos fueran menos que nosotros, cambiaríamos lugares y nos divertiríamos a costa de ellos. ¡Yo he terminado con todo esto!

Dando zancadas salió del campo. La multitud se burlaba de él ruidosamente.

Maurey le estaba esperando cuando salió de los vestidores El gigante más viejo sonreía irónicamente y eso le molestó a Sam debido al pésimo estado de ánimo en que había quedado, por lo que a pesar del respeto que Maurice le inspiraba le increpó:

—¿A qué viene esa sonrisa burlona? ¿Acaso es gracioso que un hombre pierda un ojo como acaba de ocurrir allá en el campo?

—De ningún modo —dijo Maurey, tratando de consolarlo. La ironía de su sonrisa desapareció en parte—. Te aseguro que lo considero seriamente, Sam. ¿Regresas conmigo al laboratorio?

—Si me necesitas, iré. De todos modos no tengo adonde ir mientras Sena se desocupa.

—Muy bien —dijo Maurey—. Te llevaré si gustas. Mi autoplano lo dejé en el estacionamiento.

No dijo nada más Maurey hasta que entraron con su autoplano en el viaducto que los llevaría de regreso a la ciudad, y aun entonces no se mostraba muy comunicativo. Puso en acción la hélice de su autoplano, lo elevó casi verticalmente, y dijo a Sam:

—¿De modo que al final de cuentas Ira te hizo enojar?

—Sí —contestó Sam. Fue una respuesta sorda; permanecía sentado, inmóvil, mirando hacia el frente. Ya había empezado a sentirse un poco culpable por la conducta violenta que observó en el campo de juego, pero la pregunta de Maurey lo rebeló nuevamente y continuó con énfasis—: Yo creo, Maurey, que ya es tiempo de que dentro de esta maldita cultura encontremos otros trabajos productivos para nosotros los gigantes. El accidente no fue culpa de Ira. Debemos de culpar a los diploides.

—¿A todos? —replicó Maurey tranquilamente.

—Sí, a todos. Supongo que tú quieres que exceptúe al doctor Fred, pero no. Él desea nuestro bien, y ha sido uno de los factores principales para tenernos satisfechos, en una forma moderada al menos, con el actual estado de cosas. Pero eso no podrá durar siempre.

Maurey le echó una mirada de reojo y le dijo:

—Eso le he estado diciendo al doctor Fred, pero él es demasiado viejo para cambiar. Nosotros tendremos que labrarnos nuestro propio futuro si la situación actual no nos agrada.

—¿Se te ocurre alguna idea? —le preguntó Sam con curiosidad.

—Sí, creo que sí. Pero antes de que empiece a hablar de lo que planeo, quiero estar seguro de que no vaya a resultar otra masacre como la de Pasadena.

—Yo soy discreto —dijo Sam—. ¿No podrías decirme algo de lo que se te ocurre?

—Bueno, en esencia es verdaderamente simple. Quiero comenzar con un proyecto para casa-habitación exclusivamente para nosotros. La zona desmilitarizada de la Luna hace poco ha sido declarada territorio público; yo creo…

—Eso no suena tan sencillo —dijo Sam—. Volvemos a Pasadena, Maurey, y es precisamente lo que a los diploides les gustaría: tenernos a todos reunidos en una zona determinada donde pudieran bombardearnos y extinguirnos de una vez por todas.

Maurey maniobró en su autoplano dirigiéndolo a tierra.

—No soy tan estúpido, Sam —replicó sonriente—. Por supuesto que superficialmente sí parece que volvemos a un caso semejante al de Pasadena, pero es intencional. Hace tiempo que vengo meditando sobre ello y he llegado a la conclusión de que la única forma de obtener algo de los diploides es aparentar que hacemos las cosas a su modo. «Aparentar», Sam. En realidad, pienso que nuestros pares tetraploides no durarán más de un mes. Cuando haya transcurrido ese lapso podrán ocurrir cualquiera de estas dos cosas: o nos habremos extinguido, o estaremos en posición de dictar los términos de arrendamiento en tierra diploide. Espero que algún día podremos tener un verdadero planeta, y preferiría que fuera este en el cual vivimos ahora; los tetras están llamados a multiplicarse. La mayoría de los padres de familia se verán obligados a no negar a sus hijos las ventajas de la Tetraploidea en un mundo donde los tetras son parte normal del orden de las cosas.

Sam estaba un poco confuso.

—Te olvidas del ángulo de la baja fertilidad —le objetó a Maurey—. Todavía existe mucha oposición moral y religiosa hacia nuestros arreglos matrimoniales en común, y todavía encontramos más obstáculos si consideramos la veneración que se debe a la maternidad. Muchas madres de familia preferirían morir antes que aceptar tener una hija gigante. Esa es la razón por la cual tenemos pocas mujeres; y los diploides se sienten orgullosos de ser más

prolíficos que nosotros.

—Seguro, seguro. Así está el problema. Yo no dije que mi plan iba a ser fácil —diciendo esto, Maurey hábilmente bajó su autoplano a la carretera firme, desconectó la hélice y lo guio por la línea que conducía a la universidad—. Mi idea es que nosotros tenemos que simular que les llevamos la corriente a los diploides por un tiempo. Sintetizando, nuestra labor es esta: hacer que, los diploides pongan armas en nuestras manos. El doctor Fred ya nos ha proporcionado una…

—¿Quieres decir, nuestra estatura?

—No, esa no es todavía una gran ventaja, y además, esa no es la clase de armas a la que me refiero. ¿No conoces a Decibelle? —preguntó Maurey.

—¿Ese tonto cachorro? ¡No me digas! Me hace pedazos mis agujetas.

—El doctor Fred no ve todas esas implicaciones, me alegra decirlo —dijo Maurey—. También vamos a emplear los efectos atómicos de la reacción negativa que estamos tan afanados en producir y que tarde o temprano será un arma. De esto tenemos que estarte agradecidos, Sam. Pero ante todo dependemos de Ira y sus bobos torneos.

—¡Gran Júpiter! —exclamó Sam—. Vas a acabar por decirme que regrese a jugar fútbol con Ira.

—Eso es precisamente lo que quiero —replicó Maurey serenamente—. No puedo ordenarte que lo hagas, porque soy tu superior solamente en el laboratorio, pero te agradecería que así lo hicieras. Quiero que los singulares torneos que Ira organiza alcancen su *máximum*, por lo que eso significa para mi plan. Si logramos producir a tiempo los efectos atómicos de la reacción negativa, se los proporcionaremos a Ira y tendría un mejoramiento estupendo muy por encima de esos cohetes de retropropulsión que usan ustedes bajo sus hombreras, y que, empleados como arma, serían de las más mortíferas que jamás haya registrado la historia. Dejo a tu consideración, Sam, formarte un concepto de lo que significarían todos esos objetos. Pero, hemos llegado.

Estacionó su autoplano en los sótanos del Laboratorio de Radiación para Graduados y entró empujando la puerta oscilatoria.

—¿Quieres pasar?

—Por supuesto que sí —contestó Sam, pensativo—. Dime una cosa, Maurey, ¿qué hay de extraordinario en que logremos producir esos efectos atómicos de reacción negativa? Según mi modo de ver, eso será únicamente un juguete de laboratorio. Estoy perfectamente convencido de que muy pronto encontraremos la posición en que debemos colocar la bobina de retroceso.

—¿Todavía no lo has precisado?

—¡Noooo! Pero creo que puedo obtener la recirculación en alguna forma, quizá de acuerdo a la forma como un regenerador utiliza una fuerza neutralizada. Es lógico que no debe haber reacción en absoluto.

Encogiéndose de hombros dijo Maurey:

—La Tercera Ley del Movimiento de Newton quedará desvirtuada universalmente como ha ocurrido con sus otras leyes. De todos modos, Sam, trata de localizar con precisión el lugar para tu retrobobina para que no haya errores. Pero si resulta con que no hay tales efectos iguales opuestos…

—Los habrá, Maurey —le interrumpió Sam con firmeza—. Siempre los hay. ¿No vienes conmigo?

—No, Sam; tengo otras cosas que atender. Tienes tu llave, ¿verdad? Muy bien, nos veremos mañana.

Subió Sam las escaleras y entró en el laboratorio olvidándose en seguida de Maurey. Aunque era fácilmente absorbido por los asuntos políticos, la presencia de problemas técnicos le hacía olvidarse de cualquier otra cosa. Ya se había olvidado de la disputa con Ira Methfessel; también ya casi no recordaba los planes que Maurey le había comunicado para establecer a los tetras en un territorio exclusivo, dotándolos de casas propias adecuadas y que no se las disputaran los diploides. La idea que le sugirió Maurey de la Tercera Ley del Movimiento de Newton, quizá no tuviera aplicación alguna al juguete que tenía entre manos, pero había sido suficiente para atraer toda su atención.

Conectó en su aparato los elevadores de potencia y esperó a que sus tubos se calentaran. ¡Tal pérdida de energía!, y sólo por la imposibilidad de no usar transistores. Lo comprendía, pero ese otro asunto…

Originalmente, el experimento había sido encaminado para explorar algunos efectos laterales de la rotación magnética; un

proyecto rutinario de elevadas altitudes. Sam y Maurey habían pensado que el gobierno esperaba obtener alguna fórmula de antigravedad aplicando la teoría magnética de Blacket y Dirac. Pero hasta aquella fecha, no había aparecido tal solución; en lugar de ello…

Probando su aparato, Sam tocó la llave experimentalmente. Al extremo opuesto del salón se agitó una campana sonando alegremente, aunque no estaba conectada en ninguna forma con el aparato.

Se levantó Sam, bajó la campana y colocó otro blanco para prácticas. Su máquina funcionaba como siempre. Cada átomo de energía que pasaba por ella, era medido. Hasta las pérdidas que ocasionaba la medición estaban calculadas. Y la fuerza de empuje que ese pulso invisible disparaba contra el blanco, siempre igualaba exactamente la cantidad de fuerza que usaba el aparato.

No había ninguna equivalencia en retroceso.

Suponiendo que esa aparente falta de regresión fuera real, según Maurey había opinado; suponiendo que, por una vez, una acción no implicaba una reacción igual y opuesta, o que un objeto que era empujado no ofreciera ninguna fuerza de retroceso…

El blanco que había colocado sí había retrocedido, pero eso era secundario —*ex post facto*—, comoquiera que fuese. Cambió el sistema de medición y probó de nuevo. No hubo aumento en la cantidad de calor que lanzaban los tubos cuando el dispositivo era «disparado». El conjunto de cables tampoco se calentó. Siguiendo una corazonada, hizo una bobina libre con la carga de plomo tomada de la fuerza principal, corrió al cuarto contiguo a sacar una taza de aire líquido del laboratorio de presión y sumergió su bobina en ella. La colocó en el aparato en diferente posición, y en el momento en que oprimió el botón, el blanco estalló. Emocionado, Sam comparó las lecturas del medidor de objetivos contra la resistencia disminuida de la bobina fría. Coincidían hasta la última fracción decimal. Nada perdido en resistencia. ¿Entonces, qué? La ebullición del aire líquido no se había acelerado visiblemente cuando el pulso fue lanzado, pero no podía confiarse en la vista para detectar tal cosa. Para confirmar por última vez embotelló el aire líquido y la bobina en un frasco de Dewar con un inductor Rahm muy sensitivo como tapón, conectándolo a un kimógrafo.

Disparó el dispositivo cuatro veces. La línea del tambor del kimógrafo no mostró alteración alguna ni en su parte alta ni en la baja. Y como antes ya había fallado repetidamente en detectar ninguna radiación o efectos subópticos…

La Tercera Ley del Movimiento de Newton había sido desbaratada…

Las cifras matemáticas para describir las fórmulas que empleó podrían esperar. Consideraba, además, que le iba a ser muy simple probar su nueva teoría y clasificar aquella de Newton como una teoría incoherente. Lo que más interesaba en esos momentos a Sam era reensamblar su aparato para hacerlo portátil. Aun para él que no tenía un ojo práctico para su propio descubrimiento, las ventajas de las probabilidades que ofrecía eran evidentes. Si un hombre pudiera sostener en las manos un artefacto como aquel y aplicar toda la fuerza de que disponía contra algún objeto; si él pudiera convertir, por ejemplo, un par de miles de kilovatios en empuje físico contra una carga pesada, dos o tres hombres podrían levantar sin tocarla una locomotora pesada, o…

Diseñar un proyector compacto no lo encontraba difícil. Con excepción de los dos tubos principales, todo lo demás podía ser reemplazado con un par de 6V6 sin mucha pérdida de eficiencia, y la eficiencia y la pérdida podrían ser expresadas en calor y disipadas sin daño alguno efectuando la descarga del pulso desde un tubo realzado con un reflector detrás de él. También el realce podía ser cargado para lograr un campo de enfocamiento, y el tubo podía ser de plata y actuar como guía de ondas…

Una hora más tarde, Sam había logrado un objeto que podría haber sido el arco para flechas del siglo veintiuno, pero que no necesitaba del arco para lanzarlas. Su creación era un poco incómoda, ciertamente, pero lo que importaba era que funcionaba a la perfección.

De pie junto a la ventana del laboratorio, se estuvo divirtiendo proyectando su aparato hacia las gentes que pasaban, quitándoles los sombreros de las cabezas, hasta que, por estar demasiado obscuro, suspendió su práctica que se iba haciendo peligrosa. Entonces colocó su dispositivo sobre la mesa, salió del laboratorio silbando una alegre tonada y se dirigió hacia los dormitorios.

Un estudiante de historia podría esperar desde esos momentos

algún suceso importante; pero Sam era solamente un científico.

TRES

Las ventanas del laboratorio de radiación para graduados eran como las de cualquier otro laboratorio de colegio: grandes, colocadas inadecuadamente y sin lavar desde hacía mucho tiempo. Maurey no vio el dispositivo en el banco hasta después de varios minutos de haber entrado al laboratorio, debido a que la luz del sol que penetraba durante el día, no permitía distinguir bien las cosas que se encontraban sobre el banco principal de trabajo colocado al pie de las ventanas.

Cuando al fin vio el artefacto que dejó Sam, contuvo la respiración por la sorpresa que le causó. Le bastó un momento para comprobar que lo que el día anterior había sido solamente una confusión de tubos y espagueti, estaba totalmente transformado en algo prodigioso. Maurey lo miró detenidamente. Lo que veía elevaba grandemente la estima en que tenía a Sam. Lo que un día antes había sido solamente un generador y había ocupado tanto espacio como un viejo radio superheterodino, ahora estaba perfectamente bien ensamblado a lo largo de un eje sencillo, con excepción de los forros de plomo; lo demás era poco más difícil de manejarse que una escopeta ordinaria.

Sam le había dado un arma poderosa a Maurey.

Silenciosamente corrió la cerradura de la puerta. El frasco de Dewar ya vacío y puesto entre el desecho hablaba elocuentemente. También sugería algo que Sam había evidentemente menospreciado. Encontró Maurey la bobina libre de Sam y le hizo un recipiente con grapas para sujetar el frasco de Dewar debajo del tubo de plata del rifle. Tomó el aire líquido usando el mismo recurso que Sam había usado, pero en vez de poner el tapón al frasco, le soldó un conducto que llevó hasta un generador a

reacción que movía un ventilador delgado. Dos pilas eléctricas para lámpara de mano y un pequeño transformador completaron la obra; había liberado la fuerza del plomo.

El dispositivo ya era completamente portátil, y mientras no le faltara el aire líquido, era la primera máquina de movimiento continuo en la historia. Si se montaba en un proyector semiportátil, pensó Maurey, podría ser utilizado para operar una compresora completando el circuito. Le entusiasmó la idea.

Envolvió el aparato en periódicos y salió.

Los estudiantes que se encontraban en el patio le saludaron de lejos. Maurey era bien estimado; con su aire tranquilo de cosmopolita era envidiado por los jóvenes, y entre los preparatorianos existía el ideal de igualdad de derechos para los tetras, movimiento que Maurey había tenido buen cuidado de extender. Los muchachos diploides lo querían, mientras a los jóvenes gigantes solamente los respetaban.

—¡Hola, Maurey! ¿Qué llevas debajo del brazo?

—Trapos mojados —contestó—. ¿Cómo estás, June? ¿Terminaste ya con la disputa que tenías con tus padres?

—Sí, gracias a usted. ¿Irá esta noche a nuestra reunión?

—Así lo deseo, pero no vayan a esperarme mucho, por si no puedo ir.

Se cercioró de que el arma estuviera bien envuelta en el periódico y se despidió de la muchacha, encaminándose por el sendero de grava. Al lado opuesto del patio vio a otro gigante, pero estaba demasiado le, os para poder precisar quién sería. Desde luego era masculina la figura, pero hasta ahí fue lo que Maurey pudo determinar. Sintió un deseo violento de correr hacia él, gritando, para hacerle partícipe de lo que poseían y declarar de una vez la guerra a los escurridizos pigmeos, exterminarlos con el arma poderosa que traía debajo del brazo, como si fueran pichones de barro, pero…

Todavía no. Controló sus ímpetus y continuó pausadamente su camino sonriendo a los jóvenes diploides que lo veneraban.

Se daba cuenta de que su plan inmediato estaba todavía muy lejos de ser perfecto. Pensaba que más importante por el momento era el haber logrado sacar el arma fuera del edificio de Radiología, pues consideraba que si alguien que entendiera la encontraba, se

vería desposeído de ella.

Sam no se preocuparía mucho por su desaparición, ya que pensaría que Maurey la había tomado, y cuando comprobara que así había sido, quedaría satisfecho. Por otro lado, el doctor Fred sabría inmediatamente que aquel artefacto no era un arma, sino simplemente un juguete del laboratorio de Radiación; de modo que, probablemente, el mejor lugar para guardarla mientras se la entregaba a Methfessel, era la caja de seguridad del propio doctor. Este era fanático en lo que se refería a respetar los derechos de propiedad de los gigantes. Cuando encontrara el proyector lo identificaría como pertenencia de Maurey y lo respetaría.

Todas estas reflexiones no eran más que psicología de salón basada falsamente sobre la estima de Maurey hacia la gente que le tenía afecto, pero por el momento no podría ser de otro modo. También consideró de importancia el persuadir a Sam de que no hiciera público su descubrimiento. No sería fácil convencerlo, ya que Sam, como cualquier estudiante ordinario de laboratorio, dependía de su reputación científica para lograr un aumento en su pequeño ingreso. Un descubrimiento tan revolucionario como este podría valerle un puesto de asistente de profesor.

Se sorprendió un poco Maurey al encontrar vacío el laboratorio del doctor Fred. El viejo científico casi no salía por aquellos días; tenía el rango de Profesor Emérito; no estaba obligado ya a la enseñanza de clase alguna y pasaba las horas que no dormía, que eran veinte de las veinticuatro del día, ocupado en su laboratorio preparando secciones microtónicas, arreglando, tiñendo, montando, diseñando y archivando los miles de especímenes o células necesarias para cualquier experimento en poliploidea. De modo que si no se encontraba allí, con seguridad debía estar tomando una de sus indispensables siestas.

Bueno, pensó Maurey, así era mejor. Se arrodilló ante la caja de seguridad. Una de las descuidadas habilidades tetraploides que se había afinado en Maurey era la del oído; los músculos de su medio oído eran tan sensitivos como los de las pupilas de sus ojos, y cuando se lo proponía por necesidad, podía reducir la superficie vibratoria del tambor de su oído a una abertura no mayor que la cabeza de un alfiler. Entonces era capaz de percibir sonidos desde 4 hasta 30

000 ciclos y hacerlo en forma selectiva; había grabado en su memoria los golpecitos casi imperceptibles de la caja fuerte desde la primera vez que el doctor Fred la abrió en su presencia.

La abrió sin dificultad, causándole gran disgusto encontrar lo que no había esperado. La caja estaba llena de papeles. Más que llena estaba atiborrada. Dos de los tres compartimientos ocupados con cajas pequeñas y el tercero contenía los ya familiares tubitos de paracolchicina que se usaban en el laboratorio. El resto de la caja estaba repleto de papeles, de notas, papel de copia, de dibujo, fotomicrografías, cartas, folletos delgados con grandes títulos, tarjetas de archivo y algo que a Maurey le pareció serían brillantes bloquecitos con lentes de silicón tratado. Una considerable porción de todo esto se le vino encima a Maurey en el momento en que abrió la puerta.

Lanzó un juramento. Desde una caja situada debajo de la mesa, se oyó un estornudo en respuesta y Decibelle dejó ver su cabeza fijando en Maurey sus ojos cafés con aire de reproche.

—¡Duérmete, maldito animalejo! ¿Qué voy a hacer con?…

Se dio cuenta de que estaba hablando en voz alta y guardó silencio. Como medida preliminar, tomó todos los papeles, y, haciendo cuatro montones sobre la mesa, los ató con una cuerda. Era obvio que no estaban seleccionados cuando los metieron en la caja, así que no perjudicaría en absoluto el redistribuirlos para lograr algún espacio para su arma. Después, colocó todo por tamaños, clasificando películas, notas, publicaciones, y demás artículos.

Tropezó la mano de Maurey con una hoja tamaño carta y la tomó para leerla.

CARLIN, SENA
HYATT
Jane Hyatt
Anthony Armisted
Carlin Series 0-573-9-002

Ligados sexualmente, doble-diploidea con tetra-ploidea marcada; cf. cartas de cromosomas: 2, 3, 6, 8, 9, 10, 14, 15, 18, 21, 22, 24.

Fuerte cruce de cromosomas diploideas. Cromosoma-X

Tri-ploidea. Somáticamente una aparente tetraploide individual normal con sólo una ligera división…

Naturalmente, no era novedad para Maurey el leer que Sena tenía sangre de Hyatt. La mayoría de los gigantes tenía sangre de otros, con excepción de la generación joven que había tenido que sufrir debido a una orden de la Corte del gobierno que le prohibió al doctor Fred contribuir con células embrionarias a los experimentos de poliploides.

Pero ¿qué diablos era doble-diploidea? Dos y dos son cuatro, cualquier tonto lo sabía. Pero aun así, el doctor Fred debía de haber tenido alguna razón para clasificar a Sena como doblediploidea y no tetraploidea. ¡Y esa referencia que hacía de la «división»! Esa delicada palabra la usó deliberadamente en vez de poner «separación» o cualquier otro término que pudiera referirse a la psicología de Sena. Esa frase que empezaba con el término crucial de «somáticamente».

Maurey no era un genético, pero conocía su propia historia clínica y estaba acostumbrado a las abreviaturas que usaban los científicos. Sólo encontraba una interpretación posible. Alguno de los veinticuatro pares de cromosomas que transmitían la herencia humana y que habían sido aplicados a Sena en doble cantidad, no se habían duplicado, «no habían sido duplicados» deliberadamente, por la ingenua falla en los historiales del doctor Fred que hacía patente la sorpresa al traicionar los planes anteriores. Muchos de aquellos que habían doblado aún estaban actuando como juegos de pares, en vez de actuar como grupos de cuatro, y de aquellos mismos, muchos habían exhibido el peculiar fenómeno mezclador de genes llamados cruce de cromosomas diploideas, así que sus efectos genéticos no serían localizables por generaciones, excepto por medio de laboriosos procesos de mapas delineados de cromosomas, y aun entonces debía ser realizada esa labor por alguien que conociera el fundamental secreto que el doctor Fred había escrito en aquella página.

Maurey se tocó con los dedos el doloroso sitio de su oreja, del cual el doctor Fred tomaba su sangre para las biopsias periódicas que realizaba con él y con todos sus «muchachos». La transpiración de sus dedos le produjo ardor en la región tocada y todo su cuerpo

se estremeció de furia y frustración.

«Los tetraploides no eran el fin de la historia».

Venía una nueva forma. Sena era el principio de ella y no se podía decir hasta qué punto las nuevas criaturas producto de la tectogenesia del doctor Fred podrían hacer ver a los gigantes como una especie anticuada. Sena se veía como tetraploide, pero sus hijos serían…

Si a Sena se le permitía tener hijos, ¿cómo resultarían?

El cachorro gruñó debajo de la mesa al golpearse el hombro contra el piso. Con su andar inseguro se acercó a Maurey dejándose caer sobre su lomo para que le rascara la panza; quedaban al descubierto sus rosadas tetas, que serían la fuente de la cual chuparían miles de triploides que la seguirían.

O quizá cachorros tetraploides, con características escondidas de lazos sexuales doblediploides que sorprenderían a sus anticuados maestros tetraploides…

Con un gruñido, Maurey cogió violentamente el proyector enfocándolo hacia el cachorro de Brobdingnagian; contra aquel tosco animal ignorante de los planes de Maurey para hacer triunfar a tos gigantes.

Maurey, haciendo uso de aquella nueva arma, lo hacía rodar hasta dejarlo tirado sobre sus orejas. Nuevamente, Maurey aplicó la fuerza del proyector contra el piso precisamente al lado de la perra, lanzándola a lo largo de todo el cuarto. Se levantó el animal ladrando furiosamente, brincando con sus patas abiertas. Esta vez, el reflejo del arma la tocó debajo de la barba. Dio un aullido mientras era lanzada contra la pared.

Maurey reía y volvió el reflector para extender sus rayos. La infeliz perra recobró su valor y se arrojó sobre él, pero este nuevamente, con su poderosa arma, la arrojó violentamente lejos de sí. «De modo que superar a los tetras, ¿eh? Ya veremos quiénes pueden desenfundar sus armas primero». Continuó lanzando a la perra de un lado a otro; metiéndola en el cesto de desperdicio y tirándolos contra la pared, haciéndolos rodar sobre el piso una y otra vez…

—¡Maurice!

Temblando, Maurey soltó el arma. Después de un breve momento, sus ojos se vieron nublados por las lágrimas.

Era el doctor Fred, naturalmente. Nadie más le llamaba Maurice. El científico estaba de pie en la puerta de entrada. La perra llegó arrastrándose hasta él sin dejar de volverse a mirar a Maurey como sorprendida por su conducta.

—Maurice, qué… Oí los aullidos del pobre cachorro a una cuadra de distancia. ¿Qué clase de instrumento es ese? ¿Estabas tratando de matarla? ¡Y has abierto mi caja de seguridad! ¿Te has vuelto loco?

Tratando de controlar su estado de ánimo y enterrándose las uñas en las palmas de las manos, dijo Maurey:

—No la estaba lastimando, doctor Fred. Era un simple juego. Ella se divertía tanto como yo —había recogido el arma, y al darse cuenta de que la tenía apuntando al pecho del doctor Fred, la bajó, y en medio de una sonora risa, continuó—: Reconozco que sus aullidos se oían como si la estuviera matando, pero es que ¡es tan grande…!

El doctor Fred pasó frente a él mientras hablaba, y se inclinó sobre los papeles que aún quedaban sobre su mesa.

—¿Por qué has abierto mi caja? —le preguntó.

Maurey le mostró el teorema preparado. El viejo hombre de ciencia refunfuñó, casi como el cachorro, y le dijo:

—Ya veo. ¿Quién te dio la combinación?

Maurey pensó que lo único indicado en la vergonzosa situación en que se encontraba era decirle al doctor la verdad. Quizá lograra interesarle o distraer su atención hacia ese punto, pero en cualquier forma no consideró aconsejable decirle que alguna otra persona le había proporcionado la combinación. El doctor podría, quizá, investigarlo. De manera que le contó cómo la había obtenido.

—¿Es esa la verdad? —le dijo el doctor.

Buscó entre el montón de papeles hasta que encontró los de Maurey; allí estaba su historia clínica y las cartillas de sus cromosomas.

—¡Ojalá me hubieras dicho eso antes! —le dijo a Maurey, en tono petulante; las cartillas visiblemente estaban revueltas y le preguntó—: ¿Las barajaste tú? —Pero corrigiéndose sin dejar de mirarlas, continuó—: No, no; ya estaban así: en un desorden absoluto; en realidad, necesito una secretaria, pero todas tienen la cabeza tan hueca… Por favor, ven a verme el próximo miércoles,

¿lo harás, Maurice? Quiero ver si puedo investigar esa agudeza auditiva. ¡Cuánto me hubiera gustado que me lo hubieras dicho antes!

—Lo noté hace poco tiempo —dijo Maurey. Ya su mente se había tranquilizado, pero su cuerpo aún temblaba. Esa reacción era inevitable y sabiéndolo ya no le inquietaba.

Pero llegaría el día en que los gigantes no necesitarían disimularle al doctor Fred…

«Y eso debía ser muy pronto».

Una aguja colgada de la punta frente a la ventana, se mecía con la regularidad de un metrónomo. En el momento en que la aguja pasaba frente al vidrio central, el doctor Fred la enhebraba con un hilo encerado, lo sacaba y volvía a enhebrarla una y otra vez.

Calmaba sus nervios de esa manera y no dejaba de hacerlo hasta no considerar que se encontraba perfectamente tranquilo. El disgusto que le había ocasionado la escena de Maurey con la perra, el ver su caja abierta, había sido tremendo; ya era demasiado viejo para sufrir emociones tan fuertes; cada perturbación hipotalámica podía alterar la coordinación que necesitaba y de la cual dependía el buen éxito de las microdisecciones y manipulación de los cromosomas.

La perra había descansado su cabeza sobre el cierre del zapato del doctor; se inclinó para examinarla. El animal parecía encontrarse bien; el juguete de Maurice, fuera lo que fuese, no le había hecho daño, aunque sí la había espantado. El doctor Fred se preguntaba que clase de objeto sería. Semejaba algún dispositivo eléctrico. Antiguamente algunos chicos sádicos, con pistolas de agua, disparaban amoniaco a los ojos de los perros. En la época del doctor Fred, los chicos se divertían haciendo sufrir a los animales con chispazos de bobinas de alta tensión; no había diferencia entre los chicos diploides o tetraploides; todos trataban de satisfacer su fantasía de poder con equivalentes crueldades.

Reflexionando, corrigió lo que pensaba; sí, había diferencia. Los gigantes, hasta los mejores de ellos, tenían que vivir en un mundo activa y sutilmente hostil; los diploides, con excepción de unos cuantos, tenían la prodigalidad de la naturaleza. Los temblores de tierra no odian a nadie, pero los diploides…

Los diploides odiaban a los gigantes, y tenían los medios para

incrementar aquel odio. Su psicología era obscura; pruebas de campo tendían a mostrar que los celos de los diploides eran originados por estos factores: la longevidad y la casi increíble fuerza y terquedad de los gigantes.

Los mayores disgustos, las perturbaciones hipotalámicas, el odio que realmente sentían era ocasionado por la estatura de los tetras más que nada. Quizá inconscientemente el diploide promedio deseaba ser gigante y se sentía frustrado; pero aun así, ¿dejarían que sus hijos fueran tetras? ¡Nunca! Ninguna ventaja de los tetras compensaría el acarrear el estigma de ser tan diferentes.

Circulaban cuentos ofensivos para las mujeres tetras, basándose en el sentido cruel de la desproporción sexual de ellas, y consideraban que su fertilidad era limitada por los organismos tetraploides. «¿Sabes lo que cuentan de sus mujeres? Que no sirven para el amor, así es. Un amigo me contó que…». Este era uno de los miles de cuentos escabrosos. También habían inventado el tipo predatorio de mujer tetra —no siempre soltera— para la que los hombres tetraploides eran fácil presa. Sobre eso también circulaban chistes obscenos.

Las perturbaciones emocionales entre los gigantes se venían acentuando más y más según aumentaba la presión de los diploides. El tormento que uno de sus «muchachos» había ocasionado a aquella indefensa perra, había sido para el doctor Fred el fenómeno que más le había entristecido; más que esto, lo había sacudido hasta la base de sus planes para los gigantes, como un temblor lesiona los cimientos de una casa vieja y sólida.

Mientras el doctor Fred reflexionaba, el balanceo de la aguja colgada se hacía gradualmente más lento, tomando la dirección de la rotación de la tierra. Al final, la aguja golpeó un vidrio de la ventana y quedó inmóvil; el ligero golpecito le recordó la razón por la cual la había colocado allí. El impacto que le causó ver cómo la mente de Maurey, que consideraba hermosamente balanceada y que en aquel momento se había transformado por tal locura, le había asustado más de lo que preocupaba al doctor, no se había alterado en Maurey.

Pero lo esencial, el impacto mental, permanecía. Si el más inteligente de los gigantes se inclinaba ya hacia la fácil excusa de la persecución, si ya había caído lo suficiente como para buscar la

compensación en el sadismo, entonces los planes para los tetras que el doctor Fred había elaborado, se encontraban aún muy lejos de su fase final.

El darse cuenta de aquella situación fue lo que le hizo hablar como un viejo senil, como un doctor de ópera delante de Maurice a fin de ocultar su miedo. Había sido puramente tonto el pretender que Maurice había alterado el orden de sus papeles. No depositaba nada en la caja sin antes haber escogido cuidadosamente su contenido y sujetarlo al archivo mecánico. Deseó que el gigante no se hubiera dado cuenta de ello; pensaba el doctor que Maurey se encontraba poderosamente trastornado, pero esto era sólo un punto débil de la vaga esperanza que abrigaba el doctor Fred. Naturalmente, el sentido de culpabilidad tiene su punto de partida; a un cierto nivel de intensidad comienza a confirmar el modelo habitual más que a impedirlo…

Pero Maurice había estado también escudriñando entre los papeles: y no importaba el grado de alteración en que se encontraba, había que tener presente que él era el más listo de todos los tetras. Podía haber visto ya los papeles de Sena y entenderlos.

Naturalmente que de haberlos visto los habría entendido y entonces habría comprendido algunos de los ingredientes de la bomba de tiempo que el doctor Fred había plantado debajo de gigantes y diploides.

Ya no sería capaz Maurice de esperar la explosión. Se encontraría perfectamente dispuesto a matar al doctor Fred y liberarse…

Excepto que el matarlo no lo liberaría. Solamente una muerte podría inutilizar aquella bomba de tiempo. El doctor extendió con ambas manos los papeles sobre la mesa. Los símbolos clave relativos a Sena saltaron a su vista. Precipitadamente tomó las tarjetas y buscó entre ellas: record de cromatina, película del análisis molecular, sumario genealógico…

El record somático faltaba.

Cualquiera que fuera el resultado de las mutaciones genéticas reales, el tipo que los teóricos llamaban cataclísmico, estaba implícito en Sena, la floración final de las posibilidades del homo sapiens.

Esas posibilidades estaban todas implícitas en su record somático, la primera descripción amplia de la futura humanidad. Y el reporte y las posibilidades se encontraban en las manos de Goliath y los filisteos, un gigante, y…

Un hombre loco.

El doctor Fred consideró, con amargo interés académico, las lágrimas que le corrían por sus arrugadas mejillas.

CUATRO

Methfessel cerró la puerta de su gabinete asegurando la cerradura y alzó la mano señalando al techo bajo de los vestidores. El ademán era innecesario; los dorados uniformes que pendían de cada puerta de los gabinetes no albergaban ningún sujeto, pero no obstante eso daban la impresión de tener vida propia, y semejaban la formación de una fanfarria de clarines.

Maurey caminó hacia el traje más cercano y lo examinó con admiración.

La parte básica de la armadura era una placa metálica que se ajustaba al pecho y espalda como el carapacho y peto de las tortugas. Al pie de aquella placa había una corta faldilla de metal formada por hojuelas encimadas, que servía al mismo tiempo como protector y cinturón. Él portador de aquel uniforme debía colgarse del lado izquierdo de la cintura una caja de control, en la tapa de la cual se veía un gran botón rojo y cuatro negros pequeños. Un arma semejante a la primera que diseñó Sam se encontraba enfundada, colgando de unas cintas de plástico del lado derecho. Ya no era tan voluminosa, ahora estaba simplificada y construida en tal forma que podía portarse fácilmente debajo del brazo derecho.

—¿Ya no tiene frasco frío? —dijo Maurey, sacando el arma de la funda—. Veo que hay un cable de salida para la caja de control; eso será un poquito desventajoso para la manipulación.

—No puedo objetar nada —replicó Methfessel, encogiéndose de hombros—; yo mandé los cálculos y dibujos a Kelland y él lo trabajó. Yo no podría diferencial un frasco frío de una roca caliente.

Maurey refunfuñó y puso de nuevo la pistola en su funda. No estaba muy seguro que él hubiera aprobado la idea de una pistola de fuerza, pero parecía carecer de importancia. Quizá los lances

ideados por Ira después de todo hubieran sido mejor. Pero ya la cosa estaba hecha.

De todos modos, lo que realmente tenía de maravilloso la armadura, era lo que estaba colocado en la placa que cubría la espalda; semejaba las alas extendidas de un águila pronta a precipitarse sobre un corderillo. Recordaba aquellos cinturones voladores que usaban los personajes de fantasía de las tiras cómicas. Y eso era en realidad; pero estaba cuidadosamente disimulado con delicadas plumas metálicas y sus funciones eran las de proporcionar, en el momento en que la fuerza les fuese aplicada, una resistencia mayor al aire, impulsando o sosteniendo el peso completo de sus operadores. Parecían tener esas alas más ornamentos superfluos futuristas que ninguno de los que jamás fueron diseñados por Dick Calkins.

Maurey confiaba en que aquellos artefactos no tuvieran un solo centímetro cuadrado no aprovechable y que su funcionamiento fuera perfecto. La apariencia no importaba. Las hojuelas metálicas que formaban las alas estaban divididas en dos grupos alternados: el primero transmitía energía al segundo, y este la transformaba en movimiento mecánico. Entre los dos grupos se hallaban colocados finísimos campos magnéticos que neutralizaban o conservaban esa fuerza motriz y permitían la aceleración o frenado de las alas a voluntad del individuo que lo portaba. No tenía ese dispositivo partes móviles, pero todo el conjunto generaba una fuerza de impulsión maravillosa y su maniobralidad era sorprendente.

Finalmente, para completar el equipo, había un casco. Estaba conectado con el mecanismo volador y con la pistola de fuerza; Maurey no pudo, al momento, precisar cuáles serían sus funciones, ya que en el diagrama que envió a Kendall, no lo había incluido. Él simplemente había pedido que se incluyera una especie de gorra protectora. Ese casco estaba dotado, en la parte alta, de un pico realzado que, al parecer, servía para eliminar algún exceso de calor o radiación, o también, pensó Maurey, quizá era con fines puramente decorativos; pero de cualquier forma ofrecía el aspecto de un casco a la Buck Rogers y desentonaba con el soberbio diseño funcional del resto del atavío.

—¿Qué es eso?

—Para protección —dijo Ira—. Yo no sé. Quizá porque se

supone que ustedes van a golpear a la oposición y alguna protección van a necesitar. En fin, yo no sé nada acerca de esta clase de artefactos, Maurey.

—¿No dijo Kendall en qué forma se usaban?

—A mí no me dijo nada. En los diagramas les da un nombre especial.

Por el momento, Maurey no encontró la razón por la cual Kendall había incluido aquellos cascos semejantes a un pequeño árbol de Navidad. Necesitaba un cuidadoso examen de los circuitos como de toda la indumentaria completa. La armadura había sido el trabajo de un genio; considerando la cantidad de conocimientos que requería, probaba que Kendall, que también era un gigante, a pesar de la opinión que Maurey tenía de él, había realizado una magnífica obra.

—Lo que me intriga —dijo Ira, en tono airado— es saber por qué razón Kendall no pensó en proteger brazos y piernas. Yo esperaba que diseñara una armadura que cubriera todo el cuerpo, como nuestros uniformes de fútbol.

—Debe haber tenido sus razones —contestó Maurey, pensativo —. Dígame, Ira, ¿todavía no ha venido Sam Ettinger a verlo?

—¿El pájaro que salió del campo cuando Hammy se lastimó? Sí, ya vino, y lo acepté de nuevo, como usted quería; pero debo decirle que no le tengo confianza. Es un descontento.

Maurey dejó ver una irónica sonrisa, y le dijo:

—No conozco un solo tetra que se encuentre amoldado a su situación.

—No es eso a lo que me refiero. Es uno de esos tipos que nosotros considerábamos después de la última guerra, como carentes de todo afecto; demasiado lleno de ideas propias como para seguir órdenes. ¡Oh!, bueno, usted ya lo ha descrito.

—De cualquier forma, usted gana dinero —le replicó Maurey—. Lo que me recuerda que debe usted hacerme un cheque por veinticinco mil.

—¿Para qué diablos?

—Quiero que usted compre el sitio donde están los dormitorios que nos sirven de alojamiento, y ese es el precio que la Universidad ha fijado.

—Piénsalo de nuevo —replicó Ira—. ¿Qué uso puedo darles a

esas ratoneras? Voy a necesitar todo mi efectivo para ampliar el estadio.

—Pague usted por ellos. Recogerá su dinero con el ingreso que obtenga del primer torneo. La Universidad aloja a los gigantes y no le importa mucho lo que ellos hagan. ¿No se da cuenta de que si se hiciera público todo lo que usted pretende con esos torneos llegarían a prohibirlos? Entonces usted quedaría arruinado.

Methfessel quedó un momento pensativo. Era obvio que sabía que Maurey tendría algunas razones adicionales para que se compraran aquellos dormitorios, y aunque no le importaba averiguarlas, cuando se trataba de dinero, Ira siempre pedía una segunda razón si la primera no le satisfacía.

—Tengo que actuar como si aceptara que usted sabe lo que está haciendo —le dijo finalmente a Maurey, sacando su libreta de cheques—. Aquí tiene. Pero asegúrese que va a emplearlo todo en una misma inversión.

El doctor Fred no pudo reprimir más su enojo.

—Ya no puedo entenderte, Maurice —exclamó, paseándose excitado a lo largo del laboratorio—. Este asunto es de lo más audaz y descabellado que jamás he oído. Las relaciones de la Universidad con ese promotor ya son bastante dudosas; este moderno sistema semiprofesional de manejar los deportes ya es vicioso; en mi opinión, yo debía haber prevenido que en un grandioso proyecto como el nuestro, no viniera la explotación, y ahora me encuentro con que tú la vienes patrocinando, y lo que es más, haciendo de ella un asunto puramente comercial como vender papas.

—Nada de eso, doctor Fred —arguyó Maurey, pacientemente—, yo no hice la oferta ni la acepté tampoco; a lo único que me concreté fue a no actuar como intermediario, por lo que ellos tuvieron que buscar algún otro. Estoy de acuerdo con usted en que la liga entre la Universidad y Methfessel no es digna de elogio, pero prefiero sencillamente ponerme en un plan de realidades. Por lo que se refiere a los torneos, yo los veo desde otro punto de vista distinto al de usted. Y a propósito, quiero decirle que no fueron ideados por mí. Nos han dado una oportunidad para ganarnos la vida, y muy buena por cierto, para que ya no dependamos de la caridad universitaria, y eso es algo que necesitábamos hace mucho tiempo para elevar nuestra moral. Claro que no es muy digno ese medio de

vida, pero no estamos en posición de elegir.

El doctor suspendió sus paseos y miró fijamente por arriba de sus anteojos al gigante.

—No has dicho la verdad ni a medias, y quiero pensar que has hablado siguiendo una fantasía tuya. Pasaré por alto tu curiosa concepción de una conducta realista. Esa clase de oportunidades no es nada nuevo en el mundo, no lo ignorabas. Evidentemente tú crees que vas a debilitar los negocios que Methfessel sostiene con la Universidad solamente porque transformes ese proyecto tetraploide en una aventura de negocios. La mitad de eso es cierto; pero el reverso de la moneda es que al mismo tiempo has desprestigiado la reputación de la Universidad más seriamente de lo que pudiera haberle afectado cualquier posible relación con deportes profesionales. ¡Veinticinco mil dólares! ¿En qué estaría pensando la directiva? ¿Por qué de una vez no les vendieron a los farmacéuticos de Columbia, del otro lado del río, todo nuestro departamento de química incluyendo los estudiantes? No; no me interrumpas, Maurice. Eso es sólo el principio; yo supongo que tú te das cuenta de que, por lo que a mí se refiere, han terminado las investigaciones tetraploides. Ahora que ya los gigantes están viviendo en su propiedad privada deberán de ser tratados como cualquier otro asistente graduado o estudiante becado. Los aspectos sociales del estudio salieron por la ventana y no tendré ninguna autoridad para dirigir o interferir en ninguna forma los experimentos de los cursos de genética. Me he quedado solamente con un grupo de voluntarios.

Respiró fuertemente y continuó:

—¡Voluntarios! ¡Con razón las llamadas ciencias sociales fueron un fracaso! Uno o dos de los átomos de oxígeno, ¿darían un paso adelante para responder concienzudamente preguntas impersonales?

Maurey trató de hablar, pero prefirió dejar que el viejo doctor terminara con su perorata.

—No sé cuál será la reacción pública cuando conozcan a fondo estos asuntos, pero desde luego no va ser nada tranquilizadora —prosiguió el doctor, ya un poco más calmado—. Sólo puedo esperar que no vaya esa reacción a llegar a un extremo. Tú has impulsado a tus hermanos hacia la posición de ciudadanos particulares y te vas a dar cuenta de que ese será un estado social mucho más peligroso y

humillante que el que antes tenían, aquel en que eran considerados por el público como animales de experimentación. Podrán tus motivos ser muy buenos, Maurice, aunque no lo creo así; pero buenos o malos, la forma en que has actuado ha sido despreciable.

El doctor le dio bruscamente la espalda a Maurey y se quedó mirando fijamente hacia la ventana sucia.

—Sí; esperaba que usted reaccionaría con disgusto —le dijo Maurey—, pero, en verdad, no pensé que fuera a excitarse tanto. Es inverosímil oírle proferir tales términos contra mí, doctor Fred. El hecho de que poseamos alguna propiedad no va a cambiar en lo más mínimo sus relaciones con nosotros. Todos los tetras le debemos a usted nuestra existencia y nuestras ventajas biológicas y no lo olvidaremos. Estaremos exactamente en el sitio en que estábamos antes. El hecho de que ese pedazo de tierra no podrá ser en el futuro llamado confinamiento de los gigantes, nada cambiará nuestros niveles sociales. Vendremos a usted y seguiremos cooperando con sus experimentos. Lo buscaremos para que nos guíe como antes. Sus anatemas sobre los «voluntarios», no lograrán disimular que siempre lo hayamos sido; nunca ejerció usted ninguna dictadura sobre nuestras vidas privadas ni trató jamás de hacerlo, «al menos hasta ahora», de modo que no tiene sentido el que usted se queje de que nos hayamos sacudido del control que tenía sobre nosotros. Todavía tiene usted lo que antes tenía.

—Sí, sí, Maurice —se oyó la voz cansada del doctor Fred, que sin volverse hacia Maurey, continuó—: No ignoro la diferencia entre los significados real y formal de lo que pretendes que yo crea. Por ejemplo, tus palabras me dicen lo que tú ves: un hombre viejo, agotado, quejándose de tu intervención y de la fría realidad entre él y la afición por sus mascotas. Retiro la acusación que tú consideras de mala fe y que no tenía derecho a hacer; pero creo que tú tampoco ignoras las tremendas consecuencias que les acarreará a los gigantes lo que has hecho, no a mí, Maurice, a los gigantes.

—Y dime, ¿para qué querías el record somático de Sena?

—Yo no lo quería. ¿Supone usted que debía tenerlo? Y de todas maneras, ¿qué relación tiene eso con lo que estamos hablando?

—Me gustaría mucho saberlo —dijo el doctor Fred—. En cualquier forma, tus planes no me incluyen a mí y ya no intervendré en tus asuntos. Es mejor que te vayas, Maurice. Tú no

puedes deshacer, en ningún caso, lo que has hecho. Yo no puedo esperar que tú me participes lo que estás planeando. Pero te diré lo siguiente: tu cordura es dudosa.

—Me iré —dijo Maurice—. Ya que usted me ha acusado tan injustamente, dejaremos este asunto. Adiós, doctor Fred.

Salió cerrando la puerta y bajó las viejas escaleras de madera que rechinaron al recibir su gran peso. Aunque estaba un poco disgustado, y eso no podía remediarlo, estaba satisfecho de la forma en que se había desarrollado la entrevista con el doctor Fred. Estaba seguro de que la mayoría de los gigantes se alegraría de substraerse al ojo paternal de la Universidad; naturalmente acudirían al doctor Fred y se encontrarían con que este acusaba a Maurey de algún complot nefando, cuyos detalles el viejo científico no estaba en situación de darles.

El resultado final sería el fortalecimiento de su ya considerable influencia y en detrimento del prestigio del doctor, y aunque Maurice negara que fuese el director de tal movimiento, el dicho del doctor Fred elevaría su posición ante los gigantes.

Había que prever que el científico no reaccionara como había pensado, pero tomando en cuenta la actitud que había asumido, el peligro no era grave, y en unos cuantos días ya no importaría lo que dijera o hiciera.

Se quedó parado por un momento en el pórtico de piedra mirando hacia los dormitorios que consideraba ya como propiedad de los tetras.

Ya era después del mediodía y probablemente Sam y Sena estarían comiendo en el comedor de los estudiantes. Por un momento pensó dejar el asunto para el día siguiente; pero, reflexionando, resolvió que como la tarea que se había impuesto era ardua, no debía posponer ni un solo día nada que pudiera arreglar inmediatamente.

Subió en su vehículo y se dirigió hacia el dormitorio de Sena, le dejó una nota y en seguida se trasladó al dormitorio de los hombres, entrando al cuarto de Sam con una llave maestra. En la máquina de escribir de Sam había una carta a medio terminar; su contenido carecía de interés. Seleccionó un libro y se sentó cómodamente.

Sena fue la primera en llegar. Estaba sonrojada.

—Tuve un grave disgusto en el primer piso con unos chicos —le

dijo a Maurey—. ¿Crees que esté bien visto que venga yo aquí?

—Absolutamente seguro. Ya te explicaré tan pronto como llegue Sam. Debo advertirte que la situación es un poco compleja, y tiene algunos aspectos desagradables.

—¿De verdad? ¡Qué ominoso! —exclamó Sena, sentándose en el borde del catre de Sam y alzando sus cejas un tanto alarmada—. ¿No puedes…? ¡Oh!, parece que viene Sam.

La agudeza auditiva de Maurey le había permitido detectar la respiración un tanto agitada de Sam cuando apenas se encontraba al pie de las escaleras. Cuando entró, la sorpresa del gigante de pelo negro era un tanto cómica.

—¿Qué es lo que ustedes dos pretenden? ¿Que me corran de aquí? ¡Después de haber vuelto a ese loco equipo de fútbol! ¿Es esa la forma de demostrar su gratitud?

Maurey le hizo un gesto amistoso y le explicó lo que pasaba.

—De manera que este es, desde ahora, un apartamento privado, Sam, y podrás recibir aquí a alguna mujer si así lo deseas.

—Eso me agrada —dijo Sam inmediatamente. Sena sonrió.

—Sabía que te agradaría. Pero hay un obstáculo. Yo ya esperaba que tan pronto como tú y Sena se enteraran de las noticias, desearían unirse, ya que su problema de habitación estaba resuelto; así que deseaba hablar con ustedes para persuadirles de que no lo hicieran.

—¿No hacerlo? —exclamaron los dos a coro. Sena se inclinó hacia él, y le preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Contéstame, Sena —dijo Maurey, encarándose con ella—. ¿Conoces tu historia? ¿Sabes cuál es tu composición genética?

—Bueno, no; realmente no sé gran cosa —admitió ella—. Más o menos lo que todos sabemos acerca de nosotros. Sé quiénes fueron mis padres y que uno de ellos era pariente del doctor Fred; también conozco la teoría del duplicacromosomas.

—Eso es lo que pensé. ¿Sabes tú algo más, Sam?

—¿Acerca de mí?

—No, acerca de Sena —le contestó Maurey.

Sam movió la cabeza negativamente un tanto confuso. Hizo Maurey una pausa. Se daba cuenta de que Sam le agradaba y se preguntó si realmente era necesario ser tan cruel. Los dos

muchachos se amaban; ¿no sería suficiente convencerlos nada más de que no tuvieran hijos?

Se dio cuenta inmediatamente de que aquella sugestión sería tan mal recibida como la anterior. La casi esterilidad de los gigantes había convertido el control de la natalidad entre ellos poco menos que en un crimen; y además, ¿qué harían si se presentara un accidente? Una ola de temor le hizo contener la respiración.

—Odio tener que decir esto —balbuceó—, pero tengo que hacerlo. Sena, he visto tus historiales; el doctor Fred me los enseñó. Tú no eres un tetraploide.

Sena palideció, y poniéndose una mano en el cuello, dijo, temblorosa:

—¿Que no lo soy…?

—Así lo temo. Esencialmente… Perdónenme los dos, pero este asunto es de trascendencia para todos nosotros; esencialmente tú eres una diploide. Tu estatura es tectogenética en su origen. Se te dio con directas manipulaciones una de las famosas microoperaciones en los genes realizada por el doctor Fred. Si tú y Sam tienen un hijo, será triploide como la perra Decibelle.

—¿Estás seguro, Maurey? —preguntó Sam lentamente—. ¿Por qué el doctor Fred había de hacer esa jugarreta? A mí me dijo que esa perra era puramente un experimento y que no se había ocupado en probar la triploidea en humanos.

—Y no lo ha hecho. Pero cuando nazca un hijo de Sena, ahí estará la prueba. Por lo que toca, bueno… Naturalmente, la curiosidad científica debe de tener una razón. Él tenía que proveerse de un ser humano diploide para aparearlo con un tetraploide, así que tenía que proporcionarle una pareja de estatura adecuada.

Hubo un breve silencio. Al fin, Sam habló:

—Lo siento, Maurey, pero no puedo creerte. El doctor Fred trabaja abiertamente y se lo hubiera dicho a Sena, y cuando supo con quién iba a vivir ella, también se lo hubiera dicho a su compañero, en este caso, a mí.

—Me parece correcta esa reflexión —dijo Sena—. Debes de haberlo malinterpretado, Maurey. Después de todo, aunque seas el más inteligente de todos nosotros, tú no eres un genético.

Moviendo la cabeza con disgusto, Maurey replicó:

—No había ninguna razón para que el doctor se lo dijera a nadie. Ustedes han visto qué clase de buey azul es esa perra; ustedes no habrían establecido la diferencia entre ese animal triploide y una tetraploide si el doctor Fred no se lo hubiera explicado, ¿verdad? Naturalmente que no; y los cachorros que tenga también los verían ustedes como tetras, de la misma manera que Sena es considerada una tetra.

—Pero ¡dinos la razón, Maurey!

—Aún no estoy seguro, pero el doctor Fred es ya muy viejo y su modo de pensar ha cambiado. Cuando le objeté respecto de este nuevo caso, se volvió contra mí verdaderamente indignado. Lo primero que yo deseaba saber era por qué no había podido fecundar artificialmente con células embrionarias tetraploides a una mujer diploide en vez de crear una incipiente raza que parte el corazón. Fue entonces cuando perdió el control y jamás obtuve una respuesta. En cualquier forma, pienso que él no cree que los tetras hayamos sido un experimento brillante por lo cual ha venido sembrando seres distintos entre nosotros. Estoy seguro de que Sena no es la única de su especie. En unas cuantas generaciones volveremos a la estatura diploide. ¡Volveremos a ser diploides!, ignorando cómo o por qué ocurrió. Y nadie tratará de experimentar nuevamente, porque, para entonces ya existirán leyes para prevenir la duplicación de cromosomas en seres humanos. ¡Infierno! Ya ni siquiera estoy seguro si yo también soy uno de sus juegos.

Imagínense el golpe que recibí al enterarme de la evolución que existe en Sena. Les aseguro que comprendo cómo se sienten ustedes. Pero les he dicho la verdad.

Sam profirió un juramento y se sentó bruscamente, tratando de recostarse en los brazos de su silla de escritorio, como un hombre que de repente se siente débil de las piernas. Sena parpadeaba, tratando inútilmente de contener las lágrimas. Maurey se sintió en aquellos momentos como un pobre compositor de música cuya primera sonata le hubiera valido una gran ovación.

—Claro que es difícil aceptar esa verdad, bastante dura, pero como Sena dijo, quizá yo haya malinterpretado lo que vi y posiblemente esa sea la razón por la cual el doctor Fred se haya disgustado tan terriblemente conmigo. Me agradaría saber que estoy equivocado. Uno de ustedes tiene que averiguar lo que les he

dicho.

—Yo hablaré con él —dijo Sam—. No quiero pensar que tú nos hubieras contado todo eso, si no fuera cierto, pero naturalmente tenemos que estar seguros de que estás en lo justo —su voz disminuyó de intensidad cuando terminaba la frase y nuevamente, elevando el tono, exclamó—: ¡Maldición! Realmente estaremos perdidos si todo resulta cierto.

—La vida está siempre llena de pesares y alegrías —dijo Sena, tratando de disimular su tristeza, pero su intento fue vano—. No me entregaré a ningún hombre, ni alto, ni bajo, si resulto ser lo que tú dices, Maurey; pero ya tengo casi cuarenta años y apenas estaba saliendo de una desagradable adolescencia de diez años cuando ya tenía veintiocho, ¿no es eso contrario a tu teoría?

—Ojalá que lo fuera —contestó Maurey, sombríamente—. Pero desgraciadamente no prueba nada en ninguno de los dos aspectos. Tendrías que tener la longevidad de un tetra para probar que lo eras, a menos que el doctor Fred también te haya dado esa característica para sus propósitos carnavalescos. De otra manera, eres una tetra auténtica y te habré causado tan gran disgusto por nada. Lo único que puedo decir es que no hubiera abierto la boca si no hubiera estado seguro de lo que para mí es la verdad plena. ¿Y si no tuvieras hijos, Sena?

—No —intervino Sam, con voz grave—. Por todo lo que sabemos, el doctor Fred puede tener razón: nosotros los tetras no hemos sido un experimento satisfactorio. Estoy convencido de que tus intenciones son buenas, pero no nos someteremos a nada hasta que yo haya investigado a fondo.

—Es lo justo —convino Maurey, levantándose. Se alegraba de que Sam hubiera adoptado aquella terca actitud. Eso desvanecía los últimos motivos de arrepentimiento. Sam era completamente agradable, pero en el juego de ajedrez que venía desarrollando nadie era indispensable.

—De acuerdo —les dijo a modo de despedida.

CINCO

Al día siguiente, aunque Sam se negaba a creer que Maurey hubiera hecho pública la historia de Sena, ya era bien conocida entre todos los gigantes.

Posiblemente alguna parte de ella, si no toda, había sido oída cuando los tres la discutían en los dormitorios; las voces tienden a colarse por debajo de las puertas y el pasadizo de cemento que conduce a las escaleras tiene buena acústica; tampoco ningún tetra podía ser censurado por mezclarse en un asunto tan íntimo y personal que concernía a toda su especie.

Al principio las reacciones variaban. Todos se resistían a creer tal cosa.

—¿Quién está enojado con Sena, Sam? ¡Alguien ha divulgado una fantástica y maldita leyenda!

—¡Mala suerte! Sam, debe de ser muy duro para ti también. Y aunque fuera por patriotismo…

—¡Qué bueno que te diste cuenta a tiempo!, ¿eh, Sam?

Por otro lado se había desatado una manifiesta hostilidad; algunos tetras cuando veían a Sam evitaban hablar o encontrarse con él.

Pero lo que más molestaba a Sam, era que, según los dichos de varios de los gigantes, Sena necesitaba que la «consolaran», y consideraban que sería fácil atraparla para satisfacer los malos hábitos que los tetras habían aprendido de los diploides.

Y nada se podía hacer para remediar aquella caótica situación. El doctor Fred estaba fuera de la ciudad, había ido a Toronto a un congreso de genética.

Había transcurrido casi un mes cuando las murmuraciones acerca del caso de Sena fueron desvaneciéndose. Lo que ocupaba

esencialmente la atención de los tetras era el nuevo estado social al que habían ingresado: derechos de ciudadanía y trabajos remunerados. Nuevamente corrieron rumores de que los torneos se llevarían a cabo, aunque Methfessel y Maurey no habían dicho nada al respecto durante todo el mes.

Por debajo de todo, Sam pudo apreciar que las reacciones que provocó su noviazgo con Sena ya habían cristalizado en dos diferentes partidos: el primero lo formaban los incrédulos y simpatizadores que mostraron un abierto apoyo a los dos proscritos. El segundo lo formaban los patrioteros suspicaces y los lobos rechazados que se habían unido lentamente como glóbulos sanguíneos en sueros distintos.

Torvas señales eran visibles para Sam, a quien, por afectarle profunda y personalmente, lo habían sensibilizado en grado sumo. La división entre los gigantes se hacía más notable y empezaba a manifestarse claramente cuando los dos equipos de fútbol se enfrentaban.

Los tetras que simpatizaban con Sam y Sena, predominaban naturalmente en el equipo de los Titanes, al cual pertenecía Sam. Como resultado, los miembros de ese equipo, que formaban la minoría, se fueron aliando a los Atlántidas en donde también se operaba el mismo fenómeno. Methfessel, que ya regenteaba los dos equipos, no hizo nada por remediar aquella situación; al contrario, era visible que fomentaba aquella rivalidad y aceptaba los cambios que estaban sucediendo.

Se explicaba fácilmente, porque todo ello beneficiaba a Ira, pues los juegos se habían transformado ya en verdaderas batallas y cada equipo trataba de superar al otro sin importarle los medios que emplearan. Las multitudes que acudían a verlos gozaban, y cada día se veían más concurrentes porque ya no les importaba la clase de juego que iban a presenciar, pues estaban seguros que de todos modos encontrarían reñidas luchas entre los gigantes, naturalmente, el porcentaje de tetras lastimados en el campo de juego aumentaba considerablemente.

Antes de que el doctor Fred regresara ya se había producido una escisión entre ellos, y Maurey fingía ignorarlo. Algo había pasado y Sam no podía precisar qué. La autoridad que el doctor ejercía sobre los tetras había menguado; se expresaban de él en una forma que

jamás lo habían hecho antes. Trató Sam de acercarse al científico, pero desgraciadamente el rígido horario a que estaba sujeto no se lo permitía, hasta que finalmente pudo conseguir hablar con él telefónicamente a las cuatro de la tarde de un día en que salían al campo de juego. El viejo doctor evadió sus preguntas y rechazó la petición de Sam, que le urgía para que lo recibiera inmediatamente. Accedió al fin a darle una cita para las seis de la mañana del día siguiente.

Cuando regresó del campo pensó Sam ir a pasar la tarde con Sena, pero considero que no sería benéfico para ninguno de los dos. Su situación ya era bastante desoladora como para que se pasaran dos o tres horas mirándose el uno al otro sin encontrar nada que decirse, ni siquiera alguna palabra de consuelo que pudiera devolverles la confianza en sí mismos.

Sam le habló por teléfono y le dijo de la cita que había logrado con el doctor. La comprensión por parte de ella le hizo sentirse un poquito mejor, pero momentos más tarde ya se encontraba nuevamente desesperado.

El estar solo en su cuarto le hacía sentirse peor todavía. No se podía concentrar en sus libros técnicos por más de tres minutos, porque nuevamente le invadía el recuerdo de sus problemas y de personajes ficticios que lo hacían ponerse impaciente y furioso. Emma Bovary lo había influenciado por varios años, pero ahora le parecía como una tonta que por no tener problemas reales los había inventado. A la medianoche no pudo controlarse más y salió precipitadamente de su cuarto sin preocuparse de cerrar la puerta ni de apagar la lámpara de noche.

Caminó sin rumbo fijo a través de los patios de la escuela y finalmente, sin darse cuenta, se encontró a la orilla del río. Sentándose en el empinado muro ribereño se puso a tirar piedras al agua. Cada piedra agitaba la superficie en donde se reflejaban las luces de los Farmacéuticos Columbia situados al otro lado. Dejó de lanzar piedras para sumirse nuevamente en sus pensamientos. Las imágenes que se reflejaban en el agua se proyectaban en su mente como un sedante hipnótico, pero no le trajeron paz alguna…

De pronto se oyó un agudo y lúgubre sonido. Esto le volvió a la realidad, y parpadeando, se irguió, sintiéndose entumecido y emocionalmente deshecho. Lo que había percibido e identificado

como grito, no había sido más que el silbido de la planta del otro lado del río. Indicaba el cambio de turno de las cuatro de la mañana, cosa que su reloj confirmó.

Pensó que era mejor regresar al edificio de genética y esperar al doctor Fred. La espera sería tediosa, ya que se encontraba bien despierto; pero podría matar un poco el tiempo internándose en el pueblo y tomar algún desayuno en cualquier restaurante de los que permanecen abiertos durante la noche. Desgraciadamente ni siquiera tenía apetito. Trepó por el arenoso muro y comenzó a caminar sintiendo alivio en sus entumecidos músculos.

Cuando estuvo ante el edificio ya despuntaba el alba. Nada se movía. Era una lástima que aquella aparente paz tuviera que romperse. Subió los numerosos escalones y después de una breve pausa entró en el edificio, encontrando un poco de calor que buena falta le hacía.

La puerta del laboratorio del doctor Fred no estaba cerrada, por lo que resolvió entrar.

Antes de que Sam la tocara, pudo ver que la caja de seguridad estaba bien abierta. Había papeles tirados en un desorden completo. La impresión que esto le causó se reflejó en su estómago.

¿Un robo? Pero ¿qué guardaba el doctor Fred en aquella caja como para que pretendieran robárselo?

La respuesta le vino a la mente y pensó que cualquier cosa sería mejor que hacer frente a ello. Se dirigió a la puerta y su primer impulso fue correr hasta el río y arrojarse al agua que por la luz del alba parecía teñida de sangre.

Pero la vista del cuerpo del doctor Fred le hizo detenerse aterrorizado. Grotescamente se encontraba casi debajo del banco de trabajo. Su hombro y mejilla descansaban en un charco de sangre. A pesar de la posición torcida en que se encontraba, era fácil ver que toda su caja torácica había sido aplastada con un solo y tremendo golpe.

Decibelle gruñó; al reconocer a Sam levantó la cabeza que tenía reposando en el zapato del científico muerto. Quejándose suavemente, empezó a arrastrarse sobre su panza. Se inclinó Sam todo aturdido y posó su mano temblorosa sobre la cabeza del animal; pero ya había visto el arma que había ocasionado la muerte de su creador y no podía apartar la mirada de ella.

Se encontraba tirada en la esquina más distante del salón, la que siempre estaba obscura durante el día, pero que en aquellos momentos, con los primeros rayos del sol, estaba totalmente iluminada. A pesar de que estaba el arma deshecha, la reconoció en seguida.

Maurey la había elaborado con la fórmula del propio Sam.

Con excepción de un pequeño porcentaje de americanos, todos los demás tienen contacto con crímenes solamente a través de los periódicos, películas o magazines de novelas. Sam no era la excepción. Decir que estaba abrumado por el miedo y el horror no describe lo que verdaderamente sentía, ya que la frase no corresponde al estado de ánimo en que se encontraba; pero, efectivamente, las emociones que sufrió, sí fueron de miedo y de horror, y eran enteramente distintas de todas las emociones que él jamás había asociado con aquello.

Se dio cuenta de que ya debía de estar haciendo algo, pero nada se le ocurría aplicable al caso. Simplemente se agachó y absurdamente rascaba la cabeza del semicrecido animal; trataba de pensar, ya no pensar racionalmente, sino pensar en cualquier cosa. No podía coordinar sus ideas. Quizá lo más aterrador de todo fue el cortante latigazo que sintió en todo su ser en el momento en que descubrió el cuerpo; había sido como una puñalada de culpabilidad. Trazas de ella permanecían, aunque en realidad era inocente.

Su conciencia era la que le causaba aquel sentimiento de culpa y le hacía ver que se encontraba en mala posición. El doctor Fred había sido asesinado mientras él se hallaba sentado a la orilla del río, solo, incapaz de precisar cuánto tiempo había permanecido allá. Al salir de su cuarto olvidó apagar la luz y cerrar la puerta, circunstancias que hacían aparecer como la tentativa de un aficionado para establecer una coartada; pero recaía sobre un motivo poderoso que saltaba a la vista, un motivo poderoso de los que jamás hubieran sido achacados a ningún sentenciado a muerte.

La sensación de culpa había sido más intensa que la del miedo.

Se había radicado hondamente en su conciencia que le gritaba con un pleno conocimiento de causa: «Yo lo hice». Había invocado en su defensa el considerarse un hombre distinto a los demás.

Todos aquellos sentimientos se agitaron dentro de su cerebro por unos minutos. Cuando fue capaz de controlar sus ideas, le vino a la

mente una pregunta: ¿Muestran los estudios estadísticos de los neuróticos que corren a la policía a confesarse autores de esos crímenes publicitarios, una predominancia de los miembros de la minoría?

La pregunta era tan remota de cualquier reacción apropiada a un asesinato, que no pudo ahogar una risa histérica convulsiva. Pero esta le aclaró la mente. Se dio cuenta de que ya podía pensar con un poco más de coherencia; le dio a la perra otra palmadita y se levantó.

Lo mejor que se le podía ocurrir por el momento, era retirarse del laboratorio y dejar que alguna otra persona encontrara el cadáver. Una honda tristeza le invadió; pensaba que el asesino verdadero lo había planeado todo para que ocurriera de aquella manera. Esto debía ser aceptado desde el principio. Se dio cuenta Sam de que no podría desbaratar los planes de aquel asesino profesional.

Tendría que consolidar su posición dentro del cuadro de una célula muerta.

Tenía una ventaja: el asesino no podía haber sabido por anticipado que Sam encontraría el cuerpo en la madrugada, a menos que hubiera interceptado el teléfono del doctor Fred y se hubiera enterado de la cita que tenían a esas horas. Habría requerido una vigilancia extraordinaria. De eso estaba convencido y consideraba imposible que nadie hubiera planeado el crimen con un horario determinado, y probablemente no estaba dentro de sus planes el que Sam fuera el primero en averiguarlo, pues los accidentes no pueden ser previstos; se había esperado que el crimen hablara por sí solo en la ausencia de Sam.

Estimó que al menos transcurriría una media hora hasta que el primer asistente del profesor o instructor entraran en el edificio y quizá una hora para que el primer estudiante no graduado viniera en busca de consejo al laboratorio del viejo doctor. Entonces consideró que podría emplear unos quince minutos para examinar rápidamente el montón de papeles que se encontraba delante de la caja de seguridad. Valía la pena correr el riesgo, pues quizá no volvería a tener otra oportunidad semejante.

Para prevenir que ninguna de sus huellas digitales fuera a aparecer, se estiró las mangas de la chaqueta y se cubrió las manos.

Extrajo del cajón donde se guardaba el equipo de ginecología, un par de guantes de goma cubiertos con una fina capa de polvo. Cualquier cosa que tocara quedaría marcada. Pero aun así, era preferible a dejar sus huellas. Nunca había tocado los historiales del doctor Fred y era muy importante no dejar ninguna evidencia. Resolvió pues usar los guantes, pensando además que los expertos en dactiloscopia iban a encontrar por lo menos las huellas de catorce personas, quienes, Sam estaba seguro, los habían usado durante el mes.

El expediente completo de Sena no estaba. Tampoco los de Kendall Hammy, Maurey, ni el del propio Sam. Y así buscó a la ventura los de otros gigantes allegados suyos, sin encontrarlos.

La falta de aquellos expedientes y especialmente el de Sena y el suyo propio, era una prueba concluyente para confirmar lo que hacía unos minutos había pensado y que le imposibilitaría para nombrar al que sin duda alguna era el culpable Maurice Saint George.

Maurey, el dios jefe de todos los tambaleantes olímpicos que el doctor Fred había producido, había dado la recompensa merecida a su creador.

Sam pudo apreciar la astucia del plan antes de llegar a la conclusión final. La aparente crudeza del cuadro, por ejemplo el abandono de la única, inconfundible arma, condenaba a Maurey inmediatamente. Este había hecho algo más que implicar a Sam había preparado el escenario para sugerir un torpe intento de disimular las evidencias. Presintió Sam con una fría certidumbre que los esfuerzos de Maurey le iban a rendir fruto, nunca había hecho nada a medias.

¿Había algo más? Sí, la perra. Quedaba el factor visible para Sam sobre el cual ningún plan había hecho Maurey no se hubiera atrevido a matarla, ya que era bien sabido entre los gigantes que el animal no lo quería. Algo más Maurey no tenía sentimientos y no hubiera pensado en matar a la perra, a menos que esta le hubiera rasgado el pantalón. En vez de eso, admitió Sam, Maurey había actuado rápidamente, sin dar tiempo a que el animal se diera cuenta de lo que ocurría hasta que fuera demasiado tarde. Consumó su crimen y salió antes de que Decibelle confirmara la muerte del científico, o el hecho de que hubiera habido una disputa.

Probablemente ni la hubo, simplemente un inesperado golpe silencioso del proyector, la rotura del equipo, un fuerte impacto del cuerpo del doctor contra el banco de trabajo, las pisadas que hacían crujir los escalones de madera, y un asustado, perplejo, solitario animal.

Pero la perra no era tonta. En ningún sentido era un animal ordinario. Maurey había huido sin ser atacado, pero había algunos detalles que sin duda podían existir en la mente de Decibelle, lenta pero inexorable.

—Decibelle —murmuró Sam—. ¡Perrita! ¿Dónde está Sena? ¿Dónde está ella? ¿Dónde está Sena?

La perra lo miró.

—¡Perrita! ¡Decibelle! ¿Dónde está Sena? ¡Búscala!

La repetición empezó a surtir efecto. La perra, todavía con las orejas caídas, miraba hacia la puerta y nuevamente a Sam.

—¡Ve a buscarla, anda, ve! ¡Búscala!

Decibelle, con ojos enrojecidos, parpadeaba como tratando de captar las órdenes de Sam. Al fin se levantó dirigiéndose hacia el cuerpo inerte del doctor Fred.

—No, no, Decibelle, yo estoy aquí. Yo cuidaré del doctor. No te preocupes. Deja eso a Sam. Ve a buscar a Sena. Vamos, Decibelle, busca a Sena. Cuéntale lo de Maurey. Tú eres una buena perrita, hiciste lo que pudiste, ahora busca a Sena y dile lo de Maurey.

Cuando Sam pronunció el nombre de Maurey, la perra de repente lanzó un gruñido, que a lo lejos podría tomarse como el ruido que produce la sierra al cortar un metal oxidado. En seguida, lanzando imponentes ladridos, salió con grandes saltos precipitándose a la escalera que la condujo fuera del edificio. Sus ladridos se fueron perdiendo en los patios de la Universidad saturada del aire fresco de la mañana.

Sam se quedó escuchando cómo iban disminuyendo de intensidad los ladridos de la perra, y entonces se limpió la frente con su arrugado pañuelo y tomó el teléfono del doctor Fred.

—¡Comuníquenme con la policía!

SEIS

La Asociación de Derechos Civiles se hallaba reunida en el sótano de la casa destinada a las Lenguas Romances; era moderadamente lujoso, con paredes cubiertas con chapas de cedro. Aunque no era muy grande el local, ordinariamente siempre sobraba espacio para el reducido grupo, pero aquella noche la concurrencia era tal, que resultaba insuficiente el salón para acomodarla. Con la llegada de nuevos asistentes, se hacía imposible la verificación de la asamblea para disgusto de June y alegría de Maurey. Finalmente resolvieron trasladarse al salón de clases más grande del edificio de la Universidad.

El motivo de aquella reunión no sorprendía a nadie: expulsar de la Asociación a unos tetras indignos.

La crisis causada por el asesinato del doctor Fred cometido por Sam, había hecho inevitable aquella conferencia general, y Maurey había aceptado con cierta reticencia la idea de June de que los defensores diploides más fuertes, los que destacaban en el movimiento protetra, debían asistir para darle más vigor a la asamblea.

Se podían ver unos cuantos policías que se habían pedido para proteger en caso necesario a los curiosos que pudieran ser víctimas de los airados ciudadanos. El número de policías no era cuantioso, pero la publicidad que dieron al acto fue enorme. También eso fue sugerido por June, con lo que se atrajo más la atención de los reporteros de los periódicos sedientos de grandes noticias.

La apertura formal de la reunión fue considerablemente demorada por Maurey que esperó hasta que el último gigante estuvo presente. Un grupo de tetras perteneciente al equipo de los Titanes se revolvían en los asientos, parecían muchachos de

secundaria sentados en pupitres destinados a párvulos. Un ronco murmullo circulaba entre ellos. El reportero de la Prensa Asociada, que también había ido a la Universidad a presenciar una reunión antiviviseccionista, entrevistó brevemente a Maurey, dando la impresión de que escuchaba atentamente las respuestas que le daba el gigante. Al terminar se retiró.

Finalmente June captó la atención de Maurey que se encogió de hombros e hizo un ademán con los dedos. Parecía la señal para dar principio, por lo que June, tomando su mazo, golpeó sobre el escritorio detrás del cual se había colocado y llamó la atención a los concurrentes. Se veía su cara extraordinariamente joven.

—Amigos, vamos a atender los asuntos que tenemos a la mano —dijo claramente, dejando oír su voz por encima de la charla que aún no se desvanecía—. No pasaré lista ni perderé tiempo en rodeos parlamentarios. Se nos ha hecho un poco tarde. Voy a pedir a nuestra numerable concurrencia que guarde silencio mientras Tom Drobinski nos habla. Tom es el editor del periódico de la Universidad «Ecos del patio» y director de nuestro comité de Relaciones Públicas. Él nos va a informar sobre el estado de la opinión pública en estos momentos. Adelante, Tom.

Drobinski, un activo estudiante de segundo año de periodismo, con una estructura craneana que sería la envidia de una rana, se levantó y dijo, rápidamente:

—Ustedes han visto la mayoría de los periódicos, por lo cual no entraré en detalles. Un resumen breve: hablan acerca del mismo tema, con excepción de «Trabajador» que parece no estar enterado y «El Times», que resolvió con justicia mantenerse imparcial. No hemos tenido ninguna facilidad para protestar; en las teletransmisiones han descrito el ángulo parricida haciendo uso de símbolos nefandos y mitos falsos. Han rodeado el crimen de gran misterio, vagas figuras de gigantes, referencias bíblicas de «colosos en la tierra», la clase de temas que siempre hacen que la gente se sienta alarmada sin saber por qué. En el fondo, yo creo que todos, pero todos sin excepción, juzgan que Ettinger es culpable; sin embargo, algunos columnistas de la izquierda que saben de su culpabilidad, pero deseando que no existiera, han mencionado algo así como una reacción justificadora. Pero yo no soy analista y no puedo aclarar esa situación.

—Preséntanos un ejemplo, Tommy —dijo uno de los diploides.

—Bueno, Bax Ferner ha expuesto una teoría «quasi freudiana» en el vespertino «Weathervane» de esta tarde: Dice que la gente de gran estatura es por naturaleza asesina, porque piensa que nadie los quiere; pero yo considero que es fascismo negro el clasificarlos así. Pero eso es por un lado. Yo vi un buen número de cables con noticias del Capitolio un poco antes de venir para acá. Uno de los senadores de Estado va a poner mañana a discusión que la colonia tetra sea supervisada por el gobierno ahora que la Universidad vendió su jurisdicción…

—Pero, Tom, ¡eso sería ilegal!

—No, no lo sería —repuso al momento Drobinski—. Las leyes referentes a las reservas para los indios no se han necesitado durante setenta años, pero aún están en los códigos. Eso es sólo el principio; hay otra resolución ya dictada, que obliga a registrar a todos los tetras con las amonestaciones contra ofensas habituales, numerarlos, hacerles que muestren tarjetas a las empresas que les den empleo y todo eso. Y mañana vamos a tener mayores problemas: Ira Methfessel anunció que se llevaría a cabo un torneo de cierta naturaleza, evidentemente alguno de esos torneos de los cuales se ha venido rumoreando con tanta insistencia, y la oficina de boletos del estadio informó que las gentes ya se suben unas en otras para conseguir sus entradas.

Dejó de hablar como si hubiera terminado y se sentó. Entonces se oyó su voz que salía de entre los asientos:

—Estamos a escasos dos días de un evento igual al que ocurrió en Pasadena; sólo que esta vez…

—June, ¿podría terciar en el asunto? —Una voz profunda se dejó oír como una bendición desde la parte trasera de la sala. June sonrió.

—Debemos pensar por ahora en Sam —continuó el que había pedido hablar—. Maurey, ¿tú crees que exista alguna probabilidad de que obtenga un juicio imparcial?

—Sí y no —contestó Maurey levantándose—. Es obvio pensar que habrá intervenciones políticas; será imposible seleccionar un jurado cuyos sentimientos no sean ya antitetras. ¿Era eso a lo que te referías, Kelland?

—Precisamente.

—Bueno, pues no veo que podamos hacer nada al respecto. Con excepción de eso, espero que el juicio sea escrupulosamente justo. Naturalmente, tendremos que conseguir un buen abogado, tan brillante como nuestros escasos recursos económicos nos lo permitan. Estoy seguro que Ira Methfessel, si es debidamente abordado, nos hará algún anticipo a cuenta de lo que vamos a percibir por el torneo…

Se oyeron exclamaciones de disgusto. El que estaba provocando el alboroto era un atlántida, que se puso de pie y empezó a gritar. Con Maurey ya eran cuatro los que pretendían hablar al mismo tiempo y no se podía entender de qué hablaban. June golpeó con su mazo el escritorio imponiendo silencio.

—¿Por qué protestabas, Briggs?

—Es ridículo que discutamos por lo que Sam Ettinger ha hecho —dijo Briggs con violencia—. Lo que él hizo lo convierte en enemigo nuestro. Si nos unimos y nos formamos detrás de él, la opinión pública se pondrá en contra nuestra. Lo que debemos hacer, es tomar una resolución condenando su crimen y exigir una pronta e inmisericorde justicia; aprobarla unánimemente y dársela a conocer a los reporteros.

—¡Eso es lo que debemos hacer! —gritó un diploide exaltado.

—Yo no tengo nada contra él —dijo Maurey suavemente—. Ni una ni veinte resoluciones van a acelerar la justicia, y las leyes no se verán alteradas por nuestras palabras.

—Las palabras no importan, lo que interesa es separamos de Ettinger.

—¡Deshagámonos de Jonah! —sugirió Kelland.

Briggs no supo en qué términos poner la frase y gritó fuertemente.

—¡Exactamente! Vamos a echarlo a los lobos. Se lo merece. Lo que ha hecho es indigno de un tetraploide. Es un… pasadenista.

—Lo que hizo fue grave —dijo Maurice imperturbable—. Pero nosotros no tenemos prueba de que Sam lo haya hecho. Él diseñó el arma que se usó para matar al doctor Fred; pero yo personalmente la puse en la caja de seguridad del laboratorio y no hay una evidencia directa de que Sam la haya extraído de allí, ya que probablemente ni siquiera sabe la combinación.

—Yo no estoy seguro de que él la haya diseñado —interrumpió

Kendall—. Yo he trabajado en armas semejantes de acuerdo con los datos que tú me diste, Maurey.

Hubo un murmullo y los reporteros se pusieron a tomar nota apresuradamente, pero Kendall prosiguió con presteza:

—Tú tienes mis dibujos y pudiste haber fabricado tú mismo un proyector siguiendo mi diseño. ¡Infiernos! Maurey, nadie sabe en realidad si eso fue lo que se usó para matar a nuestro creador. Un joven tetra pudo fácilmente haber aplastado el pecho del pobre viejo en idéntica forma si hubiera usado una pala y con un simple golpe. El proyector pudo haber sido dejado allí para crear confusión.

Maurey sintió que los labios se le ponían blancos y no pudo evitarlo. Como no pudo controlar esa reacción, pensó que debía explicarlo y disimular en alguna forma. La que más fácil y rápida le pareció fue considerarse ofendido.

—Perdona, Kendall —le dijo con fingido enojo—. Por fortuna te conozco y sé lo descortés que eres y que algunas veces hasta incurres en desatinos sociales. De otra manera me causarían enojo tus palabras. Todo lo que dices es verdad, pero podría ser considerado como una acusación de asesinato. No obras con cordura haciéndolo en público.

—Lo siento —dijo Kendall al instante—. No fue mi intención acusarte. Yo simplemente deseaba hacer ver que Briggs está colgando a Sam, anticipándose a que se pruebe si en realidad él cometió tal crimen.

—Tu reflexión es de tomarse en cuenta —le contestó Maurey—, aunque la hiciste en mala forma. ¿Qué propones, Briggs?

Habló Briggs usando palabras malsonantes para emitir su opinión y terminó diciendo:

—Exijo que se ponga a votación.

—¿Votar sobre qué?

—Sobre si denunciamos o no a Ettinger, pues, ¿sobre qué otra cosa?

—¿Aceptarás la decisión que se tome aunque salga contraria a lo que pretendes? —le preguntó Maurey con curiosidad.

—¡Naturalmente! ¿Por quién me tomas? Cualquier cosa que hagamos tiene que ser unánimemente. Estás haciendo demasiadas preguntas. Ahora, déjame hacerte una: ¿quién crees que mató al

doctor Fred?

—No soy yo quien tiene que decirlo —contestó Maurey haciendo resaltar cada palabra—. De todas maneras, Briggs, yo dudo seriamente que ningún tetra habría alzado una mano en contra del viejo doctor, no importa lo que estuviéramos sufriendo por su causa. Si decidimos ayudar en la defensa de Sam, parte de nuestro esfuerzo debe dirigirse a encontrar al culpable.

Durante toda la asamblea se habían oído murmullos de algunos que en privado discutían el asunto, pero en aquellos momentos en que las palabras de Maurey profundizaban la discusión, el silencio general se impuso. Los reporteros se inclinaban intencionalmente sobre sus cuadernos de notas y Maurey pudo ver algunos encabezados:

LOS COLOSOS CONSIDERAN QUE NINGÚN GIGANTE MATÓ AL DOCTOR FRED HYATT.
AMENAZAN CON VENGARSE.

Pero él deseaba que aquellas líneas sorprendieran al día siguiente a los tetras, por lo que no quiso prolongar más el silencio.

—June —le dijo—, ¿puedes darnos unas tiras de papel para pasarlas entre todos los asistentes? Si están ustedes en pro de que se contrate un abogado para que defienda a Sam, amigos, escriban «SÍ». En caso de que los «NO» predominen, haremos una nueva moción.

Pero, naturalmente, los «SÍ» ganaron. Hubo dos «NO»; uno fue emitido por el propio Maurey para romper la idea de unanimidad de que había hablado Briggs. Este también estampó su «NO». Maurey se alegró de que todo saliera según lo había planeado, aunque fue el primero en sorprenderse de que todos prácticamente votaron en favor de la propuesta para defender a Sam.

Anunció los resultados. Los reporteros salieron apresuradamente. Maurey miró hacia Briggs quien se limitó a encogerse de hombros. Su actitud fue realmente teatral; Maurey pensó que en un mundo nuevo, Briggs sería un estupendo actor si es que vivía para verlo. Sobre esto, Maurice tenía serias dudas.

Sam se dio cuenta con triste asombro de lo que todo hombre recién encarcelado encuentra: que después de solamente un breve

aislamiento de su propio mundo, ya no puede entender las noticias que le llegan. Se enteró por un periódico local acerca de la «conferencia de guerra» con la convicción de que ninguno de los tetras cuyos nombres figuraban, podía haber dicho lo que se les imputaba; sin embargo, la relación completa de la forma en que se había desarrollado la asamblea, tenía coherencia.

Había algo más que le intrigaba: Methfessel había anunciado ya su torneo. Había un anuncio de media página que lo participaba en la sección de deportes, y la mitad del editorial lo dedicaban a él. Tenía muy poco sentido la forma en que Methfessel lo presentaba:

¡VEA LOS TITANES EN MORTAL COMBATE!
¡VEA TROPAS VOLADORAS CHOCAR EN EL AIRE!
¡VEA CÓMO LOS ASUNTOS AMOROSOS SE PELEAN HASTA EL FIN CON ESPADAS DE FUEGO!
¡COLOSALES HÉROES QUE LUCHAN POR LOS FAVORES DE BELLAS GIGANTES!
¡VÉALOS USAR ARMAS EXTRAÑAS QUE JAMÁS SE HABÍAN VISTO EN NINGÚN CAMPO DE BATALLA!
CAMPEONES CON
ARMADURAS - CARGAS
EN MASA
PRESENTANDO LAS GUERRAS DEL FUTURO
¡DESLUMBRANTES
COLORES - BELLEZA
- GRAN ESPECTÁCULO!
¡EL EVENTO MÁS SENSACIONAL DE UNA VIDA ENTERA!

Y seguía más todavía, lo que probaba que Barnum, el famoso empresario de circo del siglo, no había muerto todavía.

Los cronistas deportivos eran generalmente hostiles o por lo menos sarcásticos, pero parecían tener una idea mejor acerca de los planes que realmente tenía Methfessel y de lo que Sam podía deducir.

A pesar de que se exhibían los atavíos medievales que habían de usar los tetras en el torneo, la propaganda respecto de las armas que se citaban, desvanecía la idea de ver a caballeros colosos armados

sobre grandes caballos. En la página editorial se hacía otro análisis de la situación y consideraban que en el fondo debía existir algo más que aquellos torneos que exhibían a los gigantes como seres irracionales, lo que significaba una gran desventaja para ellos, pues, por otro lado, querían ser considerados como cualquier otro ser humano normal. Como todos los editorialistas, el que eso escribía no se colocaba en ninguno de los bandos, ni tetraploides, ni diploides, por el temor a las represalias por cualquiera de las dos partes; esperaba que escribiendo de esa manera se le considerara imparcial.

Los reportes acerca del crimen en sí, eran un poco más comprensibles. Sena, a la que habían detenido como testigo material, había sido puesta en libertad bajo la fianza que otorgó Maurey. Sam no pudo hablar con ella. El periódico la entrevistó manifestando un «gran interés humano». La perra no se mencionaba en lo más mínimo, de lo cual Sam se alegró.

La fecha para el juicio había sido fijada y la mencionaban con un encabezado impreso en letras itálicas a dos columnas. Un cuadro en la página 12 conteniendo datos muy pocos precisos acerca del lugar que Sam ocupaba en la Universidad y hacían burla de él. Especulaban acerca del arma en una columna escrita por la persona que tenía a su cargo la sección de «Caminando con la Naturaleza».

Maurey se había negado a explicar el funcionamiento del arma, pero aseguró que lo haría ante el Gran Jurado. El fundamento en el que se apoyó para su negativa, fue que no quería hacer públicos los detalles antes de lograr la patente y evitar graves pérdidas económicas.

Finalmente, los periódicos entretejían un laberinto de conjeturas acerca del asesinato. Mencionaban las reacciones oficiales; la expulsión de Sam de la facultad universitaria y la promesa de un funcionario de gobierno el cual prometía un inmediato castigo para el culpable y condenaba cualquier acto provocativo por parte de los gigantes.

Sin arrojar una luz sobre el caso, todo era alarmante.

En medio de aquel caos, lo que más molestaba a Sam era verse aislado y colocado en un programa de televisión cargando con el papel de un marido impotente. El escenario estaba dispuesto para la «Gran Comedia», en la cual el galán principal iba a efectuar una

larga caminata y a ser encerrado en un cuarto hasta que volviera en sí con el efecto de su propia voz que gritaba desfigurada a través de un filtro que también transmitía sonidos discordantes de un órgano.

Su disgusto procedía del hecho de que la «Gran Comedia» era en aquellos momentos aciagos una conveniencia de la cual no podía sacar provecho alguno. Ya había vuelto en sí desde hacía una semana, en fracciones de segundo, sin necesidad del sonido trémulo de la voz humana, que había sido la suya propia, Sam era muy a menudo lento para pensar, pero las conclusiones a que había llegado, aunque retardadas, no variaban en absoluto: estaba seguro del nombre del asesino del doctor Fred y sabía en general los propósitos de Maurey: ahondar más, con todos los medios posibles, las diferencias existentes entre los gigantes y diploides, y provocar, en el momento oportuno, la ruptura final que los condujera a un nuevo «Pasadena», pero esta vez las víctimas no serían los tetras.

Sam no había previsto las implicaciones de su juguete para ser empleado como arma, pero tenía una mentalidad que captaba las cosas una vez que se las demostraban. Obligado a pensar en los fenómenos militares, media docena de aplicaciones se le vinieron a la cabeza: antiproyectiles, armas antitanques, para repeler ataques personales, y muchas más que podría diseñar con un mínimo de experimentación. Desde este punto de vista, el aparente ataque suicida de Maurey ya no lo veía tan descabellado y le recordaba a Sam que un centenar de hombres que hubieran sabido el uso de los explosivos en aquel tiempo hubieran podido conquistar el imperio romano con un ataque directo.

Maurey había planeado los torneos solamente como un pretexto para su proyecto de colonización de la luna. Sería interesante ver a qué entendimiento habían llegado después de las declaraciones que les hizo. Nunca tuvo Maurey el menor interés en la luna. Esto ya podía deducirlo Sam. Por otro lado, estaba perfectamente claro que los torneos no eran más que entrenamientos militares para los gigantes, y adiestrarlos en el manejo de los armamentos de que los dotarían.

Pero había una faceta tetraploide en la que la inteligencia de Maurey resaltaba más que en ninguna otra. Sam tenía el presentimiento de que realmente la historia genética de Sam había sido aprovechada por Maurey, sin considerar que fuese falsa o real.

La acusación había impedido que Sam tuviese participación en toda política antidiploide, campo en el cual Maurey consideraba que no podía tenerle confianza. Le dio a Sam otros motivos de preocupación más inmediatos y también les inculcó a los gigantes razones para que desconfiaran de él.

La secuela del asesinato era lógica. Colocaba a Sam físicamente lejos y al mismo tiempo lo aislaba políticamente, y multiplicaba los sentimientos antidiploides haciendo de Sam y Sena un par de mártires. Finalmente, los historiales que habían substraído de la caja del doctor, habían sido seleccionados con mucha astucia para sugerir que los tetras reales de los que no había probabilidades que apoyaran a Maurey, también eran de dudosa historia genética y que el mismo Maurey podía pertenecer al mismo grupo, lo que lo acreditaría entre ellos como altruista.

Sin duda la labor realizada por Maurey estaba bien hecha. Sam, tendido en el catre de su celda, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y descansando los pies en el suelo, se sorprendió al terminar estas reflexiones. Ninguna de las deducciones que hizo le llevaba a enfurecerse contra Maurey. La opinión que se formó de él era, según su limitado vocabulario, de que el gigante renegado simplemente carecía de moral.

No lo consideraba ni malo ni loco, solamente un ser de acción directa. Era un proscrito de la sociedad, como todos los tetras, pero se diferenciaba de ellos en que quería llevar su exilio hasta la fosa, hasta ese oscuro declive en el cual no hay cosas malas ni buenas. Maurey no se pararía a pensar que una cosa era mala si le llevaba a un buen fin, y lo único que consideraba era que un mal fin no valía nada.

Ese modo de ser de Maurey lo había apreciado Sam muy a menudo en el laboratorio donde lo había visto desbaratar los nudos gordianos con mágica rapidez. En los primeros días de sus experimentos, Sam se había resistido a rechazar por matemáticamente ilógica una línea aparentemente necesaria. Su jefe le dijo:

—¿Te vas o te quedas, Sam? Las matemáticas son sólo razonamientos después de la acción. Si quieres avanzar en la vida, camina y no te pares a dar explicaciones; si quieres quedarte atrás entonces quédate en casa; pero después no te quejes de no haber

logrado llegar a la meta que te habías propuesto. En otras palabras: cuando decidas permanecer en casa, olvídate de todo lo que habías planeado; pero recuerda también que lo que tenías en la imaginación siempre existe, no importa que esté marcado como «terra incógnita» o tenga un gran letrero que diga: «Aquí hay dragones».

Maurey era admirable. De todas maneras, viviendo como ser humano, pedía una constante lucha de protección contra su propia clase. Sam tenía objeciones personales para despedazar las vidas de otros, y no aceptaba ningún fin que lo justificara; y la misma personalidad que le permitía admirar la brillante y clara inteligencia de Maurey lo hacía condenar duramente los fines que Maurey perseguía.

Sam apenas se había dado cuenta de una fracción del embrollo que Maurey había hecho, pero sí estaba seguro de que el fin se aproximaba.

Se oyeron pasos afuera de la celda y Sam se enderezó apoyándose en los codos. Los guardias le traían la comida. Para los diploides ordinarios aquellos guardias eran fuertes y rudos como osos; pero comparados con Sam… Las barras de las rejas también habían sido hechas de acuerdo con los planes diploides, pero para encerrar a Sam tuvieron que ser electrificadas.

Los guardias pusieron en el suelo, delante de la puerta, la bandeja con la comida de Sam, retirándose inmediatamente unos pasos más atrás y apuntándole con la ametralladora. Alzaron la cabeza para mirarlo y la luz del foco que indicaba si la corriente con que electrificaban la reja estaba conectada o no, les dio de lleno a los guardias; uno de ellos fue a desconectar el interruptor y regresó al lado de su compañero que, sin dejar de apuntarle con su arma, le gritó a Sam:

—Tú, gigante torpe, ven a recogerla.

Sam se levantó de la cama y fue a recoger la bandeja por debajo de las barras. Como de costumbre, la comida era abundante, un poco más del doble de una ración ordinaria para un diploide de los más grandes y también el doble de lo que Sam necesitaba para no debilitarse. Como todos los gigantes, su grado catabólico era muy bajo, y una alta proporción de lo que comía lo eliminaba dejando un bajo porcentaje solamente para la formación de nuevas células.

Pero de todos modos dejaba en la bandeja casi la mitad de lo que le llevaban. Las autoridades de la prisión continuaban enviándole las mismas cantidades, pensando que su estado nervioso no le permitía comer normalmente.

Esa era otra prueba de que la gente que tenía buenas razones para enterarse de los problemas de los tetraploides, no había hecho el menor esfuerzo por aprender los hechos que habían estado a su alcance durante medio siglo.

Esperó un guardia mientras el otro regresó a electrificar nuevamente la reja. Eran tontos y rudos, pero hasta cierto punto amistosos; a pesar de los malos modales con que lo trataban, de vez en cuando charlaban con él. En esa ocasión le preguntó uno:

—¿Oíste las noticias?

—Vi el periódico matutino —contestó Sam comiendo una chuleta—. ¿Ha salido algo nuevo durante el día?

—El gobernador prohibió que se llevara a cabo el espectáculo que ustedes habían anunciado —le dijo el guardia usando un bajo lenguaje—. Consideró que podían provocar tumultos. ¿Qué es lo que iban a hacer? ¿En verdad iban a presentar exhibiciones aéreas y todo eso que dice la prensa?

—Ojalá supiera —dijo Sam—. Antes de que oyera los rumores de esos torneos me apresaron. Parece que Methfessel cambió sus planes desde que estoy aquí.

—Si tú me preguntas —dijo el otro guardia—, te diré que ha sido una jugada sucia —se encendió la luz indicadora y bajando los guardias sus ametralladoras se acercaron a la reja un poco más; el que hablaba continuó—: Compré boletos para la esposa y los chicos, dos dólares por cabeza el asiento de las últimas galerías. Ese Methfessel va a tener que devolver el importe, ¿qué otra cosa puede hacer?

—¡Naturalmente! —dijo Sam—. Tiene que devolverlo. Él ha venido regenteando los deportes de la Universidad desde hace mucho tiempo. Estoy seguro que es persona honrada.

—Bueno, de todos modos la familia se va a sentir defraudada con la cancelación.

—Tuviste suerte —repuso el primer guardia—. Cuando llegué a la oficina de boletos, ya estaban agotados y tuve que pagar a un pulpo revendedor diez dólares por un solo boleto, también de

galería. Varios muchachos pagaron lo mismo que yo, así que imagínate lo que perdemos. Si pescara a ese Methfessel, le arrancaba la piel; pero creo que no es su culpa, porque me imagino que también él sale perdiendo fuertes cantidades.

—¡Qué desagradable! —dijo Sam con sinceridad—. Según yo veo las cosas, no creo que Methfessel fuera a anunciar sus torneos si es que no hubiera contado antes con el permiso del gobierno. Sencillamente se hubiera ahorrado todos los problemas que ahora debe tener.

—Ya lo creo —interrumpió el guardia que casi ni había escuchado las reflexiones de Sam, y continuó—: De acuerdo con la propaganda, se esperaba que iba a ser un buen espectáculo. Hemos visto por arriba del estadio, durante los entrenamientos, algunos de los tetras volando y disparando algo que no podemos precisar. Por la rapidez con que vuelan parecen águilas…

—¿Los han visto? —le interrumpió Sam.

—De pura casualidad —contesto el guardia con precipitación—. No porque estuviera yo esperando la ocasión. De todos modos ya tenía mi boleto de entrada para ver el espectáculo completo.

—No tomes a mal mi curiosidad —dijo Sam tratando de disimular su ansiedad por saber más. Tenía miedo de hacer otras preguntas. Se le fue el apetito repentinamente y colocó la bandeja en el mismo lugar en que los guardias la habían puesto. Estos la levantaron y sin prolongar la conversación se retiraron.

Se sentó Sam en el angosto catre, desalentado y aturdido. ¡Así que los anuncios puestos por Methfessel en los periódicos no habían sido pura hipérbole! Evidentemente Maurey, quizá con otra ayuda, había utilizado el descubrimiento del empuje sin reacción de retroceso para adaptarlo a aquella clase de aparatos voladores. Claro que conociendo la fórmula, ya había sido fácil diseñarlos, pero Sam no los había visto antes. En realidad sentía que necesitaba someterse a ese proceso de la «Gran Obra» para volver en sí completamente.

Sam se puso a meditar con detenimiento.

Después de un momento hizo nuevas deducciones. Aún permanecía sentado, inmóvil. El hecho de que Maurey poseyera esos equipos voladores, aunque fuese un simple cinturón volador, era digno de tomarse en consideración. Con toda seguridad que iba

a organizar un grupo para que lo rescataran de la prisión.

Al pensar en ello, Sam se resistía a aceptarlo. Las astucias de las personas amorales mezcladas en política, pueden conducirlas a cometer verdaderas atrocidades si son empujadas a ello, y Maurey era exactamente de esa clase. En diferentes aspectos era un genio, pero su habilidad para retroceder encontrándose al borde del desastre era nula.

Y si ya se le había ocurrido llevar a cabo una operación para rescatar a Sam de la prisión no se pararía a pensar en las consecuencias que esto pudiera acarrearle. El rescatarlo oponiendo la fuerza contra los diploides, le rendiría frutos inmediatos. Los planes de Maurey se dirigían hacia allá, a provocar conflictos directos contra ellos. Si Sam fuera libertado, Maurey tendría que pensar ya en otras cosas; pero Sam no esperaba ser liberado ni absuelto, pues para considerar la posibilidad de que lograra su absolución habría que esperar que aquellos graves cargos se desvanecieran solos. Sam era demasiado buen científico para dejar que esa esperanza se convirtiera en una hipótesis.

Un hecho bien definido era que Sam se encontraba encarcelado.

El saber los planes de Maurey ciertamente no le beneficiaba en maldita la cosa.

El rescate sólo podría precipitar la masacre. Aprovechando Sam la confusión quizá lograría huir para que más tarde fuera presentado ante los tetras que lo habían liberado; eso le aseguraba que no sería asesinado traicioneramente con el pretexto de haberle hecho un favor. Las probabilidades que Sena tenía eran menores. Quizá ella desaparecería, para evitar que la mataran, pues si había escondida en ella alguna solución para el problema tetraploide, aunque fuera inconveniente, Maurey tenía que saberlo en su totalidad para aprovecharla; pero en cualquier forma Maurey la tendría fuera de circulación y oportunamente la eliminaría una vez que estuviera satisfecho con los datos que obtuviera de ella.

Después de pensar Sam en eso, que quizá ya estuviera en la mente de Maurey, se sintió como si fuese la reencarnación de Casandra, pero en una voluminosa forma masculina. Él podía, si así lo quisiera, decir la verdad de lo que estaba próximo a suceder, pero con seguridad nadie le creería. Sus acciones estaban tan constreñidas como sus palabras. Sería juzgado, convicto, y cuando

el grupo de rescate de Maurey viniera, escaparía. Escapar ahora, completamente fuera del hecho de que no podría ser, lo haría objeto de una cacería humana sin misericordia y lo convertiría en una masacre antes de lo planeado; exactamente igual a la que provocaría la operación de rescatarlo.

En ambos casos, la pregunta de ¿quién estaba exterminando a quién?, prevalecía, hasta que el último pobre perro hubiera sido colgado y las sangrientas narices que quedaran fueran contadas.

Otro hecho definido: Sam no podía, en ninguna forma, detener la operación que planeaban para rescatarlo. La situación había llegado al punto de que no importaba cuan loco fuera el plan, tenía que ejecutarse. Nadie podía detenerlo, al igual que el juicio no podría ser detenido por nadie. Hasta la lógica dictaba aquellos sucesos, incluyendo la escapatoria de Sam. Después de eso…

Después de eso, quizá Casandra saldría del escenario para dejar el lugar a Orestes regresando de su exilio. «Quizá». Aún no encontraba la respuesta. Por el momento, Sam no tenía otro papel en el drama:

«Sentarse y esperar».

SIETE

El abogado de Sam era joven, corto de estatura y extremadamente alegre. Su nombre era Wlodzmierzc, la clase de nombres que jamás pasa inadvertido en los periódicos y nunca lo escriben mal los reporteros. (Los Smith, por ejemplo, pertenecen a la familia de apellidos que hasta los correctores de pruebas ignoran).

Wlodzmierzc estaba hablando con los reporteros, lo había venido haciendo en los últimos tres días durante los recesos en el juicio, y sin esfuerzo alguno respondía a las preguntas que en seis lenguas distintas le dirigían sin cesar.

Los lenguajes adicionales siempre se necesitaban, ya que reporteros de la prensa mundial y observadores legales de la Corte Internacional de Justicia habían venido a presenciar el juicio. Wlodzmierzc era abogado de las Naciones Unidas y había presentado sus credenciales a Maurey antes de que este hubiera decidido a quién entregar el capital de los tetras. Teniendo en cuenta que aquel abogado polaco era de lo más competente que podía encontrarse y por ser enviado de la ONU no cobraría, Maurey se vio forzado a tomarlo y a devolver a los tetras el dinero para pagar al defensor.

Si Maurey se sintió feliz o contrariado ante aquello que para él fue algo inesperado, será una pregunta que quedará sin respuesta. Él no confiaba en Sam. El gigante prisionero ya lo había sospechado y consideraba que Maurey lo tenía que aceptar como inevitable.

No valía siquiera el jurarlo aunque fuera vagamente.

Sam también había previsto la intervención de la Unión Soviética en su caso, y así ocurrió. Tan pronto como su delegado a las Naciones Unidas se presentó, hizo la advertencia de que existía la posibilidad de que en el caso del gigante americano se aplicara la

justicia por mano de los propios gigantes.

El representante americano mismo tuvo que admitir que alguna preocupación pública podría afectar la conducta en el juicio. Después de eso, aunque el camino que había que atravesar era tortuoso, Wlodzmierzc siempre estaba claramente visible hasta el fin.

El alguacil de la sala golpeó la mesa pidiendo atención y el abogado regresó rápidamente a la mesa de la defensa sonriendo inocentemente a Sam.

—¿Algo nuevo? —le preguntó el gigante, en voz baja. Se sentó su defensor y se inclinó del lado de Sam, como siempre lo hacía para hablar con él sin retirar la vista de los testigos para no perder palabra o movimiento alguno.

—Temo que no mucho —le contestó—. Presiento que la intervención internacional que tenemos ha causado gran efecto en el público local, y tal actitud inevitablemente se filtrará a través del jurado y quizá llegue a impresionar hasta al juez. Fue una lástima que fracasáramos en nuestro intento de llevar el juicio a Inglaterra.

—Yo quisiera que me explicara por qué trató usted de hacerlo.

—Por evitar publicidad solamente, Sam. Las leyes inglesas no permiten a la prensa, televisión o cualquier otro órgano informativo que mencionen cualquier caso criminal hasta que las Cortes hayan tomado alguna decisión. Después de eso, ya pueden publicar todos los detalles relativos o alegar que hayan cometido injusticias si consideran que las haya habido, pero mientras se ventila el caso, los tienen atados. Las Naciones Unidas propusieron que en el Código de Derecho Internacional se incluyera una ley semejante, pero los Estados Unidos y varios otros… —interrumpió el abogado su explicación para adoptar su forma telegráfica de hablar cuando la Corte estaba en sesión.

—No importa, señor juez. Aquí está.

—¡Sena Hyatt Carlin! —anunció el alguacil de la Corte con su acostumbrada solemnidad.

Un fuerte murmullo se dejó oír en la sala. Esa era la primera oportunidad para ver en persona a la «princesa rubia» que habían descrito con profusión de detalles los periódicos. Sena llegó confiadamente a la silla de testigos. Le tomaron el juramento de rutina y se sentó con mucha gracia. La expresión de su cara era

serena, un tanto fría; no reflejaba ni disgusto ni sobresalto, simplemente cautela. Al verla, Sam suspiró profundamente.

Cuando respondió Sena a las preguntas preliminares, la cautela y confianza en sí misma que aparentaba, se hicieron más notables. En la misma forma rápida que le preguntaron, así respondió, ni más ni menos; de esa manera permitió al fiscal establecer su identidad como testigo. De haberse encontrado Sam en la misma posición, hubiera respondido lentamente, desconfiando de posibles trampas que le pudieran tender con aquellas obligadas preguntas, pero Sena no parecía estar temerosa de nada.

Probablemente, el fiscal advirtió esa confianza y seguridad con que Sena respondió al interrogatorio de preparación y dio el paso siguiente, iniciando el interrogatorio formal.

—Y ahora, diga, señorita Hyatt, ¿es verdad que el doctor Frederick Hyatt jamás le informó que usted no fuera una persona tetraploide?

—No.

—¿No?, ¿no qué?

—No; no es verdad —replicó Sena.

—Entonces, ¿sí le informó a usted?

—No. Él no tenía ninguna información de esa naturaleza que darme.

Sonrió el fiscal y continuó:

—Bueno, por el momento hagamos eso a un lado. Usted oyó el testimonio del biólogo Saint George. Me refiero a la parte de su declaración en la cual mencionó la visita que él hizo al dormitorio del acusado. De acuerdo con lo que usted sabe, ¿fue correcta esa relación?

—Absolutamente precisa —contestó Sena fríamente.

—Cuando estaban usted y Maurice Saint George en el cuarto del acusado, ¿hubo algún momento en que usted creyera que el biólogo estuviera tratando de engañarlos y crearles una confusión de orden emocional?

—No; nunca creí eso.

—Muy bien —dijo el fiscal, con petulancia—. Entonces, ¿usted consideraba que podría existir una barrera, digamos, un impedimento para que usted tuviera hijos con el acusado?

Por primera vez, Sena pareció estar ligeramente insegura.

—Creo que sí llegué a pensarlo —dijo, después de un breve momento—. Pero antes de aceptarlo como realidad, bueno, yo estaba alarmada y ansiosa por averiguar si Mau…, el biólogo Saint George, tenía razón.

—Señorita Hyatt, no objeto su respuesta, pero le ruego que en el futuro se concrete a responderme apegándose más a mis preguntas. A pesar de la revelación anterior que les hizo el señor Saint George, ¿usted de todos modos tenía planeado casarse con el acusado?, ¿eso es correcto?

Wlodzmierzc saltó de su asiento como una tarjeta automática y en voz alta dijo:

—¡Objeción!

El juez miró al abogado polaco con interés, como alguien que tuviera ante sí un huevo fósil de un dinosaurio. Wlodzmierzc, con el mismo tono, prosiguió:

—La pregunta de mi honorable oponente ha sido planteada de manera que afecta los asuntos íntimos familiares entre los tetraploides. Eso no viene al caso y sí es altamente perjudicial.

—Los aspectos perjudiciales son estimables —admitió el juez, volviéndose hacia el fiscal. Había cierta inflexión en su voz, que al oírla Sam pensó que hablaba con sinceridad.

—Señor Sturm, ¿está usted preparado para defender la objeción del defensor?

—No, señor juez, mi pregunta fue fortuita. Retiro la forma en que la hice y la enmiendo de manera que no ofenda los principios familiares de los tetras. ¿Señorita Hyatt?

«Sí», pensó Sam, «ahora que se ha sembrado entre el jurado una duda de la moralidad de los torpes gigantes…».

—Sí, es verdad —afirmaba Sena mientras corrían esos pensamientos por la mente de Sam.

—Gracias —continuó el fiscal Sturm—. ¿Cómo reaccionó el acusado ante la revelación del biólogo Saint George?

—No creyó que fuera cierto.

—De acuerdo, pero el señor Saint George dijo también que el acusado se mostró muy molesto, digamos, muy enojado. ¿Qué contesta usted a eso?

—No; no exactamente —dijo Sena—. ¿Usted quiere decir que si él estaba enojado con el doctor Fred?

El abogado fiscal, inclinándose irónicamente, afirmó:

—Eso precisamente es lo que le pregunté.

Sena movió la cabeza negativamente y dijo, con firmeza:

—La información le trastornó, tanto como a mí, pero no podía estar enojado con el doctor Fred hasta no confirmar si el biólogo Saint George decía la verdad.

—Entonces, ¿sí se habría enojado en caso de que la víctima le hubiera dicho la verdad?

—Todo dependía de la explicación. Al oír Sam la razón que había tenido el doctor Fred para efectuar ese cambio en mí, estoy segura que hubiera estado de acuerdo.

—Esa es puramente la estimación que usted hace del carácter del defendido.

—Esa es la respuesta que doy a su pregunta, señor Sturm.

—Cierto. ¿Cuándo supo usted del asesinato, señorita Carlin?

—Aquella mañana; creo que eran como las siete.

Rio el fiscal y continuó, implacable:

—Solamente una hora después de la cita que el acusado tenía con el doctor Hyatt, si es que no estoy equivocado. ¿Y el propio señor Ettinger se lo notificó? ¿Puede usted recordar las palabras que usó para hacerlo?

—¿Lo primero que me dijo?

—Sería muy bueno —aseguró el fiscal.

—Sí —dijo Sena—. Sus palabras fueron: «Check, Sena».

La sonrisa del fiscal se convirtió en un gesto de disgusto.

—¿Eso fue todo?

—Bueno, también dijo «adiós».

—¿Juegan ustedes mucho al ajedrez?

—No; no sé jugarlo y tampoco recuerdo que él lo juegue.

—Pero me imagino que usted sabía lo que el acusado quería decir con esa expresión de «Check, Sena».

—Creo que sí —le contestó Sena, mirándole fijamente a los ojos.

—Es usted muy obstinada, señorita Carlin. ¿Tengo que preguntarle que me diga exactamente qué le quiso decir con esas dos palabras: «Check, Sena»? Muy bien, ¿qué quiso darle a entender con ellas?

—Quiso decirme que «checara» los aspectos genéticos que el biólogo Saint George alegaba. Él previo, naturalmente, que con toda

seguridad sería arrestado y no estaría en posición de «checar» personalmente esos datos.

—¿No se le ocurre que hay otros medios más simples para interpretar esa insinuación? —le dijo Sturm.

Mientras tanto, Sam llamó la atención con el codo a su defensor, pero este movió la cabeza.

—De acuerdo con las circunstancias, no.

—ENTONCES, POR FAVOR EXPLICARÁ, ¿CÓMO DOS ENIGMÁTICAS PALABRAS ERAN SUFICIENTES PARA INFORMARLE A USTED QUE SE HABÍA COMETIDO UN ASESINATO Y POR QUÉ LO ENTENDIÓ USTED DE ESA MANERA? ¿O ACASO HABÍAN USTEDES CONVENIDO EN ELLO?

Las palabras del fiscal fueron seguidas de un prolongado «aaaaaah» que invadió la sala de la Corte y que aun cuando no fue una exclamación escandalosa, de todos modos el juez pidió silencio.

—Yo ya sabía acerca del asesinato —dijo Sena, sin inmutarse—. El señor Ettinger requirió mi presencia y yo vi el cadáver antes de que fuera pronunciada ninguna palabra. Después de todo, no se necesitaban muchas para entender lo que ocurría.

—Pero, con toda seguridad, el acusado explicó a usted por teléfono lo que había pasado —le dijo Sturm, con fingida gentileza.

—Él no telefoneó; mandó un amigo.

—¿Con qué recado?

—Sin recado.

—¿El amigo simplemente se presentó? ¿Quién era ese amigo?

—La perra del doctor Hyatt.

La cara del fiscal enrojeció en una fracción de segundo y con precipitación le lanzó estas airadas preguntas:

—Señorita Carlin, ¿está usted pidiéndole a esta Corte que crea que el señor Ettinger se las arregló para que usted se presentara al laboratorio, simplemente enviando a una perra a que buscara a usted? ¿O acaso puso en el collar del animal una nota alusiva? ¿O quizá esa perra habla?

—¿Cuál de sus preguntas quiere usted que conteste? —le dijo Sena, con visible enojo.

—Ninguna, señorita Carlin, ninguna. Las retiro. Señor Wlodzmierzc, su testigo —con paso marcial se dirigió Sturm hacia su mesa. Al verlo Sam, imaginó que marchaba al compás de una

marcha de Meyerber.

—Un momento, señor Wlodzmierzc —dijo el juez, nerviosamente—. Antes de que interrogue usted a la testigo, estoy seguro de que se da cuenta de que puede objetar las expresiones finales del señor fiscal. Esto va de acuerdo con las leyes americanas. No estoy sugiriendo que las preguntas del señor Sturm hayan sido impropias, pero quiero estar seguro de que usted no pierda algún…

—Gracias, señor juez, pero no tengo ninguna objeción que hacer —dijo el defensor, jovialmente—. Me alegra que mi valioso oponente haya hecho que la señorita Carlin mencionara esa perra. En vez de emplear el tiempo de la Corte dándole una información en fragmentos, voy a hacer una breve descripción de ese animal; cuando termine, pediré a usted me diga si estoy en lo justo, y de estar equivocado le ruego me indique dónde radica mi error.

—Yo objeto —dijo Sturm, con violencia—. Señor juez, el abogado defensor no está en posición de atestiguar en beneficio del testigo.

—Tiene todo el derecho de aclarar una pregunta hipotética, naturalmente que esto depende del contenido de la pregunta. Adelante, señor Wlodzmierzc.

—Gracias, señor juez. Señorita Carlin, esto es lo que deduzco de sus declaraciones: la perra que usted mencionó es un animal gigante. No pertenece a la especie de los tetraploides, pero sí se encuentra ligada muy estrechamente, en un sentido teórico. Según eso, su inteligencia es fuera de la común, así como su talla. Entonces, fue ese animal el que la despertó un poco antes de las siete de la mañana del asesinato; estoy usando las palabras que usó mi letrado amigo para referirse al día durante el cual no pudo haber ocurrido tal crimen…

—¡Objeción!

—Denegada —repuso el juez enfáticamente.

—Pero, señor juez, ¡el gran jurado ha decretado se enjuicie al acusado por asesinato!

—El señor Wlodzmierzc no discutió ese punto. Él discutió el día.

—… fue el mismo animal que entró en el edificio de los dormitorios de usted, empujó la puerta del cuarto y tiró de las sábanas con que usted se cubría. Tenemos testimonio para probar que esa perra, la misma y única perra, fue vista y oída en los patios

a la misma hora, ladrando en la forma en que solamente ella puede hacerlo, ya que es única en su especie; sin embargo, no hizo ningún ruido mientras se encontraba en el dormitorio.

Intervino el juez para preguntarle:

—Señor Wlodzmierzc, ¿está usted preparado para establecer pruebas respecto de lo que usted afirma de algún otro modo que no sea solamente la aceptación pasiva de la testigo?

—Sí, señor juez. Estamos preparados para traer al animal aquí y demostrar que puede seguir instrucciones complejas, entender situaciones que involucren tres cosas distintas y ejercitar facultades de razonamiento en general que en ella son ligeramente mayores que las de un chimpancé, de manera especial aquellas facultades que pueden ser llamadas integrales. Puedo considerar que ese animal es un testigo de mucha importancia para la defensa. Mientras tanto, sólo pido que mi declaración sea aceptada como testimonio de la «presenté» testigo, en virtud de lo que ella representa para el acusado, sea en pro o en contra.

—Acordado. Vamos a oír el resto.

—El resto será dicho rápidamente. Señorita Carlin, usted fue con la perra al laboratorio del doctor Hyatt, ella la guio a usted hasta aquel lugar. Una vez que se encontró allí, vio al señor Ettinger y el cadáver. El señor Ettinger, señalándole los papeles revueltos que han sido mencionados ante esta Corte, le dijo: «Check, Sena». Al instante revisó usted los papeles durante los siguientes cinco minutos y salió del laboratorio llevando consigo a la perra. Déjeme preguntarle si lo que le he dicho hasta aquí es correcto o no.

—Absolutamente exacto, señor Wlodzmierzc.

—Bueno —el abogado defensor se dio vuelta rápidamente y con pasos ligerísimos se dirigió a su mesa para tomar una hoja de papel y regresar con la misma ligereza ante el juez y decirle—: Señor juez, aquí tengo una hoja de papel ordinario. Está totalmente cubierta según se puede comparar con las copias duplicadas, escrita a máquina a espacio sencillo; su contenido es de cantidades sin agrupar. Hemos preparado este documento con la esperanza de proporcionar algo que no le será posible a nadie grabar en la memoria por anticipado; la señorita Carlin no ha tenido jamás la oportunidad de verlo. ¿Nos permite el señor fiscal que se lo mostremos a la testigo solamente durante cuatro segundos medidos

con un reloj cronotaquímetro a fin de demostrar que es capaz de retener mentalmente esas cifras con exactitud en tan corto tiempo?

—¿Y bien, señor Sturm?

Hubo un gran momento de vacilación, durante el cual Sam se sintió vagamente sorprendido de encontrarse con intensos escalofríos como si fuera atacado de malaria. Al fin, Sturm aceptó dejar que Wlodzmierzc llevara a cabo su demostración, pero exigiendo que Sena también llevara a cabo la misma prueba de cuatro segundos para retener en la mente dos páginas de la revista FAO en la cual daban las estadísticas de la producción del arroz del año 1948, y que fuera el propio fiscal quien le hiciera las preguntas que considerara convenientes.

Sena se prestó al experimento y se portó de maravilla: en la lista de cifras preparadas por Wlodzmierzc solamente falló ocho de las mil que había en la hoja. El defensor había previsto que podría incurrir en alguna pequeña falla.

En la prueba que sugirió Sturm, tuvo un tropiezo con una palabra que aparecía en una nota al pie de la segunda página de las tablas que ofrecía la FAO.

—Hemos preparado esta demostración para probar, señor juez, que la señorita Carlin está capacitada para retener en la memoria grandes cantidades de informaciones escritas, prácticamente en forma instantánea. Señorita Carlin, ¿quiere usted confirmárnoslo?

—Yo tengo lo que a menudo se llama mente eidética, o comúnmente también se conoce como mente fotográfica.

—Y diga, señorita Carlin, ¿se grabó usted en la memoria el contenido de los papeles del doctor Hyatt mientras permaneció usted en el laboratorio?

—Sí, señor; tuve suficiente tiempo para repasarlos tres veces y asegurarme de que los recordaría correctamente —Sena hablaba con mucha seguridad y pausadamente.

—Señor juez, esos papeles se encuentran aquí como evidencia; si la Corte a su digno cargo lo permite y el señor fiscal no lo objeta, la señorita Carlin está dispuesta a responder cualquier cosa que se refiera a ellos.

El juez miró hacia Sturm, quien asintió con la cabeza. Wlodzmierzc agregó:

—La razón de un hecho que hemos discutido, aparecerá en un

momento. Ahora, señorita Sena, voy a preguntarle algo muy importante, y deseo que usted considere su respuesta detenidamente; es la siguiente: ¿vio usted o no vio en esos papeles algo relativo a su estado genético non tetraploide?

—¡La respuesta es sencilla! Sí, lo vi, señor Wlodzmierzc.

—De acuerdo con lo que usted vio, ¿son tetraploides sus características genéticas? —El defensor estaba llevando a cabo su interrogatorio poniendo en cada palabra todo el énfasis posible.

—No, señor.

Se oyó un murmullo general en la sala, pero Wlodzmierzc aún no terminaba:

—¿Y el acusado?

—Tampoco.

—¿Y el biólogo Saint George?

—¡Objeción! —gritó el fiscal—. Maurice Saint George no está sujeto a juicio. La pregunta afecta sus derechos privados.

—La objeción es aceptada —dijo el juez.

—Muy bien. Me va usted a contestar, señorita Carlin: de toda la colonia de gigantes, según la información que usted obtuvo, ¿cuántos de ellos son individuos tetraploides?

—Ninguno —dijo Sena, enfáticamente.

Hubo una exclamación general de asombro en la Corte; el juez ni siquiera hizo el intento de imponer silencio. Cuando se apagaron las voces, se dirigió al defensor:

—Señor Wlodzmierzc, casi sospecho que usted ha provocado esa declaración puramente para impresionar a la concurrencia.

—No soy culpable de ello, señor juez. El testimonio es en extremo pertinente. Señorita Carlin, responda si el acusado sabe estos datos, es decir, si los sabía antes de oír esta declaración de usted.

—No, señor; no que yo sepa. Yo creo que solamente los asistentes personales del doctor Hyatt lo sabían, y aun entre ellos era costumbre referirse a todos nosotros como tetras.

—¿Cuál era la razón?

—Porque así lo consideraba conveniente el doctor Fred. Cada uno de nosotros tiene un grado diferente de poliploidea y de diferente clase también, de manera que para generalizar la forma de tratarnos se estableció la palabra tetra, pero solamente había otra

que sí se podía haber aplicado a toda nuestra especie: poliploides.

—Ya veo. En su opinión, ¿cuál es el motivo de la confusión?

Sena contestaba con tanta precisión que tenía absortos a jurados y público que presenciaba el juicio. Los reporteros de prensa y televisión no cesaban de tomar notas. Después de considerar por unos segundos la pregunta, respondió con el mismo aplomo:

—La confusión estriba en el uso del término «diploide» para clasificar a gentes «normales» en cuanto a su constitución genética. El ser humano «normal» es, en realidad, un individuo tetraploide, como los tomates y ciertas otras…

En aquellos momentos sí tuvo el juez que golpear con su mazo fuertemente para imponer orden, sintiéndose confundido y encolerizado.

—… pero la duplicación de cromosomas aparentemente ocurrió hace un milenio, así que los genéticos, cuando se refieren a los humanos «redoblados», los llaman por costumbre tetras porque ellos tienen dos veces más el número de cromosomas. En realidad, tales individuos debían llamarse, naturalmente, octoploides —por primera vez desde que entró a la sala, sonrió—. En toda nuestra colonia, solamente hay dos individuos con esas características. Me imagino que podríamos haberles puesto «octopus» como apodo.

—Muchas gracias —dijo el defensor, y dirigiéndose al fiscal con su acostumbrada jovialidad, le señaló—: Su testigo, señor Sturm.

Este se levantó. Se veía considerablemente nervioso y avanzó con el ceño fruncido hacia Sena.

—Señorita Carlin, ¿es usted genética?

—No, señor.

—¿Ha tenido usted algún entrenamiento en esa materia?

—He tomado ya un curso durante dos semestres.

—¿Alguna vez le dijo a usted el doctor Hyatt personalmente cualquier parte de la hipótesis que ha ofrecido usted a la Corte?

—No, señor; ya se lo había dicho yo al señor Woldzmierzc.

—¿Ha confirmado usted alguna parte de esa hipótesis con los asistentes del doctor Hyatt a quienes usted mencionó?

—Brevemente, el doctor Edwards está de acuerdo con ella. El doctor Hammersmith fue un poco más precavido en externar su opinión y se concretó a decir que fácilmente podía ser verdad.

—¿Le manifestó a usted la razón de las precauciones que tomaba

al emitir su opinión? —Ya Sturm estaba recuperando su aplomo y preguntaba secamente.

—Sí, señor. Me dijo que nadie sabía si los seres humanos «normales» eran tetraploides o no; que era probable, pero que no había sido probado. De todos modos, añadió que lo discutía a menudo con el doctor Hyatt, y que este mantenía que sus experimentos con nosotros, los gigantes, estaban muy apegados a ello.

—Más tarde, pediremos a los doctores Edwards y Hammersmith que vengan a servir como testigos. Por favor, conteste usted nuevamente, ¿sabía o no sabía el acusado de la existencia de esa hipótesis?

—Yo creo que no lo sabía —repitió Sena.

Sturm llamó la atención del jurado y prosiguió, con firmeza:

—Entonces, ¿no podía eso haber afectado su conducta el día del asesinato?

—No, yo no veo en qué forma podía haberle afectado.

—Y ahora, hablando de esos papeles que se encontraban fuera de la caja de seguridad del doctor Hyatt, ¿había algunos que se relacionaran directamente con usted?

—No, señor.

—¿O con el acusado, o con el biólogo Saint George?

—No, señor, tampoco —respondió Sena, un poco confusa.

—Entonces, ¿usted no se encuentra en condiciones de precisar cuál es el estado genético de usted o del acusado o del señor Saint George?

—De acuerdo.

Se irguió Sturm y dijo en voz alta y firme:

—Señor juez, el fiscal considera que cualquier esfuerzo que se haga por proseguir este caso sería infructuoso. Se retira el fiscal a descansar.

El juez dirigió su mirada hacia el defensor de Sam.

—Señor Wlodzmierzc, ¿tiene que llamar la defensa algunos testigos más?

—Sí, señor juez. Deseamos traer la perra triploide Decibelle al lugar de los testigos, demostrar su inteligencia con pruebas apropiadas y hacerle ciertas preguntas de tal naturaleza, que sea capaz de contestar.

Sturm se puso de pie, gesticulando furiosamente, pero el juez se le adelantó:

—Señor Wlodzmierzc —le dijo, con voz grave—, esta es una Corte americana de justicia, no un espectáculo del salón de música. La Corte le ha permitido a usted introducir ciertos hechos relacionados con esa perra, pero ninguna paciencia ni la dignidad de la ley podrían permitir que se presentara ese animal como testigo. Si tiene usted algunos testigos más admisibles, tráigalos; de otra manera, esta Corte se retira por hoy.

Las deliberaciones duraron todo el día siguiente, pero los miembros del jurado sólo salieron por seis minutos.

OCHO

El efecto del veredicto sobre el temperamento del público era sorprendente, especialmente para Sam cuyo conocimiento de la historia antigua romana era tan extenso como el que podía tener un albañil. En otras palabras, no sabía nada.

Hasta el primer día del juicio, la pregunta de si Sam era o no culpable no había sido muy discutida. Se le consideraba generalmente como autor único del crimen. De todos modos, el ya dictado veredicto de culpable parecía haber abierto una división entre el pueblo; repentinamente, el ambiente se había cargado de disensión.

Las columnas de los periódicos estaban llenas de comunicaciones en las que se usaba un violento lenguaje, cada escritor atacando al anterior, dentro del mismo periódico. Había peleas en los bares, ocasionadas por discusiones previas del caso; muchas veces esas peleas se extendían entre todos los parroquianos, los cantineros mismos, la gente que participaba en la variedad, los policías que habían venido a restablecer el orden. Eso se hizo común en todos lados.

En los lugares donde predominaba la opinión a favor de los Titanes y cuyos empleados minoritarios habían cometido la torpeza de emitir opiniones a favor de los Atlántidas, los habían cesado de sus puestos inmediatamente. Los comentaristas de televisión que no concordaban en sus puntos de vista hacían de sus programas un verdadero embrollo. Las páginas deportivas de los periódicos se veían llenas de tiras cómicas y columnas acerca de la controversia. Los senadores lanzaban durante sus campañas discursos en favor de los Titanes algunos, y otros en pro de los Atlántidas, en repetidas ocasiones los mencionaban con datos inexactos. Las denuncias

denigrantes se habían hecho demasiado comunes y ya no ocupaban más los encabezados de los periódicos, y los libelos tetras explotaban con la violencia y frecuencia del maíz que se usa para el «
pop-corn
» americano.

Toda esa complicada edición estaba, además, nublada por una fuerte coloración política. Por alguna razón, el punto de vista general de los Titanes había sido adoptado por los elementos izquierdistas del pueblo, desde los más humildes grupos obreristas hasta los socialistas militantes; los conservadores, por otro lado, apoyaban los puntos de vista de los Atlántidas, que no solamente estaban contra Sam, sino que en contradicción con el nombre que se les había dado, eran antigigantes también. Sin poder explicarse la unión con los conservadores, los residuos del Partido Comunista Americano también se habían puesto del lado de los Atlántidas, arguyendo que los gigantes eran monstruos de laboratorio creados por los capitalistas con el fin de emplearlos para la dominación mundial.

Esta situación llevaba las amargas disputas hasta los hogares. Hijos e hijas, ordinariamente tomaban la «progresista» línea de los Titanes, mientras sus padres manifestaban su aprobación por los Atlántidas.

El tópico era bastante complejo y transformaba las divisiones familiares en rencores acabando como las teológicas rencillas que habían sido el veneno de otras edades.

Sam tenía que sacar sus deducciones acerca de esos acontecimientos, de acuerdo con lo que leía en los periódicos que le llevaban a su celda de muerte. Desde su ventana pudo ver el primer motín. Un pequeño grupo de una unión de trabajadores había preparado una manifestación pro libertad de Sam Ettinger. Eso lo hicieron como réplica a una campaña para que «internaran a los torpes gigantes» que había desatado una cadena de cobardes periódicos. Similares demostraciones se habían llevado a cabo en todos los rumbos de la ciudad, todas ellas inofensivas en apariencia y sin ninguna eficacia.

Pero la manifestación que tenía lugar fuera de la cárcel y que Sam presenciaba, había tomado diferente cariz. El gobernador, cuya

opinión favorecía a los Titanes y había sido llevado a su casa obligado por los Atlántidas, cometió el táctico error de llamar a las fuerzas armadas para que disolvieran aquella manifestación.

La mayoría de los participantes eran trabajadores especializados en trabajos de ingeniería y estaban dotados de un excelente entrenamiento; eran pacíficos, hombres inteligentes que andaban en los cuarenta años de edad y que no se hubieran atrevido a violar la prisión, así como jamás pensaron en meterse a piratas.

La llegada de la guardia del Estado les llevó a un grado tremendo de indignación. Algo más ocurrió: un grupo de Atlántidas que se habían congregado para burlarse de los Titanes, se interpuso entre la guardia y los manifestantes, y como fueron empujados a un lado, comenzaron a arrojar piedras contra los soldados alegando derechos de libre agrupación.

Después de eso, ya Sam no pudo distinguir los grupos, ya que los dos se unieron contra los soldados. Se oyeron disparos, hubo gases lacrimógenos, hombres que eran llevados en camillas a las ambulancias de los hospitales, y vidrios de ventanas rotos. El motín fue movilizándose y se alejó de la prisión, pero conforme se alejaban con rumbo a la ciudad, la algarabía se hacía más y más intensa; dentro de la prisión aullaba una sirena, no porque hubiera o hubiera habido el menor intento de huida, sino porque al director de ese recinto no se le ocurrió otra cosa.

Todo eso, Sam lo sabía, no era más que el preludio para el holocausto final. Se retiró de la ventana, regresando a su catre a esperarlo…

Principió el ruido como un suave zumbido semejante al de una avispa, no soñoliento y arrullador como el de las abejas, sino un zumbido cortante, parte silbido, parte gruñido.

Escuchó Sam el enojoso ruido como producido por una sierra, y aunque lo había estado oyendo desde antes de la medianoche, no había sido lo suficientemente intenso como para identificarlo. Se levantó nuevamente para asomarse a la ventana. Antes de darse plena cuenta de lo que era, Sam asociaba aquel ruido con todos los de la ciudad que nunca está en silencio. Su corazón abandonó su ritmo ordinario para latir con precipitación. Tampoco podía respirar normalmente y la boca se le secó.

El futuro se le presentaba desde la obscura ventana en dos

formas: violento y muy corto. Nunca, en ninguna ocasión, había esperado que fuera absuelto, pero cuando la Corte se negó a permitir la presentación de Decibelle como testigo, se había muerto la esperanza que él y Wlodzmierzc habían tenido la esperanza de implicar a Maurey e impedir que lo condenaran.

Sam había participado a Wlodzmierzc lo que pensaba acerca del intento que harían para rescatarlo, y, naturalmente, lo enteró de todas las sospechas y evidencias que había contra Maurey, pero el abogado polaco le advirtió que solamente la perra podría señalar a Saint George como el asesino y que la vida de Sam pendía de esa inadmisible acusación.

Esa acusación —aunque ni Woldzmierzc ni ningún otro «no gigante» lo pudieran saber— no podía haber salvado la vida de Sam, pero sí podía determinar lo provechosa que sería su muerte. Una vez que él fuera ejecutado en público, Maurey no se hubiera atrevido a organizar ninguna otra de sus locuras.

Un pequeño punto negro, como polvo de carbón, empezaba a dibujarse en el horizonte, a lo largo del alumbrado, debajo de las nubes. El ruido de la sierra se acentuaba y el punto negro en el horizonte también se hacía más visible.

Sam se preguntaba con desesperación por qué la base del ejército local no había sido notificada. Con toda seguridad que tendrían armas antiaéreas y potentes reflectores para localizar objetos en el espacio; ¿y qué pasaba con las redes de radar de la Fuerza Aérea? Unos cuantos *jets* lanzados al aire cambiarían los acontecimientos…

Pero ni luces de reflectores, ni ruido de aeroplanos; la ciudad roncaba exhausta por el motín y ligeramente calmada por el discurso del gobernador. Desolado, Sam se daba cuenta de que el zumbar de la sierra estaba solamente en el umbral de lo audible, pero, para él, que significaba tanto, se amplificaba enormemente. Woldzmierzc, el director de la prisión, los de la Corte, cualquiera de los que Sam sabía que vendrían; alguien, alguien que le hubiera creído o se hubiera sentido alarmado sin poder conciliar el sueño y que en su cama se preguntara: «¿Qué ruido es ese?».

Perversamente, ya que había concebido Sam la esperanza de que lo oyeran, el zumbar de la sierra se perdió en los oídos de Sam, regresando a confundirse con la soñolienta y holgazana ciudad.

Durante algunos segundos no pudo distinguirlo más. Pero entonces…, ya que no había cambiado en nada excepto para acercarse un poco más, saltó como si estuviera alrededor de su cabeza como cientos de miles de avispas en la antesala del infierno.

Aquel punto negro que se veía en el horizonte fue acercándose más y descomponiéndose en fracciones, como pequeños bacilos negros contra el lóbrego azul del cielo. El zumbido era ya tan intenso que verdaderamente molestaba los tímpanos de Sam; se dio cuenta de que era demasiado fuerte para la aparente distancia de lo que él había imaginado fuera un enjambre de avispas.

Se podían ver unas luces procedentes de la ciudad y en algún lugar profundo de la prisión se oyó un grito de alarma, no la alarma de un oficial, sino la de un hombre atrapado que ve la muerte próxima.

Nuevamente se oyó el zumbido llegando repentinamente a un estrépito tal que Sam, involuntariamente, bajó la cabeza.

Cuando se enderezó nuevamente, pudo ver un enjambre de figuras humanas perfectamente definidas que proyectaban sus siluetas contra el cielo y que se precipitaban sobre la prisión, pero dirigiéndose hacia los otros puntos negros que habían salido del horizonte.

Una flecha delgada de luz amarilla monocromática saltó de los puños apretados de una de las sombras que casi tocaban a Sam, lastimándolo. Se oyó un estallido seco, no tanto como el sonido de un disparo, sino más bien como un trueno. Al primero le siguieron docenas más.

El grupo lejano que se aproximaba respondió al instante. De estos no se oía un solo sonido, pero la nube volante se veía saturada de estrellas amarillas centelleantes. En el mismo momento, los ojos de Sam se vieron cubiertos de polvo, y un terrible golpe que recibió en la cabeza, encima de la sien izquierda, lo separó bruscamente de la ventana.

En la oscuridad, zumbándole la cabeza, con los párpados ardorosos, la amarga verdad se cernió sobre él. También los gigantes se encontraban divididos en dos grupos: Titanes y Atlántidas. Maurey obviamente había pensado que un grupo predominante de Titanes llevaría a cabo la incursión para su rescate; pero, por lo visto, con sorpresiva fuerza los Atlántidas

habían llegado antes.

Ya se encontraba en pleno apogeo una batalla campal, una guerra civil en el aire, pero no solamente entre gigantes y diploides, sino gigantes contra gigantes.

Permaneció retirado de la ventana, con gruesas lágrimas brotándole de los ojos. No tenía idea de la fuerza terrible de aquella nueva versión de su juguete de laboratorio que las escuadras volantes estaban usando como arma. Dedujo que las brillantes flechas luminosas no eran más que el mismo principio de la infamia que se había adaptado para usar en el estadio, pero que Sam, como descubridor, se daba cuenta de que serían efectivas a cualquier distancia, limitadas únicamente por el horizonte. El impacto casual que recibió la ventana y le alcanzó en la sien, se lo hizo ver claro.

Airado, volvió desde el rincón de su celda a presenciar la nueva Pasadena. El escenario se veía reducido en el cielo al tamaño de una estampilla de correos. Se oyó en la ciudad el ruido de la batalla, los golpes secos de las armas de los gigantes. Una repentina lengua de potente luz apareció y desapareció en el espacio, dando a entender a Sam que al fin en el campo aéreo se habían dado cuenta de que algo anormal estaba ocurriendo.

De repente, una serie de fuertes golpes se sintieron en las paredes de la prisión. El grito de alarma del prisionero invisible se convirtió en un lastimero aullido que fue ahogado por la potente sirena de alarma; aparentemente esta era la única respuesta que el director del penal encontraba para resolver todos sus problemas. Siguió una nueva serie de golpes contra las paredes de piedra.

Los Titanes no querían correr más riesgos. En los momentos en que ya habían descubierto en la parte baja lo que ocurría, ya no desperdiciaban tiros contra sus hermanos los Atlántidas. Estaban bombardeando la prisión, un objetivo que las armas de los Atlántidas no podrían alcanzar si es que estaban usando únicamente las armas que habían diseñado para los torneos en el estadio; serían efectivas solamente si se acercaran más, pero con toda seguridad ambos grupos estarían provistos de armaduras protectoras que anularían los impactos de sus armas. Kelland habría sido cuidadoso y previsto esos detalles. Por otro lado, los Titanes estaban seguros de que ablandarían las paredes de la cárcel a base de bombardear con sus armas.

El aullar de la sirena impedía por completo percibir todo sonido que viniera del exterior; pero el ruido de los golpes contra los muros se sentía claramente.

Entonces se apagaron las luces del corredor.

Sam giró sobre sus pies y fijó la mirada hacia fuera de su celda. Una ilusión enloquecedora aparecía ante su vista flotando en el aire en cualquier dirección que mirara. Finalmente, esa visión fue desvaneciéndose y comprendió lo que ocurría: las luces efectivamente se habían apagado. Hasta la que habían colocado en la parte superior de la reja de su celda estaba apagada.

Alguien que no había estado lo suficientemente asustado por el bombardeo, tuvo la idea de desconectar el interruptor general.

Las cerraduras eléctricas que mantenían las rejas cerradas quizá todavía estuvieran funcionando, ya que la energía era proporcionada por unos generadores enormes, completamente independientes de las líneas generales del penal. Pero la corriente que electrificaba las barras de la reja de Sam era tomada de la línea ordinaria y esta estaba muerta por el momento.

Se acercó Sam y golpeó una de las barras. Ningún choque eléctrico. Una de sus manos apretó fuertemente el hierro frío y empezó a tirar vigorosamente.

La reja era muy sólida. Parecía inamovible, pero cedió un poco. Su mano resbaló con el sudor; con la sábana que cubría el catre se limpió para tratar nuevamente, esta vez con ambas manos.

No quería verse rescatado por la gente de Maurice Saint George. Y trataba de evitarlo.

De nuevo tiró de la barra en la misma dirección que la vez anterior. El gran esfuerzo le provocó un fuerte dolor en todos los músculos, pero no había tiempo para ponerse a considerarlo. No era posible que pudiera separar las barras una de otra, ya que estaban todas entrelazadas formando la reja de una sola pieza, y tirar de una barra era tirar de la reja entera; pero si pudiera doblarla hacia adentro de la celda y arrancarla del marco de concreto donde estaba empotrada…

Bruscamente, el ruido de la sirena cesó. Pero las luces no se encendieron ni tampoco sufrió Sam ningún choque eléctrico a través de las barras. Era enorme el estruendo ocasionado afuera por las armas de sus hermanos los gigantes y ya también se distinguía el

estallido inconfundible de las balas antiaéreas.

Otra vez dio un tirón Sam. El gozne sobre el cual descansaba la reja cedió al mismo tiempo que la parte del piso de concreto se abría en pedazos. Se inclinó Sam y forzó aquella esquina de la reja tirándola hacia adentro de la celda…

Al fin, la reja entera se desprendió entre chirridos, y con un impulso final, Sam dejó el camino libre para su escapatoria…

Ya se encontraba fuera de la celda, en el corredor.

Diez minutos más tarde, y habiendo tenido que matar a dos guardias que se interponían en su camino, Sam se encontraba en la ciudad que estaba invadida por una ola de terror.

Con toda delicadeza, Kendall tiró de la cortina de la ventana con los delicados movimientos de una persona que no quiere que el material que toca se desbarate en sus manos. Miró hacia el bosque para cerciorarse de que no había nadie espiando. Lanzó un profundo suspiro de alivio, y dejando caer la cortina, encendió una lámpara.

—Aquí estamos, Sam —dijo pesadamente—. Hice todo lo que pude para disuadir a esos tontos de que llevaran a cabo esa incursión para rescatarte, pero no pude lograr que al menos uno me escuchara. Ellos me consideraban solamente como el artesano que les fabricaba las armas, sin que tuviera que importarme lo que iban a hacer con ellas. De cualquier modo, tuviste suerte al lograr escapar y me da mucho gusto verte. ¿Hay esperanza, aunque sea mínima, de salvar algo?

—No lo sé —le contestó Sam, estirando sus largas piernas y descansando los pies, que sentía que le quemaban. Había corrido desde la prisión hasta la casa aislada de Kendall, pero no había sido fácil la pelea que tuvo que sostener contra el personal de la prisión que, aunque se encontraba presa de pánico, de todos modos trató de evitar su fuga. Cuando atravesó la parte central de la ciudad también tuvo una serie de contratiempos, por lo cual estaba verdaderamente rendido.

Mirando con agradecimiento a Kendall, le dijo, para contestar su pregunta:

—Puede haber, sí. En todo momento estuve deseando que tú no hubieras tomado parte en la incursión de rescate, pero no estaba seguro. Te confieso que estuve a punto de llorar cuando me abriste

la puerta.

—Está bien, Sam. Ya olvídate de eso. ¿No sabes dónde pueda estar Maurey?

—No; no lo sé, ¿y tú? —le dijo Sam, sorprendido.

—No, Sam. Me estaba acordando que él iba a dirigir a los Titanes para rescatarte, pero no se presentó. Lo esperaron media hora y entonces alguien llegó gritando que los Atlántidas estaban preparando un contraataque. Salieron precipitadamente. Un fanático llamado Briggs, creo que lo recuerdas, el tetra que hizo la primera propaganda para Methfessel, bueno, él tomó el lugar de Maurey.

Sam gruñó, disgustado, y le dijo:

—¡Y nosotros aquí sentados, esperando a que nos arresten, mientras los gigantes ayudan a los diploides a que nos destruyan! Kendall, tú fabricaste todos esos aparatos. Yo no sé para qué usos modificarías mis principios. ¿No se te ocurre algo que podamos hacer?

—Bueno, podría al menos averiguar cómo va la pelea —se levantó y tomó de un armario alto un casco—. No necesitas apurarte demasiado, tú lo sabes, Sam. Esa fuerza tuya tiene polaridad, levanta tu ánimo; ¿encontraste por casualidad algún campo magnético que no tuviera polaridad? En los equipos que usan me tomé el trabajo de hacer conexiones directas entre la armadura protectora y los proyectores. De modo que lo más que les puede ocurrir es empujarse el uno contra el otro…

—Muy bien, muy bien. Pero cuando bajen a tierra serán ejecutados por los diploides —le gritó Sam.

Las balas no están provistas de armaduras para repeler otras balas.

Kendall se alarmó después de las reflexiones de Sam. Colocándose el casco empezó a hablar con toda claridad:

—¿Briggs? ¡Briggs! ¡Ah…!, bueno. Habla Kendall. ¿Has perdido alguno de tu equipo en ese bombardeo antiaéreo…? ¡Qué bueno que se te haya ocurrido la idea de retirarte del aire!; pero ¿por qué no te retiras…? ¿Ya lo hiciste…? ¡Oh, Dios! Briggs, eso no tiene sentido, Sam ya escapó. Sálganse de esa tumba de concreto antes de que enciendan las luces… No importan los Atlántidas. Ellos me están oyendo igual que tú. Ya saben que Sam ha huido. ¡Piensa por

una vez en el futuro de los gigantes! Sálganse antes de que los diploides los atrapen. Podrían tomar la decisión de volar el penal completo, con guardias y prisioneros inclusive para lograr destruirlos a ustedes… ¡Maldita sea…! Eres un tonto, Briggs, y un gigante tonto es mayormente tonto que un ser tonto normal. Saca a todos de allí. Tarde o temprano van a localizar mi planta aquí, y si se encuentran ustedes en el aire, ¡entonces la caída va a ser terrible!

Sam permanecía sentado. Kendall lo miró alzando sus cejas con resignación; se quitó el casco y lo sostuvo delicadamente en las manos.

—Están en la prisión —le dijo Kendall—; siguen peleando contra Atlántidas y diploides, pero no sabe cuáles son las pérdidas. No logré meterle en la cabeza un poco de sentido común. No quiere creer que estás fuera. Si lo oyeras pensarías que él quiere en persona acabar contigo; está ansioso de localizar tu celda.

Sam lo dejó hablar, y muy quedo, casi en un murmullo, le dijo:

—¿Puedes cortarles la energía?

—Seguro que sí —le contestó Kendall, reflexionando—. No pensé que ofreciera seguridad el dotar de energía a cada uno separadamente. Lo mismo opinó Methfessel. Quería una forma de bajar a tierra a los dos equipos para que, en caso de que se alteraran los ánimos o el torneo tomara otro aspecto, los pudiera controlar.

—¿Dónde está el generador?

—Aquí mismo, debajo de la casa. Ellos reciben las ondas que envío desde mi casco transmisor; este pequeño arbolito de Navidad que ves aquí.

—Kendall —le ordenó Sam, enérgicamente—, ¡dame ese casco!

Intrigado, Kendall se lo entregó ajustando el micrófono de mejilla a la cara de Sam sin esperar; este empezó a hablar:

—Briggs, ¡tienes cinco minutos para que salgan de ahí!

—¡Tú no te metas en lo que no te importa! —contestó una voz ruda dentro del casco—. Optaste por quedarte en casa. Nosotros arreglaremos nuestros asuntos por nuestra cuenta, sin ti. Y recuérdalo después. Por ahora, conserva tu nariz limpia o…

La voz de Briggs se disipó. Cuando se oyó de nuevo era con un tono de sorpresa:

—¿Ettinger? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo —dijo Sam, tranquilamente—, y ahora escúchame:

tu jefe Maurey los ha abandonado, Briggs. Él quería a toda costa a Sena y los ha empujado para que se hagan pedazos los unos a los otros. Los diploides se encargarían de exterminar a los que queden.

—Estás mintiendo.

—¡Oh! ¿No leíste las declaraciones del juicio? ¿Aún no sabes por qué Maurey quiere a Sena? ¿Y cuál es la razón por la que quiere que todos los demás muramos? Pero, por el momento, ya es tarde para que empieces a pensar. Déjame hacerlo por ti. Vente con tus muchachos para acá. Hacia donde les proporcionan la corriente. Aprisa, todos ustedes incluyendo los Atlántidas. Cinco minutos; recuerden: una vez transcurrido ese tiempo quedarán ustedes sin energía en sus equipos, porque voy a desconectarla desde aquí.

—¡Mugrosos asesinos!

—¡Yo no lo soy! Te estoy dando una oportunidad que no mereces. Pero asegúrate de que antes de que transcurran los cinco minutos estés aquí. Después, tú y tus muñecos voladores no volarán más, ¿entiendes?

Se quitó el casco. Los ojos de Kendall centelleaban.

—¿Estás loco? —le dijo, violento—. Te van a asar a fuego lento, nada más por la amenaza que les haces. La mitad de ellos ya piensan que eres un traidor y no me diste oportunidad de decirte, pero todos los tetras que están usando cascos como ese te han oído. ¿Estás tratando de suicidarte?

—No; no me hubiera preocupado por hablar de la manera que lo hice si hubiera pensado que era sólo Briggs quien me oía. De todas maneras, cuando ellos lleguen, yo no estaré aquí. Tengo otras cosas que atender; necesito a Maurey y lo voy a encontrar, no importa dónde se haya escondido.

—Oí lo que se refería a él, Sam, pero no lo creí.

—Al principio tampoco yo lo creía —le dijo Sam, fríamente—, pero es verdad. Él fue quien mató al doctor Fred, no yo. Accidentalmente él se dio cuenta de que nuestra poliploidea está muy mezclada y que la forma en que se habrá de manifestar en las próximas generaciones será con una variación en la cual no podremos identificar especie alguna. Fueron los historiales de Sena los que lo llevaron a ese punto, y al darse cuenta de la triste realidad, perdió el juicio. Él quería que los gigantes siempre lo fueran; que conservaran una superioridad sobre los seres normales,

para poder gobernarlos algún día. Tenía planeado vengarse de la masacre de Pasadena y estaba seguro de lograrlo, barriendo a los diploides con el arma que le di. Pero después del juicio, se dio cuenta de que jamás podría lograrlo. Él sabía que el futuro descansaba en la asimilación y la aparición gradual de las características poliploideas entre la gente normal. Así que parece que él ha decidido eliminar a los gigantes inútiles obligándolos a que se destruyan unos a otros, con la feliz colaboración de los diploides, mientras él, doctor Maurice Saint George, se prepara para convertirse en el padre del futuro. Lo único que queda ahora que podría causarle dolores, es Sena. Mientras pueda esconderla se puede proteger, eso piensa para el presente, y ser patriarca de todas las generaciones venideras para el futuro. Pero no podrá esconderla más, porque ella es mía, Kendall.

—¿Dónde la vas a buscar? —le preguntó, con amabilidad, Kendall.

—¿No conoces la cabaña donde pasaba sus vacaciones el doctor Fred?

—Nunca supe que la tuviera.

—Se me olvidaba que no lo sabes —le dijo Sam—. Tampoco Sena y yo lo hubiéramos sabido si Maurey no hubiera abierto la caja de seguridad del doctor Fred. Todos ignoraban su existencia y el doctor jamás se lo habría mencionado a nadie. Pero está por los alrededores, estoy seguro. Y es allí donde Maurey debe estar, escondido con todos esos papeles; es el único lugar donde piensa que nadie lo buscará. Debía habérmelo imaginado.

Por un momento, Sam permaneció pensativo.

—Kendall, habla a la policía diploide y cuéntales todo eso; los necesitaremos. Pero no lo hagas hasta que nuestros hermanos se encuentren aquí y les hayas hecho entender lo que ocurre. Dame uno de esos cascos para estarme reportando contigo de donde esté. Tendremos que desenmascarar a Maurey nosotros mismos, pero necesitamos a los diploides para lograrlo. Y les demostraremos que estamos actuando de buena fe.

—Sería mejor que te llevaras un traje completo —le aconsejó Kendall, casi con ternura—. Maurey estará también armado y no hay razón para que te expongas a ser muerto con tu propio descubrimiento teniendo la protección a la mano.

—Muy bien.

—Sam, no has contestado a mi pregunta. ¡Oh!, perdona, creo que todavía no te la había hecho.

—¿Cuál es, Kendall?

—¿Qué planes tienes para encontrarla? ¿Y a él también?

—Tengo un amigo —respondió Sam, sonriendo—. Sena me dijo que tú te encargarías de cuidarlo aquí. ¿Todavía lo tienes?

Kendall se sorprendió con la pregunta, pero después rio alegremente, y le contestó:

—Sí, Sam. Tu amigo está aquí. Adelante, haré lo que tú digas. Tu amigo está…, ¡infiernos!, ¡hombre! Ve a la puerta y llama.

Tres pasos le bastaron a Sam para llegar a la puerta, y abriéndola se precipitó en el bosque. Detrás de él, Kendall añadió:

—¡Y que tengas buena caza, Sam!

Se oyó la voz de Sam llamando:

—¡Decibelle! ¡Decibelle! ¡Vuelve con Sam! ¡Aquí está Sam! ¡Decibelle! ¡Decibelle, ven aquí, ven aquí conmigo! ¡Decibelle!

La respuesta se dejó oír en forma de un alegre y sonoro ladrido. Sam se perdió en la oscuridad de la noche.

NUEVE

El bosque era de un color negro alquitrán, se notaba una inquietud causada por los ligeros movimientos nocturnos de los viejos árboles que poblaban un área de veraneo. Apenas se percibían los pasos de animalitos que por ser tan pequeños, no eran objeto de la codicia de los cazadores y ya se habían adaptado al lugar donde moraban. Un leve viento movía las hojas secas y se confundían los ruidos y retozos de centenares de criaturas entre las que se encontraban ratoncillos, ardillas, cucarachas, lechuzas y una gran variedad de sabandijas.

Decibelle materialmente tiraba de Sam. Aunque nunca había estado allí, Sam sabía aproximadamente el sitio que ocupaba la cabaña del doctor Fred. Probablemente no hubiera tenido problema en encontrarla durante el día, pero la urgente necesidad para localizar a Maurey era imperiosa. Quería hacerlo antes de que la disciplina de la justicia diploide contra los insurrectos gigantes decretara la libertad de Maurey.

Y no solamente para proteger a los gigantes, sino también por lo que a Sena se refería. Sena era el futuro de ellos.

La correa de cuero que había atado al pescuezo de Decibelle continuaba tensa y Sam no hacía más que seguirla. Quiso cerciorarse si el casco transmisor que llevaba puesto estaba realmente en contacto con Kendall. Tiró del micrófono y lo llamó.

—Presente —se oyó la voz al instante.

—Muy bien. Está bastante pesada la caminata por aquí. ¿Hablas algún idioma extranjero, Kendall?

—¡Hummm! ¿Serviría el francés?

—No, todo lo que sé acerca de ese idioma es que el plural se forma con «X» y algunas veces no se pronuncia. Además, Maurey lo

habla y no me gustaría que supiera lo que traemos entre manos. ¿Por casualidad no hablas alemán?

—«Doch gewiss» —contestó Kendall, cambiando rápidamente el idioma.

El apellido de mi familia es Keller, pero lo cambié para preservar a mis familiares del estigma que tenemos encima los tetraploides. Pero ¿no sabes si Maurey…?

—No —interrumpió Sam—; él no lo habla. El conocimiento que yo tengo del alemán obedece a la gran afición que desde niño tuve por las obras musicales de Wagner. Para entender sus operas tenía que aprender su idioma y lo hice. Y ahora dime, Kendall, ¿qué novedades tienes por ahí?

—Por el momento nada, todavía espero la visita. ¿Se te ofrece algo más?

Sam tropezó y lanzó un juramento, entonces dijo:

—Bueno, cuéntales toda la historia y trata de tenerlos a mano hasta que encuentre la cabaña del doctor Fred. Ya te llamaré para contarte cómo me reciben. Deja una guardia para que vigile los generadores de aprovisionamiento, o estaremos perdidos. Y…, ¡ah, sí! Tan pronto como puedas, manda un par de nuestros muchachos más fuertes a que secuestren algún personaje del gobierno, un oficial del ejército, o policía del Estado. Vas a proporcionarle un casco como el que estamos utilizando para que pueda oír lo que decimos. No se te ocurra darle ninguna pistola ni equipo volador. Tan pronto como yo te pida ayuda, te lo traes inmediatamente, ¿me entiendes todo?

—Hummm —murmuró Kendall, haciéndole entender a Sam que estaba anotando las instrucciones recibidas, después las fue repitiendo en alemán, y finalmente, volviendo a su idioma, le preguntó—: ¿Está correcto, Sam?

—Jawohl —contestó Sam, y entonces le dijo—: Voy a dejar de hablar por un rato. Decibelle parece que me guía por unos matorrales hechos con alambre de púas.

—Muy bien. ¡Mira! Aquí llega Hammy Saunders. También yo me retiro, tengo que hablar en inglés por un buen rato mientras explico las cosas a los visitantes. Pero me dejaré los audífonos puestos.

Se retiró el micrófono Sam para hablarle a la perra:

—¡Hey! ¡Decibelle!

—Grrrrrrr.

—Muy bien; sigue adelante, te sigo.

Era seguro que Decibelle no estaba siguiendo ninguno de los caminos que por costumbre seguía el doctor Fred.

Aquellas montañas eran muy viejas y mal conservadas, tanto que los visitantes del Lejano Oeste no se preocupaban por frecuentarlas en absoluto. Pero de todos modos, pensaba Sam, el doctor Fred debía tener algún camino abierto que no tuviera mucha pendiente para que le permitiera escalarlo con relativa facilidad.

La perra, por otro lado, mientras iba tirando de su amigo, subiendo y bajando por aquellos lugares tan accidentados, parecía darse cuenta de la urgencia que tenía Sam para llegar a la cabaña y no se había detenido a escoger un camino mejor.

Trepando por la montaña, con todos sus doloridos músculos molestándole, Sam pudo ver las primeras luces del alba en el cielo. Todavía no se había filtrado la luz entre los árboles.

La perra se paró en seco y se puso en la posición que un perro de caza adopta para señalar la presa deseada. Decibelle no tenía ningún entrenamiento para la cacería, pero probablemente había visto algún perro entrenado y estaba tratando de imitarlo. De haber participado en algún concurso, su mímica no le hubiera hecho merecedora a ningún premio, pero los deseos de Sam estaban cumplidos.

—Buena chica —le dijo suavemente—. Está en el otro lado de la cresta, ¿en?

Movió Decibelle la cola y nuevamente adoptó la misma posición para señalar.

—Muy bien. Échate, Decibelle. Quédate aquí. Ya regresaré.

Escudriñó Sam la obscura montaña y entonces se tiró en el suelo, escalando sobre su barriga. Al llegar a lo alto, se asomó cautelosamente sobre el borde.

El otro lado de la montaña era más empinado y la cabaña aparecía en un claro del bosque con vista a un tranquilo y hermoso valle y un arroyuelo al fondo. La bajada estaba cubierta de hierba y en un radio de veinticinco metros de la cabaña, el follaje doblaba en un círculo perfecto. Disimulado en el centro, ¡un proyector del efecto sin reacción de retroceso! Sam consideró el problema. Ya esperaba encontrar algo semejante. Sabía perfectamente las

características de sus proyectores. Trabajaban en una sola dirección y podían ser usados como escudos protectores, pero no como detectores. La fuerza enviada contra ellos no tenía efectos contra sus generadores. Sus campos magnéticos no ejercían acción de retroceso ni físicos ni eléctricos. Lo que quería decir que el único camino para que Maurey lograra seguridad para su refugio era establecer una vigilancia de veinticuatro horas, ya fuera en persona, cosa sencilla, o a través de un perro vigía. Si Sam se mantenía oculto, Maurey no tendría forma de saber si había o no alguien que se aproximaba.

Naturalmente, Maurey había oído las conversaciones en alemán, pero, para su desgracia, no entendía el idioma. Adivinaba que estaba en peligro de ser descubierto y por ese motivo había tomado la precaución de protegerse con el proyector de Sam. Pero de todos modos, el haber escogido la cabaña del doctor Fred como refugio era una clara indicación de que no esperaba que nadie viniera a buscarle a aquel lugar desconocido, al menos ningún diploide, porque no descartaba la posibilidad de que algún gigante sobreviviente supiera algo acerca del lugar en que vacacionaba el doctor Fred.

Por lo pronto, Maurey no esperaba que Sam averiguara su escondite. En eso había sobreestimado su inteligencia y menospreciado la de su antiguo asistente.

Retrocedió entonces Sam unos cuantos metros y llamó a Kendall.

—Ya estamos reunidos, Sam —contestó Kendall—, y ya secuestramos a «nuestra autoridad». Tuvimos un pequeño problema con Briggs, ya que participa de la locura de Maurey. Trataba de sacrificarnos de acuerdo con el programa de Maurey, justificando la muerte del doctor Fred. Hubo necesidad de ponerlo a buen recaudo.

—Ya pueden venir —dijo Sam—. El lugar está al otro lado de la montaña, con vista al valle, en el sitio más lejano de la vieja reserva de los venados. Si vienes en dirección norte, no podrá verte.

—¡Sam!

Era la voz de Maurey. Se oía fría y divertida.

—Te he estado escuchando. ¿Qué te hizo pensar que yo no hablaba alemán?

—Muy bien, vamos a ver cómo hablas —le replicó Sam.

—No seas ridículo. Ya has cometido suficientes tonterías; ni

siquiera tienes agradecimiento para tus amigos. Te han libertado y no puedes pensar en otras cosas mejores que envolver en un complot infantil al pobre de Kendall a quien es tan fácil convencerlo de cualquier cosa.

—¿En dónde estás? —le gritó Sam.

—Ya te lo diré cuando considere que puedo confiar en tu sentido común. No voy a poner en peligro todo el proyecto sólo por un hombre que no sabe lo que le conviene.

—¿Dónde está Sena?

—Aquí, con el resto de nosotros. Si tú deseas tomar parte en el mundo de los gigantes, debes reflexionar con cordura. Nuestra paciencia se ha venido agotando; dentro de corto tiempo tendríamos que proseguir sin ti; considero que esas gentes pequeñas no serían piadosas contigo.

Una sombra se posó frente a Sam. Era Hammy Saunders el primero en llegar. Sam le contestó a Maurey:

—Quizá tengas razón. Ya ha sucedido eso —hizo a un lado su micrófono con las patéticas ficciones de Maurey molestando sus oídos.

—Hammy, Maurey tiene el lugar protegido con proyectores. Tendremos que cortar por debajo de las rocas. Manda tres o cuatro hombres hasta el valle, que se cubran y que empiecen a trabajar con las pistolas. Cuidado de no pasar del límite de alcance de los proyectores de Maurey. Que no inicien la tarea hasta que yo les diga.

—De acuerdo.

Desapareció Hammy, mientras Sam permanecía sentado en la montaña cerca de la perra y chupando el néctar de las blancas flores de miel. Parecía que Maurey se había retirado por el momento.

Kendall y otros dos gigantes llegaron silenciosamente llevando casi en vilo a un asustado diploide con ropas de civil y la cabeza ridículamente cubierta con un casco que le quedaba enorme.

El hombre era el gobernador del Estado.

—«Sicherheitsdiener» da a entender muchas cosas, estoy de acuerdo —dijo Sam, en tono alegre, a pesar de la situación. Dirigiéndose al gobernador, le dijo—: Señor, siento mucho que hayamos tenido que recurrir a este forzado secuestro, pero créame, no le haremos ningún daño. No deseamos ocasionarlo a ningún

diploide. Estamos aquí para desenmascarar al gigante compañero nuestro que ha causado tanto daño, empezando con el asesinato del doctor Hyatt. Nos hemos visto obligados a traerle a usted aquí para que sea testigo de nuestras intenciones.

El gobernador estaba pálido de terror; pero, a pesar de eso, conservaba su dignidad y le contestó con voz firme a Sam:

—Estoy obligado a aceptar la situación por el momento; veré y oiré, ya que no puedo hacer otra cosa; pero es bueno que sepa que no creo nada de lo que usted dice.

—No necesito que me crea. Si como usted dice, verá y oirá, nuestro caso hablará por sí mismo. Por lo pronto ya ha oído la conversación que tuve con el doctor Saint George. Él está muy cerca de aquí, en una cabaña que el doctor Hyatt ocupaba durante sus vacaciones. Retiene consigo a la joven de la cual habrá oído usted hablar: la señorita Carlin. Saint George aún no sabe que estamos tan cerca de él. Cuando lo saquemos de su refugio, usted podrá oír más que suficiente para que formar su criterio. Al menos esa es nuestra esperanza.

—Hay un buen número de soldados que le buscan, Ettinger.

—Lo sabemos, y esa es la razón por la cual estamos aquí. Si el ejército hubiera llegado antes que nosotros y le hubiéramos dicho dónde se encuentra el doctor Saint George, los motivos por los cuales lo queremos atrapar, habría habido un buen número de muertes, incluyendo la de la señorita Carlin. Está perfectamente bien equipado para soportar un sitio normal, a menos que se le bombardeara con artillería pesada, pero eso no solamente lo destruiría a él sino también a la señorita Carlin y no probaríamos nada. Queremos que la acusación salga de su propia boca, sin ninguna pérdida de vidas. ¿No le parece a usted que si resulta de esa manera quedaría usted convencido?

Bruscamente se pasó el gobernador la mano por la frente, estaba un poco sudoroso.

—Quizá sí —contestó—, si encuentro algo de verdad en ello, pero no estoy en posición de emitir un juicio. He sido secuestrado por agentes de un convicto de asesinato, señor Ettinger. El punto de partida para juzgar la situación será ese, no importa lo que usted haga o Saint George confiese. Siga adelante. Observaré con atención. Es todo lo que puedo prometerle.

—Será suficiente —dijo Sam, con gravedad—. El saber que cuento con su buena voluntad era algo que yo necesitaba. Kendall, busca un sitio desde el cual el gobernador pueda observar y estar seguro al mismo tiempo. Debemos protegerlo contra cualquier posible disparo del proyector o armas de fuego de Maurey.

—Entiendo —repuso Kendall, al instante—. Señor gobernador, tendremos que transportarlo nuevamente por aire. Espero que será la última vez.

—Lo mismo espero yo —dijo el gobernador.

Dos de los gigantes, guiados por Kendall, llevaron en vilo la pequeña figura del gobernador volando sobre las copas de los árboles y describiendo un arco hacia el lado opuesto del valle. Él sol se elevaba a la izquierda, iluminando la falda de la montaña; el trinar de un gran número de pájaros alegraba el nuevo día. Una lengua inofensiva de humo salía de la chimenea de la cabaña desvaneciéndose en el cielo.

Después de un momento, regresó Kendall.

—Los muchachos que enviaste al fondo del valle, están empezando a perforar —le dijo a Sam—. Parece que han encontrado mármol suave. No hay indicios de alarma por parte de Maurey. Si todo sigue bien, la cabaña empezará a bambolearse en unos cinco minutos más.

—Muy bien —le contestó Sam, y levantándose, empezó a subir con calma hacia el lugar desde donde dominaba la cabaña. Se ajustó el micrófono y comenzó a hablar con voz clara y firme:

—Maurey. Te hemos encontrado. Te daremos diez minutos para que salgas.

Saint George rio, con ganas.

—¿Que salga? ¿De dónde, Sam?, ¡qué niño eres! Y piensas que me vas a hacer creer que sabes dónde me encuentro. Si quieres saberlo te lo diré, pero no antes de que me asegures que no nos venderás a los diploides.

—No hay aquí diploides humanos —le dijo Sam, pacientemente —, y te hemos encontrado. Asómate a la ventana y mira hacia la parte alta de la montaña.

Hubo un largo silencio.

—Ya veo —dijo, al fin, la voz de Maurey—. Bueno, acepto que no hay refugio perfecto y supongo que vendrá tras de ti una gran

multitud de diploides aullando. Mejor haz que se vuelvan, Sam, antes de que vayan a salir lastimados. No pienses que una cabaña metida en el bosque es todo lo que queda del poder de un tetraploide.

—Claro que no, Maurey, pero tampoco creo que tengas ahí un batallón de gigantes.

Maurey ahogó una risa.

—No discutiré contigo, Sam. Todavía conservo algún respeto por ti y te recomiendo que te retires antes de que se inicie la batalla final. Para los diploides todo ha terminado; nada puedes hacer para cambiar la situación. Entonces, ¿para qué te expones?

—Te repito que aquí no hay diploides. ¿Dónde está Sena?

—¿Sena…? Aquí, con el resto de nosotros.

—Me gustaría hablar con ella.

—Está ocupada.

Toda la ladera de la montaña, las rocas que rodeaban el valle, los collados, los matorrales, revelaban la existencia de gigantes. Allí permanecían inmóviles, como los soldados con dientes de dragón de Cadmo. Extendió Sam su brazo señalando hacia ellos, y dijo:

—Aquí están nuestros gigantes, Maurey, puedes verlos si quieres. Solamente faltan dos o tres a lo sumo, sin contar con aquellos que fueron presos o muertos en la incursión que preparaste para que me rescataran. Uno de los que faltan es Sena. ¿Dónde está?

—Aquí —la voz de Maurey no reflejaba temor alguno; no había nada que indicara que la gran sarta de mentiras urdidas por él se le venía encima inexorablemente.

—Déjala salir.

—Ella no lo desea. Tiene más sentido común que todos ustedes juntos. Yo no entiendo cómo has podido arrastrar a tus hermanos a esta aventura, Sam. Supongo que Briggs fue muerto. No puedo encontrar otra explicación a lo que pasa. Muerto tratando de rescatarte a ti, Sam. Pero de todos modos, eso no cambia la situación. Si todos ustedes están controlados por los diploides, Sena y yo trabajaremos en pro del futuro de los gigantes sin ustedes. ¡Váyanse a casa y púdranse todos!

—Aquí no hay diploides, déjame hablar con Sena.

Maurey guardó silencio. Parecía que ya no iba a hablar más.

Entonces, tratando de imponer la autoridad que había ejercido sobre ellos, en voz alta les gritó:

—¡Óiganme todos ustedes! Están suicidándose. Ustedes tienen suficiente poder contra los diploides y lo han puesto en manos del asesino de nuestro creador. Les di a ustedes una causa; les proporcioné los medios para liberarse de los pigmeos, verdadera y finalmente libres. ¿Van ustedes, en estos momentos, a abandonar todo eso?

—Briggs dijo que tú mataste al doctor Fred —dijo una voz que Sam desconocía.

—¿Y eso qué importa? —repuso Maurey—. ¡Hagan frente a la realidad! Yo no maté al doctor Fred; es obvio que Sam lo mató; pero su muerte era necesaria. Nos dio la oportunidad que necesitábamos para levantar a los diploides contra nosotros. El doctor predicaba la paz entre los pigmeos. Nosotros sabíamos que esa paz no era posible. Lo que necesitábamos y nos sigue haciendo falta es la guerra. Ustedes tienen en las manos los instrumentos para esa guerra, yo se los he dado. Si los usan con inteligencia serán invencibles. Y ahora tienen la ocasión, pueden arrasar el planeta entero.

—Tú nos dividiste —profirió otra voz anónima—. Tú nos hiciste luchar unos contra otros.

—Pero sin que se causaran daño alguno —le replicó Maurey—. Ustedes no pueden lastimarse unos a otros con el uso de esas pistolas. Yo lo arreglé de esa manera para evitar que en las disputas del juego pudieran lastimarse; y… era también la forma de disimular el nacimiento de un ejército de gigantes. Sus armas son mortales si las usan contra los diploides.

Un murmullo desarticulado se oyó entre los inmóviles colosos.

—¿Qué nos dices de las baterías antiaéreas que dispararon contra nosotros, Maurey?

—Nada, sus pérdidas fueron mínimas, el propio Sam lo admitió.

Un sordo rumor se oyó en la montaña.

—Muy malo, Maurey —dijo Sam, implacable—. La verdad ha salido, ya lo ves. Salió a luz en el juicio. No existen los diploides. Todos los seres humanos son tetraploides. Nosotros, los gigantes, somos poliploides, pero todos lo somos en diferentes grados. Como gigantes no sobreviviremos; pero podremos lograrlo a través de

Sena y otras como ella, porque los hijos que ellas tengan serán normales. Nuevamente podrán volver a ocupar un puesto en la sociedad y les será permitido a sus hijos olvidar esa herencia. Con el tiempo, las características poliploides empezarán a reaparecer, en fragmentos, hasta que la raza completa sea marcadamente poliploide, y entonces los gigantes no serán vistos como seres anormales ni sujetos a masacres. Pero por lo que a ti toca, Maurey, tú eres un «pasadenista» muy astuto, pero bien definido. Averiguaste el estado genético de Sena y mataste al doctor Fred para mantener el secreto. Nos echaste a los unos contra los otros con la esperanza de que los normales nos destruyeran mientras nos enredábamos en una lucha fratricida. Culpándome de la muerte del doctor Fred, provocabas el odio entre nosotros; y preparando la misión para mi rescate, les dabas oportunidad a los normales para que nos exterminaran… Mientras tú te escondías con Sena, planeabas convertirte en el patriarca único de la humanidad poliploide del mañana, el único padre de la ruda raza de larga vida que sería necesaria para llegar a las estrellas. Fue un gran juego, Maurey; pero siendo una locura, te resultó un fracaso.

—Es ridículo… —Se oyó la voz de Maurey.

—Entonces, deja a Sena que hable. Si ella está libre y a tu lado, si ella tiene un casco como el nuestro y ha estado oyendo todo lo que dijimos, déjala que hable.

—Ciertamente —dijo Maurey, con calma—. Como te dije antes, ella está ocupada; veré si desea hablar contigo. Espera.

Hubo un largo silencio. La luz del sol invadía ya casi todo el fondo del valle; mientras, los zapadores de Kendall seguían excavando en lo profundo de los cimientos de la cabaña del doctor Fred. Las nubes estaban teñidas de inocencia color de rosa.

—Aquí está —dijo Maurey, interrumpiendo el silencio.

—¿Sam? —pronunció Sena, con aparente calma.

—Sí…, sí, Sena.

—Estoy bien. No hay razón para que te preocupes por mí. Maurey tiene una pistola contra mi costado, pero estoy segura que no se atreverá a disparar…

Cuando pronunciaba la última palabra, su voz se desvaneció bruscamente y los audífonos de Sam se estremecieron. Su réplica fue una mezcla de miedo y admiración. ¡Dijo tanto con tan pocas

palabras…!

—¡Habla, Maurey! —gritó—. ¿Tienes algunas mentiras más?

—¡Manténganse a distancia todos ustedes! —rugió Maurey—. Son un hatajo de tontos. Sólo recuerden que ustedes se encuentran afuera y yo aquí dentro, con Sena. ¡Sam tiene razón! Sena es la llave de nuestro futuro; si algunos gigantes van a sobrevivir, tendrá que ser a través de ella. Si alguno de ustedes hace algún movimiento hacia la cabaña, Sena morirá. También ella tenía razón. No la maté por lo que dijo en el casco. Yo mato por razones más poderosas, como maté al doctor Fred. Láguense. Su futuro está en mis manos y no hay nada que puedan hacer para evitarlo.

De repente, la cabaña se inclinó a un lado. Una masa de piedras se precipitó ruidosamente por la ladera hacia el fondo del valle. El increíble grito de Maurey penetró en lo profundo de los oídos de todos los que lo oyeron.

El círculo plano del follaje al frente de la cabaña se veía intacto.

Por la falta de cimientos en la base del generador que proporcionaba la corriente a Maurey, se cortó su transmisión.

—¡Decibelle! ¡Tras él, Decibelle! ¡Pronto, Decibelle! ¡Síguelo!

El enorme animal se precipitó hacia la cabaña con una velocidad increíble para sus proporciones. Desde el interior de la choza que se deslizaba por la ladera, salió un disparo del proyector de Maurey, pero fue demasiado alto.

Decibelle se lanzó por la ventana trasera al interior de la cabaña, entre un estruendo de cristales rotos. Maurey volvió a dar un grito pavoroso. Sin darse cuenta, Sam empezó a correr precipitadamente en dirección de la choza. Otra sacudida de la cabaña hizo saltar en astillas algunas de las tablas que formaban la pared.

Otros disparos sonaron en el interior que hicieron volar en añicos los ladrillos de la chimenea, que saltaron hasta el techo.

—¡Quítenmela!, ¡quítenmela! ¡Los mataré a todos! ¡Los mataré a todos!…

Los gritos de Maurey sólo encontraban eco en el fondo del valle.

¡Al fin había tenido su perra!

Antes de que Sam estuviera a la mitad del camino que lo separaba de la cabaña, ya la destrucción era completa, y Maurey, vigas, ladrillos, fuego, Sena, futuro, pasado, adornos, concreto, tierra, tuberías, alambres, vida, libertad, persecución y felicidad se

despeñaban vertiginosamente hacia el fondo del valle sembrado de pinos olorosos entre los cuales se filtraban los rayos del sol.

Fue largo el tiempo que tardó Sam en separar de las ruinas el cuerpo de Sena, del cual se había escapado la vida.

Pero más largo aún el que se necesitó para arrancar las fauces de Decibelle de la despedazada garganta de Maurice Saint George.

Un poco más tarde, todos los gigantes se habían retirado y el gobernador también.

La luz del sol bañaba todo el valle hasta el fondo en donde yacían los escombros de lo que por unas horas fuera la morada de los patriarcas de la humanidad de un futuro que nunca llegó.

EL DÍA DE LOS DUQUES TRONADORES

Frederik Pohl

1

FORAMINIFERA -9

P ADTASTE udderly, semped sempsemp dezhavoo, qued schmerz… Perdonen. Quiero decir que era un día interminable, aburrido, tedioso…

No pierde mucho con la traducción. ¿Son lógicas mis razones? No; no para ustedes, porque ustedes son trogloditas que no saben nada de las causas y que tan solo conocen los hechos.

Ante todo debo presentarme. Mi «nombre» es Foraminífera-9-Hart Rayo de Bayle, y soy de un tamaño y edad adecuados. (Si lo dudan, estoy dispuesto a defenderme). Una vez que… la monotonía de la vida, como dirían ustedes, se me apareció clara tenía, pues, dos soluciones. No sentía deseos de morir; por tanto, esa solución quedó eliminada. Y la otra era volar.

Disponía, por supuesto, de la maquinaria que necesitaba. Me planteé así el problema: ¿Habría en las páginas de la historia de cualquier edad una época en la cual una
9-Hart
Rayo de Bayle pudiera encontrar aventura y diversión? ¡Tenía que haberla! ¿Sería posible —me dije, desesperando— que desde lo profundo del sueño primitivo hasta mi propio tiempo no haya una era en la cual yo pueda ser feliz?

Porque supongo que era la felicidad lo que yo buscaba. ¿Pero existía esa era?

Afortunadamente, tenía cincuenta o mas siglos entre los cuales buscar. Y eso era el mayor problema: no podía pasarme la vida tratando de descubrir la época más conveniente. Había demasiadas para escoger. Era como una biblioteca enorme en la cual hubiera un libro que yo estuviese buscando y que, por falta de catálogo, no

podía encontrar.

—¡Un catálogo! —exclamé en voz alta. Pues, para ser sincero, aquella era la respuesta.

Tenía libre entrada a la Casa de Aprendices, y el catálogo podía encontrarlo sin dificultad en la sala de lectura cuando quisiera.

¡Espléndido! ¡Espléndido! Me sentía radiante Devolví el visor al conserje sin perder tiempo y recibí a cambio la señal que había dejado. Corrí hasta la Casa de Aprendices y formulé mis deseos en una hoja de pedido, como sigue: Encontrarme una época de un pasado reciente donde hubiera aventuras, donde hubiera una banda secreta de desesperados a la cual pudiera yo unirme. Y añadí dos aclaraciones: segunda, que fuera antes de los altos niveles de radiación, y primera, que fuese después del descubrimiento de la anestesia, por si había accidentes.

Una vez rellenado el formulario, me retiré a una mesa en espera de los resultados.

Solo tardó unos momentos, que empleé en hacer una lista de las cosas que necesitaba y debía llevar conmigo. Se produjo un silbido y un chasquido, y en el receptor de la mesa apareció un libro; lo saqué de su caja y lo abrí por las páginas marcadas en la cubierta.

¡Había encontrado, por fin, mi aventura maravillosa!

* * *

¡Horas y días de excitantes preparativos! ¡Qué lío de equipajes y de compras!

¡Que montones de formularios y visados! ¡Qué orgía de inyecciones, inoculaciones, vacunas! Solo los preparativos del viaje me produjeron una taquicardia y mi balance de adrenalina subió hasta el borde de la paranoia; era como obtener una nueva oportunidad para vivir.

Al fin, todo estuvo dispuesto. Penetré en la cápsula de transmisión. Tomé los mandos. Abrí la puerta. Salí. Plegué la cápsula, la puse en mi portatodo y contemplé mí nuevo mundo.

¡Qué olor a viejo, a agrio, y, sobre todo, a frío! Quedaba por ver si yo era capaz de evitar una violenta estenosis; cerré los ojos, recordé un momento las cálidas violetas, y entonces me recupere.

El frío no era un olor moral, sino un hecho físico. Todo estaba

cubierto por una sustancia grisácea por la suciedad, que reconocí como nieve, y por la calzada pasaban vehículos con ruedas, los cuales me salpicaban a su paso, pues la nieve empezaba a derretirse. Ajusté mis controles de abrigo para calentarme, que era lo mejor que podía hacer. El olor a viejo continuaba. Muchos de los edificios eran casi verticales. No me hubiesen molestado de haberlo sido realmente; pero a muchos de ellos les faltaban minutos de arco para serlo, y todos estaban cubiertos por materiales carbónicos, los cuales descubrí que eran un depósito inadvertido del aire.

¡Era un mal comienzo!

Sin embargo, ¡no estaba aburrido!

Comencé a caminar por la «calle», como ustedes dicen, hacia un grupo de jóvenes que venían hacia mí, en fila. Cuando estuvimos más próximos me miraron con curiosidad, murmurando entre sí.

Me dirigí a ellos:

—Señores, por favor, indíquenme dónde está la oficina de reclutamiento, como ustedes la llaman, de la terrible Camorra.

Se detuvieron y me rodearon, cada vez con más curiosidad reflejada en sus rostros.

Eran bien parecidos, pero toscos, vestidos con cazadoras color naranja y pantalones demasiado oscuros.

Creí que no me había expresado bien, porque es probable que un rápido curso de dialectos del pasado no le capacite a uno para practicarlo demasiado bien sobre el terreno. Por eso repetí:

—Deseo encontrar a un representante de la Camorra (en otras palabras, la Mano Negra; dicho de otro modo, el cruel y siniestro terrorismo siciliano llamado Mafia). ¿Saben dónde puedo dar con ellos?

—No —respondió uno, al fin—. ¿Quién será este tipo?

Sus palabras me confundieron un momento, hasta que comprendí que hablaba en sentido figurado. Cuando yo iba a preguntar de nuevo el joven añadió:

—Déjenos en paz, hombre.

Y los cinco se alejaron rápidamente unos cuantos «metros». Después observé que conferenciaban entre ellos, mirándome de cuando en cuando, y durante unos momentos pensé que sería mejor dar por terminada mi aventura y regresar a mí «casa», como ustedes dicen, para documentarme más.

Sin embargo, uno de los cinco jóvenes se acercó, el mismo con quien yo había hablado antes, y noté que era más alto y fuerte que los otros.

—¿Buscas a la Mafia? —asentí, y él continuó—. ¿Tienes pasta?

Costaba trabajo entenderle, así que pregunté despacio:

—¿Qué significa «pasta»?

—Dinero, hombre. Tienes que untarnos algo si quieres que te ayudemos.

—Sí, claro, dinero. Tengo mucho dinero.

Eso pareció aclarar su mente. Reflexionó un momento, y luego dijo:

—Está bien. Ven con nosotros. ¿Cómo te llamas?

No entendí muy bien su pregunta, y él aclaró:

—Tu nombre. ¿Cuál es tu nombre?

—Puedes llamarme Foraminífera-9 —respondí, pues deseaba conservar el incógnito, y los seguí a lo largo de la «calle».

Los cinco muchachos se desvivían por servirme, y se ofrecieron a llevarme el portatodo. Pero rehusé.

La ciudad parecía interesante. ¡Qué sucia, qué polvorienta y qué fría! Pero, a pesar de todo, conservaba cierto encanto que me es imposible expresar en este idioma. Solo los actos y los hechos, desde luego. No intentaré captar una subjetividad como es el encanto, solo transcribiré las sensaciones físicas. Mis compañeros, por ejemplo: parecían muy excitados, mirándose sin cesar, mientras se apartaban de una puerta donde apareció otro hombre vestido de azul y con gorra de visera. Eran muy amables al posponer sus propios planes por escoltarme en busca de la Mafia.

¡La Mafia! ¡Por fortuna los había encontrado para que me condujesen hasta ella! Porque, en el libro de historia que había consultado últimamente, estaba claro que no era nada fácil llegar hasta la Mafia. Tan secreto era todo que no encontré rastro de su existencia en otras historias del período. Tan solo en un curioso volumen titulado

U. S. A.

Confidencial, por un tal Lait y un tal Mortimer, se describía el mundo en que esta gran organización extendía sus tentáculos. Con mi ayuda, ¡qué hazañas podría emprender! ¡Qué delicioso drama!

Mis meditaciones fueron interrumpidas.

—¡Duques! —exclamo asustado uno de mis acompañantes—. ¡Vamos, hombre! —me dijo, empujándome hacia un portal.

Parece ser que la causa de su exclamación fue la vista de otros tres o cuatro muchachos, vestidos del mismo modo que mis compañeros, pero con cazadoras azules. Entramos en una amplia habitación, casi oscura, e inmediatamente el más alto y fuerte de mis compañeros empezó a bajar hacia un sótano. Estaba extremadamente oscuro. Olía muy mal, como a aire corrompido, pero mucho más fuerte; podría sospecharse que había, quizá, una incompleta combustión de madera o carbón junto con una putrefacción general. Por fin, llegamos al fondo de la rampa. Uno de los de mi escolta se dirigió a los otros.

—Nos han seguido, seguro. Esto puede traer jaleo. ¿Desplumamos a este tipo?

E intentaron caer violentamente sobre mí. Yo por fortuna, estaba un poco alarmado por su visible miedo, y, por si acaso, había sacado de mi maleta un Stollgratz 16: así que, sin perder tiempo, les apunté con él. Cuando me dispuse a colocarlo otra vez en la maleta, los muchachos estaban inertes en el suelo; pero pensé que podía encontrarme con más peligros y, en lugar de unirlo al resto de los aparatos de los que me había provisto para unirme con la Mafia, lo introduje en el bolsillo de mi chaqueta. Comprendí que los cinco jóvenes pretendían robarme y que, tal vez, nunca habían tenido intención de llevarme al cuartel general de la organización secreta que yo buscaba. Pero entonces aparecieron los de la chaqueta azul.

—¡Alto! —ordené—. No me fiaré de ustedes hasta tener pruebas de que merecen mi confianza.

Se detuvieron mirándome y mirando también al Stollgralz 16, y oí que uno de ellos comentaba:

—Ese perro tiene un revólver.

—Eso no es un revólver, hombre —respondió el otro—. Mira a Los leopardos. ¿Los ha liquidado con ese chisme?

Capté enseguida la intención de la pregunta.

—Exacto. ¿Son ustedes amigos de ellos?

—No. Son Los Leopardos y nosotros somos los Ruidosos Duques. Los has liquidado y así nos has hecho un gran favor.

Recibí esta información que indicaba que las dos sociedades eran enemigas, y, por desgracia, me deslicé en un ejemplo del Error

Bivalente. Partiendo de que p significa no q, yo desarrollé, equivocadamente, que no q equivale a r (tomando r, como ustedes comprenderán, como la clase de fenómeno que me era favorable).

Después, continúe en voz alta:

Se ofrecieron a conducirme al cuartel general de la Mafia, pero luego prefirieron arrebatarme la gran cantidad de dinero que llevo conmigo.

Y les hablé del enorme deseo que sentía por establecer contacto con la Mafia, mientras ellos descendieron y se colocaron, agrupados, en torno mío, examinando con curiosidad las figuras inmóviles de Los Leopardos.

Parecían dispuestos a ayudarme; pero, desde luego, yo no debía haber olvidado que las deducciones «no Leopardo significa Ruidoso Duque» y «no Leopardo significa Foraminífera-9», o sea, «Ruidoso Duque significa Foraminífera-9»…

Podían estar equivocadas y no roe hubieran engañarlo. Porque, en la práctica, Los Duques me eran tan poco favorables como Los Leopardos. Un miembro de su banda se puso a mi espalda.

Me di cuenta rápidamente de que sus intenciones no eran buenas e intenté volverme para soltarle una descarga del Stollgratz 16, pero el muchacho era muy rápido. Tenía un cilindro metálico y con él me golpeó en la cabeza, dejándome inconsciente.

2

AGENTE 8805

El establecimiento se llamaba
Chrís's.
Debe de haber decenas de millares como ese en la ciudad. Un mostrador de mármol con cinco altos taburetes, un despacho de tabaco, uno, mayor de refrescos, y de un alambre a lo largo de la pared colgadas con pinzas, revistas de chicas. Y un tocadiscos tragaperras; no puedo imaginar un lugar como
Chrís's
sin su tocadiscos.

Estaba sentarlo allí desde hacía un par de horas y comenzaba a ponerme nervioso. Yo no estaba allí porque me gustase la
Coca-Cola,
sino porque aquel era el punto de reunión de una banda juvenil llamada Los Leopardos, con los cuales intentaba trabajar desde hacía un año; y la razón por la cual comenzaba a ponerme nervioso era porque no veía a ninguno de ellos.

El muchacho que estaba tras el mostrador —se llamaba igual que yo, Walter, pero mientras mi apellido es Hutner, el suyo procede de Puerto Rico— era algo tonto.

Intenté repetidas veces hablar con él cuando no estaba ocupado, que era casi siempre, pues hacía mucho frío para tomar refrescos. Pero no quería hablar. Y, sin embargo, a estos chicos les gusta hablar. Gran parte de lo que dicen carece de sentido —son fanfarronadas, bravuconerías o tacos que no vienen a cuento—, pero siempre hablan; cuando guardan silencio significa que hay jaleo. Por ejemplo, si uno va solo por la calle Treinta y Cinco y se encuentra con una pareja de estos muchachos, hablando, no hay

peligro. Pero si interrumpen su conversación, hay que alejarse rápidamente. Pueden hacer daño. No es que Walt fuera peligroso, por lo que yo sabía pero es un ejemplo.

Así que aquel silencio era una mala señal. Significaba que tramaban algo y que mi tarea del día venirse abajo. Aún peor: podía significar que Los Leopardos habían descubierto que yo había aprobado mis exámenes y era ahora un miembro de las Fuerzas de Policía de la Ciudad de Nueva York, con la insignia número 8805. Era muy trabajoso establecer relaciones con esos chicos. No les gustaban los extraños y odiaban, en particular, a los polizontes. Por eso traté de ocultarles la noticia durante algunas semanas.

Se abrió la puerta. Apareció Hawk. No me miró lo que era una mala señal. Hawk, uno de los miembros más jóvenes de Los Leopardos, alto, delgado, de piel oscura, en lo que cabe, había hecho cierta amistad conmigo Permaneció en la puerta, por donde se filtraba un aire helado.

—Walt, ven.

No se refería a mí, pues me llamaban Champ. Walt dejó el tebeo que estaba leyendo y salió, también sin mirarme. Cerró la puerta.

Pasó el tiempo. Los veía, a través de la ventana, hablando entre ellos y mirándome. Tramaban algo, desde luego. Estaban atemorizados. Malo. Esos chicos son como animales salvajes: si tienen miedo, procuran herir los primeros; es la única forma de defenderse que conocen. Mas, por otra parte, yo no les había hecho nada, pero cuando mi mano tropezó en mi bolsillo con la flamante chapa de agente, comprendí que no me darían tiempo. Odian a los policías, como he dicho; y, sin embargo, los policías son parte de su medio ambiente. Es un contrasentido.

Walt regresó y Hawk se fue rápidamente. Walt se colocó tras el mostrador, encendió un cigarrillo, limpió el mármol, recogió su tebeo, lo volvió a dejar, y, finalmente, me miró.

—Alguien se ha cargado a Fayo y a algunos muchachos. Es un buen lío.

Aspiró su cigarrillo.

—Los han liquidado, Champ. A los cinco.

—¿Liquidado? ¿Muertos?

No era nada bueno. No había habido una auténtica tormenta desde hacía meses, por lo menos con muertos. Pero Walt negó con

la cabeza.

—No están muertos. Si quieres verlos ve al sótano de Gómez. Están sin sentido, pero respiran. Yo iré tan pronto como el viejo venga a relevarme.

Parecía un poco asustado. Le dejé y corrí hacia la casa donde vivía la familia Gómez.

Se encontraban tendidos en el piso de la bodega como pellejos de vino. Fayo, jefe de la banda; Jap, Baker y otros dos a los que yo no conocía tan bien.

Respiraban, como Walt había dicho, pero no podían moverse.

Hawk y su hermano gemelo, Yogi, estaban con ellos. Los chicos parecían perfectamente bien, pero no lo estaban. Me agaché para olfatear su aliento, sin encontrar trazas de licor o algo parecido en él.

Me levanté.

—Será mejor que busquéis un médico.

—Ni hablar. Si llamamos a una ambulancia los polis vendrán con ella, seguro —respondió Yogi, con el asentimiento de su hermano.

—¿Qué ocurrió? —pregunté.

—¿Conoces a Gloria, esa bruja que sale con uno de los Duques? Se lo contó a mi chica. Dijo que Fayo entró aquí con un tipo y que algo le dejó tieso. A él y a los otros. Habló no sé qué de un chisme raro.

—¿Qué clase de chisme?

Hawk parecía preocupado. Admitió finalmente que no lo sabía; pero que era un arma peligrosa. Eso es lo que había dejado fuera de combate a los cinco Leopardos.

Le envié a la droguería para comprar sales y le encargué que trajera café puro bien caliente, no porque creyera que era ese el remedio, sino porque no quería llamar a una ambulancia. Los muchachos no parecían en peligro, sino dormidos únicamente.

Sin embargo, comprendí que aquel era un problema al que no podría hacer frente yo solo. Lo más sensato era hacer una redada; pero eso alarmaría a Los Leopardos. Los seis meses que había pasado tratando de trabajar con ellos no había tenido mucho éxito —gran parte de los agentes secretos que trabajaban en los alrededores habían hecho más progresos que yo—, pero al menos

tenían la suficiente confianza en mí como para contarme sus cosas, lo que no harían con un policía uniformado.

Desde el mismo instante de prestar juramento llevé conmigo mi treinta y ocho con arreglo al reglamento. Lo tenía en mi americana. No creía necesitarlo, pero lo llevaba. Si había algo de cierto en la historia del arma extraordinaria que había dejado fuera de combate a los muchachos —y allí estaba como prueba—, tuve la convicción de que algo extraño ocurría en la parte Este de Harlem aquella tarde.

—Champ. ¡Recobran el conocimiento!

Me volví. Hawk estaba en lo cierto. Los cinco Leopardos, de repente, se estremecieron y abrieron los ojos. Tal vez las sales que les habían hecho oler hubieran surtido efecto, pero no lo creo.

Les hicimos tomar café, aún bastante caliente. Estaban asustados. Más de lo que nunca les había visto. Al principio les costaba trabajo hablar, pero cuando me contaron lo sucedido no podía creerlo. Un hombre extraño, pequeño, estaba buscando a la Mafia, de la cual había leído cosas en los libros antiguos de historia.

No tenía sentido, al menos sin hacer suposiciones ridículas. ¿Un hombre de Marte? Tonterías. ¿O del futuro? Igualmente ridículo…

Entonces los cinco Leopardos resucitados comenzaron a dar vueltas. La bodega estaba oscura, sucia, llena de muebles y montones de periódicos, y habitada por ratones; y no era sorprendente que no nos hubiéramos dado cuenta de un objeto brillante que estaba bajo una vieja estufa.

Era un extraño objeto.

Jap lo cogió, lo examinó y luego me lo entregó. Al tocarlo sentí un cosquilleo. No fue doloroso; pero era una sensación extraña. Parecía uno de esos aparatos que venden en las tiendas de artículos de broma y que producen una especie de calambre en la mano que estrecha la del propietario.

Era muy brillante, redondo, y producía un constante zumbido; lo volví y encontré una etiqueta escrita con letra femenina: Aviso. Este portratron armoniza tan solo con la percepción de Rayo de Bailey. Manténgase inactivo hasta la llegada del ajustador. Eso es lo que decía.

Pensé llevarlo a la autoridad más elevada, pues creí que ese asunto no era cosa de Los Leopardos.

Mas, cuando intenté dirigirme a las escaleras, no pude moverme. Mis pies no me respondían. Evidentemente, estaba inmovilizado.

Me debatí, pero nada; miré a mí alrededor en busca de ayuda y nadie podía ayudarme, pues todos los Leopardos estaban inmóvil izados también.

Nos encontrábamos como clavados en el suelo de la bodega de Gómez.

3

COW

Cuando vi lo que aquel tipo había hecho con Los Leopardos supe que era un buen pájaro el que había caído en nuestras manos. Entonces saltamos sobre él y comprendí que su frialdad no era la de un pajarito precisamente. Angel y Tiny le sostuvieron por los brazos, y yo le quité el aparato que llevaba en las manos. Sí, y salimos arreando.

Había polis en la calle, de forma que salimos por la parte posterior, saltando algunas tapias. A Tiny no le gustaba aquello. Me dijo:

—¿Por qué no dejamos aquí a este tipo? Debe de pesar dieciocho toneladas.

—¡Cargad con él! —dije, y cerró el pico.

Así es como se hacen las cosas entre los Ruidosos Duques. Cuando Cow habla, todos los demás aceptan sus palabras como si fueran ley.

Le llevamos al desván del Club Social. Maldición, ¡vaya si hacía frío allá arriba! Oíamos desde arriba los golpes de las bolas de billar al entrechocar unas con otras, por lo que di la orden de guardar silencio. Después di una patada a aquel tipejo, y se despertó.

Tan pronto como hablé con él un poco me convencí de que la suerte había estado de nuestra parte cuando tropezamos con Los Leopardos y con aquel tipejo.

Aquel tipo era algo serio. Sí, yo nunca había oído hablar de nada parecido. Pero tenía todo lo que realmente se precisa para una buena lucha. Tomé mi vieja pistola y se la di a Tiny. Se puso muy contento, y a mí, ¿qué me costaba? El arma que arrebaté a aquel sujeto hacía parecer a la vieja pistola como un juguete infantil.

Al principio no estaba dispuesto a despegar los labios.

—Dale fuerte —ordené a Angel, pero tuvo miedo.

—No —me respondió—. Es un sujeto de cuidado, Cow. Creo que lo mejor será que nos larguemos de aquí cuanto antes.

—Dale, te digo —le ordené nuevamente, en voz baja. Me obedeció. No tenía necesidad de asegurarme que aquel tipejo se las traía, pero apenas recibió un par de patadas se sintió charlatán. Ya lo creo que sí. Habló por los codos, diciendo un montón de cosas raras, pero esto no me importaba. Sacamos todo lo que llevaba en el buche y le obligué a decirme para qué servía aquel chisme. Demonios, la mitad de las veces no sabíamos de qué hablaba, pero supe lo necesario. Hasta el mismo Tiny consiguió enterarse al cabo de un rato, porque vi que daba de lado a la vieja pistola que yo le había dado y que tanto le gustaba.

Me sentía realmente bien. Hasta deseé ver aparecer a un par de Leopardos para mostrarles lo que se habían dejado arrebatar. Sí, me sentía con fuerzas para enfrentarme con ellos, con los Perros Negros y con todos los polis del mundo juntos, todos unidos. Así es como me sentía de bien y fuerte. Me sentía tan bien, que hasta ni me enfadé con Angel cuando este lanzó un alarido de alegría al descubrir el fajo de billetes que tenía aquel sujeto. Pero aunque se trataba de buena moneda americana, no me gusta que llegue a mis manos con tanta facilidad.

Claro que, una vez tan a mano, ¿qué iba a hacer? Se lo quité a Angel y lo conté. Aquel pavo estaba bien provisto; había allí más de mil dólares. Cogí unos cuantos billetes y se los di nuevamente a Angel, con toda frialdad.

—Consíguenos una buena carga —le ordené—. Hay mucho trabajo por hacer y me encuentro con ganas de «cargarme» un poco para llevarlo a cabo.

—¿Cuántos petardos quieres que traiga? —me preguntó, agarrado a todo aquel dinero.

Mucho más de lo que había visto junto en toda su vida.

—¿Petardos? —exclamé—. Nada de eso. Quiero algo bueno realmente esta noche. Busca a Cuatro Ojos y que te de lo mejor que tenga.

Me miró asombrado. Parecía atemorizado y yo sabía que lo estaba, porque este ingenuo no ha tenido en su vida más que esos

petardos de marihuana. Pero yo esa noche estaba por un par de cápsulas de heroína, y lo que yo haga lo hará también él.

Salió a buscar a Cuatro Ojos y el resto de nosotros nos quedamos guardando a aquel tipejo de la artillería tan extraña, esperando su regreso.

* * *

Es como si me encontrara en el mejor de los sueños, pero ¡diablos!, no quería despertar.

Pero los efectos de la heroína se desvanecían y me sentía deprimido. Sería capaz de dar de patadas a mi propia madre si me dijera una palabra más alta que la otra en aquellos momentos.

Fui el primero en recuperarme y ponerme en pie en busca de jaleo. Todo el lugar estaba lleno ahora. Angel ha debido de correr la voz a todos los Duques, pero no consigo recordar cuándo fueron llegando. Hay ocho o diez de los nuestros tirados por el suelo, sin moverse.

Pero yo estoy en pie, y todos ellos van a imitarme. La emprendo a patadas con ellos y comienzan a rebullir. Hasta el extraño tipejo ha debido de drogarse. Supongo que alguno quiso ver los efectos que producía en él la heroína, pero la verdad es que parece encontrarse en el Séptimo Cielo. Sí, todos ellos se sienten deprimidos y malhumorados, pero yo los tranquilizaré. Hasta ese pequeñajo de Sailor se siente con suficientes agallas para desafiarme, pero le miro fijamente y se tranquiliza. Angel y Pete se encuentran verdaderamente mal, sacudidos por temblores y estremecimientos, pero yo no estoy dispuesto a esperar a que se sientan mejor.

—Dadme eso —grito a Tiny, quien me tiende los extraños artefactos que quitamos al tipo aquel. Comienza a repartirlos entre ellos.

—¿Qué voy yo a hacer con esto? —pregunta Tiny, mirando extrañado lo que le he dado.

Se lo digo:

—Apunta con ello y dispara.

Él no estaba presente cuando el ser fantástico nos dijo para qué servía aquello. Quiso saber para qué servía, pero mi conocimiento

no llega a tanto. Únicamente le repito:

—Apunta y dispara, hombre.

FIN